LA RED

Saga Blackbird · Libro 3



EMILY LOCKWOOD

La Red

(Saga Blackbird 3)

Emily Lockwood

Copyright © 2026 Emily Lockwood
Todos los derechos reservados

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

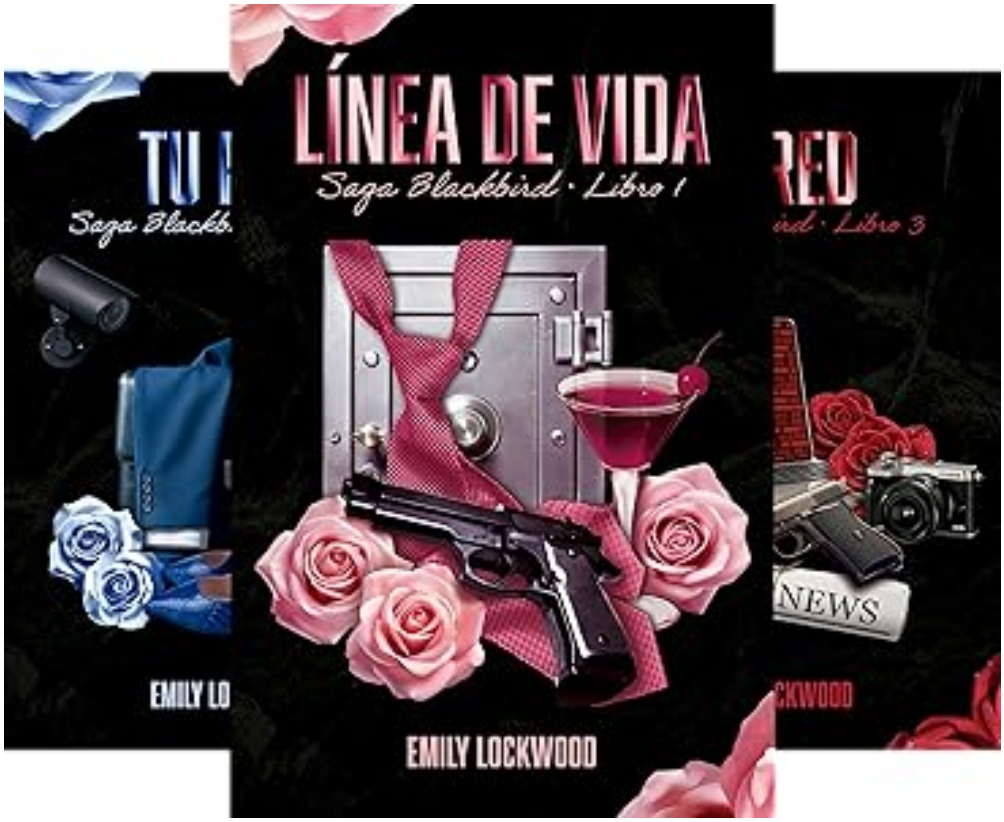
Puedes encontrarme en:

Amazon
Twitter
Facebook
Instagram
Email: e.lockwoodspain@gmail.com.

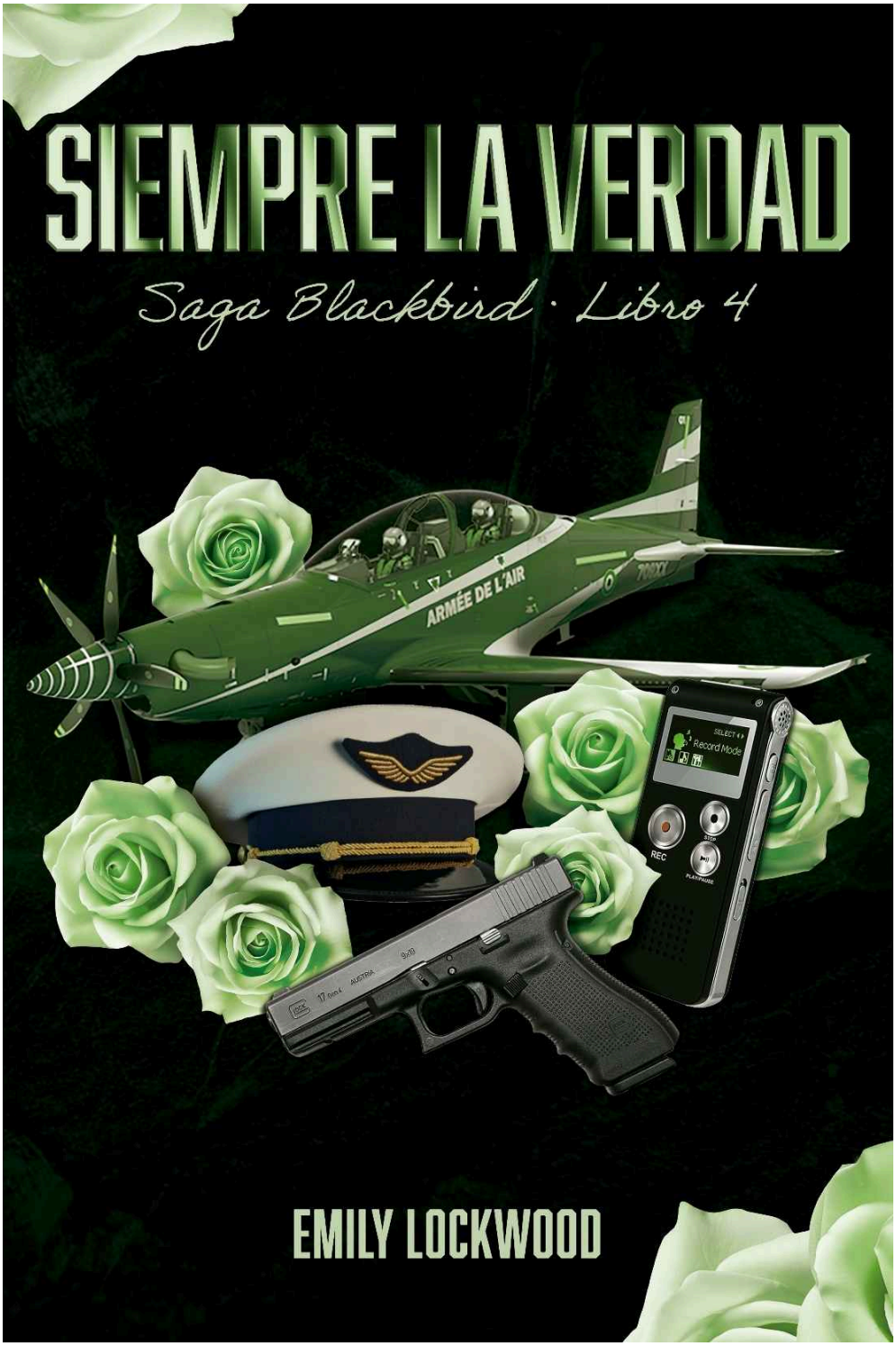
Otros libros de Emily Lockwood

Saga Blackbird:

(Haz clic en la imagen o título)



Siguiente en la saga



Contenido

Otros libros de Emily Lockwood
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56

57
58
59
60
61
62
63
64
65
La saga continua en:
Opinión

1

Sophie

Nunca me ha gustado el drama. Ni los gestos exagerados, ni los sobresaltos innecesarios. Me siento más cómoda en la claridad del código informático, en las líneas sencillas de un protocolo bien estructurado. Mi trabajo en Blackbird consiste principalmente en cuidar la seguridad de sus redes y comunicaciones, y soy buena en eso. Al principio, algunos pensaron que estaba aquí solo por ser la hermana de Kyllian Blanchet, primero director general y ahora socio de la productora junto con Théo Gaillard, pero pronto pude demostrar que estoy aquí porque valgo para este trabajo. Y mucho.

Por eso, cuando recibo el aviso de que Élise Marceau, una de las actrices más famosas del mundo, contratada por Blackbird para una campaña multimillonaria, ha desaparecido, no me asusto ni me pongo nerviosa, no me tiemblan las manos ni se me nubla la cabeza. Al contrario, es como si una lucidez extraordinaria me llenara en los momentos de crisis. Soy así, siempre he sido así, incluso cuando mi propio padre me utilizó para robar información de la empresa y no le importó que yo apareciera como sospechosa.

Releo el aviso de alerta y me pongo en marcha. Lo primero que hago es revisar la red.

Leo el mensaje en mi portátil. Es breve, pero se percibe claramente la tensión.

«No localizamos a Élise. Nadie sabe nada de ella desde ayer por la noche. Su asistente no consigue contactar con ella».

El mensaje no menciona palabras alarmantes como «secuestro», «accidente» o «huida», pero en esta empresa sabemos leer entre líneas. Si una figura como

Élise desaparece sin avisar, el problema no es solo personal. Afecta a lo económico, a lo estratégico y genera inquietud en mucha gente. Alrededor de Élise Marceau pululan decenas de personas casi a cada momento del día. Es tan improbable que haga algo sin que nadie la vea que eso es precisamente lo que hace que su desaparición sea inquietante.

Llamo a Julian, el ayudante de producción que me ha enviado el mensaje.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Llegamos al hotel a las nueve —responde Julian—. Élise suele ser puntual, pero los minutos pasaban y ella no aparecía. Nos preocupamos un poco, pero decidimos esperar. Después llegó su representante y seguimos esperando en el vestíbulo. Ya sabes cómo son estas estrellas… —suspira—. Pasados treinta minutos, le pedí a su representante que la llamara. Tuve que insistir y recordarle que habíamos alquilado una villa para el rodaje, y cada hora cuesta un dineral. El tipo gruñó un poco, pero la llamó. Nada, el teléfono estaba apagado, así que subió a la habitación. Creo que en ese momento él también empezó a preocuparse, porque cuando bajó, en un minuto, estaba bastante nervioso. Dijo que había encontrado la puerta entreabierta, pero que Élise no estaba dentro.

—¿Crees que se ha ido por su cuenta? —le pregunté. —Un ataque de ansiedad o algo así…

—No lo parece. Todas sus cosas siguen en la habitación. La cama estaba revuelta, como si hubiera dormido allí.

—¿No faltaba nada? —insistí.

—A primera vista, nada. Incluso su joyero estaba allí, y según su representante, lo que hay dentro vale más de cien mil euros…

—¿Habéis preguntado al personal del hotel?

—Sí, nadie la ha visto.

—¿Qué hizo anoche? —seguí.

—Cenó con el jefe de producción en el mismo hotel y se retiró sobre las diez. Dijo que quería descansar para la sesión de hoy —Julian hace una pausa—. ¿Qué hacemos ahora?

Mi cerebro se pone en marcha a toda velocidad.

—Pide a su representante que llame a todos sus conocidos en la ciudad. Sin excepción. Yo revisaré las cámaras del hotel. Quédate en recepción por si aparece,

y avisa a Kyllian para que organice al personal que espera en la villa. Luego hablamos.

Cuelgo y vuelvo al ordenador. Accedo a las redes sociales de Élise y reviso sus últimas publicaciones. Todo parece normal: fotos, promociones, vídeos del set… Todo reciente. Pero hay algo extraño. Élise suele responder siempre, interactúa constantemente. Cada día cuelga una media de cinco fotos, más cuando está de promoción, como ahora.

Sin embargo, lo último que ha subido es una imagen de ella con el jefe de producción en el comedor del hotel, sonrientes y con las cabezas juntas en un selfi que parece improvisado pero que, por lo que sé de este tipo de personas, Élise habrá preparado y retocado al detalle. Después de eso, nada, y ya es casi mediodía.

Mi ordenador me avisa de la llegada de un mensaje: «Reunión urgente, sala 3.10». Me levanto, recojo la tablet y salgo al pasillo. Me cuesta admitirlo, pero la cara preocupada de mis compañeros me confirma que esto es más serio de lo que parece.

La sala está llena. Veo miembros del equipo de comunicación y marketing, del de producción y, por supuesto, de dirección. Théo está junto al ventanal. Como siempre, viste un traje impecable, hoy gris claro, con camisa blanca y una corbata azul. Mi hermano Kyllian está a su lado, también de pie, con su traje oscuro y los zapatos brillantes. Me miro un momento en el reflejo de la ventana. Llevo mi uniforme habitual de trabajo: pantalón vaquero, un suéter verde y botas negras. Necesito sentirme cómoda. Me he recogido el pelo en una coleta alta y casi nunca me pongo maquillaje. Mi trabajo no implica tratar con la gente directamente, me vale con escribir o hablar por teléfono como mucho, así que hace tiempo que decidí que la comodidad es más importante que la presencia, sobre todo cuando tus jornadas laborales se extienden a veces durante diez o doce horas.

Théo me hace una señal para que me acerque y yo llego hasta ellos mientras saludo brevemente al resto de los presentes. Todos tienen la cara larga y el ceño fruncido. Creo que me he perdido algo…

—La noticia ha salido en la prensa —me suelta Théo en cuanto me sitúo a su lado. Miro a mi hermano, que asiente con la cabeza.

Frunzo el ceño. Es demasiado pronto.

—¿Qué dicen, exactamente? —pregunto.

Me muestra la tablet que lleva en la mano y el titular me golpea como un mazazo:

DESAPARECIDA: ÉLISE MARCEAU PODRÍA HABER SIDO SECUESTRADA

Y justo debajo, el nombre que menos quería ver:

POR DANIEL REED

—Está especulando —decido. Me hierve la sangre—. ¿Cómo se atreve a lanzar ese titular cuando ni siquiera hay una denuncia o un mísero comunicado?

—Me temo que Reed solo será el primero, pero es el más leído. Ganó el Pulitzer hace dos años y desde entonces es algo así como un dios en el periodismo. ¿Puedes frenarlo? —me pregunta Kyllian.

—Intenta controlar los daños antes de que se extiendan —añade Théo—. No sabemos nada de Élise y estamos muy preocupados, pero no tenemos ningún indicio de que haya sido secuestrada. Si la gente piensa que estamos ocultando algo…

Asiento con seguridad.

—Lo intentaré —les prometo. Me giro hacia la jefa de comunicación. Zoé Laroche es una mujer enérgica y decidida, una de las mejores profesionales que he conocido en mi vida. Al contrario que yo, ella viste siempre con extrema pulcritud. Hoy lleva una blusa en tonos marrones con un escote discreto y manga larga, una falda de tubo negra hasta la rodilla y unos zapatos con un tacón desde los que yo seguramente me abriría la cabeza. Llevaba perfectamente peinada su melena pelirroja y cada mañana se aplicaba el maquillaje justo para parecer impresionante sin resultar artificial. En mi opinión, todo un arte.

—Zoé, vamos a convocar una rueda de prensa —le digo—. No podemos quedarnos callados ante este titular, nos atañe directamente.

—No me parece buena idea exponer a Théo o a Kyllian sin saber a ciencia cierta lo que ha pasado —responde ella—. Puede que Élise decidiera irse de juerga y esté durmiendo la mona por ahí…

—Es posible —reconozco—, pero improbable. No le pega nada. Aún así, no les expondremos a ellos, yo me ocuparé de la prensa como responsable de la seguridad, ¿te parece bien?

Zoé arrugó sus labios perfectamente delineados y pensó durante unos segundos. Por fin, abrió el bolso y sacó el móvil.

—Me parece bien. Me pongo en marcha. Rueda de prensa en dos horas.

Cuando todo el mundo se levanta para irse, mi hermano se acerca a mí y me susurra al oído:

—Cámbiate.

Estoy a punto de responderle con una grosería, pero tiene razón. No puedo plantarme ante la prensa con las pintas que llevo. Consulto el reloj. Mientras Zoé y su equipo diseñan la estrategia y deciden cómo comunicar nuestra postura, puedo ir a casa, cambiarme y volver con tiempo de sobra.

Le doy un empujón a Kyllian y salgo a toda velocidad.

La sala de prensa está prácticamente llena. Esperaba una buena respuesta, pero no tanta, la verdad. Me he puesto un traje de falda y chaqueta negro con una camisa blanca y unos zapatos de tacón ancho.

—Pareces una agente del FBI —me dice mi hermano. Le doy un codazo y me aparto de él antes de que me cabree más. Sé que mi vestuario es bastante limitado y que debería ir de compras, pero no tengo tiempo. Además, creo que mi aspecto es de lo más profesional, que es de lo que se trata.

Hacía unos minutos había hablado con la familia de Élise. Ellos tampoco tenían noticias de su hija y estaban muy alarmados ante el titular de Reed. Les prometí que todos nuestros recursos estaban en marcha y ellos me habían autorizado a hablar también en su nombre. Eso era fantástico, nos daría mucha más credibilidad.

Me coloco en el atril y espero a que el murmullo se calme. Las luces de los focos me deslumbran y los micrófonos parecen armas apuntando hacia mí. Poco a poco, los periodistas se callan y me miran con las grabadoras y los cuadernos preparados. En una de las sillas, mirándome fijamente, está él, Daniel Reed, el

periodista de mis pesadillas. Alto, con aire decidido y el ceño fruncido, como si estuviera cuestionando de antemano lo que voy a decir. El dinero que ganó con el Pulitzer y las dos novelas que publicó a continuación, y que se convirtieron en inmediatos *bestsellers*, no se trasluce en su ropa. Lleva unos vaqueros gastados, una camiseta negra y una cazadora de cuero también negra. Tiene el pelo castaño claro y un poco largo, lo justo para no parecer desgreñado.

Nuestras miradas se encuentran un segundo e intento transmitirle cuánto me molesta lo que ha hecho, pero en ese momento, Zoé Laroche me hace un gesto para que empiece.

Levanto la cabeza y comienzo a hablar.

—Buenas tardes a todos —arranco—. El motivo de esta convocatoria es informar sobre la situación de Élise Marceau. Comparezco en nombre de la empresa Blackbird y, por supuesto, en representación de la familia Marceau. Como ya se ha hecho público, desde ayer Élise no ha tenido contacto con su familia ni con su equipo profesional. Desde el primer momento hemos activado todos nuestros protocolos internos de seguridad y verificación digital, y hemos estado trabajando en estrecha colaboración con las autoridades para esclarecer qué ha ocurrido. —Hago una pausa para respirar y que quienes están tomando notas no pierdan detalle.

»Quiero dejar algo muy claro —continúo—: hasta ahora no hay ningún indicio que confirme que estemos ante un secuestro o cualquier otro acto delictivo. No se ha encontrado ninguna evidencia que apunte en esa dirección. Por eso pedimos prudencia. Sabemos que hay muchas especulaciones circulando, especialmente en redes sociales y en algún medio de comunicación —añado, mirando directamente a Daniel Reed—, y hasta el momento, todas están basadas en rumores o directamente en información falsa. Este tipo de contenidos no solo perjudican a la investigación, sino que también afectan profundamente a la familia de Élise y a su entorno cercano. —Espero un minuto a que mis palabras hagan efecto y sigo.

»Nuestra prioridad en este momento es localizarla cuanto antes, garantizar su bienestar y proteger su intimidad. No tenemos constancia de que la familia haya interpuesto una denuncia por su desaparición, pero colaboraremos con la policía si así se nos requiere y mantendremos informados a los medios conforme tengamos avances relevantes. Pero por respeto a Élise y a su familia, no responderé preguntas sobre su vida personal ni sobre teorías sin fundamento.

Los flashes de las cámaras comienzan a disparar en cuanto termino de hablar. El murmullo que se había contenido durante los minutos previos estalla en una oleada de preguntas desordenadas que no tengo intención de atender.

—Gracias por su atención —digo, y doy un paso atrás, dispuesta a marcharse.

Pero no lo logro.

—Señora Blanchet. —La voz surge clara y cortante desde la primera fila. Se trata de una reportera de *France 24*, micrófono en mano—. ¿Puede confirmar si Élise Marceau estaba recibiendo amenazas antes de su desaparición?

El murmullo se apaga en seco y todos los rostros se clavan de nuevo en mí.

Yo apenas pestañeo. Inspiro despacio, vuelvo al micrófono y respondo con serenidad:

—No voy a comentar nada relacionado con la vida privada de la señorita Marceau, y mucho menos rumores no contrastados.

—Pero ¿puede negar que existieran esas amenazas? —insiste la periodista.

Un nuevo disparo de flashes acompaña la pregunta. Me aferro al atril con ambas manos. Sé que cada palabra puede amplificarse, deformarse y convertirse en titular en cuestión de segundos.

—Lo que puedo afirmar —digo, con el tono bajo y firme de quien no va a ceder ni un milímetro— es que cualquier información relevante para la investigación está siendo tratada por los canales oficiales, y no será debatida públicamente en este momento. Les pido respeto. No para mí, ni para la empresa que represento, sino para su familia.

El silencio que sigue es más denso que los anteriores. Luego, como si alguien hubiera pulsado resorte, los murmullos regresan.

—¡Sophie Blanchet! —grita de pronto Daniel Reed, que se ha puesto de pie—. ¿Puede Blackbird asegurar que Élise Marceau está bien?

No aparto los ojos. Lo miro muy seria. Por su culpa me veo en esa situación, y ruego para que a Élise no le pase nada por culpa del titular de ese tipo.

—Blackbird trabaja con hechos confirmados, no con especulaciones —le respondo tajante.

Daniel sonríe, irritante.

—Entonces —continúa—, ¿niega que haya indicios de secuestro?

—Niego que usted tenga pruebas para afirmarlo.

El murmullo aumenta. Daniel baja ligeramente la cabeza, pero sigue mirándome. Me da la sensación de que su actitud tiene un punto peligroso.

Explico claramente de nuevo que Élise ha desaparecido, que no sabemos nada todavía y que estamos haciendo todo lo posible por encontrarla. Respondo preguntas similares una y otra vez hasta que finalmente levanto la mano y doy por terminada la rueda de prensa.

En ese momento, Zoé Laroche toma el micrófono y anuncia que no habrá más declaraciones por el momento.

Théo y Kyllian me esperan en el pasillo. Mi hermano ya no bromea.

—Lo has hecho bien —me dice Théo. Kyllian me aprieta el brazo—. Te has defendido de maravilla.

—Un día mataré a Reed —respondo. Las manos me tiemblan ligeramente, pero no por los nervios, sino por frustración. Élise es mi responsabilidad, igual que la reputación de Blackbird. Y ahora, ambas están en peligro.

De regreso en mi despacho, permito que una duda incómoda me alcance: ¿y si Reed tiene razón?

Respiro profundamente y vuelvo al teclado. Necesito acceder a la cuenta privada de Élise, revisar sus mensajes y llamadas. Porque si Daniel Reed tiene razón, estamos ante algo mucho más oscuro de lo que imaginamos.

Y yo pienso estar preparada.

2

Daniel

Nunca me han gustado las historias demasiado perfectas. En todos estos años como periodista he aprendido que cuanto más impecable es la versión oficial, más secretos oculta. Había quedado esta mañana con Élise Marceau para hacerle una breve entrevista. Nada demasiado profundo, pero esperaba obtener algún buen titular y un par de fotos interesantes. Por eso, cuando su representante me llamó para cancelar la cita me mosqueé bastante. Primero, porque los primeros interesados en promocionarse en los medios de comunicación son ellos, y segundo, porque me pareció que el agente estaba muy nervioso, pero nervioso de verdad, no simplemente apurado por tener que cancelar la entrevista. Pasar dos años como corresponsal de guerra en Siria me ha convertido en una persona más perceptiva y resuelta. Lo de las pesadillas y las noches sin dormir es harina de otro costal.

—¿Va todo bien? —le pregunto.

—¡Claro! —responde él demasiado deprisa.

—Vale —finjo aceptar—, es solo que no lo parece. Si te puedo ayudar en algo…

Lo oigo suspirar al otro lado de la línea.

—Élise está ilocalizable —confiesa por fin en voz baja—. La estamos buscando, pero de momento no somos capaces de dar con ella.

—¿Le ha pasado algo? —pregunto, sinceramente alarmado.

—No lo sé, espero que no, pero no descarto nada —se lamenta el representante.

—¿Se la han podido llevar? —insisto.

Él duda, pero por fin, responde en un susurro:

—Quién sabe, todo es posible.

Quince minutos después tengo listo el titular para la edición digital y veinte líneas con la escasa información que he conseguido, pero todo es cierto, no me he inventado ni una palabra y tengo la grabación de la conversación para demostrarlo. Es una pena que Sophie Blanchet no me haya pedido pruebas, se lo habría restregado por esa cara inexpresiva que tiene. Esa mujer es de hielo.

Palabrería barata, eso es lo único que nos han dado en Blackbird. Cuando salgo de la rueda de prensa, me detengo en el café Le Ruisseau para tomar un buen *espresso*. Necesito cafeína y un poco de tiempo para decidir qué voy a hacer a continuación. Estoy esperando el cambio cuando lo escucho.

—…la rubia esa de los anuncios, de la que están hablando en los periódicos y en todo internet… —dice un hombre con voz ronca, gastada por el tabaco—, la metieron en un coche negro, aquí, en el Boulevard de Sébastopol.

Levanto la vista despacio. No quiero que crean que los estoy escuchando, aunque eso es justo lo que estoy haciendo. En la mesa del fondo, dos tipos trajeados hablan inclinados sobre sus vasos de cerveza.

—Te digo que gritó. El de la chaqueta la empujó dentro y arrancaron —insiste el primero—. Llevaban la cara tapada con esos buff de montaña. ¿sabes lo que te digo?

El otro mira alrededor antes de contestar.

—Baja la voz, imbécil —responde tan bajo que apenas consigo oírlo—. No querrás tener problemas con esa gente.

Siento un cosquilleo en la nuca. Reconozco esa mezcla de adrenalina y curiosidad que me ha metido en más líos de los que puedo contar. Cojo las monedas que me devuelve la camarera sin contarlas y salgo a la calle, pero no me voy. Me apoyo en la esquina con el móvil en la mano y la cámara preparada.

Cuando los dos hombres salen, bajo la vista y finjo escribir un mensaje. Los enfoco con disimulo y disparo tres fotos rápidas. La luz del final de la tarde me da un par de detalles nítidos: el tipo calvo tiene una cicatriz en el cuello, y el moreno cojea levemente.

Ni siquiera se han fijado en mí. Cruzo la calle unos metros detrás de ellos. Van charlando y gesticulando, como si nada. Los sigo hasta que llegan a un coche aparcado junto a una boca de metro. Un turismo azul, viejo. Anoto la matrícula en una nota del móvil. No sé si todo esto servirá para algo o será tiempo perdido, pero este tipo de cosas hay que hacerlas y guardarlas. Algún día pueden convertirse en oro.

Me apresuro en llegar hasta el periódico. Mi red de contactos está en marcha antes de terminarme el café. Si hay algo de cierto en lo que he oído, quizá alguien pueda corroborarlo. Un camarero del hotel me asegura haberla visto ayer y que todo parecía normal, no la vio preocupada ni mucho menos asustada. Una limpiadora de piso afirma que su habitación está «normal», es decir, que Élise ha estado allí, ha utilizado la cama y el baño y sus cosas siguen dentro, pero ella no está. «Es como si hubiese salido solo un instante», añade. Nada de muebles movidos, objetos rotos ni rastros de sangre o mensajes extraños. En el restaurante me confirman que cenó tranquilamente con un hombre con el que parecía llevarse bien, pero que esta mañana no ha bajado a desayunar.

Las notas que he ido tomando mientras hablaba no me sirven para nada, igual que las anotaciones de la rueda de prensa.

No esperaba que Sophie Blanchet me contestara directamente, pero lo hace. No le habría costado nada dar media vuelta y largarse, y sin embargo, eligió dar la cara. Un punto para ella. Es fría, precisa y firme. Me ha desafiado abiertamente, y tengo que reconocer que, por un instante, lo he disfrutado.

Hay algo en ella que me irrita y me fascina a partes iguales. Esa manera de mirar, como si pudiese analizarme en un segundo. Y nunca le no tiembla la voz. Esa maldita seguridad que me despierta las ganas de desarmarla y descubrir qué hay detrás de tanto control. Apuesto cualquier cosa a que debajo de la piel hay una cobertura metálica y una maraña de cables y conexiones. Sonrío ante la idea de que Sophie Blanchet sea un robot.

En ese momento, Gerard, mi redactor jefe, se sitúa junto a mi mesa y me hace una seña para que lo siga al despacho del director. Tomo aire, consciente de que esto puede salir muy bien o muy mal.

Emil Dumont lleva dirigiendo el *France Express* más de veinte años y parece capaz de aguantar otros veinte. Por suerte, ha dejado de fumar, y también parece haber moderado su consumo de alcohol. Antes no era raro verlo con algunas copas de más.

Cuando entramos, Emil está revisando algo en su ordenador. Nos señala las sillas y esperamos en silencio hasta que por fin levanta la vista.

—Publicaste la noticia sin consultarme —afirma, serio.

—Tenía que hacerlo rápido —me defiendo—. No sabía si otros medios estaban detrás también. Me enteré casi por casualidad, cuando me cancelaron la entrevista que tenía concertada con ella —le cuento, y a continuación le resumo la conversación que había mantenido con el representante.

—La información no estaba confirmada —insiste.

—Por eso lo aclaré en el texto —respondo con calma.

—¿Y ahora qué? —pregunta Emil.

Me armo de valor y les hablo de la conversación que he captado en bar. La posibilidad de que Élise haya sido secuestrada despierta a los sabuesos que duermen dentro de sus cuerpos apoltronados.

—Puede que no sea nada, pero muchas grandes historias han empezado de manera casual —añado cuando termino para azuzarlos un poco más.

Emil me mira con el ceño fruncido. Gerard no dice nada, no piensa arriesgarse poniéndose a favor o en contra delante del jefe sin conocer el resultado de la partida.

—De acuerdo —dice Emil por fin—. Continúa investigando, pero infórmame de cada paso y no tomes decisiones que puedan meternos en líos legales. Estoy demasiado viejo para más problemas.

Asiento, les doy las gracias con una sonrisa y vuelvo rápidamente a mi escritorio. Desde mi punto de vista, solo hay una cosa que puedo hacer: conseguir una fuente fidedigna de información.

Salgo de nuevo a la calle y en menos de media hora estoy frente a las oficinas de Blackbird. El personal de recepción me observa con desconfianza;

probablemente ya me conocen. Aun así, mi acreditación sigue teniendo peso. Eso sí, me hacen esperar bastante tiempo.

Cuando Sophie aparece, no me saluda con amabilidad. Ni siquiera sonríe o pregunta qué hago allí.

—Tienes cinco minutos —dice con frialdad.

La sigo hasta una sala de reuniones vacía. Ella permanece de pie, así que yo tampoco me siento.

—Lamento que no te gustara el artículo —empiezo con suavidad, intentando romper el hielo.

—No me molesta que publiques noticias —responde—. Lo que no me gusta es que publiques sin tener pruebas.

—Tengo pruebas —me defiendo—, y hay otras que están empezando a aparecer. —Saco el teléfono y le muestro las fotos de los tipos del bar y del coche.

—¿Qué pretendes con esto? —me pregunta. Veo el desprecio en sus ojos. Lo que me pide el estómago es mandarla a la mierda, dar media vuelta y largarme, pero mi cabeza me dice que la necesito para la historia y, lo que es más importante, que puede que Élise esté en peligro realmente.

—Escuché a estos tipos decir que habían visto a unos hombres encapuchados meter a Élise en un coche por la fuerza.

Sophie empalideció visiblemente.

—No pensarás publicar eso —exclama a continuación—. ¡Solo son conjeturas!

La miro mientras pienso a toda velocidad. Soy periodista y esto es una exclusiva. Si publico lo que he escuchado, además de poner mi reputación en juego por lanzar una información sin contrastar, puedo poner en peligro a Élise.

—No —respondo por fin—. No, si no estoy seguro de que es verdad.

La veo relajarse visiblemente.

—No tenemos información sobre un posible secuestro —me dice.

La miro a los ojos y decido que no me está mintiendo. Tiene unos ojos increíbles, de un azul oscuro sorprendente.

Nos quedamos en silencio, conscientes de que, sorprendentemente, estamos del mismo lado. Y eso me inquieta aún más.

—¿Me avisarás si ocurre algo? —pregunto—. Solo a mí —añado rápidamente.

Me observa como si le estuviera pidiendo algo imposible. Quizá sea exactamente eso lo que estoy haciendo.

—No confío en ti —dice despacio.

—Perfecto, yo tampoco, así que estamos empatados.

Por primera vez, Sophie sonríe. Apenas un instante, pero está ahí.

Parece que tenemos un trato.

3

Sophie

Si me preguntan si prefiero colaborar con Daniel Reed o ir al dentista, me sacaría yo misma una muela, pero es lo que hay. El periodista se ha marchado hace un rato, pero no antes de arrancarme el compromiso de avisarlo si me llega alguna información nueva. Bueno, eso ya lo veremos.

Me acomodo en mi silla y me centro en la pantalla que tengo delante. El metraje del hotel llega en bruto, sin cortes. Es un archivo pesado, con imágenes grises que se estiran como manchas de tinta. La dirección del hotel me ha dado acceso completo a las grabaciones de seguridad de los últimos dos días, el tiempo que Élise se ha alojado allí. Por un lado, así les ahorro el trabajo de hacerlo ellos, y, por otro lado, saben que si la policía las requisa es más que posible que las imágenes acaben en algún informativo con una música dramática de fondo. Prefieren que lo vea yo.

Encuentro a Élise saliendo del ascensor en dirección al comedor. La veo reunirse con el productor, que se pone de pie para recibirla, y sentarse a la mesa. Cenan, charlan y beben. Él, vino. Ella, solo agua. En los postres, Élise saca el móvil y se acerca a él para sacar la foto que todos hemos visto en Instagram, su última publicación hasta el momento. Le he pedido a Julian que esté atento a las redes sociales de la modelo, por si acaso, pero hasta ahora no hay nada nuevo.

Más tarde, los dos se ponen de pie y se dirigen al vestíbulo del hotel. Charlan de pie un par de minutos y después se despiden con un beso en la mejilla. Él sale del hotel y ella se dirige al ascensor. Busco las imágenes de su planta y la veo salir. Camina tranquila. Abre la puerta de su habitación, entra y desaparece.

Me quedo en esa pantalla y avanzo rápido la grabación. Me detengo de pronto cuando, a la 01:55 de la madrugada, Élise sale de la habitación. Se ha puesto un abrigo largo y botas, pero su melena rubia es inconfundible.

En lugar de dirigirse a los ascensores, busca las escaleras de servicio. La veo empujar la barra antiincendios y salir. Detengo la imagen y busco nerviosa las cámaras de las escaleras. Ahí está. Baja muy deprisa. En un momento, parece tropezar y se agarra a la barandilla, pero continúa hasta el sótano. Gira a la derecha y corre hacia la salida. Empuja la puerta metálica y sale a la calle.

El corazón me late a mil por hora. Necesito las cámaras del exterior. Abro un archivo tras otro hasta dar con el correcto y avanzo rápidamente la grabación hasta las dos de la madrugada. El ángulo de la cámara no es el mejor, pero distingo claramente el perfil de Élise. Incluso con la imagen granulada, sé que es ella. Ampliar no sirve de nada, los píxeles se rompen en cuadrados, así que salto a la cámara siguiente. El ángulo es más abierto: un callejón estrecho, pavimento irregular, contenedores alineados contra la pared izquierda. Élise camina deprisa, con los hombros ligeramente encogidos y las manos en los bolsillos.

En el extremo del callejón, el encuadre se queda vacío.

Maldigo en voz baja. Necesito ver más.

Cierro la puerta de mi despacho y bajo la persiana hasta que solo entra una línea de luz desde la calle. Me siento y conecto el portátil a una red segura ajena a la de Blackbird. Luego abro mi sistema personal de acceso remoto y enciendo el módulo de intrusión. Las cámaras de tráfico de París no están pensadas para dar acceso público en tiempo real, pero las cerraduras digitales no dejan de ser cerraduras, y yo tengo la llave.

En menos de sesenta segundos tengo en pantalla la vista de la calle adyacente al hotel, registrada a las 02:03.

Élise aparece por la esquina, su pelo brilla un instante bajo la farola. Mira hacia atrás una vez, rápida, y acelera el paso. A unos quince metros, dos figuras masculinas emergen de las sombras. Los

dos llevan la cara tapada y uno, además, se cubre la cabeza con una gorra.

Un sedán gris se aproxima desde el final de la calle, moviéndose demasiado despacio para ser casualidad. Frenan. La puerta trasera se abre antes de que el coche se detenga del todo.

Me inclino hacia la pantalla hasta casi pegar la frente al cristal. Siento cómo el pulso me golpea en las sienes. Mis dedos aprietan el ratón con tanta fuerza que me cruje una articulación. El cursor tiembla cuando lo muevo para seguir la secuencia fotograma a fotograma. El aire en el despacho se ha vuelto espeso, caliente. Trago saliva, pero la boca se me ha secado por completo.

El de la gorra agarra a Élise por el brazo y yo instintivamente aprieto más el ratón, como si pudiera arrancarlo de la imagen. El segundo le corta el paso. No hay gritos, no hay sonido en la grabación, pero puedo sentir la violencia en el gesto, la urgencia en la forma en que la levantan del suelo. El coche se la traga como una sombra y, en cuanto la puerta se cierra, mi respiración se acelera.

El sedán arranca. La matrícula es ilegible por la calidad del vídeo, pero distingo una pegatina en la esquina inferior izquierda del parabrisas.

Rebobino tres segundos y ahí lo veo: un hombre en la entrada de un bar, apenas medio cuerpo fuera. Traje oscuro, bufanda enrollada al cuello, las manos en los bolsillos. Gira la cabeza hacia el coche. No se mueve, no intenta acercarse; solo observa.

Daniel Reed me viene a la mente de inmediato.

Estoy a punto de llamar a Théo para informarle cuando su nombre parpadea en mi teléfono.

—Sophie, ven a mi despacho —dice sin preámbulos—. Rápido.

Cuando entro, Théo y Kyllian miran fijamente la pantalla del portátil con el ceño fruncido.

—Acércate —me pide mi hermano.

Cuando lo hago y veo lo que ellos están viendo, se me escapa un grito y me llevo la mano a la boca.

Sobre el fondo negro, hay un mensaje en letras blancas:

Tres millones. Nada de policía. Esperad instrucciones.

Debajo hay una foto. Se me encoge el estómago cuando veo a Élise sentada en una silla metálica, con las manos atadas con cinta adhesiva gris y la cara ligeramente ladeada hacia la cámara. El pelo revuelto, el abrigo abierto mostrando una blusa arrugada.

Parpadeo varias veces, intentando asimilar lo que veo. La cinta que le ata las muñecas tiene un borde deshilachado, como si la hubieran cortado con prisas. En la oreja izquierda lleva un pendiente diminuto, una perla blanca. Sé que es de su madre, me lo dijo en una cena hace años. Detrás de ella, una sombra irregular se proyecta en la pared desconchada. No parece humana, quizá una estantería metálica o una escalera de mano, pero anoto mentalmente el detalle.

Élise tiene los labios apretados. No hay sangre ni moretones visibles, pero sus labios están apretados y sus ojos… Tiene miedo.

Yo también tengo miedo.

—Hasta que me habéis llamado, he estado revisando las cámaras de seguridad del hotel y las de los alrededores —les cuento, confiando en que no se den cuenta de la ilegalidad que acabo de confesar. Mi hermano lo sabe, porque lo veo fruncir el ceño, pero no dice nada—. He visto a Élise salir corriendo del hotel a las dos de la madrugada y luego, en la calle, cómo dos hombres la metían por la fuerza en un coche.

—¡Dios mío! —exclama Théo.

—Acabo de ver cómo secuestran a Élise —repito—. Se la han llevado.

Mi móvil vibra anunciando una llamada. Miro la pantalla. Es de recepción. Descuelgo y escucho a la recepcionista. Luego cierro los ojos con fuerza.

—¿Ocurre algo? —pregunta Kyllian.

—Daniel Reed está aquí —les digo—. Pregunta por mí.

4

Daniel

El turismo azul me ha estado rondando en la cabeza desde que vi a esos dos tipos salir del café Le Ruisseau. La matrícula que anoté no me sirve de mucho por las vías legales, pero por las no tan legales… bueno, ahí las cosas cambian.

Tengo un colega en la oficina de Tráfico, Benoît. Hace no demasiado tiempo ni siquiera me habría cogido el teléfono, pero ganar un Pulitzer te abre puertas inesperadas, como en este caso. Le llamo y le paso la matrícula que necesito identificar. No pregunta para qué necesito la información, y yo no pregunto cómo la va a sacar del sistema sin que salten las alarmas. La protección de datos es un rollo en algunos momentos.

Veinte minutos después recibo un mensaje suyo con una dirección en las afueras de París y un nombre que no me suena de nada: Luc Morel.

Reviso mi agenda hasta dar con la persona que puede ayudarme con el siguiente paso: localizar a Morel. Bruno trabaja en una empresa de telefonía. Yo mismo le ayudé a conseguir el empleo al presentarle a las personas adecuadas. Lo llamo, le cuento que estoy detrás de un caso importante y que necesito localizar a un tipo del que solo conozco el nombre y la matrícula de su coche.

—Suficiente —me asegura.

Una hora después me llega un mensaje con el teléfono de Morel. Tampoco en este caso quiero saber cómo lo ha conseguido. Le mando un mensaje dándole las gracias y me responde que se lo pague en cervezas. «Eso está hecho», le respondo.

Miro el número de teléfono que he anotado en mi cuaderno durante un buen rato antes de decidirme. ¿Qué le voy a decir? «Hola, te he oído decir en un bar

que has visto cómo se llevaban a una mujer por la fuerza y quiero que me lo cuentes». Uf, voy a tener que pulir mi estilo.

Marco sin esperar gran cosa. Reconozco la voz al otro lado. Bingo, es el tipo del bar.

—¿Sí?

—Buenos días —saludo—, busco a Luc Morel. ¿Es usted el propietario de un turismo azul.

—¿Qué ha pasado? —salta de inmediato—, ¿me han dado un golpe?

—No, no es eso —lo calmo—. Me interesa saber ha estado en el café Le Ruisseau con otra persona.

Silencio al otro lado.

—¿Por qué lo pregunta? —dice por fin.

—Por algo que le comentó a su amigo sobre una mujer y un coche.

Silencio de nuevo. Puedo oír su respiración al otro lado.

—¿Quién es usted? —preguntó a continuación.

—Soy periodista y estoy investigando la desaparición de Élise Marceau —le digo por fin.

—¿Y cómo me ha encontrado? —sigue, desconfiado.

Ya son demasiadas preguntas.

—Mire, solo quiero que me cuente de primera mano lo que vio anoche.

—Eso vale dinero, ¿no cree? Le veo muy interesado —me lanza a continuación. Vaya con el tipo, qué rápido ha espabilado.

Respiro hondo antes de responder.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —le pregunto.

Intuyo su sonrisa satisfecha.

—Mil euros. En efectivo.

—La información no vale tanto —respondo.

—Entonces, no hay nada que hablar.

Me muerdo el labio. No es tanto el dinero como el hecho de que, si cuelgo, perderé la única pista que tengo.

—¿Podría identificar el coche en el que se llevaron a la mujer? —pregunto a continuación. Esa pista sí valdría mil euros.

—No tengo la matrícula —reconoce Morel—, pero en el parabrisas llevaba una pegatina que reconocí y recuerdo perfectamente, y que le sería muy útil para localizarlo. Una del Rally de Montecarlo de 2015. No le diré nada más sin el dinero en la mano —añade.

Bufo y me rindo. No me queda más remedio.

—Esta noche. Dígame dónde.

Me da una dirección en la calle Stendhal, una zona poco transitada y con más sombras que farolas. Perfecto para que te roben la cartera o te maten, pero también para hablar sin testigos.

Cuelgo y pienso en Sophie Blanchet. Le prometí que la avisaría si sabía algo. No es que me encante volver a verla, pero algo me dice que, si no cumplo mi promesa, voy a lamentarlo después. Además, después de años escribiendo sobre gente que desaparece en mitad de la noche en ciudades donde las bombas eran la única banda sonora, sé que hay sitios a los que es mejor no ir solo.

En Blackbird me miran como si fuera un virus informático. La recepcionista me pide que espere y me siento en los sofás del vestíbulo. Son más cómodos que los de mi casa. Cuando Sophie aparece, no sonríe.

—Tienes cinco minutos —dice sin saludar.

Vaya, parece que esa es su medida preferida de tiempo.

—No voy a necesitar tanto. —Levanto la carpeta—. Tengo una cita esta noche con un tipo que dice haber visto a Élise la noche que desapareció. De hecho, asegura que vio cómo se la llevaban por la fuerza.

La veo contener el aliento y perder el color de las mejillas. Abre mucho los ojos, que se oscurecen hasta recordarme al espacio, y tarda unos segundos de más en contestar. Mi radar se activa en al momento.

—¿Qué quiere a cambio? —me dice en un tono más suave que el que estaba utilizando hasta ahora. ¿Qué ha pasado aquí?

—Dinero. Mil euros.

Alza una ceja.

—Es mucho para alguien que solo «cree» haberla visto.

—El dinero no es problema —le digo—. Lo que es un problema es lo que no me estás contando.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —replica a toda velocidad.

Me estoy cansando del jueguecito.

—Esto es lo que hay. Esta noche he quedado con este tipo. Yo pongo los mil euros, no te preocupes. Prometí informarte si me enteraba de algo y aquí estoy, pero esto no te obliga a venir, por supuesto. Es más —añado muy serio—, lo mejor será que no vengas.

Sus ojos se clavan en los míos, fríos, analizándome sin disimulo. Yo le mantengo la mirada. Es magnética. Por un instante creo que va a decir que no, pero una vez más, me equivoco. Esta mujer no deja de sorprenderme.

—Dime dónde.

No me pregunta cómo he conseguido la pista ni cómo he llegado hasta el testigo. Solo dice «dime dónde». Eso me deja claro que no es la primera vez que se mete en un callejón oscuro a cambio de información.

Llegamos con tiempo de sobra. El aire en la calle Stendhal huele a metal mojado y a gasoil. Hay una farola que parpadea, lanzando destellos irregulares que convierten las sombras en algo vivo. Me recuerda a ciertos callejones en Alepo: mismo silencio espeso, mismas sombras que parecen seguirte. No es un recuerdo agradable, pero tiene la ventaja de que sé cómo moverme en sitios donde la luz no es tu amiga.

El tipo aparece a la hora exacta. Lo vemos salir de un portal con las manos en los bolsillos. Lleva traje oscuro y una bufanda enrollada al cuello. Camina despacio, como si no tuviera prisa.

Doy un paso adelante y me acerco primero, colocando a Sophie detrás de mí. Eso también me lo traje de Siria.

—¿Luc Morel? —pregunto.

—Depende. ¿Traes el dinero? —Su voz es la misma que al teléfono, pero ahora puedo ver sus ojos pequeños y duros. Cuando se acerca a la farola, compruebo que es él, el tipo que escuché en el bar y que fotografié después.

Sophie da un paso al frente y en ese instante algo cambia en su rostro. No es mucho, un parpadeo rápido, una ligera contracción en la mandíbula. Algo le pasa, pero no se lo puedo preguntar ahora.

—¿Nos vamos a quedar aquí mirándonos o vas a contarnos lo que sabes? —pregunto.

—No dijiste que vendrías con otra persona —protesta.

—Tampoco me pediste que lo hiciera solo.

Me encojo de hombros y él nos mira unos segundos con los ojos achinados.

—¿Sois polis? —pregunta por fin.

—No —responde Sophie—. Somos amigos de la mujer que se llevaron.

Él cabecea ligeramente y relaja los hombros.

—La vi —empieza por fin—. Era la modelo, Élise no sé qué. Salió de un callejón, supongo que venía del hotel que hay ahí. Iba sola, pero de pronto dos tipos se le echaron encima y la metieron dentro de un coche grande y oscuro.

—¿Gritó? —pregunta Sophie.

El hombre mueve la cabeza de un lado a otro.

—No sé si fue por la sorpresa o empezó a gritar dentro del coche, pero yo no la oí.

—¿Se resistió? —sigo yo.

—Un poco, pero la pobre no tuvo opción. Eran dos contra una, y grandes, además.

—¿Viste quién conducía? —pregunto a continuación.

—No. Los cristales eran oscuros. Y además, fue cuestión de pocos segundos.

Sophie lo mira fijamente y por un momento creo que va a decir algo. Pero no.

—¿Algo más? —insisto.

—Eso es todo.

—¿Viste la matrícula?

De nuevo, niega con la cabeza.

No menciona la pegatina y yo no pregunto. Le tiendo un sobre con el dinero y se lo guarda en el bolsillo sin contarlo. Luego se da media vuelta y desaparece en el mismo portal del que había salido.

De vuelta al coche, Sophie está callada y mantiene los labios apretados.

—¿Qué opinas? —le pregunto.

—Es una pista muy difusa, pero no tenemos otra cosa.

La miro un instante. Está nerviosa, más incluso que durante la rueda de prensa. Mira el móvil constantemente y consulta el reloj.

—¿Ocurre algo? —quiero saber.

Ella suspira y responde sin mirarme.

—Nada que pueda comentar con la prensa.

Uf, eso no me lo esperaba, y tengo que decir que me duele y me ofende en la misma medida.

—Pensaba que teníamos un trato —le digo—. Yo te he traído hasta aquí, he compartido contigo una pista importante, y tú te callas lo que sea que sabes.

Noto su mirada sobre mí.

—No puedo —responde—, de verdad que no puedo. Todavía no.

No hablamos en el resto del camino. La dejo ante el edificio de Blackbird y me marcho sin decirle adiós.

Que te den, Sophie Blanchet.

5

Sophie

La foto sigue fija en la pantalla como una quemadura.

Tres millones. Nada de policía. Esperad instrucciones.

Bajo esas letras, la cara de Élise ladeada, la blusa arrugada, la cinta gris mordiéndole las muñecas.

Kyllian y yo llevamos media hora en el despacho de Théo. En la mesa hay tres vasos de papel; en el mío ya no queda café, solo un poso frío con sabor amargo. Les he contado la visita a Luc Morel y lo poco que sabemos sobre el coche que se ha llevado a Élise. Desconfían de Reed, por supuesto. Yo también, pero les aseguro que no le he contado nada. Sin embargo, la pista de la pegatina es importante.

Théo camina de un lado a otro como un metrónomo impaciente. Kyllian se ha sentado en el extremo de la mesa y escribe en una libreta con trazo corto, eficiente. Han pasado menos de veinticuatro horas desde que recibimos el aviso y todavía no se han vuelto a poner en contacto con nosotros.

—Llamemos a la policía —dice Théo de golpe—. Hoy. Ahora.

—Romperíamos la primera condición del mensaje —respondo—. Si llaman y detectan que hay agentes, podemos perderla.

—Y si no llamamos, también podemos perderla —replica. Se apoya en la mesa y se inclina hacia mí—. No vamos a jugar a ser negociadores. No lo somos.

No lo somos, es cierto, pero sí sabemos movernos en la zona gris entre un correo cifrado y un servidor sin jurisdicción. O al menos, yo sé hacerlo. Trago saliva y me obligo a moderar el tono de mi voz.

—Nadie habla de negociar. Hablo de ganar tiempo. Necesitamos información antes de poner a trabajar a media comisaría y que esto se filtre en quince minutos.

Kyllian levanta la vista.

—Ambos tenéis razón —dice—. La policía es un riesgo, pero también es un recurso. Si entran, asumen el mando, nos dejan fuera y marcan el terreno; si se enteran los secuestradores, pulsan el botón de pánico y podemos perder a Élise, y seríamos los únicos responsables de lo que le pase. —Cierra la libreta.

En ese momento, respiro hondo y me dispongo a hablar.

—Propongo un protocolo mínimo interno durante doce horas. Mañana a primera hora reevaluamos la situación y, si no hay un avance, tomamos una decisión definitiva. Además, todavía no nos han dado instrucciones, nos tienen aquí esperando y mordiéndonos las uñas.

—¿Qué protocolo? —pregunta Théo.

Pulso una tecla de mi ordenador y proyecto el contenido en la pantalla de la pared. El título es lo bastante claro como para que nadie haga preguntas: Secuestro – Marceau – Ventana 0–12 h.

—Uno —empiezo—: contención de las comunicaciones. Todo lo que entre por los canales de Blackbird debe pasar por mí. Nada de respuestas improvisadas, y mucho menos hablar con la prensa, ni por teléfono, ni en persona, ni por email. Nada de nada. Silencio externo absoluto: prensa, clientes, redes. Kyllian, pon en pausa todas las publicaciones de Élise y avisa a Zoé para que responda si le preguntan que Élise está atendiendo su agenda privada. Sin detalles.

—Hecho —dice él, ya tecleando.

—Dos: canal seguro de respuesta. No vamos a dialogar por el mismo buzón que ellos controlan. Voy a preparar un canal seguro con una clave de un solo uso. El mensaje será simple: «Recibido», y pedimos una prueba de vida con marcador de fecha y hora. Luego haremos una pregunta cuya respuesta solo ella y nosotros conozcamos.

Théo se apoya de espaldas a la pared. Veo su mandíbula tensa y las arrugas que recorren su frente.

—¿Qué clase de pregunta?

—Algo personal, pero verificable. —Pienso durante unos segundos—. De pequeña tuvo un perro llamado Orfeo. Nadie en redes lo sabe, nunca habla de su infancia.

—De acuerdo —acepta Théo a regañadientes.

—Tres: logística del dinero —añade Kyllian, entrando en el hilo—. Hay que preparar el escenario y reunir el rescate. ¿Efectivo? ¿Cripto?

—Si piden efectivo, serializamos billetes y metemos balizas en dos fajos —intervengo—. Si piden cripto, monitorizamos las salidas. —Siento el latido de mi corazón en la sien y me obligo a respirar despacio—. Y cuatro: pararrayos de filtraciones. Debemos restringir al máximo el número de personas que conoce la situación. No hablaremos por Slack, nada por WhatsApp ni por móvil. Teléfono fijo o en persona. Si alguien pregunta por qué cerráis vuestras puertas, decid que estamos con una auditoría.

Théo hace un gesto con la mano, como si apartara un humo invisible.

—Falta lo obvio: denunciar.

—Sí —digo—. Pero no ahora.

Silencio. El reloj suena muy bajo a cada segundo, como si golpeara desde otra habitación.

—Sophie —dice Théo, más despacio—. Si esto sale mal, no solo estaremos acabados como empresa, sino que tendremos que vivir el resto de nuestra vida con la carga de haber matado a una persona. Eso, sin mencionar las consecuencias legales que pueda tener para nosotros.

Lo sé. Todo eso ya lo he pensado antes de hablar. Y también he tomado una decisión.

—Yo daré la cara en todo momento. Cuando se haga público, cuando la encontremos, cuando llegue la policía… Es mi trabajo —les corté cuando intentaron protestar—. Buscaré durante este plazo, y si

fracaso, haré lo que vosotros digáis y asumiré las consecuencias de la demora. Doce horas —pido una vez más.

Théo asiente a regañadientes. No le gusta. A mí tampoco, en realidad, pero es la opción menos mala. Kyllian anota la lista de tareas en su libreta.

—Y cinco —añado, antes de que la cierre—: necesito todas las imágenes que podamos conseguir, quiero trazar el recorrido del vehículo que se la llevó. Ya tengo el hotel y la calle. Necesitamos las del perímetro: cámaras de comercios, paradas de bus, portales, parkings y las de los semáforos en el radio más amplio posible. Ya me ocuparé de la parte legal después, si hace falta, pero necesito vuestro visto bueno.

Mi cabeza va a mil por hora. Pienso en la puerta de servicio, en el giro limpio hacia las escaleras, en el abrigo largo. Pienso en los dos tipos que empujan a Élise al interior del coche.

Y pienso en Daniel Reed.

No es policía, no es negociador, pero sabe leer a las personas. Sabe encontrar un coche a partir de una matrícula casi invisible. Y, por encima de todo, no tiene miedo de entrar en un lugar al que yo solo accedería a través de una pantalla. La idea me molesta y me tranquiliza al mismo tiempo. Que él esté dentro me quita control, pero me da otra línea de vida.

—De acuerdo —dice Théo—. Vamos a responder a los secuestradores. ¿Qué les decimos?

—Nada extenso. Que hemos recibido el mensaje y que necesitamos una prueba de vida con las condiciones que he dicho: foto con marcador de día y hora y que Élise diga el nombre del perro de su infancia. Si responden, pasamos a las condiciones. —Tecleo con rapidez y concisión.

—¿No podemos pedir una llamada telefónica de voz? —pregunta Kyllian.

—Podemos intentarlo, claro.

Théo deja caer el cuerpo en la silla y se frota la cara con ambas manos. Por un segundo vuelve a ser solo mi hermano, no el responsable general de Blackbird.

—No me gusta esto —dice.

—A mí tampoco —coincido.

Pulso *Enviar*. El mensaje viaja a través del túnel que he levantado en los últimos veinte minutos para que nadie pueda interceptar nuestras comunicaciones. El estómago se me retuerce en un doloroso nudo.

—Kyllian, el dinero —digo a continuación. No puedo pararme, no tenemos tiempo—. Empezamos a preparar efectivo. Fajos pequeños en una caja opaca. Y ten las balizas listas, aunque no las usemos.

—Voy. —Se levanta, ya marcando números en su teléfono.

Respiro hondo y cierro la proyección. La foto vuelve al tamaño original en mi portátil. Amplío la esquina de la imagen, la sombra irregular detrás de la silla. Es una estantería metálica. O una escalera, quizá. Hay un reflejo débil en el suelo de cemento pulido. No es un edificio normal. Puede ser un local o una nave. Tomo nota mental de todo y respiro hondo.

—Doce horas —dice Théo desde la puerta—. Y llamo a la policía.

—Doce horas —repito.

Cuando me quedo sola, el despacho se encoge. Cierro la persiana hasta dejar una rendija. Dejo el móvil boca abajo. No quiero mirar la hora y ver cómo se me escapan los minutos.

Abro una ventana nueva en el ordenador y tecleo el nombre de Morel. Está limpio. Amplío la foto del sedán gris para intentar distinguir la pegatina en la esquina inferior izquierda del parabrisas. Nada, no hay forma de verlo con claridad. Me desespero.

El cursor parpadea sobre un chat en blanco. La tentación de escribir a Daniel Reed es grande, pero me detengo. Podría llamarlo. Podría decirle que tenemos doce horas menos siete minutos para encontrar a Élise, o al menos una pista sólida que nos conduzca

hasta ella. Podría pedirle que me ayude a buscar ese sedán. Podría… No. Todavía no.

Me levanto, cojo la chaqueta y voy a la sala de servidores. Necesito estar sola y en silencio. Allí, entre ventiladores y leds verdes, no se oyen los relojes.

El teléfono vibra una vez. Mensaje entrante al correo seguro. Lo abro y leo la única línea:

Prueba de vida en 30 minutos. Sigue nuestras instrucciones.

Anoto la hora, vuelvo a la sala de reuniones y abro el canal con Théo y Kyllian.

—Tenemos respuesta —digo.

Ya no pienso en Reed. Pienso en Élise, en la perla blanca en la oreja izquierda, en sus ojos cuando miran a la cámara como si pudieran atravesar la pantalla. Y pienso en el margen que nos queda para no equivocarnos.

Doce horas. Y una cuerda fina, tensa, que no puede romperse.

6

Daniel

Buscar información en internet es como tratar de encontrar una aguja en un pajar. Llevo toda la tarde persiguiendo una maldita pegatina como si fuera la clave para entender el universo. El *Rally Montecarlo 2015*. Es la única pista que tengo sobre el coche en el que se llevaron a Élise.

Voy de una web a otra, de un foro al siguiente. En mi cabeza suena fácil. Un evento así debería dejar rastro: listas de participantes, foros de fans, coleccionistas con cajas llenas de *merchandising*. Un detalle de esos que solo hay que tirar un poco para que salte la madeja. Rastreo en los bancos de imágenes, en las redes sociales, utilizo el hastag de la ciudad para acotar los resultados, pero nada.

Pero cuanto más busco, más lejos me parece que estoy de dar con una respuesta. Las primeras consultas en internet me devuelven cientos de fotos de coches deportivos serpenteando por carreteras de montaña, vídeos de curvas imposibles bajo la nieve y comentarios entusiastas firmados por tipos con alias como *PistonKing* o *TurboMax*. Un océano de ruido en el que mi aguja se hunde sin remedio.

Cambio de estrategia y empiezo a llamar a tiendas de recambios, concesionarios y negocios de accesorios para el motor. Me apoyo en la mesa con una mano mientras con la otra tomo notas rápidas en una libreta que ha visto días mejores.

—No, *monsieur*, solo vendemos modelos genéricos.

—Lo siento, nunca hemos tenido pegatinas oficiales.

—¿2015? Eso es viejo, tendría que mirar en el almacén… pero no prometo nada.

Cuelgo una y otra vez, cada vez con menos paciencia. El reloj marca las seis y pico y tengo más pestañas abiertas en el navegador de las que mi portátil puede soportar. El ventilador interno ruge como si también estuviera cansado de buscar sin obtener resultados.

Me echo hacia atrás en la silla y me paso las manos por la cara. Sé que esa pegatina no está ahí por casualidad, tiene que significar algo.

Podría dejarlo pasar, pero soy consciente de que, hoy por hoy, esa pegatina es la única pista que tengo. Es una pista de mierda, lo sé, pero no tengo nada más.

Aunque sé quién puede ser capaz de abrir más puertas… Y ahí es cuando aparece su nombre en mi cabeza, como un susurro que preferiría no escuchar: Sophie Blanchet.

Ella podría hacer mucho más que yo, podría entrar en bases de datos, en registros de importación, en listados de vehículos acreditados en el rally en cualquier época. Ella podría seguir la pista de esa pegatina en minutos.

El problema es evidente: ella no quiere saber nada de mí, y querrá aún menos cuando se entere de que le he ocultado información.

Cierro todas las pestañas abiertas y me quedo mirando mi reflejo en la pantalla apagada. El rostro que me devuelve la mirada es el de un hombre cansado, y no solo por las horas bajo una luz artificial. La guerra me enseñó que hay momentos en los que tragarte el orgullo es más útil que aferrarte a él. Este es uno de ellos.

Sé lo que tengo que hacer.

No me gusta, pero lo haré.

Llamo a Sophie Blanchet sin pensarlo demasiado. No es que me encante la idea de escuchar ese tono mordaz y burlón que tiene, pero si le doy demasiadas vueltas, acabaré convenciéndome de no hacerlo, y ahora mismo no puedo permitirme el lujo de quedarme quieto.

—Tenemos que hablar —le digo en cuanto responde.

Silencio. Luego, esa voz controlada y cortante. Me viene de nuevo a la cabeza la posibilidad de que esa mujer sea en realidad un robot, una especie de androide. Si un día la toco, seguro que su piel será fría como la de un lagarto

—No tengo nada que decirte.

Cojo aire para calmarme.

—Mira —empiezo—, sé que te guardas información, y lo entiendo y me parece bien. Es tu trabajo. Sin embargo, en estos momentos los dos tenemos el mismo objetivo: encontrar a Élise Marceau cuando antes. Trabajemos juntos.

—Ni loca —contesta al instante.

Vuelvo a respirar profundamente. Intentar hablar con esta mujer está siendo una prueba muy dura.

—Mira —continúo tajante—. O nos vemos y buscamos un modo de colaborar, o cuelgo ahora mismo y mañana publico un reportaje con lo que tengo, que es mucho, como sabes.

—No serás capaz…

—Ponme a prueba —la reto—. Tengo el testimonio de una persona que vio cómo metían a Élise por la fuerza en un coche. No necesito más, pero lo tengo —le suelto—, tengo más. Luego, vosotros veréis cómo os apañáis con la policía y con los medio de comunicación.

—Me estás chantajeando —bufa ella.

—No es mi intención —respondo más calmado. Creo que me he pasado, pero es que esa soberbia consigue sacarme de quicio.

—De acuerdo —la oigo decir por fin—. Ven a mi despacho.

—Prefiero que nos veamos en terreno neutral, no quiero que tus chicos de Blackbird y tú me montéis una encerrona.

—Eso no pasará —protesta. La escucho exhalar por la nariz, como si estuviera evaluando las probabilidades de que esto sea una pérdida de tiempo—. De acuerdo, como quieras. ¿Dónde? —pregunta al fin.

Le propongo un parque a medio camino. Es discreto y tranquilo, y a estas horas estará medio vacío, salvo por algún jubilado paseando al perro y madres jóvenes empujando carritos.

Llego antes que ella. Me siento en un banco de madera, con los codos apoyados en las rodillas y el móvil girando entre los dedos. La veo llegar desde la otra punta del camino y no puedo evitar quedarme mirándola. Jeans ajustados, zapatillas blancas, una cazadora ligera azul marino y un fular gris claro alrededor

del cuello. Lleva el pelo recogido en una coleta alta, y aunque camina con paso decidido, sus ojos recorren el parque como si estuviera escaneando el terreno. Sonrío, porque yo he hecho lo mismo al llegar. No se puede evitar cuando has pasado tanto tiempo evitando las amenazas, digitales ella, muy reales las mías.

—Reed —saluda al llegar, seca como siempre.

—Blanchet —respondo con media sonrisa—. Gracias por venir.

—No lo agradezcas todavía. No he dicho que vaya a ayudarte.

—Como yo lo veo, la ayuda será mutua.

Se sienta en el otro extremo del banco y gira el cuerpo lo justo para poder mirarme sin dejar de controlar el entorno. Está demasiado nerviosa.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

—¿Tú qué crees? —me devuelve—. Sabes perfectamente cómo están las cosas, así que no, no estoy bien. Estoy nerviosa y estresada porque no encuentro a Élise.

—Lo olvidé —repetí.

—No te lo crees ni tú, pero vamos a dejarlo. Cuéntame —me exige.

—No tan deprisa —le digo—. Esto tiene que ser un *quid pro quo* o nada. Yo te cuento y tú me cuentas. Y trabajamos juntos.

Nos quedamos en silencio un segundo, midiéndonos el uno al otro. El aire huele a césped húmedo y a hojas secas. En algún punto del parque, un perro empieza a ladrar como si también quisiera participar en la conversación.

Ella suspira, aparta la vista y se pasa una mano por la frente.

—No necesito esto ahora mismo —murmura—. De verdad que no tengo tiempo para jueguecitos. Esto es muy serio.

—Lo sé —admito—, y por eso estoy aquí. Podemos trabajar juntos. Es más, creo que debemos hacerlo. Tú tienes unas habilidades tecnológicas increíbles, eres la mejor en lo tuyo, y yo… Bueno, yo también tengo mis capacidades y mis contactos.

—Necesito encontrarla antes de que se acabe el tiempo —me dice por fin. Dejo de respirar un momento.

—¿El tiempo? —pregunto, alarmado.

Ella me mira un momento con el ceño fruncido.

—Antes de seguir hablando, tengo que estar segura de que eres de fiar, de que lo que te cuente y lo que descubramos, si es que lo hacemos, no aparecerá a las pocas horas en tu periódico.

—Por supuesto que puedes confiar en mí —respondo mirándola a los ojos. Son tan azules que creo que podría navegar en ellos.

—Júramelo —exige.

Me pongo muy serio y respiro hondo.

—Lo juro. No publicaré nada hasta que el caso esté resuelto.

—Y yo supervisaré lo que escribes —añadió.

—De eso, nada. Nadie controla lo que escribo. Tendrás que confiar en mí.

La veo masticar mis palabras antes de asentir con la cabeza.

—De acuerdo —accede—. ¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante que sabes? —pide a continuación.

Abro el portátil y amplío la imagen de la pegatina que he encontrado según la descripción de Morel.

—El testigo me dijo por teléfono que el coche que se llevó a Élise tenía en el parabrisas una pegatina como esta, del Rally de Montecarlo de 2015. He comprobado que eran una especie de acreditación, no se vendían como parte del *merchandising*, pero no tengo forma de acceder al listado de personas autorizadas que podrían tener una.

Sophie se acerca a la pantalla para estudiarla detenidamente y me llega el aroma de su pelo. Huele a cítricos y a jabón, y brilla bajo el sol que se cuela entre los árboles del parque.

—Esto es muy interesante —reconoce—, y habría estado genial saberlo desde el principio —añade con bilis en la voz. Adiós al relax del olor a cítricos.

—Te lo digo ahora, que es mejor que nunca. Te toca —exijo.

Respira hondo y clava los ojos en los míos. Podría atravesarme con ellos.

—Hemos recibido una petición de rescate —dice en voz baja. Doy un respingo —. La prueba de vida que les exigimos confirma que Élise está bien, dentro de lo que cabe, pero nos amenazan con matarla si llamamos a la policía.

—¿No vais a llamar a la policía? —exclamo demasiado alto. Ella se enerva y mira alrededor, pero por suerte no hay nadie.

—Théo Gaillard me ha dado un plazo de doce horas para investigar y tratar de localizarla antes de avisar a la caballería. Me quedan menos de once y sigo con las manos vacías.

—Por eso has venido —comprendo.

Ella asiente en silencio y yo no digo nada más. Aprendí hace tiempo que el silencio es un arma: si no lo llenas, lo llenará el otro. Y funciona.

—De acuerdo —dice al fin—. Vamos a colaborar durante este tiempo. Recuerda que no puedes publicar ni una sola palabra al respecto y que las decisiones las tomo yo.

—¿Y si te equivocas? —le pregunto.

Ella levanta una ceja y sonríe de medio lado.

Nos damos la mano para sellar el trato. Es un gesto rápido, formal… hasta que noto el calor de su piel contra la mía. No es la mano fría y reptiliana que esperaba, sino firme y cálida, con un leve temblor causado seguramente por la tensión.

Cuando nos soltamos, seguimos mirándonos un segundo más de lo necesario. Sus ojos son de un azul tan oscuro que casi parecen negros cuando no los ilumina el sol. Siento algo parecido a un chispazo en el estómago, y no tiene nada que ver con la cafeína que llevo encima.

Ella aparta la mirada y se levanta.

—Vamos —dice.

—¿A dónde?

—A mi casa. No quiero que nadie sepa que te he dejado entrar en la investigación.

—Investigación que no existiría si yo no te hubiera contado lo de la pegatina —le recuerdo.

Ella no contesta.

La sigo por el sendero. El perro y las palomas ya no están. Solo quedan las huellas húmedas en la grava y la sensación de que algo entre nosotros acaba de cambiar.

7

Sophie

No me gusta que venga gente a mi casa. Soy desconfiada por naturaleza, quizá porque sé lo que el ser humano es capaz de hacer y porque la vida me ha enseñado que no te puedes fiar ni de tu padre, en mi caso, literalmente. No había pasado ni un año desde que Blackbird estuvo a punto de quebrar por culpa de las filtraciones que Bertrand Blanchet, mi padre, hizo a la competencia con el único objetivo de que sus dos hijos, Kyllian y yo, no tuviéramos más remedio que trabajar con él. No he vuelto a ver a mi padre desde entonces, pero sé que está bien, moviendo sus hilos para recuperar su influencia y, sobre todo, su dinero.

Mi casa es mi fortín, y no me gusta ver intrusos husmeando por aquí, que es justo lo que Reed está haciendo desde que se ha bajado del coche. Estudia el barrio, la calle, los edificios… Luego me sigue hasta el portal y subimos en silencio. Daniel camina un paso por detrás de mí, y puedo sentir su mirada recorriendo cada puerta del rellano como si quisiera memorizar la planta entera. He leído sobre él y sé que ha sido corresponsal de guerra durante casi dos años. Supongo que de ese tiempo guarda la costumbre fichar el terreno, anticipar las salidas y localizar posibles amenazas. Aunque en mi opinión, aquí la única amenaza que hay es él.

Abro la puerta y me hago a un lado para dejarlo pasar. Daniel cruza el umbral como si estuviera entrando en territorio enemigo, evaluando cada centímetro. Es alto, más de lo que recordaba, y fuerte. Tiene la espalda ancha, los brazos musculosos, y el pecho se adivina poderoso. El pelo, castaño claro y ligeramente ondulado, le cae de forma descuidada sobre la frente, y aunque no va afeitado, la

barba de dos días no le resta atractivo; al contrario, le da ese aire peligroso que parece arrastrar consigo allá donde va. La chaqueta de cuero gastada le sienta como un guante, y bajo ella se adivina una camiseta gris que marca lo suficiente para dejar claro que no es solo fachada. Tiene algo en la mirada —del color de la miel, directa— que da la sensación de que está siempre midiendo a la gente, como si estuviera tratando de decidir si eres un aliado, una amenaza o una historia.

—Por aquí —le indico, avanzando hacia el despacho.

Se detiene en seco cuando entra en mi rincón de trabajo. Sigo su mirada para ver qué le llama tanto la atención. Vale, yo ya estoy acostumbrada, pero reconozco que para alguien que lo vea por primera vez puede resultar llamativo. Hay ordenadores, pantallas, un par de servidores con luces parpadeantes y una mesa secundaria que apenas uso y que está llena de memoras externas, pendrives y artilugios de diferente utilidad. Daniel se queda de pie, mirándolo todo con curiosidad.

—¿Todo esto es legal? —pregunta con una sonrisa.

—Depende de quién pregunte —respondo en el mismo tono.

Enciendo el equipo principal. Tres pantallas se iluminan a la vez, bañando la habitación en tonos fríos. Me siento y comienzo a abrir los programas que necesito mientras mis manos se mueven por el teclado con rapidez y eficacia.

—La pegatina —le pido. Daniel conecta su portátil y me la envía por correo electrónico. La abro en mi pantalla principal y la estudio un momento—. No es parte del *merchandising* del rally, sino una acreditación que se daba a los vehículos autorizados —confirmo—. Eso significa que hay un registro, como tú mismo has podido comprobar.

—Un registro que no es público —concreta.

—Así es.

Empiezo a buscar. Como Reed había dicho, no consigo nada en los canales oficiales. Me cuesta reconocerlo, pero que un profano haya llegado hasta ahí ya es un mérito. Lo que no pienso hacer es

decírselo. Avanzo por canales más discretos hasta que me topo con un muro: acceso restringido a la Federación Automovilística. Sonrío, porque como yo lo veo, los muros están para saltarlos.

Lo oigo suspirar decepcionado a mi lado. Miro de reojo el reloj de la pared. Me quedan menos de diez horas para la hora tope marcada por Théo, no puedo permitirme dudar ni equivocarme.

—Tienes que prometerme que no contarás nunca nada a nadie de lo que voy a hacer ahora —le pido mirándolo a los ojos. Sus largas pestañas suben y bajan despacio. Está serio, se le han formado dos pequeñas arrugas entre las cejas y ha apretado los labios.

—Por supuesto —dice—. Lo prometo.

—Bien. Vamos, entonces.

Y comienzo a teclear a toda velocidad mientras los muros van cayendo uno a uno. No es lo más complicado que he hecho en mi vida, pero él no tiene por qué saberlo. En realidad, las bases de datos como esta, perteneciente a una federación deportiva, pueden ser asaltadas hasta por un adolescente un poco avispado.

Tecleo rápido, ajusto una cadena de parámetros y espero. Un minuto después, la pantalla me devuelve una lista de nombres, direcciones y modelos de coche. Cientos de ellos.

Daniel lanza una sonora exclamación.

—¡Bravo! —dice—. Eres una hacker de primera.

—No me llames eso —le pido—. Simplemente… he entrado por la puerta de atrás.

—Pero estamos dentro —repite con una enorme sonrisa en la cara.

Reconozco que lo he mirado un par de segundos más de lo necesario, pero él no se ha dado cuenta, así que aquí no ha pasado nada.

Daniel se acerca más para leer, pero lo retiro un poco con el codo.

—Tranquilo, esto no es tan fácil. Ni siquiera tenemos matrícula.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —pregunta.

—Filtrar y acotar poco a poco. Es un trabajo de hormiguita. Primero, el año —digo, y la lista se hace un poco más corta—. Ahora, por color. —Todos los coches que no fueran grises desaparecen de la pantalla—. Y ahora, por modelo.

La lista se recorta ostensiblemente pero, aún así, quedan demasiados.

—Son muchos —se queja, remarcando lo evidente.

—Eres muy pesimista, ahora viene la segunda parte. Vamos a cruzar estos datos con las bases de registros de las compañías de seguros, así sabremos cuántos de estos vehículos siguen en circulación, cuántos están en París y, con un poco de suerte, la identidad y dirección del propietario.

—Guau —dice sin más. Luego, los dos nos quedamos mirando el desfile de líneas sobre la pantalla del ordenador.

—Esto tardará un rato —le digo—. Siéntate si quieres.

Lleva todo el tiempo de pie a mi lado, tan cerca que puedo oler el cuero de su chaqueta y el aroma de su perfume, intenso, ahumado, selvático.

De pronto, Daniel rompe el silencio:

—Te voy a preguntar algo, y me gustaría que fueras honesta.

Le miro de reojo.

—Depende de la pregunta.

—¿Conocías a Morel?

Parpadeo. Ya ni me acordaba de ese detalle.

—No le conocía.

—Vamos… —dice—. La otra noche, cuando apareció, se te cambió la cara.

Cruzo los brazos y lo miro muy seria.

—No te estoy mintiendo. Lo había visto antes, sí, pero en las cámaras de tráfico.

Él permanece en silencio, a la espera de una explicación. No es la primera vez que juega conmigo a eso, pero no le va a funcionar siempre.

—Cuando revisé las grabaciones del hotel, vi a Élise salir por la puerta de servicio. La seguí cámara a cámara hasta que la perdí al final de la calle. No podía quedarme ahí, así que me colé en las cámaras de tráfico para seguirla. Yo también vi cómo la metían por la fuerza en un coche. Y luego vi a Morel asomarse unos segundos para seguir la trayectoria del coche. Por eso sabía que su testimonio era bueno, porque era cierto que estuvo allí y que había visto lo que decía haber visto.

Daniel asiente despacio, y noto en su gesto algo que parece admiración.

—Gracias por contármelo. Tampoco diré nada de esto, tranquila.

Sonríe. Y yo, como una tonta, le sonrío a él.

El despacho queda envuelto en un silencio tenso, roto solo por el zumbido grave de los ventiladores y el parpadeo hipnótico de las luces de los servidores. La silla cruje cada vez que cambio de postura, y a través de la ventana cerrada llega el rumor distante del tráfico nocturno. El tiempo parece alargarse, poniendo a prueba mi paciencia. La barra de progreso avanza con desesperante lentitud.

—¿Siempre es así de lento? —pregunta al cabo de un rato.

—No. Hoy se está haciendo el interesante.

Cuando al fin aparece el resultado, me enderezo y casi pego la cara a la pantalla.

—Aquí lo tenemos. Coinciden varios modelos de coche con la descripción del sedán que viste en las cámaras, pero solo hay cinco registros de vehículos activos en París.

—¿Y en el resto del país? —pregunta—. No podemos descartar que vinieran de otra región.

Repaso la lista, pero hay suerte.

—Ninguno, solo son estos.

Daniel se inclina un poco más sobre mi hombro, lo suficiente como para que el calor de su cuerpo atraviese la tela de mi camiseta. Percibo el roce leve de su brazo contra el mío y un vago aroma a cuero y madera ahumada que me distrae más de lo que debería. Me obligo a mantener la vista en la pantalla, pero mi pulso ha decidido ir por libre.

—Cinco no es mucho —murmura.

—No —admito—, y aquí tenemos los datos de los propietarios.

—¿Puedes…? —empieza.

—No —le corto tajante—. Colarse en las bases del gobierno es demasiado serio. Solo son cinco, lo haremos a la vieja usanza.

Él sonríe de oreja a oreja.

—Pues vamos a por ellos.

Cierro las ventanas y guardo la información en un pendrive cifrado. Se lo muestro antes de guardarlo en mi bolsillo.

—De aquí no sale nada sin mi permiso.

—Tranquila, Blanchet. Y recuerda que no estás sola en esto. Soy tu cómplice —añade con un guiño que no sé si me tranquiliza o me inquieta.

8

Daniel

Sophie sale del despacho con el móvil en la mano y cierra la puerta sin llegar a encajarla del todo. «Un minuto», dice, y se pierde por el pasillo. Oigo su voz amortiguada, rápida, afilada. Capto retazos: «Kyllian… la ventana… no, aún… prueba de vida… sin policía… tengo una pista…». «Tengo», en singular, como si estuviera sola. Luego, un silencio breve y el crujido de la tarima bajo sus pasos mientras deambula de un lado al otro. No lo capto todo, pero sí lo suficiente: el reloj sigue corriendo y ella está contándoles nuestros avances a la gente de Blackbird. Nuestros, de los dos.

Me quedo solo con el zumbido de los servidores. Aprovecho para respirar. El despacho huele a metal caliente, plástico y a su perfume cítrico. Recuerdo que el pelo le huele así, a naranjas y pomelos.

Me levanto, salgo al pasillo y me asomo a la sala. Su casa está ordenada, aunque eso no me sorprende. Muebles bajos, líneas rectas, una estantería blanca con libros sobre seguridad, criptografía, psicología criminal y, entre medias, alguna novela negra. Junto a la ventana, una planta alta, bien cuidada. En la mesa del salón hay varias revistas que no me entretengo en ojear. Me basta con ver que en la portada de la primera aparece Élise Marceau.

Tengo sed. La cocina está unida al salón. Es compacta, impecable, con acero cepillado y una encimera clara. En una esquina, un molinillo de café; al lado, una cafetera italiana. Sobre el fregadero, un paño colgado con precisión milimétrica. En la nevera hay imanes de conferencias de ciberseguridad y recuerdos de viajes, y un pósit con una cita que no especifica.

Los vasos están en uno de los armarios, alineados como soldados. Me sirvo agua fría y bebo despacio mientras pienso en lo que estoy haciendo. No me

planteo si lo que hemos hecho hasta ahora es legal o ilegal, porque estoy convencido de que es necesario. Las manos me tiemblan apenas un segundo, pero no es miedo lo que siento, sino la sensación de que estamos a punto de empujar una puerta sin saber qué hay detrás.

Vuelvo al despacho y reviso mi libreta. Cinco coches registrados en París, todos sedán grises, y todos estuvieron acreditados en el Rally de Montecarlo en 2015. No hay forma de saber cuántos de ellos mantienen la pegatina del evento, tendremos que comprobarlo en persona.

—Bien —dice Sophie desde la puerta. Me giro y la veo guardarse el móvil en el bolsillo trasero del vaquero. Se ha detenido en el umbral, y el contraluz dibuja su silueta. No he había dado cuenta de que era tan esbelta. Es alta, delgada y fuerte. Me mira con la cabeza levantada y las piernas ligeramente separadas, preparada para todo—. Vamos a investigar esta lista.

Se sienta y enciende las tres pantallas a la vez. La luz fría nos tiñe la piel de un tono distinto, más tenso. Teclea hasta que el planeta aparece en la pantalla. Literalmente, veo el planeta Tierra.

—¿Qué has hecho? —le pregunto, admirado y atónito.

—Conectarme a un satélite de comunicación —responde, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Tú puedes…?

—En este caso, sí —me dice con una sonrisa—. Blackbird paga una buena pasta por disponer de los servicios de este satélite. Y no preguntes para qué lo usamos —me advierte con el índice apuntando hacia mí. Levanto las manos, por si es capaz de disparar con el dedo. Todavía no estoy seguro de que no sea un robot.

Habilita una caja de búsqueda y teclea una tras otra las cinco direcciones. Las manchas verdes y grises de la ciudad se acercan, se alejan, vuelven a acercarse y se quedan en pequeñas cajitas en la parte superior de la pantalla.

—Bien, lo tengo —dice por fin. Estoy cansado de esta de pie a su lado, tengo que doblarme por la cintura para poder ver lo que aparece en la pantalla, así que alargo un brazo y cojo una de las sillas que hay en el despacho. La pego a la suya y me siento. Le rozo la pierna al sentarme, y ella da un respingo hacia un lado—. Vamos uno por uno —continúa. Percibo una nota demasiado aguda en su voz. ¿La pongo nerviosa? Eso puede ser divertido. Me dejo de tonterías y me centro en lo

que estamos haciendo. El reloj corre—. Las viviendas sin garaje privado quedan fuera; salvo que tengan una plaza subterránea con acceso sin cámaras. Aun así, las probabilidades de que sea nuestro hombre son más bajas. Si han secuestrado a una mujer, necesitan un lugar discreto. —Clava el cursor en el primer punto—. Noveno distrito. Piso interior, patio de luces. Nada. Siguiente.

Yo tomo notas en mi cuaderno: «Centro, piso. No». Me limito a asentir. No hace falta rellenar el aire con frases vacías; aquí lo único que cuenta es avanzar.

—Segundo —continúa—. Cerca de Bastille. Edificio antiguo, entrada con portón. Hay garaje, pero comunitario. Cámaras por todas partes. —Amplía—. Y el acceso es estrecho. Un sedán grande lo rozaría. Veamos el interior.

Se gira hacia el segundo ordenador y teclea con rapidez. Sus dedos sobre el teclado me hipnotizan. Al instante veo imágenes de un garaje subterráneo. El reloj de la parte superior izquierda indica que son en directo.

—Guau —es todo lo que puedo decir.

Ella sonríe.

—Descartado —dice.

Sophie pasa a la tercera dirección. Las imágenes cambian: tejados de pizarra, calles en forma de damero y un patio interior poco prometedor.

—No, no, no —musita mientras va señalando con el cursor los edificios de toda la manzana.

Solo nos quedan dos…

El cuarto punto nos saca de golpe del tejido urbano.

La ciudad deja paso al campo. Parcelas rectangulares, franjas de tierra arada y un camino de grava. La vista del satélite se detiene sobre un conjunto de edificaciones bajas: una casa, un cobertizo grande de chapa y una tercera estructura más pequeña pegada a un muro. No hay vecinos cerca, solo campos y una hilera de álamos marcando el lindero.

—Está a las afueras —digo, como si no fuera evidente—. Es una zona agrícola.

—Propietario número cuatro —lee—. Jean-Luc Durand, cuarenta y tres años. Actividad: logística agrícola. La dirección es Route de la Forêt, a las afueras de Meaux.—Amplía la imagen—. Cobertizo con dos portones y un patio. Espacio suficiente para entrar y salir sin testigos.

—Y sin cámaras —añado.

La imagen se queda quieta un segundo. Siento un cosquilleo en la nuca.

—¿Se distingue el coche? —pregunto.

Sophie hace zoom y amplía la imagen. La nitidez es impresionante. Puedo ver la hierba, los desconchones en la madera, las marcas de ruedas en el camino de entrada…

—No lo veo —dice al cabo de unos minutos—, pero eso no significa que no esté guardado en uno de los cobertizos, o que simplemente no esté en estos momentos. Podría ser… —añade.

Lo anoto en mi cuaderno. «C1: campo, cobertizo. Posible sí».

—Vamos con el quinto —digo a continuación.

Volvemos a la ciudad, pero no a un barrio residencial. La textura del mapa cambia para mostrar una serie de naves industriales, techos de chapa, patios con manchas de aceite y una lengua de vías de tren a doscientos metros. Sophie se acerca hasta que puede leer el rótulo de la dirección que consta en el registro. Es un taller mecánico con una fachada deslucida y un vallado de malla metálica.

Me acerco más a la pantalla y el hombro de Sophie roza el mío. Me distraigo un segundo, pero su voz perentoria me devuelve a mi sitio.

—Propietario número cinco —dice—. Matriculado a nombre de una sociedad limitada. Actividad: servicios de reparación. —Hace un zoom a la entrada—. Mira el suelo.

Mientras yo miro sin saber qué buscar, ella manipula su pequeño portátil y me muestra algo. Contengo la respiración. Es la primera vez que veo la foto que los secuestradores han enviado de Élise, no me la había enseñado hasta ahora. Se me encoge el estómago y algo arde dentro de mí.

Sophie tiene razón. El cemento claro refleja la luz como en la foto de Élise.

—Y mira esto —exclama, señalando la estantería metálica que se distingue detrás de Élise—. Puede ser…

—Puede ser —confirmo—. Al menos, es del tipo que se utiliza en esta clase de negocios, industrial, con módulos metálicos. Amplía la esquina —le pido—. ¿Ves eso? —Señalo un objeto no demasiado nítido. Parece rojo, o granate, y es alto, de al menos un metro—. Puede ser un carrito de herramientas, mi padre tiene uno

muy parecido. —La veo morderse el labio—. Puede ser —insisto. Quizá Élise esté allí.

Nos quedamos un segundo en silencio. Los dedos de Sophie se detienen, pero el resto de su cuerpo dice «vamos».

—¿Qué hacemos ahora? —me pregunta. Respira con rapidez y le brilla la piel por el sudor—. Debería llamar a Blackbird y que ellos avisen a la policía.

—Comprobémoslo primero —le pido. Tecleo la dirección del taller en Google Maps—. Solo tardaremos veinte minutos en llegar. Si vemos el coche o movimientos sospechosos, llamaremos de inmediato.

La veo dudar. Su mirada va del ordenador al teléfono y, por fin, a mí. Me mira con sus ojos insondables. Tiene los labios entreabiertos y veo su pecho subir y bajar deprisa.

—De acuerdo —accede por fin—. Pero no entraremos, ni siquiera nos acercaremos si hay peligro de que nos descubran. Nos limitaremos a confirmar nuestras sospechas y a llamar por teléfono, ¿de acuerdo?

Mi cabeza comienza a trazar el plan de manera casi innata. Lo he hecho demasiadas veces antes.

—Aparcaremos entre estas naves de aquí —le indico, señalando un par de edificaciones que parecen abandonadas— y caminaremos el resto del camino. Con cuidado y en silencio. Nos acercaremos lo máximo que permita la prudencia, te lo prometo. Podemos hacer fotografías de lo que encontremos y luego avisaremos a Blackbird, a la policía o a quien tú decidas.

Sophie asiente y me doy cuenta de que me mira diferente, casi casi como si le gustara lo que ve. Luego se levanta con rapidez.

—Yo conduzco —decide.

La veo mirar el reloj.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—Menos de ocho horas —responde.

—Nos movemos ya.

Bajamos por la escalera sin hablar. En el portal el aire está más frío. El coche de Sophie es discreto y sin adornos, pero potente. Abre la puerta del garaje con el

mando y salimos a la calle. Conduciendo, es la misma Sophie que frente a un teclado: precisa, sin titubeos, concentrada y segura.

—Théo quiere llamar a la policía cuanto antes —dice sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Y tú?

—Yo quiero llegar antes de que haya que llamar a nadie. Solo quiero que Élise esté bien y vuelva a casa.

Asiento. Afuera, París empalidece bajo la luz de la tarde. Giro la cabeza y observo su perfil unos segundos: la mandíbula apretada, el pulso controlado en el cuello, las manos firmes en el volante.

—Sophie —digo.

—¿Qué?

—Si algo sale mal, no corras hacia el interior de la nave, de ninguna nave. Sal hacia la calle central y gira a la derecha. Corre dos manzanas. Nos reuniremos en la tercera.

Me mira de reojo, apenas un instante. No sonríe.

—Prefiero que no nos separemos —protesta.

—Si algo sale mal —repito—, yo te cubro y tú corres. Recuperas el coche, sales a la calle, dos manzanas y me esperas en la tercera. Es sencillo, no discutas.

—De acuerdo —responde.

No hablamos durante el resto del trayecto. Sophie conduce mientras yo repaso en el portátil la ubicación del taller y estudio el resto de la zona. Calles si salida, edificios abandonados, zonas habitadas y posibles refugios.

—Apaga las luces —le pido cuando llegamos al polígono industrial. Ella obedece y avanza despacio. El sonido de las ruedas sobre el asfalto me parece atronador. Un perro que ladra en alguna parte, y el viento sacude una valla maltrecha que protege una zona de zarzas y tierra removida.

Aparca donde hemos convenido y salimos del coche.

—Avanza detrás de mí —le digo.

—No creo… —empieza.

—Hazlo —la corto. Sophie ya no protesta más. Se coloca a mi espalda y se amolda a mi paso.

—Allí —la oigo decir.

Sigo su dedo y veo la valla metálica y la puerta del taller. La verja está a media altura, pero no se percibe movimiento dentro ni fuera.

Pienso en Élise.

—Vamos —dice Sophie a mi lado.

Y vamos.

9

Sophie

El aire en el polígono huele a hierro viejo. Es un olor que conozco bien, una mezcla de polvo industrial, aceite rancio y la humedad acumulada durante años. No hay viento, pero el frío se cuela igual, pegándose a mi piel. Daniel avanza delante de mí, pegado a la pared. Yo le sigo, imitando su forma de moverse, ligera pero firme, intentando no hacer ruido.

Oímos sonidos procedentes de una nave a nuestra derecha, obreros trabajando, sierras y algunas voces, pero no nos preocupamos porque suena normal. El silencio regresa en cuanto cruzamos la siguiente calle, y es tan denso que oigo el roce de la chaqueta de Daniel contra el muro de cal de la nave, que se desprende y se queda pegado al cuero de su cazadora. El tacto áspero se me clava en el antebrazo cuando intento pegarme más para que mi sombra no destaque bajo la luz débil que llega desde la calle principal.

Avanzamos con cautela. Daniel se detiene cada pocos metros para estudiar esquinas, los portones y las ventanas. Yo me concentro en buscar cámaras en las farolas y los postes, sobre las puertas, en las ventanas… pero no veo ninguna a simple vista. No es algo que me tranquilice; si las hay, están bien ocultas. En algunos puntos, el suelo está salpicado de trozos de vidrio y pequeños charcos que reflejan la luz mortecina de las farolas.

Caminamos despacio para no pisar nada que delate nuestra presencia.

Solo nos separan veinte metros del taller que venimos buscando. Tiene la verja cerrada solo a medias, pero no se distingue luz en el interior. Esperamos varios minutos antes de cruzar, resguardados por la esquina, ocultos, esperando, con el oído y la vista aguzada al máximo. Por fin, Daniel me hace una seña y cruzamos la calle a la carrera.

Estamos junto al taller, en el lateral de la nave. No hay ventanas, y el muro luce un batiburrillo de grafitis absurdos y poco artísticos. Al girar la primera esquina de la nave vemos una hilera de bidones oxidados apoyados contra la pared. Uno está volcado, y de él surge un reguero oscuro y espeso que lleva mucho tiempo seco. El olor es fuerte, químico. Parece aceite de motor. Daniel pasa primero, yo detrás, cuidando de no engancharme con un trozo de metal doblado que sobresale.

Seguimos avanzando. La parte trasera de la nave es aún más desoladora. No hay puertas visibles, solo un muro igual de pintarrajeado y un par de ventanas cubiertas por tablones clavados de forma irregular. Una corriente de aire frío se cuela por las rendijas, lo que nos indica que al otro lado no hay cristal.

El ladrido lejano de un perro me sobresalta. Doy un respingo y Daniel se gira para comprobar que estoy bien.

—Lo siento —susurro. Él sonríe y me tranquilizo en el acto.

Rodeamos la nave por completo. Nada. Ni luces, ni voces, ni movimiento. Pero el sitio es grande, demasiado como para descartarlo por una primera impresión. Al volver hacia el frente, Daniel se detiene de golpe y levanta la mano en señal de alto. Yo también me paro y me agacho por instinto.

Ahí está, un sonido débil, como un eco apagado. Voces. Dos, quizá tres, no lo distingo bien. Son graves, pero no puedo entender lo que dicen.

Nos movemos rápido hacia unos contenedores azules que hay junto a la entrada principal. Están abollados y manchados, y uno de ellos huele a basura podrida. Me agacho detrás, con la espalda pegada a la pared, y siento cómo el frío del hormigón se cuela a través de la tela del vaquero. El pulso me golpea en los oídos.

La persiana metálica del taller empieza a subir. El ruido me pone la piel de gallina. Un haz de luz amarilla se derrama sobre el suelo manchado. Me quedo inmóvil, conteniendo la respiración.

Dos hombres salen a la calle. Uno es alto, con la cabeza completamente afeitada y una cazadora oscura sin distintivos. El otro, más bajo, robusto, lleva una sudadera oscura y la capucha echada hacia atrás. Caminan con seguridad, como si no temieran ser vistos.

La persiana baja de nuevo, arrastrándose con un chirrido áspero. Ninguno de los dos echa la llave ni pone una cadena. Quizá piensen volver pronto, o puede

que quede alguien dentro.

Los seguimos con la vista cuando se dirigen hacia una calle lateral. Poco después escuchamos un motor y nos llega el sonido de la gravilla bajo las ruedas.

Ahí está el sedán gris. El mismo perfil que vi en las imágenes de las cámaras de tráfico, el mismo tono de pintura mate, los cristales oscuros y la pegatina en el parabrisas. No hay duda.

Pero entonces, en el peor momento, el hombre calvo gira la cabeza y nos descubre. Lo veo mover la boca, y aunque no oigo lo que dice, lo intuyo. El segundo hombre tarda un segundo en girarse hacia los contenedores. Sus miradas se clavan en nosotros y el conductor pisa el freno. El sedán chirría hasta detenerse a unos metros de nosotros.

Daniel se tensa y yo noto un nudo en el estómago.

El resto ocurre a cámara lenta. Daniel me coge de la mano y corre hacia la verja metálica. Tira de la manija hacia arriba y la sube medio metro.

—¡Entra! —me grita.

—¡Dijiste que nada de entrar en el taller! —le recuerdo. Estoy muerta de miedo.

—¡Entra! —insiste.

Sin dudarlo más, me tiro al suelo y ruedo para pasar por debajo de la puerta. Al instante, Daniel me sigue, entra en el taller y baja la verja hasta el suelo.

—¡Corre! —grita a continuación.

Sus ojos arden, veo sus músculos tensos sujetando la verja contra el hormigón del solado. Miro a mi alrededor. Todo está sucio, roto y desordenado. Junto a una columna cercana hay algo que nos puede servir. Corro hacia allí, me agacho un segundo y vuelvo junto a él. Le tiendo una barra metálica corta y retorcida, pero él sonríe una fracción de segundo, la coge y la encaja en la puerta, en el sitio donde debería estar el candado.

—No les costará demasiado abrirla —dice—, ¡vamos!

Y corro como si me fuera la vida en ello. Porque, en realidad, así es.

10

Daniel

La verja vibra bajo mis manos como un animal furioso. Del otro lado, los dos hombres que iban en el coche empujan, golpean y la sacuden; oigo sus puños contra el metal y sus gritos. La barra que he encajado para atrancar el anclaje cruje, aguanta… pero no lo hará durante mucho más tiempo.

Me giro y veo a Sophie en mitad del taller. Ha corrido cuando se lo he ordenado, pero ahora se ha detenido y me mira. Me espera.

Corro hasta ella, compruebo que está bien y la cojo de la mano. Juntos nos apresuramos hacia el interior de la nave. El aire aquí es más denso, está cargado de polvo y micropartículas de pintura en suspensión. Apenas hay luz. Los fluorescentes que cuelgan del techo están rotos y descolgados, y el foco que un día sirvió para iluminar los motores tiene la pantalla reventada. Distingo cuatro ventanas, dos a cada lado. Tres de ellas están tapiadas con maderas, pero no creo que me costara mucho arrancarlas. La cuarta está protegida por una reja, pero es la única que deja entrar algo de luz. Gracias a ella puedo ver dónde estamos.

Aquello parece un cementerio de hierros. Hay chatarra apilada en montones irregulares, capós abollados, paragolpes colgando de ganchos, un compresor grande y ruedas sin llanta como coronas funerarias negras en el suelo. Cojo una enorme barra metálica, gruesa y recta, y se la tiendo a Sophie, que la coge sin dudar. Luego me agacho para coger una larga llave para tuercas de coches. La sopeso en la mano y me la llevo.

A la izquierda, dos fosos de reparación cortan el suelo de la nave como dos bocas abiertas. El primero está vacío, salvo por unos charcos negros de un aceite que no me atrevo a calcular cuándo fue derramado. Me asomo por pura inercia de reportero y de superviviente. Nunca hay que dejar un hueco sin mirar. Es estrecho y huele a humedad; junto a la mancha de aceite hay restos de periódicos apelmazados y una botella rota. Si nos metemos ahí, nos cazarán como a ratas. El segundo tiene una escalera de hierro vieja, con peldaños que destiñen óxido. Lo más interesante es que a la derecha no veo una pared, sino una especie de pasillo.

Tiro de Sophie, que se agarra a mi mano con fuerza, y me detengo en el borde del segundo foso.

—Vamos a bajar —murmuro.

—¿Estás loco? —replica ella. Veo el miedo en sus ojos. Le aprieto la mano para tranquilizarle y le señalo el pasillo de la derecha. Ella mira hacia donde le indico y abre mucho los ojos—. Hay luz —dice después.

Asiento con la cabeza y nos apresuramos hacia la escalera. No estoy convencido de que sea demasiado segura, pero no tenemos tiempo para comprobaciones. La verja de entrada vuelve a sacudirse. Oímos un golpe seco y luego otro. La barra cederá en segundos.

—Con cuidado, vamos —la animo señalando la escala metálica. Ella no duda. Se gira, mete la barra metálica por la cinturilla de su pantalón y comienza a descender. Se aferra a los laterales y tienta con el pie antes de apoyar el peso del cuerpo, pero baja rápida y segura.

Cuando está en el suelo, mira hacia arriba y clava los ojos en mí.

—Te toca, es seguro —me dice.

En ese momento oigo cómo la verja de la entrada comienza a subir. Van a entrar.

Me inclino sobre el foso y salto.

Caigo con las piernas flexionadas y las manos en el suelo y me estabilizo. A mi alrededor se levanta una pequeña nube de polvo. Miro hacia arriba y escucho con atención. Silencio. Están dentro.

Le hago un gesto a Sophie con el dedo en los labios para que no haga ruido y nos dirigimos hacia el pasillo. Aquí abajo el olor cambia, huele menos a aceite y más a humedad. Oigo a Sophie a mi lado, sus zapatillas producen un sonido seco sobre el hormigón. Me mira con el ceño fruncido.

—Esto es una trampa —susurra.

—Quizá —respondo—, pronto lo veremos.

Avanzamos pegados a la pared del foso. A un metro, el hueco se abre a la derecha y se transforma en un pasillo bajo, encamisado en cemento basto. Tengo que agacharme para no golpearme en la cabeza contra el techo. Sin embargo, aquí sí hay luz, unas bombillas sueltas que cuelgan de un cable trenzado. No todas funcionan, pero es suficiente.

Señalo el suelo con el dedo. Hay huellas de pisadas, muchas. No sé si esto es buena señal o no, pero el rastro es reciente. De arriba llega el eco de un golpe más fuerte, seguido por una retahíla de palabrotas a duras penas contenidas. Los pasos suenan muy cerca.

Sophie saca el móvil y teclea con los dedos veloces un mensaje. Veo la pantalla iluminada en la penumbra y distingo algunas palabras: *Kyllian. Taller. Ayuda. Coordenadas*. Pulsa enviar, pero la barra de progreso no se mueve.

—Sin servicio —bufa. Me enseña el teléfono y niego con la cabeza.

—Saldrá cuando haya cobertura —le susurro.

El pasillo avanza en línea recta unos diez metros y de pronto desemboca en un espacio más amplio, casi tan grande como la nave de arriba. El sótano debió de servir como almacén cuando el taller funcionaba. Hay columnas de hormigón y paredes desconchadas de las que todavía cuelgan armarios metálicos y varias estanterías. A la izquierda hay una mesa de trabajo con manchas oscuras y herramientas desperdigadas: llaves inglesas, destornilladores y un

martillo con el mango de madera. A la derecha, dos puertas de chapa, una junto a otra, encajadas de mala manera en los marcos. Detrás de nosotros, el pasillo sigue hacia otra zona más oscura. Una de las puertas luce el cartel que anuncia su uso: WC. En la otra, una placa asegura que se trata de un almacén.

Abro la puerta del baño. El olor es asqueroso. Es un cubículo pequeño, con un váter, un lavabo y un espejo roto. Cuando estoy a punto de abrir la segunda puerta, una voz ronca atruena en el hueco del pasillo.

—¡Baja! —le urge al otro—, yo sigo buscando aquí arriba. No pueden haber salido.

Nos aplastamos contra la sombra de la pared. Puedo sentir mi propio pulso en la lengua. El aire me sabe a metal. Sophie respira por la nariz, controlando el ritmo. No tiembla, está seria y concentrada. Empujo la segunda puerta, pero no cede. Está encajada contra el marco. Meto los dedos por un hueco y tiro. A la tercera, la chapa cruje y se abre lo justo para dejarnos pasar. Dentro hay un cuarto estrecho con estanterías de metal, cajas de cartón, garrafas etiquetadas con rotulador y un gato hidráulico apoyado en el suelo. Cambio mi llave de tuercas por el martillo del banco, es más manejable y contundente.

Sophie frunce el ceño y me da un golpecito en el brazo

—¿Oyes eso? —susurra.

Pasos. Va deprisa y murmura entre dientes. Está muy cerca, casi al otro lado de la puerta.

—Rápido —le digo—. Vamos.

Avanzamos entre las mesas de herramientas hasta una pared que no debería estar ahí. Es un tabique nuevo, blanquísimo, que contrasta con el resto del edificio. También la puerta es nueva y está perfectamente cerrada. Un candado y una cadena impiden el paso. Me giro y miro a Sophie.

—Tenemos que abrirla —le urjo. Volvemos sobre nuestros pasos y revisamos a toda prisa las herramientas desparramadas.

—¡Lo tengo! —exclama, y me tiende una cizalla no demasiado grande, pero servirá.

La cojo y vuelvo a la puerta. Tengo que aplicar toda mi fuerza para hacer saltar el candado. Mientras lo hago, Sophie se sitúa a mi espalda, de cara a la entrada, con la barra cogida como si fuera un bate de béisbol. Nunca me la habría imaginado con ese carácter, tan valiente y decidida, y me gusta.

Cuando el candado cede, tiro de la cadena y libero la puerta. Es nuestra última oportunidad. Si detrás hay otro muro, estamos perdidos.

Lo que vemos es un cuarto más amplio, con paredes mal enlucidas y tanto polvo como en el resto de la nave. Huele a cerrado y a humedad. Hay un ventanuco en lo alto que apenas ilumina unos pocos metros cuadrados.

Un gemido hace que nos detengamos en seco. Al otro lado de la habitación hay una amplia zona en sombras. Nos acercamos despacio, y cuando la vista se acostumbra a la oscuridad no puedo evitar soltar un grito que ahogo con la mano.

Sentada en el suelo sobre un colchón sucio, con la espalda contra la pared y las manos unidas por una cinta gris que le aprieta las muñecas está Élise. Otra cinta le cruza los tobillos, y tiene la boca amordazada con una tira de la misma cinta. Tiene el pelo rubio pegado a la cara. Lleva el abrigo abierto y la blusa arrugada y muy sucia, igual que los pantalones. Cuando sus ojos, enormes, nos encuentran, se remueve inquieta e intenta gritar. Se me contrae el estómago. Por un segundo, todo se reduce a su mirada.

—¡Élise! —exclama Sophie, que corre y se arrodilla a su lado. Un momento después le arranca la cinta que la amordaza y Élise empieza a llorar. Sophie se separa un momento para recuperar la cizalla que he dejado en el suelo y la utiliza para cortar la cinta de los tobillos con un gesto limpio. Por último, le libera las manos. Élise se frota las muñecas y hace una mueca de dolor cuando la sangre vuelve a circular por sus venas.

—Tranquila —le dice bajito—. Tranquila, Élise.

Ella intenta hablar, pero la voz se le rompe en un quejido. Traga saliva y tose.

Una voz grita muy cerca. El sonido reverbera por el pasillo. El eco nos cae encima como piedras.

—Tenemos que movernos —susurro—. Ahora.

Sophie comprueba el móvil de nuevo. Nada. Ni una barra. El mensaje no ha salido. Respira con rapidez, pero se mantiene serena. Su mirada es de hielo. Mira a Élise a los ojos.

—¿Puedes andar? —pregunta.

Élise asiente con la cabeza, pero no podemos dar ni un paso.

Cuando estamos a punto de salir, el tipo rapado irrumpe de pronto en la habitación con una arma en la mano.

—No os mováis —advierte.

Miro a Sophie, que sostiene a Élise entre sus brazos. Lleva la barra a la espalda, sujeta a la cintura del pantalón.

Después, todo sucede muy deprisa.

11

Daniel

Con un movimiento rápido, Sophie saca la barra de su espalda y se lanza contra el hombre, que duda lo suficiente como para que ella lo alcance con un golpe decidido en el hombro. El disparo resuena en la habitación, pero la bala se incrusta en la pared del fondo. No tendremos otra oportunidad.

Al mismo tiempo, yo corro hacia delante mientras levanto el martillo que llevo en la mano y golpeo con él el brazo armado del tipo rapado. El secuestrador grita, pero no suelta el arma. Me apunta mientras lo golpeo de nuevo, pero no puedo evitar que dispare, y esta vez, acierta.

Siento el fuego en mi costado, un dolor ardiente que por un momento se apodera de todo mi cuerpo y me impide hacer otra cosa que no sea gritar. Mientras el tipo me mira y sonríe, Sophie se lanza a por él sin dudarlo. Veo cómo la barra corta el aire en horizontal, pero el tipo la intercepta en pleno movimiento, la coge con la mano libre y se la arranca de entre los dedos. Al instante, la blande hacia ella y la golpea en la cabeza. Sophie cae como un fardo al suelo. Élise grita y corre hacia el rincón en el que la hemos encontrado.

Miro a Sophie. No se mueve. Tiene los ojos cerrados y las palmas de las manos abiertas, laxas. Aprieto los dientes y el dolor casi desaparece gracias a la adrenalina. Casi, pero me sirve.

Me levanto despacio y afianzo las piernas en el suelo, dispuesto a luchar por mi vida, por nuestra vida. El tipo de apunta de nuevo. Está tan cerca que es imposible que falle. Sin pensarlo, amago un

golpe con el puño izquierdo que lo distrae la fracción de segundo necesaria para que, con la derecha, le aseste un martillazo en la muñeca que, esta vez sí, hace que suelte el arma. El tipo brama de dolor y me mira con odio. Acto seguido se lanza contra mí. Me desplazo rápidamente a la izquierda, pero él se percata de la maniobra y rectifica con inusitada velocidad. Me acierta un puñetazo en el pecho, pero veo que solo utiliza una mano. El martillo ha debido de romperle algún hueso. Punto para mí. Lo levanto de nuevo y lanzo un golpe contra su hombro. Él me empuja con todo su cuerpo y el dolor me alcanza el cerebro. Antes de caer de nuevo al suelo, consigo levantar el brazo y le acierto con un fuerte martillazo en la mandíbula. El tipo pestañea, abre la boca y cae al suelo.

Nuevas voces a pocos metros me distraen un instante. El segundo tipo está a punto de llegar. Me levantó y consigo alcanzar la puerta. Mientras intento cerrarla, vigilo al secuestrador caído con el rabillo del ojo. No está completamente fuera de combate, tengo que darme prisa.

Encajo la puerta lo mejor que puedo y busco la pistola. La encuentro cerca del cuerpo de Sophie, que sigue inconsciente.

—Sophie —la llamo. Creo que frunce levemente el ceño. Me ha oído. Bien, algo es algo. Élise sigue llorando en el rincón, sentada sobre el colchón, con las piernas recogidas y abrazándose las rodillas —. Todo va a salir bien —le prometo, aunque creo que más bien me lo estoy diciendo a mí mismo.

El segundo hombre está aporreando la puerta. Tengo unos segundos, pero esta vez voy armado. Entonces, el teléfono de Sophie comienza a sonar. ¡Hay cobertura! Lo saco del bolsillo de su chaqueta y descuelgo. Ni siquiera sé quién llama.

—Aquí Daniel Reed, avise rápido a la policía —y recito la dirección en un segundo, justo antes de que un disparo haga saltar la cerradura de la puerta.

Dejo caer el teléfono y me coloco en posición de combate. Piernas separadas y ligeramente flexionadas, abdomen rígido, al

menos todo lo que me permite el dolor, y brazos extendidos. Cojo la pistola con las dos manos y apunto a la puerta.

—¡Voy armado! —advierto.

La respuesta es un nuevo disparo.

Me tiro al suelo y apunto el arma hacia la puerta. En cuanto el tipo la abre, disparo una vez, y otra, y otra, hasta que un grito me dice que he acertado.

Me levanto rápidamente y me pongo a cubierto pegado a la pared, al lado de la puerta. Me asomo con cuidado. El tipo está sentado en el suelo, sangra profusamente del pecho y me mira con los ojos muy abiertos.

—Ayuda… —suplica.

Pero no es mi prioridad. Vuelvo a entrar en la habitación y busco al primer secuestrador. No está donde lo había dejado. Mierda. Lo descubro junto a Élise. Le está tapando la boca con una mano mientras con la otra blande el martillo que yo he dejado caer.

—Muévete y la dejo seca —me dice.

En estos casos solo hay una posible respuesta. Levanto la pistola y disparo. El secuestrador cae hacia atrás entre los gritos aterrados de Élise.

Me arde el costado, pero no puedo detenerme todavía. Por suerte, la adrenalina es un poderoso analgésico y me permite funcionar un poco más.

—Ven —le pido a Élise. Mientras la joven se levanta, me acerco de nuevo a Sophie. Ha abierto los ojos y se ha movido un poco—. ¿Me ves? —le pregunto—, ¿puedes oírme?

—Sí —responde ella en un susurro—. ¿Élise? —pregunta a continuación.

—Estoy bien —dice ella misma, arrodillada junto a Sophie.

—Tenemos que irnos —digo con urgencia. Solo hemos visto dos hombres al llegar, pero no podemos descartar que haya más y que estén de camino.

—Te ayudaré a levantarte —le ofrece Élise a Sophie. Luego se agacha a su lado y tira de ella hasta que Sophie logra ponerse de pie. Por último, Élise se pasa el brazo de Sophie por los hombros y la coge por la cintura—. Vamos —me dice.

Tiene manchas de sangre en la cara, en el pelo y en la ropa, pero hay determinación en su mirada. Sin soltar la pistola, salgo de la habitación y compruebo que el segundo tirador sigue fuera de combate. Me quedo también con su pistola y les hago una señal para que me sigan.

Salimos al espacio central y avanzamos de vuelta al foso. Estamos a punto de empezar a subir cuando oímos una voz grave que retumba en el taller medio vacío.

—¿Alex? —llama—, ¿Tony? ¿Dónde cojones os habéis metido?

Nos detenemos en silencio y miramos a nuestro alrededor. Delante hay un estrecho corredor que no habíamos visto. Dudo un segundo. Arriba, el tipo le da una patada a algo metálico.

—Vagos de mierda —exclama—, como os pille dormidos o metiéndoos una raya, os mato.

Señalo el corredor y nos dirigimos hacia allí en silencio

Avanzamos en fila, yo delante con la pistola en la mano y Élise pegada a mí, sujetando todavía Sophie. El corredor es muy estrecho, y tan bajo que el techo me roza el pelo. Huele a tierra. Avanzamos lo más deprisa que podemos hasta llegar a una puerta pequeña, de madera vieja, cerrada con un candado oxidado. A la izquierda hay una rejilla de ventilación que exhala aire frío.

—Para —dice Sophie.

Nos quedamos quietos. Ella agacha la cabeza y escucha. Yo también. El silencio total es peor que el ruido. Luego, muy leve, oímos un roce. Son pasos cautelosos. Está detrás. No podemos volver y ya no importa disimular, sabe que estamos aquí, así que les pido a las chicas que se alejen un paso y disparo al candado de la puerta, que salta por los aires.

—¡Alto! —grita el tipo que nos sigue.

Corremos todo lo que podemos. Al fondo hay una escalera de hierro igual a la del foso, pero con menos óxido. El tipo está abajo, así que ellas deben subir primero.

—Arriba —digo. Miro a Sophie, que asiente con la cabeza, y le tiendo el arma que llevo en el bolsillo—. ¿Sabes usarla? —le pregunto.

—Más o menos —responde, y empuja a Élise hacia la escalinata. La joven sube con rapidez y Sophie la sigue.

-—¡Alto! —vuelve a gritar el tipo, ya detrás de mí.

Me giro con rapidez y le apunto con el arma. Él se queda quieto un segundo y me doy cuenta de que está calibrando mi estado. Ve la sangre en mi costado, el pelo pegado a la frente por el sudor, mi gesto de dolor, el temblor de la mano que sostiene la pistola, cada vez más pesada… Y se decide.

Se lanza hacia mí, disparo y fallo. Vuelvo a apretar el gatillo, y nada.

Cuando está a punto de agarrarme, suena un nuevo disparo.

Veo luces, sombras azules. Oigo gritos. Bajo el brazo, dejo caer la pistola y me arrodillo. Luego, el mundo desaparece, se funde a negro, y todo termina para mí.

12

Sophie

La habitación está casi a oscuras, solo iluminada por una lámpara en la pared cuyo halo anaranjado se derrama en un círculo imperfecto sobre la cama de sábanas blanquísimas con el logo del hospital. El monitor cardíaco marca un pitido suave, regular, como un metrónomo que me recuerda que Daniel sigue aquí, que sigue vivo. Estoy sentada a su lado, en una silla incómoda de respaldo duro y tapizado áspero, una de esas en las que es imposible encontrar una postura buena. Me inclino un poco hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, y aun así siento la espalda rígida y los músculos tensos.

Hace solo unas horas, el ambiente era completamente distinto. Todo era ruido, desorden y adrenalina. Y dolor, mucho dolor. Recuerdo la irrupción de la policía como una serie de imágenes que se solapan: ráfagas de luces azules recorriendo el interior del taller, gritos que ordenaban «¡Al suelo!» en un tono que no admitía réplica, el golpeteo seco de las botas contra el hormigón. La sensación de que todo se movía demasiado rápido como para que pudiera procesarlo. Daniel, arrodillado, todavía con la pistola en la mano, y yo gritando su nombre por encima del estruendo. Pero no me oyó. Lo vi caer al suelo y creí que estaba muerto. Durante muchos minutos pensé que Daniel había muerto. Con Élise temblando con las manos en la cara y un olor a pólvora tan intenso que me llenó la garganta de amargor, esperamos la ayuda muy quietas.

Después, el aire frío cuando nos sacaron al exterior protegidas por los escudos de varios policías por si había más tiradores. Y fuera, el silencio repentino, roto solo por el murmullo de los agentes

comunicándose por radio. Los policías sacaron a Daniel del foso en volandas y lo llevaron hasta la camilla que se acercaba con rapidez. Las manos enguantadas de los sanitarios lo rodearon y cortaron su camiseta, manchada de sangre. Recuerdo mi propia respiración acelerada, la piel erizada bajo la chaqueta, y el dolor punzante en la cabeza cuando uno de los médicos insistió en revisarme.

Llegamos al hospital en dos ambulancias, Daniel en una y Élise y yo en la segunda. Una doctora me puso un par de puntos, me metió en un escáner, me hizo radiografías y me palpó todo el cuerpo. Por fin, me diagnosticó una conmoción, una herida no demasiado importante y un chichón que habría que vigilar. Para entonces, Kyllian ya estaba a mi lado. Era él quien llamaba cuando Daniel lo cogió y le gritó al teléfono que necesitábamos ayuda. Por suerte, mi hermano no dudó y nos envió a la caballería.

Cuando me pidió explicaciones, le contesté con un escueto «hablaremos después» y rechacé su oferta de llevarme a casa. No pensaba moverme de allí mientras Daniel estuviera en el quirófano.

Ahora, en esta habitación impersonal de paredes blancas y olor a desinfectante, todo está tranquilo. Daniel duerme profundamente. Su respiración es lenta, su pecho se eleva y desciende con regularidad. Su pelo, húmedo en la raíz, se le pega ligeramente a la frente. Tiene el rostro pálido, pero no apagado, y sus labios se mueven ligeramente, como si soñara.

Yo estoy dolorida, pero comparado con lo suyo, es insignificante. Lo que no puedo ignorar es el peso de lo que hemos vivido. Cierro los ojos un instante y me veo de nuevo en esa nave, con la barra en la mano, oigo los gritos y siento el calor del miedo en la piel. Escucho los disparos y huelo la sangre. Me estremezco, pero no me muevo de la silla.

De pronto, sus párpados tiemblan y se abren muy despacio. Al principio me mira como si no supiera dónde está ni quién soy yo. Su ceño se frunce y sus ojos color miel recorren el techo y las paredes, hasta que vuelven a mí.

—Daniel —mi voz suena más baja de lo que pretendía—, ¿me oyes?

—Sophie… —su voz es ronca, apagada—. ¿Dónde…?

—En el hospital —le explico, inclinándome un poco hacia él—. Has salido del quirófano hace unas horas. Todo ha ido bien. La bala no te alcanzó órganos vitales y han podido reconstruirte el tejido dañado. Te pondrás bien —añado con una sonrisa—, y te quedará una bonita cicatriz de la que presumir con tus conquistas.

Él esboza algo parecido a una sonrisa, pero desiste.

—¿Y tú? —Intenta girarse hacia mí, pero pongo la mano sobre su hombro para que no lo haga.

—Estoy bien. —Esbozo una sonrisa suave—. El tipo me sacudió bien, pero no es nada serio. Tengo un precioso chichón que duele como un demonio y un par de puntos en la cabeza, pero la tengo muy dura. Sobreviviré —añado con una sonrisa—, tengo la cabeza muy dura.

Me observa un segundo más, como si necesitara asegurarse de que le estoy diciendo la verdad.

—¿Y Élise?

—Está con la policía, a salvo. Han llamado a su familia… y quieren hablar con nosotros. Pero no hay prisa, mi hermano y Théo se están ocupando de todo.

—¿Está bien? —pregunta.

—Traumatizada y un poco deshidratada, pero bien. Físicamente se recuperará enseguida. El resto depende en buena parte de ella, pero es fuerte, lo superará.

Cierra los ojos y deja escapar un suspiro largo, como si al fin pudiera soltar parte del peso que lleva encima.

—Menos mal… Por un momento pensé que no íbamos a salir de allí.

—Yo también —admito—, pero nos sacaste. Nos has salvado la vida. Gracias —añado en un susurro.

Nos quedamos en silencio. El pitido del monitor llena el hueco entre nosotros, pero no es incómodo. Él me mira fijamente, como si quisiera memorizar cada detalle de mi cara. y yo lo miro a él, incapaz de apartar la vista.

—Sophie —dice por fin, con un tono más bajo—, fuiste muy valiente.

—No empieces —lo interrumpo, pero sin dureza—. Los dos nos hemos comportado como nunca pensamos que lo haríamos.

Sus labios se curvan en una media sonrisa, y por un momento parece el Daniel que intentaba provocarme con su sarcasmo, pero ahora hay algo más en su mirada. Algo que me gusta.

—Tú habías disparado antes —afirmo. No es una pregunta, su preparación y su precisión no eran espontáneas ni fruto de la casualidad.

Mueve la cabeza arriba y abajo, pero no dice nada.

Entonces, lentamente, estira la mano hacia mí. Al principio pienso que busca la botella de agua o el mando de la cama, pero no es así; me está tendiendo la mano a mí. Los dedos relajados, la palma hacia arriba. Una invitación.

No lo pienso. Pongo mi mano sobre la suya y siento la calidez de su piel. Aprieta suavemente y la presión me reconforta al momento.

—Gracias —repito.

—No tienes que dármelas —responde en un susurro.

—Sí que tengo —insisto.

Permanecemos así, mirándonos, como si todo lo demás hubiera dejado de existir: el zumbido lejano de los fluorescentes, el murmullo en el pasillo, incluso el frío que se cuela por la rendija de la ventana. Solo está él, mirándome como si quisiera quedarse ahí para siempre.

Me doy cuenta de que no quiero soltar su mano.

—Cuando salgamos de aquí —dice, con un brillo nuevo en los ojos—, tenemos mucho de lo que hablar.

—Lo sé —respondo, y aunque intento mantener la voz neutra, siento que me tiembla un poco—. Pero ahora, descansa. Todo lo demás puede esperar.

Asiente y cierra los ojos. El sueño le está venciendo. Pero yo sigo mirando, aprendiéndome su cara, su cuello, sus hombros, su pecho, que sube y baja despacio; descubriendo a esa persona que es otro Daniel, uno al que yo no había sabido ver hasta ahora, y ahora no quiero dejar de mirar.

13

Sophie

Kyllian me espera apoyado en el marco de la puerta de la sala de juntas con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. No había ni rastro de su habitual ironía. Théo está junto a la mesa, revisando algo en su tablet, pero al verme entrar bloquea la pantalla y la deja a un lado.

—La policía llegará en diez minutos —dice Kyllian a modo de saludo—. Les hemos contado lo de la petición de rescate y que estábamos a punto de llamarles cuando recibimos vuestra petición de auxilio y nos dijisteis que la habíais encontrado. Oficialmente, Blackbird no sabe nada de lo que habéis hecho, los abogados dicen que es mejor así para todo el mundo.

Me quedo de pie, con la chaqueta aún puesta, sintiendo el calor pegajoso de la tela contra la piel.

—No habéis mentido —contesté, midiendo el tono—. Estabais a punto de llamarlos y no teníais ni idea de lo que estábamos haciendo.

—De hecho —sigue Kyllian—, ni siquiera sabíamos que habías metido a Daniel Reed en esto.

Ahora comprendo su enfado.

—No va a publicar nada —les aseguro—. Al menos —matizo—, nada que nos pueda comprometer, y me ha prometido que me permitirá leer el reportaje antes de que salga —miento.

—Yo también quiero leerlo antes —interviene Théo.

—Por supuesto —acepto. No sé qué haré cuando llegue el momento, ya me preocuparé de eso entonces—. Y respecto a la

policía…

—Ahora mismo —me interrumpe Théo— lo único que ellos ven es que dos personas han actuado por su cuenta, sin avisar, y se han enfrentado a tres tipos armados, uno de los cuales está muerto.

No hacía falta que me recordara ese detalle.

—Si hubiéramos esperado más, Élise podría estar muerta también —respondí.

Kyllian soltó un suspiro de frustración.

—Lo sé. Y créeme, hay una parte de mí que te lo agradece y está infinitamente orgullosa de ti, pero vas a tener que dar una versión… digamos… comestible para ellos.

—Y después, quiero que te reúnas con Zoé Laroche para redactar un comunicado. No vas a hacer declaraciones ni a conceder entrevistas, nos vamos a limitar a publicar una nota de prensa con los detalles que la policía nos autorice a dar.

—De acuerdo —acepto.

—Y por último… —Théo se levanta de la silla y se acerca a mí—, te ordeno que te tomes unos días libres para recuperarte por completo, por dentro y por fuera, ¿entendido?

Acto seguido, el presidente de Blackbird me rodea con sus brazos. Cuando me suelta es el turno de Kyllian, que me abraza y me da un beso en la cabeza.

—Vaya susto que nos has dado, hermanita. Ni se te ocurra volver a hacer algo así.

Siento que una cálida emoción sustituye el nerviosismo previo, pero la sensación dura unos pocos segundos, los que tarda la policía en llamar a la puerta y entrar sin esperar respuesta.

La gendarmería ha enviado a dos agentes. El primero, un hombre de pelo rapado, traje gris oscuro y una carpeta bajo el brazo. La segunda, una mujer que llena la habitación en cuanto cruza el umbral. Más alta que su compañero, de formas generosas y pelo castaño oscuro recogido en una coleta baja. Viste un traje pantalón

negro con camisa blanca y zapatos planos. Desde luego, parecen sacados de cualquier película norteamericana.

—Inspectora Camille Vasseur —se presenta con una voz grave y sin prisas—. Él es el subinspector Darrel.

Kyllian se levanta para saludarlos con un apretón de manos y Théo hace lo mismo. Nadie me mira a mí y yo no hago nada por hacerme notar.

—Siéntense, por favor —les ofrece Kyllian, señalando la mesa de la sala de juntas y las sillas que la rodean—. He pedido que nos traigan café.

El subinspector sonríe y se sienta después de soltarse el botón de la americana, pero ella parece que acaba de percatarse de mi presencia y me estudia desde donde está, sin moverse, como si estuviera evaluando no solo mi postura, sino también el ritmo de mi respiración o la velocidad a la que pestañeo. Por fin, se acomoda en una silla frente a mí y entrelaza las manos sobre la mesa.

—Señorita Blanchet —empieza—. Mi compañero y yo llevamos todo el día discutiendo, porque no sabemos si felicitarla o detenerla.

—Yo… —empiezo, sorprendida, y veo que mi hermano hace ademán de levantarse, pero la inspectora nos detiene a todos con un gesto de la mano.

—Por suerte o por desgracia —continúa—, depende de a quién se lo pregunte, no tenemos base legal para detenerla, pero tampoco podemos felicitarla, porque lo que usted y el señor Reed han hecho es una temeridad que podía haber acabado con todos ustedes muertos, los tres.

—Lo que no entendemos —interviene el subinspector Darrel—, es por qué no se puso en contacto con nosotros en cuanto tuvo la sospecha de que podía haber una conexión con el secuestro de la señorita Marceau.

Me apoyo bien en la silla, con los codos discretamente pegados al reposabrazos, y le sostengo la mirada.

—Porque en ningún momento pensamos que fuéramos a encontrar a Élise allí —respondo.

—Entonces, ¿qué esperaban encontrar? —pregunta Vasseur ladeando la cabeza lo justo para que sus ojos grises parezcan aún más afilados.

—Un coche —contesto sin dudar—. Teníamos una descripción del coche que se había llevado a Élise y solo queríamos comprobar si la pista era buena. El señor Gaillard estaba a punto de llamarles cuando pasó lo que pasó.

—Para empezar —continúa la inspectora—, explíqueme de qué coche estamos hablando y cómo llegaron hasta él.

Inspiro profundamente y luego espiro. Me duele horrores la cabeza y me pican los puntos, pero si me los toco me duele aún más, así que respiro de nuevo y empiezo a hablar.

—La verdad que todo fue fruto de la casualidad. Cuando supimos que la señorita Marceau estaba ilocalizable, pedí permiso al hotel para revisar sus cámaras de seguridad, por si Élise estaba en alguna otra habitación o había salido sin ser vista. La vi cenar con el productor y retirarse a su habitación, de donde volvió a salir poco antes de las dos de la madrugada. Llevaba botas y un abrigo. En las imágenes se la ve salir por la puerta del sótano, la que da al callejón, donde le perdí la pista.

—¿Y entonces? —me anima la inspectora.

—Entonces, fui allí en persona —empiezo a mentir—. En la calle principal, en la esquina del callejón, hay un bar. Esperé hasta pasada la medianoche. Supuse que los clientes de esa hora serían más o menos los mismos que la noche anterior, y acerté. Pregunté a uno y a otro hasta que di con un hombre que dijo que había salido a fumar a la calle cuando vio que dos hombres metían por la fuerza en un sedán gris a una joven rubia. La descripción coincidía con la de Élise —añado. Me va a explotar la cabeza—. Le pregunté por la matrícula, pero no se había fijado. En cambio, le llamó la atención una pegatina del Rally de Montecarlo de 2015. Y a partir de ahí,

consultando bases de datos y listado de trabajadores y participantes, llegué al taller. El resto ya lo conocen —termino.

—Voy a dar por supuesto que accedió a todas las bases de datos de forma legal —suelta Vasseur.

—Desde luego —me apresuro a responder. Me arden las mejillas.

—Y ahora, por favor, explíqueme qué pintaba allí el señor Reed. Él es periodista.

Eso no me lo esperaba, así que tuve que improvisar sobre la marcha.

—Al parecer —dije mirándola fijamente a los ojos para que no se diera cuenta de la mentira—, cuando el tipo del bar sumó dos más dos y llegó a la conclusión de que la información que me había dado podía valer dinero, llamó al señor Reed para ofrecerle la exclusiva. El señor Reed me llamó a mí para preguntarme qué había de verdad en eso y le permití colaborar en la investigación.

—Para nosotros era una forma de controlar lo que iba a publicar —interviene Kyllian. La inspectora ni siquiera lo mira.

—¿El nombre de ese informante? —pregunta Darrel, lápiz en mano.

—No se lo pregunté —respondo sin titubeos—. Quizá si lo vuelvo a ver pudiera reconocerlo, aunque no estoy segura. Hablamos dos minutos, era tarde y de noche, había poca luz…

—Comprendo. Y con esa información… ¿decidió ir sola al taller en cuestión?

—No estaba sola —repliqué—. Iba con Daniel Reed. Y no pensábamos que Élise estuviera allí retenida. Era solo una comprobación, queríamos dar con el coche y pasarles luego la información a ustedes —le aseguro.

La inspectora no dice nada durante unos segundos. Su silencio no es casual, está dejándome sentir el peso de la decisión que está a punto de tomar.

—¿Es consciente de que podría haber acabado muerta?

—Sí —respondo—. Y también soy consciente de que, si no hubiéramos ido, Élise seguiría allí.

Sus labios se aprietan hasta formar una línea fina.

—Bien. Seguiremos en contacto —me dice, y me suena a amenaza—. Y la próxima vez que tengan una pista de ese calibre, llámenos antes de hace nada.

—Lo haré —miento de nuevo. Vaya carrera llevo.

Se levanta y, antes de marcharse, me dedica una última mirada larga, como si quisiera grabarse mi cara para futuras referencias.

Cuando la puerta se cierra, Kyllian suelta el aire con fuerza.

—Podrías habernos evitado este teatro si nos hubieras llamado antes.

—¡No tenía cobertura! —les recuerdo.

—No entonces —me recrimina—, sino antes de hablar con Reed, antes de colarte en bases privadas, antes de meterte en la boca del lobo.

—En ese caso, podríamos estar lamentando no haber hecho nada —replico, clavándole la mirada.

Las mentiras flotan en el aire, pero no me arrepiento.

14

Daniel

Sophie llega temprano, como siempre. La enfermera todavía no ha pasado para comprobar las constantes y ya está sentada en la butaca, con un café en la mano y ese gesto entre alerta y tranquila con el que analiza lo que la rodea. Lleva haciéndolo todos los días desde que me ingresaron. Revisa las máquinas, la medicación, mi temperatura, e incluso insiste en que retire la sábana para que pueda ver cómo va la herida. Sophie no solo viene para preguntar cómo estoy, se queda horas conmigo, charlando, viendo series en el iPad y leyéndome capítulos de libros —ella tiene un gusto impecable para escoger thrillers y uno pésimo para la poesía—. También me ha ayudado a ordenar todos los sucesos, tomando notas en una libreta para que yo pueda preparar el reportaje sobre el secuestro y la liberación de Élise. Lo hace desde que comprobó mi terrible letra cuando escribo tumbado, y así, de paso, controla la información que incluiré en el reportaje.

Hoy, sin embargo, hay algo distinto. Se nota en la forma en que mueve el café en el vaso, en la mirada más clara, en los hombros menos tensos. Y en la sonrisa, que se refleja en sus impresionantes ojos marinos.

—Hoy te dan el alta —dice, como quien anuncia que ha salido el sol.

—¿Ah, sí? ¿Y si me niego? Empiezo a encariñarme con el menú a base de puré y gelatina, y es muy cómodo que te lo hagan todo.

—Entonces, te dejo aquí y le digo a la enfermera que te sirva ración doble. Pensaba invitarte a comer en cuanto salieras.

Su sonrisa se apaga cuando entra el doctor Lemaitre. El cirujano es alto, tiene el pelo gris y una mirada despierta. Abre mi historial como si no se lo supiera de memoria. Llevo diez días aquí dentro. Me examina el costado con manos frías y precisas, y asiente una sola vez.

—La herida está cicatrizando bien, así que vamos a mandarlo a casa. Evite los esfuerzos y nada de conducir durante una semana. Paseos cortos, descanso y analgésicos si hay dolor.

—Descartada mi carrera en halterofilia —respondo con un mohín. Estoy contento, tengo derecho a hacer bromas.

El doctor no reacciona. Sophie sí, aunque sea con un rodar de ojos.

Cuando se va, Sophie se levanta y empieza a recoger mis cosas. No son muchas: el portátil, dos libros, el neceser, un cargador y una bolsa con la ropa que me trajo al segundo día.

—Puedo hacerlo yo —protesto.

—Claro —responde sin mirarme—. Pero tú vas a tardar una eternidad y yo lo hago en cinco minutos. ¿O de verdad quieres quedarte aquí?

No insisto.

Vestirme me lleva más tiempo del que me gustaría. Cada movimiento es una negociación con el dolor. Sophie espera a que termine y me ayuda a ponerme la chaqueta. Creo que se ha impregnado del olor a desinfectante y café soluble. Cuando salimos al pasillo, el sonido de los pasos de otras personas, los carros metálicos y las conversaciones apagadas me recuerdan lo mucho que he echado de menos el ruido real, el que no está filtrado por paredes blancas.

El vestíbulo es un pequeño caos de pacientes, familiares y flores envueltas en celofán. Fuera, el aire frío me da en la cara como un golpe seco, pero también me despeja. Sophie me obliga a esperar allí mientras va al parking a por el coche. Cuando llega, se apea, da la vuelta y me abre la puerta.

—¿Listo? —pregunta cuando está de nuevo ante el volante.

—Lo estaré cuando dejemos atrás este sitio.

No conoce la zona en la que vivo, así que le doy el nombre de la calle para que la meta en el navegador del coche. Luego, conduce como es ella, seria y concentrada, mirando de reojo las indicaciones para girar o seguir recto en cada cruce.

La ciudad va quedando atrás poco a poco. Primero, los bulevares; después, los barrios más tranquilos, hasta llegar a las carreteras flanqueadas por árboles. Sophie me mira con el ceño fruncido.

—¿Dónde vives? ¿En el culo del mundo? —me pregunta.

—En el paraíso —respondo.

Cuando tomamos un desvío estrecho entre robles y pinos, veo cómo su ceja izquierda se eleva un milímetro. La casa aparece tras una curva. Me dan ganas de llorar de felicidad al ver la fachada clara, el tejado oscuro y los enormes ventanales. Imagino mi jardín delantero. Thomas lo habrá cuidado al detalle, estoy seguro, igual que la parte trasera, donde la extensión de césped se funde con el bosque.

Saco el mando a distancia del bolsillo y abro la verja. Sophie entra despacio al camino de grava, atenta a lo que nos rodea. Se detiene junto a la puerta y me ayuda a bajar.

Las hojas secas cubren parte del suelo y crujen cuando las pisamos.

—Vaya… —dice, mirando la casa de arriba abajo—. Esto no me lo esperaba.

—¿Qué?

—Que vivieras así. Siempre he pensado que los periodistas vivíais en apartamentos pequeños y cutres llenos de papeles y fotos clavadas con chinchetas.

Sonrío.

—Curioso, ¿no? Todo el mundo cree que somos unos pobretones con una máquina de escribir vieja en la mesa de la cocina. Supongo que no soy todo el mundo —añado, encogiéndome de hombros. No

le cuento que la dotación del premio Pulitzer que gané hace unos años y los beneficios de los dos libros que he publicado hasta ahora me han permitido no solo comprarme esta casa, sino mantener un apartamento en París en el que me quedo cuando salgo demasiado tarde o demasiado cansado de la redacción.

Sophie baja del coche y se queda observando la fachada como si intentara recalcular algo en su cabeza.

—Supongo que no —dice al fin—, no eres como todo el mundo.

Sonríe y me ofrece el brazo para ayudarme.

Subimos los pocos escalones hasta la entrada. El aire del bosque es más limpio que cualquier filtro de hospital. Dentro, el recibidor está iluminado por un ventanal alto. A la izquierda, el salón, con un sofá amplio y estanterías llenas de libros, cámaras antiguas y pequeñas piezas de recuerdo de viajes. A la derecha, un pasillo que lleva a la cocina.

—Bienvenida a mi guarida —le digo—. No hay gelatina de postre, pero puedo hacerte un buen café.

—Eso suena mejor que cualquier menú hospitalario. Además, has echado por tierra mi plan de invitarte a comer, no veo restaurantes por los alrededores.

Me deja en el sofá y se encamina hacia la cocina como si fuera su casa. Escucho el sonido de la cafetera y el golpe suave de la vajilla al colocarla sobre la encimera. Cuando vuelve, se sienta a mi lado y me ofrece una taza. Durante un momento, no decimos nada. Solo bebemos café y miramos hacia el ventanal, donde el bosque parece esperar algo.

Y por primera vez desde que salimos del hospital, pienso que quizá —solo quizá— esto de estar vivo todavía tiene cosas que merecen la pena.

15

Sophie

Daniel sube las escaleras despacio, como si cada peldaño fuera una prueba de resistencia. Sé que se muere por una ducha de verdad.

—En el hospital solo te dan unas toallitas antisépticas horrorosas —me dice—, que además, apestan a alcohol.

No lo culpo, yo también echaría de menos el agua cayendo a presión, el vapor y el calor envolviéndome la piel.

Lo veo subir sujetándose el costado. La herida es muy reciente, apenas han pasado diez días desde que le dispararon. A mí ya me han quitado los puntos y el dolor de cabeza solo es un recuerdo difuso que aparece de vez en cuando. Ni siquiera tengo que recurrir a los analgésicos. De lo que no me he librado es de las pesadillas, sueños terribles en los que veo a Daniel cubierto de sangre y a Élise muerta sobre aquel colchón asqueroso. El médico me asegura que pasará pronto, que es natural padecer shock postraumático después de una vivencia como esa, pero ya llevo más de una semana sin apenas dormir y mi cuerpo empieza a notar la fatiga. Sin embargo, en cuanto cierro los ojos vuelven los gritos, los disparos y la sangre, así que prefiero seguir despierta.

Me quedo sola en el salón. No soy ninguna cotilla, pero lo que me rodea despierta mi curiosidad. Daniel Reed despierta mi curiosidad, para ser sincera. Empiezo a caminar despacio por la casa, dejando que mis ojos se detengan donde quieran.

En la estantería hay libros sin orden aparente: novelas, manuales de periodismo, algún título en árabe y francés y un par de

volúmenes de fotografía con las esquinas dobladas. Entre ellos hay unas cámaras antiguas que parecen reliquias de otro tiempo, pero están cuidadas, limpias, listas para usarse.

Me detengo frente a una fila de fotografías enmarcadas. En una, Daniel aparece rodeado de niños, con algunas mujeres al fondo y un grupo de soldados armados en segundo plano. El polvo le cubre el pelo y la cara, pero sonríe. Lleva un chaleco antibalas con la palabra PRESS en el pecho, una cazadora acolchada azul y unos pantalones militares. Sus ojos están clavados en el objetivo. Me descubro pensando que está muy atractivo así, desaliñado, sonriente y con esa mirada directa.

Veo fotos de mercados abarrotados, de calles estrechas y polvorientas, de muros llenos de pintadas. Reconozco algunas por las noticias: Siria, Líbano, Irak. Lugares que yo solo he visto en la televisión, él los ha pisado. Al lado, un sonriente Daniel sostiene el título que lo acredita como flamante ganador de un premio Pulitzer. Está muy elegante en esa foto, con un traje de corte clásico, camisa beis y corbata. Luce perfectamente peinado y afeitado, una novedad respecto al Daniel que estoy acostumbrada a ver. No puedo evitar sonreír.

En ese momento, un golpe seco me saca de mis pensamientos. Me quedo inmóvil unos segundos y luego subo las escaleras casi corriendo.

—¿Daniel? —lo llamo desde la puerta cerrada del baño—. ¿Estás bien?

Nada.

—Daniel —repito más alto.

Sigo sin respuesta, así que giro el pomo y entro.

El vapor me envuelve de inmediato, como si hubiera entrado en una nube caliente y densa. La mampara de la ducha está abierta. Lo primero que veo son sus piernas extendidas y luego, su cuerpo, sentado en el suelo de la ducha, con la espalda apoyada contra la pared. El agua cae sobre él sin piedad, resbalando por sus hombros, por las cicatrices que todavía enrojecen su costado y otras que no

conocía. Tiene los párpados entornados y me mira como si le costara enfocar.

—Yo… —susurra con voz débil.

Cierra los ojos, los mantiene así durante unos interminables segundos y luego intenta abrirlos de nuevo, sin conseguirlo.

No pierdo el tiempo. Entro directamente a la ducha y me agacho junto a él. La camiseta se me pega al cuerpo al instante, igual que el vaquero. Paso un brazo por debajo de los suyos y tiro hacia arriba con cuidado. Pesa mucho, pero él flexiona las piernas para colaborar, aunque veo que le fallan las fuerzas. Coloco la mayor parte de su cuerpo sobre mi espalda para facilitar la maniobra. Protesta cuando presiono la herida del costado, pero no se me ocurre otra forma de cogerlo.

—Vamos, arriba —gruño entre dientes.

Cuando lo tengo más o menos de pie, salimos de la ducha y lo guío hasta un pequeño taburete que tiene en un rincón del baño. Me aseguro de que esté bien sentado antes de girarme un momento para apagar el grifo. El silencio que sigue me deja escuchar mi respiración acelerada.

—Te vas a quedar helado —le digo, aunque mi propia ropa está chorreando.

Agarro una toalla grande y se la paso por los hombros, envolviéndolo por completo. Después lo seco despacio, repasando cada centímetro con cuidado, sobre todo en la zona de la herida, sintiendo la tensión en sus músculos mientras recupera el aliento.

—Estoy bien —murmura.

—No lo estás. Habrá sido una bajada de tensión, o del azúcar —añado, como si fuera médico o supiera de lo que estoy hablando, pero es algo que le he oído decir muchas veces a mi madre cuando alguien se mareaba.

Me mira un segundo y esboza media sonrisa.

Cuando termino, lo ayudo a levantarse y lo llevo hasta la habitación. Caminamos despacio, aunque con paso más seguro. Mi

brazo rodea su cintura y el suyo descansa sobre mis hombros. Noto el calor de su piel incluso a través de la toalla.

La luz que entra por la ventana es suave, grisácea, de invierno. Lo siento en el borde de la cama. Tiene la mirada más despierta, pero todavía no es el Daniel que suele ser.

—Quítate eso —me dice de pronto.

Lo miro, sin saber si lo dice por lo obvio —que estoy empapada— o por otra cosa.

—Estoy bien —respondo, pero un escalofrío me delata—. Ahora cogeré una toalla.

—En el armario hay un albornoz.

No discuto. Abro el armario y lo busco. Cuando lo encuentro, voy al baño para quitarme la ropa mojada. El albornoz es grande, de felpa oscura. Me envuelvo en él y vuelvo a sentarme a su lado. Me ajusto el cinturón sin mirarlo directamente, consciente de que el silencio entre nosotros es distinto.

Entonces, siento su mano en mi cintura. No es brusco, pero sí decidido. Me atrae hacia él, y noto su respiración contra mi cuello. Levanto la vista. Sus ojos me buscan, me estudian. El mundo se reduce a ese instante, a esa proximidad.

Me besa.

Y no pienso en nada más.

16

Daniel

No vi llegar el mareo. Estaba bien, disfrutando de una ducha que llevaba días añorando, cuando de repente el baño se dio la vuelta y mis piernas se negaron a seguir sosteniéndome. Por suerte no caí de cabeza, aunque mi trasero se estrelló contra el plato de la ducha y me dolerá durante días.

Sophie me levantó y me sacó de allí, me secó y me llevó hasta mi cama. La misma Sophie a la que ahora estoy besando como si fuera mi balón de oxígeno. El primer contacto es electricidad pura. Su boca es cálida, y durante un segundo el hospital, los pasillos fríos, el olor a desinfectante y todos los disparos del mundo desaparecen. Solo están sus labios y el leve temblor de su respiración cuando la acerco a mi cuerpo. No soy brusco, la beso con suavidad, buscando su lengua y dejándola entrar en mi boca. Y ella lo hace como si ya hubiera estado aquí antes, con naturalidad.

Le paso una mano por la nuca despacio, probando. Siento el pelo húmedo, el albornoz suave bajo mis dedos. El cuerpo me avisa con una punzada en el costado de que no estoy en una postura demasiado cómoda para los puntos que aún llevo, pero no me importa. Rozo la línea del albornoz con los nudillos, desde el cuello hasta su cintura, y cuando mis dedos encuentran su piel tibia, tensándose al primer contacto, el mundo vuelve a cambiar de tamaño y se reduce a nosotros dos.

Mi mano se cuela bajo la felpa. Ella suspira y luego respira hondo. Un segundo después, su espalda se arquea lo justo para acercarse… y entonces se aparta. Se pone de pie con una rapidez

que me deja helado. Aprieta con fuerza el nudo del cinturón y da un paso atrás.

—Necesitas descansar —dice.

No le tiembla la voz, no es una excusa torpe, es un «hasta aquí hemos llegado». La miro y asiento. Una retirada siempre es mejor que perder la batalla.

—Estoy bien —contesto sin dejar de mirarla.

Se queda un momento de pie, dudando. Luego se gira y sale de la habitación sin decir nada. Escucho sus pasos por el pasillo, la puerta del baño, el golpe húmedo de su ropa mojada al caer sobre los azulejos. Podría llamarla. Podría decir «espera» o cualquier otra palabra que la detenga, pero no lo hago.

Respiro y me tumbo despacio, aunque el costado protesta cuando llego al colchón. Mi boca aún conserva el recuerdo de su beso. Me quedo así, mirando al techo, con la sensación de haber metido la pata hasta el fondo. También me preocupa la posibilidad de haberla empujado a donde no quería ir. Pocas cosas pesan más que la culpa.

Me incorporo con cuidado y voy hasta la puerta de la habitación. Tengo que detenerme un momento cuando un ligero mareo me asalta de nuevo. Por suerte, pasa pronto. La escucho moverse abajo. Vuelvo al entrar al dormitorio y me pongo un pantalón de chándal y una camiseta limpia. Tardo más de lo que debería en anudar el cordón del pantalón. Me cuesta centrar la vista y tengo un ligero temblor de manos.

Cuando bajo, la encuentro en el recibidor. Se ha vuelto a vestir con la ropa mojada. El vaquero gotea y la camiseta se le queda pegada al cuerpo. Lleva el albornoz doblado sobre el antebrazo, como si no supiera qué hacer con él. Está a punto de abrir la puerta.

—Sophie —la llamo.

Se gira sorprendida.

—No te vayas así —añado, sin acercarme demasiado—. No siento haberte besado. No voy a pedir perdón por eso. Pero si tú no

quieres, no volveré a intentarlo. Te lo prometo.

Se queda callada. Baja la vista a la ropa mojada y la vuelve a subir a mí. Me obligo a respirar normal, a dejar que las palabras hagan su trabajo. Ella alarga la mano y me entrega el albornoz.

—Hay una secadora en el sótano —continúo antes de que se vaya—. Mételo todo dentro. Utiliza el albornoz mientras tanto, o también puedo dejarte algo de ropa, aunque te quede grande. Y… —se me escapa una medio sonrisa— si después te apetece comer conmigo, me encantaría. No soy un gran cocinero, pero me defiendo con los platos sencillos. Pasta, sopa… Lo que aguante mi costado y tu paciencia.

El silencio dura un par de segundos que parecen más. Al final, asiente con un breve movimiento de cabeza.

—Coge el albornoz —le digo, tendiendo la mano—.Te enseñaré dónde está todo y te dejaré sola.

Sophie coge el albornoz sin decir nada. El contacto es mínimo, pero me mira un instante y eso me basta para ver que no está enfadada, está… procesando. Abro la puerta que hay en uno de los lados de la cocina y bajo el único tramo de escalera. Ella me sigue, descalza y con los vaqueros chorreando. El aire del sótano es más fresco, huele a madera y a detergente. Enciendo la luz. La secadora está al fondo, al lado de unas estanterías con cajas. Sobre una de ellas hay una cesta con pinzas, jabón y suavizante.

—Aquí está todo —le digo—. Si necesitas algo, estoy arriba.

—Gracias —responde, todavía parca.

Subo despacio. Arriba, el sonido de la secadora cuando comienza a funcionar llena la casa de una calma mecánica. Me apoyo en la encimera y dejo que mi cuerpo descanse un momento. Luego abro la despensa y miro lo que tengo. Pasta, tomate, ajo, aceite de oliva, varias latas de atún. Nada mal para un convaleciente.

Pongo agua a hervir, pico un diente de ajo, lo paso por la sartén con aceite y dejo que el olor limpie los restos de la peste a hospital. Rallo queso y saco dos platos. Ya no me tiemblan las manos.

—¿Puedo? —la oigo decir desde la puerta.

Está ahí, con mi albornoz puesto y el pelo recogido en un moño improvisado. Está descalza, y se apoya en el marco mientras me mira con una sonrisa. Sus ojos recorren la encimera, la sartén y, por último, a mí.

—Claro —respondo—. Siéntate.

Se sienta en el taburete alto más alejado de mí y me observa en silencio mientras cuelo la pasta y la salteo con el ajo. Dos vueltas, queso por encima y un golpe de pimienta.

—Huele bien —dice.

—El secreto es el ajo. Y el queso —añado con el paquete de parmesano en la mano. Nunca tengo suficiente de ninguna de las dos cosas.

La miro un instante. Su pelo negro brilla bajo la luz que entra por la ventana, y sus ojos azul ultramar parecen capaces de atravesarme y leer todo lo que trato de ocultar.

Sirvo la comida y dejo un plato frente a ella. Yo me quedo al otro lado de la isla, en un taburete gemelo. Me siento despacio, midiendo cada movimiento. Sophie enrolla la pasta en el tenedor y se lo lleva a la boca.

—Está bueno —dice por fin.

Yo sonrío. Hace tiempo que soy capaz de defenderme en la cocina.

Entonces, ella deja el tenedor en el plato y me mira fijamente.

—Lo de antes… —empieza—. Yo tampoco me arrepiento, y no puedo decir que no me apeteciera. —Levanto la vista, pero no digo nada. Intuyo que no ha terminado de hablar—. Pensé que podría hacerte daño —añade.

—¿Un beso? —pregunto, sorprendido.

—No, bueno, yo… —balbucea de pronto.

Y entonces, entiendo. El beso había encendido algo en ella, un deseo, o aunque solo fuera una mínima curiosidad, y cuando se

apartó estaba pensando en… Vaya, esto no me lo esperaba, pero me gusta.

—Saliste del quirófano hace solo diez días —continúa a toda prisa —. Tienes un agujero en el costado y acababas de desmayarte en la ducha. Deberías agradecerme que haya sido precavida. Y también he pensado en mí —añade bajando la mirada—. Hace una semana todavía temblaba cuando cerraba los ojos. Me siento… indefensa —añade—, y no quería…

—No hace falta que me des explicaciones, de verdad —la corto con suavidad—. Tengo mucho que agradecerte, y no quiero que mi torpeza te haga salir corriendo. Quiero que te quedes en mi vida del modo que tú elijas hacerlo —añado mirándola fijamente a los ojos desde el otro lado de la isla de la cocina. —Ella asiente—. Y gracias por no irte cuando…

—No suelo salir corriendo —replica, y por fin aparece ese brillo irónico que conozco—. Solo… necesito tiempo para calcular las posibilidades y las opciones.

—Tómate todo el que necesites —respondo—. Si en algún momento volvemos a besarnos, o si hay algo entre nosotros, será porque tú has dado el primer paso.

Ella sonríe y se concentra de nuevo en la pasta.

—¿Desde cuándo cocinas así de bien? —pregunta.

—Mi madre se empeñó en que aprendiera los rudimentos básicos de la cocina —le digo con una sonrisa—. Decía que no quería que su hijo fuera un inútil que no le diera más que trabajo a una mujer.

Sophie se ríe con una carcajada abierta. Creo que es la primera vez que la veo reírse así y me encanta. Casi alargo la mano hacia ella, pero recuerdo en el acto que he prometido que el siguiente paso lo dará ella cuando esté preparada, si es que alguna vez lo está.

Cuando acabamos, recojo los platos y los dejo en el fregadero. Me vuelvo y la encuentro de pie, mirándome con una expresión que no sé descifrar a la primera.

—No me he ido —dice, como si cerrara un capítulo.

—Lo he notado.

—Y no me arrepiento.

—Yo tampoco.

Nos miramos un segundo más. No hay prisa. La secadora golpea una vez, cambia de ritmo y vuelve al zumbido constante.

—Tu ropa estará lista en diez minutos —le digo—. Si quieres, puedo preparar un café. O té. O… lo que quieras.

—Café —elige—. Y luego… me enseñarás el jardín. Solo lo he visto desde dentro de la casa, y cuando pensaba salir te has derrumbado como un saco.

Esta vez soy yo el que me río.

—Trato hecho —respondo después—, café y jardín.

17

Sophie

Cojo la taza de café y nos dirigimos a la parte trasera de la casa. Daniel empuja una puerta acristalada y, de repente, la luz grisácea del invierno me envuelve. No esperaba que el jardín fuera tan grande. Desde la calle, la casa parece amplia, sí, pero no imaginaba que detrás se abriera todo este espacio.

La hierba está perfectamente cortada, verde y húmeda, salpicada aquí y allá por hojas secas que el viento ha arrastrado desde los árboles del borde. Hay pequeños parterres con flores resistentes al frío, aunque algunas apenas asoman entre la tierra oscura. A la izquierda, un seto alto marca el límite con la parcela vecina, mientras que a la derecha se abre un sendero de piedra que conduce a una pérgola cubierta. Más allá, un par de árboles frutales, desnudos en esta época, esperan la primavera para vestirse de nuevo.

—Es precioso —murmuro, abrazando la taza para que el calor me caldee las manos.

—No es París —responde con una media sonrisa—, pero tiene su encanto.

Avanzamos por el sendero. Él camina a mi lado, no demasiado cerca, pero lo suficiente como para sentir su presencia. Se ha puesto un anorak encima del chándal y me ha prestado a mí una cazadora que me queda enorme pero que me protege del frío. Nos miramos de vez en cuando sin decir nada. Daniel me sonríe y me va explicando los nombres de los arbustos, de los árboles, de las plantas…

—No me imaginaba a un reportero de guerra viviendo aquí —comento, observando la calma que nos rodea.

—¿Por qué no? —pregunta.

—No lo sé, tonterías mías, supongo, pero estaba segura de que tendrías un apartamento en un barrio bullicioso, en un edificio lleno de gente. —Me encojo de hombros—. Estereotipos, supongo —añado.

Él sonríe.

—Por un lado —empieza—, ya no soy reportero, ahora trabajo en un periódico de París cubriendo informaciones mucho más tranquilas.

—Te recuerdo que te acaban de pegar un tiro por seguir la noticia…

Daniel suelta una carcajada y se lleva la mano al costado, dolorido.

—Es cierto —reconoce—, lo que no me pasó en cinco años cubriendo conflictos armados me ha pasado en el corazón de París. Paradojas de la vida…

—¿Y por el otro lado? —le pregunto cuando veo que se ha quedado pensativo, con la mirada perdida en ninguna parte. Reacciona en el acto y me mira con una sonrisa.

—Por el otro lado, después de pasar años durmiendo en suelos de hormigón, en tiendas improvisadas o en cuartos sin ventanas, quería un lugar en el que pudiera… respirar.

Su voz tiene un matiz que me invita a preguntar más.

—¿Siempre supiste que querías ser corresponsal de guerra? —sigo preguntando.

—No, en absoluto —me dice—. Empecé en la sección de política internacional. Me defiendo en varios idiomas y soy bueno con la diplomacia —añade. No está presumiendo, lo cuenta con naturalidad —. Luego me pidieron que cubriera una crisis humanitaria en África, y allí vi por primera vez un campo de refugiados. Comprendí lo que era vivir sin nada más que lo puesto, no saber si mañana estarás

vivo o muerto, si podrás comer o beber, o si un día podrás volver a tu casa. Sentí que podía convertirme en la voz de toda esa gente, contar su historia, y me enganché. No al sufrimiento, claro, sino a la verdad que había allí. Alguien tenía que contarla y decirle al mundo lo que estaba pasando en las zonas olvidadas del planeta.

—Habrás pasado miedo —supuse.

—Miedo, hambre, frío, calor extremo… Pero ha merecido la pena —responde muy serio.

—¿Y ahora?

—Ahora es el turno de otros. Todo el mundo termina quemado en ese trabajo, y yo estuve a punto de venirme abajo. Ya había tomado la decisión de volver cuando me dieron el Pulitzer, así que aproveché para cambiar de destino.

Llegamos al final del jardín, donde una verja de madera separa la zona cultivada de un pequeño bosque. Daniel la abre y me deja pasar. El aire cambia; aquí huele a tierra húmeda, a hojas en descomposición, a invierno de verdad. El suelo está cubierto por una alfombra de hojarasca que cruje bajo nuestros pasos.

—¿Esto también es tuyo? —pregunto.

—Sí. No es mucho, pero lo suficiente para aislar la casa del resto del mundo… y para dar paseos como este.

El sol se filtra entre los troncos, dibujando rayas doradas en la tierra. Es un lugar tranquilo, muy distinto a lo que imagino cuando pienso en él como periodista. Y quizá por eso me sorprende tanto escuchar su siguiente historia.

—Creo que has visto esa foto en la que estoy rodeado de niños en un mercado.

—¿Esa en la que todos tenéis una manzana en la mano? —pregunto para confirmar.

—Esa —dice y sonríe—. Me la hicieron en un mercado en Alepo —empieza—. Era invierno y hacía un frío insoportable. Había niños descalzos, con las manos rojas, vendiendo cualquier cosa para conseguir unas monedas. Yo llevaba una bolsa con algo de pan y

fruta que acababa de comprar. Un niño se me acercó y me pidió una manzana. Se la di, y lo siguiente que vi fue cómo la partía en cuatro trozos y la compartía con otros tres críos. Él apenas se quedó con un pedazo. —Hace una pausa—. Entonces entendí que la dignidad no depende de lo que tengas, sino de lo que estás dispuesto a dar. Así que les di todas las manzanas que llevaba en la bolsa, compré otra y se la di también. Para mí, esas manzanas eran el postre. Para ellos, la única comida del día.

No sé qué decir. Me limito a mirarlo mientras seguimos caminando.

—Otra vez —continúa—, estaba grabando en un callejón. Sonaban disparos cerca y yo intentaba localizar de dónde venían. Entonces, una mujer me tiró al suelo. Pensé que me estaba atacando, pero en realidad me estaba cubriendo. Un proyectil había pasado muy cerca de nosotros y yo no me había dado ni cuenta, tan concentrado estaba en conseguir unas buenas imágenes. Cuando me levanté, ella ya se había ido. Ni siquiera supe su nombre.

El bosque parece más silencioso después de eso. El viento mueve las ramas y el crujido de las hojas bajo nuestros pies llena los huecos que deja nuestra conversación.

—Debe de ser difícil volver a la rutina después de ver todo eso.

—Lo es —reconoce sin rastro de pena en su voz—. Te acostumbras al ruido, a la adrenalina, y luego, esto parece irreal. —Se detiene un instante y me mira—. Pero hay cosas por las que merece la pena haber vuelto.

Siento calor, y mis labios recuerdan los de Daniel en mi boca hace solo un rato. Sé que él está esperando que yo dé el siguiente paso, y podría hacerlo, deseo hacerlo.

Voy a hacerlo.

En ese momento, el teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco, y el nombre en la pantalla me deja helada.

Élise.

—¿Todo bien? —pregunta Daniel, al ver que me quedo parada.

—Sí… —respondo, aunque no suena convincente.

Cuando contesto, la voz de Élise me llega temblorosa. Quiere hablar conmigo, insiste en que es importante, aunque no quiere darme detalles por teléfono. Me dicta su dirección y me pide que vaya cuanto antes.

Al colgar, me quedo mirando el móvil como si no supiera qué hacer con él. Podría inventar una excusa, pero no me parece justo.

—Era Élise —digo al fin.

Daniel arquea una ceja.

—¿Y?

—Quiere que vaya a verla. No me ha dicho por qué.

—¿Quieres ir?

—Claro, no hay problema, aunque la he notado rara.

—Entonces, no vayas sola —sentencia, sin dejar margen para discusión.

No le llevo la contraria. Y, para mi sorpresa, tampoco quiero hacerlo.

—Está bien —acepto, guardando el teléfono—. Vamos.

Mientras regresamos a la casa, el aire del bosque se siente más denso, como si presintiera que el paseo que empezó como una tregua está a punto de convertirse en otra carrera contrarreloj.

18

Daniel

La llamada de Élise había sido corta, casi críptica. Sophie colgó y se quedó mirando la pantalla como si el teléfono pudiera darle más explicaciones, pero no lo hizo. Yo tampoco pregunté mucho: la expresión de Sophie bastó para entender que la llamada la había sorprendido y preocupado tanto como a mí.

Me visto lo más deprisa que puedo y Sophie conduce de vuelta a París, al tumulto de la ciudad, del tráfico y de las luces. Tardamos casi una hora en llegar hasta la dirección que Élise le ha facilitado.

—¿No te ha dado ninguna explicación sobre por qué tiene tanta prisa por verte? —le pregunto cuando enfilamos las primeras calles de la ciudad.

—Solo ha dicho que necesita hablar y que es importante —responde, atenta al tráfico.

—¿La has notado asustada, o solo preocupada? —insisto.

Ella duda un instante.

—No estaba tranquila, pero no me ha querido decir nada por teléfono.

Aparca cerca del edificio de apartamentos en el que vive Élise, apaga el motor y echamos un vistazo a lo que nos rodea. El barrio de Élise respira dinero. Las calles son anchas y limpias, flanqueadas por hileras de plataneros perfectamente podados. Las fachadas de piedra clara muestran balcones de hierro forjado y molduras restauradas al detalle. Bajo ellas, los portales se abren con puertas de madera maciza y herrajes que relucen como si alguien los puliera cada mañana, algo que seguramente harán.

En la calle principal, los escaparates se suceden: galerías de arte, joyerías diminutas, boutiques donde el precio nunca se muestra en la etiqueta.

El edificio de Élise ocupa una esquina. El portal es amplio, con mármol en el suelo y en las paredes y un espejo biselado que devuelve una imagen perfecta del vestíbulo.

—Voy delante —le digo.

—Ni lo sueñes —replica.

No voy a discutir, sé que no merece la pena.

Sophie se adelanta y yo sigo sus pasos, alerta. Subimos en un ascensor silencioso, con paneles de madera y olor a cera.

Cuando la puerta del ascensor se abre, el pasillo nos recibe con una alfombra gruesa y luces cálidas. Caminamos hasta el final. La puerta de Élise está entreabierta, pero no se oye nada dentro.

—¿Ella suele dejar la puerta así? —pregunto en voz baja.

—Nunca —responde Sophie, y su tono me pone en guardia.

Empujo la puerta despacio. El apartamento huele a perfume caro mezclado con algo más metálico, un aroma que reconozco al instante y que me tensa el estómago. El salón está destrozado. Los sofás, rajados y con la espuma fuera; han roto la mesa de cristal, vaciado las estanterías e incluso han destrozado los jarrones con flores frescas.

—No pises nada —le indico a Sophie.

En el pasillo, el suelo de madera brilla bajo la luz de los focos encastrados en el techo, y en ese brillo se ve un hilo oscuro que se extiende hacia la habitación del fondo. Le hago una señal a Sophie para que se quede donde está y, esta vez sí, obedece y yo avanzo primero. Cada paso amplifica el silencio.

Entro en el dormitorio y el mundo se detiene. Élise está en el suelo, caída de lado, con un brazo extendido y el otro recogido contra el pecho. Viste un vestido negro elegante y lleva zapatos de tacón, como si estuviera lista para salir. La sangre se ha extendido

desde su costado, tiñendo la tela y empapando la alfombra. Sus ojos, abiertos, ya no miran a ninguna parte.

Sophie ahoga un grito detrás de mí. Me giro y le bloqueo la vista instintivamente, llevándola hacia atrás.

—No mires —le pido, aunque sé que ya la ha visto.

Ella respira rápido, con las manos crispadas contra su chaqueta. Yo reviso la habitación con la mirada. No hay cristales rotos, pero los cajones están revueltos y su contenido, esparcido por el suelo y por encima de la cama.

—Daniel… —murmura Sophie—. Está muerta.

No hay nada que responder. Saco el teléfono y marco el número de la inspectora Camille Vasseur. La voz al otro lado se tensa al escucharme y me ordena no tocar nada mientras llega junto con la patrulla y una ambulancia que yo sé que es inútil.

Mientras esperamos, reviso rápido el resto del piso. El baño es un auténtico caos. Todos los tarros de crema de Élise están abiertos y los han vaciado en el lavabo, igual que el maquillaje y los botes que hay en la ducha. Vuelvo al salón y encuentro a Sophie de pie, rígida, los brazos cruzados.

—¿Quién…? —pregunta, sin terminar la frase.

—No lo sé —reconozco—. Y tampoco sé si esto tiene alguna relación con el hecho de que te hubiera llamado o ha sido fortuito.

Diez minutos después, el pasillo se llena de pasos y órdenes rápidas. Uniformes, guantes, cintas amarillas. La inspectora Vasseur entra con gesto grave, me mira y luego mira a Sophie.

—Explíquense. —nos exige.

—Élise Marceau llamó a la señorita Blanchet hace como una hora —le digo ante el silencio de Sophie—. Quería verla —añado.

—¿Solo a ella o a los dos? —me interrumpe Vasseur.

—No lo especificó —respondí con absoluta sinceridad—, pero me ofrecí a acompañarla y ella aceptó. —La inspectora me mira un segundo y me hace un gesto con la mano para que continúe—. Cuando llegamos, la puerta estaba abierta. Entramos y… —Me

detengo un momento para procesar lo que he visto y lo que estoy a punto de decir—. Encontramos a Élise en el dormitorio, no hemos tocado nada. La llamé de inmediato —añado.

Vasseur me observa un segundo antes de asentir. Después mira a Sophie, evaluándola con el mismo gesto analítico.

—Necesito sus declaraciones en comisaría, no aquí. El equipo debe trabajar sin distracciones. Esperen en el descansillo hasta que yo salga —nos ordena, y da media vuelta sin decir nada más.

La inspección dura casi una hora. Escuchamos fragmentos de conversaciones desde fuera de la casa: «entrada limpia», «una bala, calibre nueve milímetros», «sin huellas claras». Finalmente, Vasseur aparece de nuevo.

—Necesito que estén localizables —nos dice—, y a ser posible, que no estén solos por el momento.

—¿Corremos peligro? —le pregunto, mirando a Sophie.

—No estoy segura, pero están ustedes demasiado implicados en todo esto, así que prefiero que permanezcan en un lugar seguro.

—Yo me encargo —afirmo.

Bajamos juntos, escoltados por un agente. Llevo tanto tiempo con la mandíbula apretada que me duele. Sophie camina a mi lado en silencio, y tiembla ligeramente. Le paso la mano por los hombros y la acerco a mi cuerpo para intentar que entre en calor. Cuando llegamos al coche, le pido las llaves. Ella no protesta, me las da y yo abro.

—No vas a quedarte sola esta noche —le digo cuando enciendo el motor—. Volvemos a mi casa, tengo un sistema de seguridad de primera.

—Daniel…

—No. No es negociable.

No insiste.

Conduzco hasta mi casa sin prisa, con cuidado, atento al retrovisor. No veo a nadie siguiéndonos, pero la sensación de que no

estamos seguros me acompaña durante todo el trayecto. Sophie mira por la ventanilla, perdida en sus propios pensamientos.

Cuando llegamos a mi casa, abro la verja metálica, pasamos y vuelvo a cerrarla antes de seguir adelante para estar seguro de que nadie se cuela en ese momento.

Aparco y Sophie se gira hacia mí.

—Gracias —me dice en un susurro.

—No me lo agradezcas.

No le digo que esa noche pienso quedarme despierto, por si alguien decide que los testigos son un problema.

19

Sophie

Todavía no me creo lo que hemos visto.

No es una exageración decir que siento el peso del cadáver de Élise encima, como si me lo hubiera traído pegado a la espalda desde su apartamento. Las luces de su salón, la sangre extendiéndose sobre la madera clara, sus ojos abiertos sin mirar a ninguna parte… Todo sigue ahí, adherido a mi memoria como una mancha que sé que no va a salir con nada.

Daniel conduce hasta su casa sin pronunciar más de tres palabras, en medio de un silencio denso que ninguno de los dos rompemos porque, en realidad, no tenemos nada que decir. No es el momento de los ánimos, ni del análisis, ni del lamento. Ahora tenemos simplemente que asimilar lo que ha pasado. Además, mencionarlo lo hará todavía más real y el horror nos podría aplastar. Así que callamos mientras París se convierte en un borrón a nuestra espalda, el tráfico disminuye y la luz de las farolas es sustituida por la de la luna, una enorme luna llena que no me canso de mirar.

Cuando llegamos, me abre la puerta del coche y espera a que entre primero. Lo hace siempre, pero esta vez sé que hay algo distinto: está vigilando. Sus ojos no se quedan quietos, saltan de un rincón oscuro a otro, de la valla al camino, como si esperara, o temiera, encontrar algo o a alguien.

Entra detrás de mí y enciende todas las luces del salón. No solo las de techo, también las lámparas de las esquinas e incluso las del jardín.

—Las dejaré encendidas toda la noche —me dice—, es una medida disuasoria. Y además, he conectado la alarma.

A continuación, sube las escaleras y yo me quedo un momento de pie, sin saber si seguirlo o esperar. Acabo optando por lo primero.

Lo encuentro en su dormitorio. Ha abierto el armario y tiene los brazos extendidos hacia las baldas superiores. Me coloco a su lado y veo una pequeña caja de seguridad con un teclado numérico. Introduce un código y un pitido breve confirma que es correcto. Abre la portezuela y saca una caja metálica gris, de aspecto robusto, con una cerradura de combinación. La coloca sobre la cama y se sienta junto a ella.

—¿Qué es eso? —pregunto.

No me contesta. Gira la rueda de la cerradura con precisión y la tapa se abre con un chasquido suave. Dentro, encajada en una espuma troquelada, hay una pistola corta negra, brillante bajo la luz. Al lado, varias cajas de munición, una linterna y dos cargadores. Daniel coge el arma con una naturalidad que me incomoda y al mismo tiempo me tranquiliza.

—¿De dónde la has sacado? —mi voz suena más baja de lo que esperaba.

Por fin me mira. Su expresión es neutra, sin rastro de vergüenza ni nerviosismo.

—La guerra es un lugar muy peligroso para los periodistas —responde—. Sobre todo cuando una de las partes no quiere que el mundo se entere de lo que está haciendo con los civiles.

—¿La has usado alguna vez? —pregunto a continuación.

El silencio se instala de nuevo, pero ahora es diferente. Me sostiene la mirada como si estuviera midiendo qué puede decirme y luego baja la vista, guardándose la respuesta. Con movimientos metódicos, revisa el arma: abre la recámara, comprueba el cargador y el gatillo. Introduce un cargador y activa el seguro. Después la coloca con suavidad en la cinturilla de su pantalón y la cubre con la camiseta.

Guarda el resto del contenido, cierra la caja y la devuelve al fondo del armario. El pitido de la alarma suena otra vez, breve, antes de que bajemos a la planta baja.

En la cocina, la luz es cálida, y todo está tan ordenado que por un momento aleja las imágenes del caos que hemos dejado atrás. Lo veo moverse despacio, abrir la nevera, los armarios … Está actuando de modo mecánico, pero no sé dónde está su mente. O sí lo sé. Está en el mismo lugar que la mía, con Élise.

Con el cadáver de Élise.

Daniel se mueve como si la rutina de preparar algo pudiera servir para paliar las imágenes que a buen seguro llenan su cabeza. Me siento en uno de los taburetes altos, me mira y sonríe un momento. Luego abre de nuevo la nevera, uno de los armarios y vuelve con una botella de vino y dos copas en la mano. No me pregunta si quiero ni me ofrece alternativas, simplemente sirve el líquido oscuro como si supiera que lo necesito.

Bebemos en silencio.

—¿Estás bien? —me pregunta por fin.

Medito un momento. ¿Estoy bien?

—Todo lo bien que se puede estar después de lo que ha ocurrido —respondo.

Él asiente.

—No deberías estar sola estos días —dice a continuación.

—Tampoco tú.

—Yo sé cuidarme.

—Eso es discutible —replico mientras señalo su costado, y por fin, aunque sea un segundo, asoma una sonrisa en su cara.

Apuro el vino y relleno las copas mientras él corta queso y lo dispone en un fuente junto con nueces, paté y unos palitos de pan.

Cojo un pedazo de queso y me lo llevo a la boca

—Mmmmmm… —gimo—. Me encanta el queso.

—¡Menos mal! —exclama—. No tengo nada más en la nevera.

Daniel sonríe. Le brillan los ojos y está guapísimo con esa barba desarreglada y el pelo color miel cayéndole sobre la frente. No puedo evitar fijarme una vez más en sus hombros anchos, poderosos, y en los brazos perfectamente musculados.

—¿Vas al gimnasio? —le pregunto. El recuerdo de Daniel desnudo en la ducha me asalta de pronto. Uf, tiene el six-pack perfectamente marcado.

—De vez en cuando —reconoce—. Artes marciales, un poco de boxeo…

—Lo tuyo son los deportes de contacto.

Me mira un momento demasiado largo y sonríe de medio lado mientras baja la barbilla y clava sus ojos en los míos.

—Lo mío es el contacto —dice sin más.

Hago un mohín que quiere ser desdeñoso, pero creo que me sale un poco ridículo. ¡Me ha puesto nerviosa! No soy ninguna niña, tengo veinticinco años, ¡y este tipo pretencioso me ha puesto nerviosa! Bebo un largo trago de vino y me concentro en la fuente. Cojo más queso y lo devoro.

No hablamos de Élise ni de lo que hemos vivido, y la tensión poco a poco se desvanece. Cada cierto tiempo, mi mirada se desliza hacia la silueta que marca el arma bajo su camiseta. No sé si me da seguridad o si me inquieta más, porque su sola presencia me recuerda que, en algún lugar ahí fuera, hay alguien capaz de lo que hemos visto hoy.

Cuando terminamos, él recoge la fuente y las copas y las enjuaga sin dejar de observar por la ventana.

—¿Crees que corremos peligro? —le pregunto en voz baja. Me he levantado y estoy junto al ventanal que se abre al jardín trasero.

—No lo creo, pero no podemos estar seguros. El objetivo era Élise, eso está claro. Primero la secuestraron y después… —No termina la frase, no hace falta—. Pero no veo qué interés podemos tener nosotros para quien haya cometido semejante atrocidad.

—Tienes razón —digo—. Entonces…

—Entonces —me corta, porque sabe lo que voy a decir—, eso no quita para que sea mejor que estés a salvo y acompañada mientras la policía investiga lo que ha pasado. Si lo prefieres, puedo llevarte a otro sitio —me ofrece mirándome a los ojos—, pero solo si estás segura.

Le sostengo la mirada. Sus ojos son como un campo de trigo.

—Me quedo —le digo. Y luego doy un paso hacia él.

20

Sophie

Me acerco a él y lo miro un instante más a los ojos. Desde donde estoy puedo percibir su aroma, profundo y agreste. Es un olor salvaje, y en ese momento sus ojos brillan como los de un felino. Está quieto, no se mueve. Espera. Me toca a mí hacer el siguiente movimiento, y aquí estoy, a un paso de… No sé de qué, solo sé que todo mi cuerpo me exige que lo toque, que lo saboree, que lo disfrute. Y eso voy a hacer ahora mismo.

Elimino la distancia que nos separa y me pongo de puntillas para besarle en los labios. Al principio, él no responde, no hace nada, sigue sin moverse. Lo beso de nuevo, y entonces sí, entonces separa los labios y responde.

Me besa con suavidad, un beso dulce con sabor a vino tinto, un beso que, sin embargo, despierta un huracán en mi interior.

Siento que me arde la cara y que mis labios exigen continuar con el contacto, pero Daniel sigue inmóvil, con los brazos a los lados de su cuerpo.

—¿Quieres que lo deje? —le pregunto.

—¿Quieres dejarlo? —me devuelve.

—¿Crees que estaría besándote si no quisiera hacerlo? —le respondo un pelín indignada.

—No —dice por fin—, supongo que no.

—¿Entonces?

Lo miro con una ceja levantada.

Él sonríe, me rodea la cintura con sus brazos y hunde su lengua en mi boca con la voracidad de un depredador. Mi lengua lo recibe sensual, cálida, curiosa. Nos buscamos en la boca del otro, nos encontramos y nos exploramos. No hay

nada más que nuestras bocas, nuestros labios, las lenguas, juntas, alrededor la una de la otra, jugando, pidiendo y dando.

Una eternidad después, o quizá solo unos pocos minutos, Daniel se separa de mí y me mira. Siento mi respiración agitada y el corazón bailándome en el pecho.

—Me gustas mucho —susurra—. Me sorprendes, me sobresaltas, a veces incluso me asustas, pero me gustas mucho —dice antes de volver a besarme.

Sus manos comienzan a acariciarme despacio. La cintura, la espalda, el cuello, la cara, el pelo… Soy incapaz de pensar en nada más que en Daniel, en su boca, en sus manos, en su espalda, fuerte bajo mis dedos.

De pronto, mis pies pierden el contacto con el suelo y estoy en sus brazos. Sonríe ante mi sorpresa y vuelve a besarme mientras sube las escaleras.

—Ten cuidado —le digo—, la herida…

—Estoy bien —me responde—. Muy, muy bien —añade, y siento su sonrisa contra mis labios.

Me deja en el suelo en la habitación, saca el arma que lleva a la espalda y la deja sobre la mesita de noche. No puedo evitar mirarla, y es como si el frío del acero me acariciase la piel por un momento. Daniel percibe mi escalofrío y cambia de posición para impedirme ver la pistola, pero no la guarda. Acto seguido se saca la camiseta por la cabeza y yo ya no puedo pensar en nada más. Golosa, paso la mano por sus abdominales perfectos, por su vientre plano, y subo hasta el pecho, firme, poderoso, cubierto de un suave vello del color de su pelo. Miro un momento el apósito que cubre la herida. No debo olvidar que está ahí.

Deslizo las manos sobre su piel hasta la cinturilla del pantalón y le suelto el botón. Él no deja de mirarme con intensidad. Subo de nuevo sobre las puntas de mis pies y alcanzo sus labios mientras mis manos se ocupan de la cremallera y empujan después el pantalón hasta el suelo.

—Te toca —susurra.

Uno a uno, suelta los botones de mi camisa y la desliza por los hombros y los brazos hasta que cae al suelo. Pasa la yema de los dedos por mi cuello, los baja hasta los hombros y, luego, desciende hacia el pecho para recorrer la línea del sujetador. Mis pezones se endurecen al instante y jadeo bajito. Sus dedos siguen su camino hacia el sur hasta encontrar la cinturilla del pantalón. Me acaricia muy despacio alrededor de la cintura hasta que se detiene en el botón. Lo libera y un

segundo después escucho el zip de la cremallera. Al momento, mis pantalones están en el suelo. Doy un paso hacia atrás para salir del gurruño de ropa y nos miramos fijamente. Los dos estamos en ropa interior, quietos, solo mirándonos. Él espera el paso definitivo, y lo doy.

Me pego a su cuerpo y lo rodeo con mis brazos mientras lo beso con pasión. Lo oigo jadear dentro de mi boca, siento sus manos en mi espalda, en mi trasero, en mi pelo. Vuela sobre mí, explorándome, descubriéndome, y yo hago lo mismo con él. Siento su erección sobre mi vientre, aprisionada todavía por los bóxer negros que lleva, y me gusta lo que anticipa mi mente.

Gira a mi alrededor y se sienta sobre la cama. Luego, estira las manos y coge las mías para acercarme a él. Mis pechos quedan a la altura de su boca. Oh, dios. Lleva las manos a mi espalda y suelta el sujetador con agilidad. Luego, desliza los tirantes por los brazos y me lo quita. Una fracción de segundo después, su boca está en mi pezón. Siento su lengua lenta girar alrededor, sus labios succionando y sus dientes, que me arañan con cuidado. Mientras, su otra mano me acaricia la espalda y el culo mientras yo me pierdo en su pelo.

De pronto, Daniel se detiene y se separa unos centímetros. Mi piel exige sus manos, su boca, pero él sonríe.

—Quiero verte —me dice—. Necesito estar seguro de que no estoy soñando.

—No estás soñando —susurro—. Soy muy real.

Me coge por la cintura y me empuja con cuidado para que me tumbe en la cama. Estoy bocarriba sobre la cama de Daniel Reed, un tipo al que, hasta hace pocos días, aborrecía con toda mi alma, y ahora, sin embargo, lo único que quiero es que vuelva a besarme.

Como si pudiera leerme el pensamiento, acerca la boca a la mía y comienza a besarme. Entreabro los labios y capturo los de él. Cuelo la lengua en su boca y lo tiento con pequeños besos, acercándome y alejándome en un juego caliente que me acelera de nuevo la respiración. Y a él también, por lo que puedo comprobar.

Daniel se incorpora sobre un brazo y me acaricia con la mirada. Pasea sus ojos por mi cuerpo mientras yo lo miro excitada. ¿Cómo es posible que desee tanto a alguien a quien apenas conozco? Pero lo hago, en ese momento lo deseo más que a nada en el mundo.

—Dime qué quieres —me pregunta al oído. Su voz suena como el agua cálida que abraza un cuerpo helado, como la brisa fresca que revive la tierra después del

ardor de un día de verano. Me siento hervir y renacer bajo la mirada de Daniel, que sonríe mientras espera una respuesta.

—Todo —respondo.

Al momento, se inclina sobre mí y me besa con dulzura, un beso que poco a poco se va convirtiendo en un torbellino de sensaciones. Siento una presión en el pubis y la urgencia de que me toque, me posea, me complete.

Daniel parece estar deleitándose en mi piel, y yo me retuerzo de placer bajo sus manos y su boca. Me lame los pechos despacio, rodeando la aureola con la lengua golosa hasta que los siento dolorosamente duros. Me pellizca los pezones mientras se desliza por mi estómago hasta el ombligo, besando, lamiendo y mordisqueando cada centímetro de mi cuerpo.

Me acaricia por encima de la fina tela de la braguita, siguiendo el borde hasta que, de pronto, la gira en su mano y tira de ella con brusquedad. Jadeo cuando la veo en su mano, convertida en un guiñapo. No me importa, lo que quiero es que no se detenga.

Luego sopla sobre mi pubis, un aire cálido que me arranca un gemido y provoca que me humedezca como nunca antes. Me siento mojada y expuesta, pero no avergonzada. Arqueo las caderas y espero a que él acabe con el suplicio.

—Por favor… —gimo.

—¿Qué quieres? —pregunta él sin abandonar mi entrepierna.

Gimo de nuevo y muevo las caderas hacia él.

—Todo —repito.

Sin detenerse, Daniel entierra la cara entre mis piernas y me besa el clítoris. Luego lo acaricia despacio con la punta de la lengua, juguetea un momento antes de recorrerlo de arriba abajo despacio, cada vez más fuerte, largos lengüetazos seguidos de la succión de sus labios y el golpeteo sutil de la punta de la lengua.

Yo gimo y me retuerzo sobre la cama. Me siento… ¡Uf!

Abandonada a las sensaciones, dejo de pensar y de preocuparme, y simplemente me dejo llevar. Ya no tengo miedo ni siento pena. Me convierto en una madeja de terminaciones nerviosas excitadas y temblorosas que suben poco a poco hacia una cima que parece no llegar nunca. ¿Cuánto más puedo gozar?

Daniel se concentra en el pequeño clítoris y lo succiona con fuerza mientras sus manos me masajean los pechos.

Vencida, arqueo la espalda y dejo que el orgasmo se extienda desde el centro de mi ser hasta el último rincón de mi cuerpo. Gimo, tiemblo y jadeo mientras el placer se apodera de mí. Es salvaje y bello a la vez, sublime y sorprendente.

Suspiro relajada, pero no saciada, mientras acaricio la espesa cabellera de Daniel, que ahora calma mi clítoris con generosos y refrescantes besos.

Cuando mi respiración se hace más regular, sube de nuevo hasta mi boca y me besa. Hundo la lengua en su boca mientras lo empujo despacio hasta obligarlo a tumbarse sobre su espalda. Entonces, me siento a horcajadas sobre sus caderas y disfruto del contacto de su erección contra mi clítoris inflamado y empapado. Siento cómo me mojo aún más mientras el deseo de levantar un poco las caderas e introducir el pene en mi interior es cada vez más imperioso.

Me muevo despacio adelante y atrás en un balanceo que hace que Daniel cierre los ojos y emita un gemido grave, gutural. Me inclino hacia delante para lamerle el cuello, mordisquearle los pezones y acariciarle el abdomen perfecto. El pecho de Daniel sube y baja con rapidez y su pene vibra entre mis piernas.

Me deslizo hacia atrás, abandonando el placer más urgente, y me acomodo entre las piernas de Daniel, que se incorpora sobre los antebrazos para mirarme. Admiro una vez más sus abdominales marcados, los bíceps cincelados, sus hombros poderosos, y suspiro golosa.

Lo beso en el vientre, con cuidado de no tocar la zona de la herida, y deslizo la lengua hasta la ingle, provocando que dé un pequeño respingo. Después llego hasta mi objetivo, saco la lengua y lamo decidida el glande brillante. Daniel se echa hacia atrás y gime de nuevo.

Rodeo el pene con la lengua, lo tanteo con la punta y, por fin, me lo meto en la boca. Es grande y grueso, pero ahueco el interior y abarco tanto como soy capaz. Siento una gota de algo espeso en la lengua. Deslizo los labios hacia atrás para apartarme unos centímetros y saboreo lo que ha quedado en mi boca, dulce y caliente. El sabor de Daniel. Me gusta. Sonrío y vuelvo a lamerle el pene a lo largo, despacio, con fuerza, intensamente.

—No aguantaré mucho más si sigues jugando así conmigo —susurra Daniel.

Regreso poco a poco a su boca y lo beso profundamente.

—Tengo miedo de que te hagas daño —murmuro contra su boca. No puedo olvidar hace solo once que recibió un disparo en el costado y que no hace ni veinticuatro horas que salió del hospital. Un día muy movido, por cierto.

—No me duele nada —responde—. Lo que me dolería es dejar esto a medias, y eso no va a pasar.

—Como quieras —acepto con una sonrisa. Yo tampoco quiero dejar esto a medias por nada del mundo—. Vamos a por todo.

Mis palabras son como una espoleta para Daniel. Siento que su pene se endurece aún más y que todos sus músculos se tensan. Y ahí sí que veo que le duele, porque retuerce el gesto un momento y se lleva la mano a la herida.

—¿Paro? —pregunto.

—Ni se te ocurra —responde—. No imaginas cuánto te deseo —susurra a continuación.

Daniel recupera la posición dominante y me besa de nuevo antes de alejarse de mí. Se levanta de la cama y coge algo del cajón de la mesita de noche. Regresa junto a mí con un preservativo en la mano. Se coloca el condón con un movimiento rápido y vuelve a mi lado. Me besa, masajea mis pechos y desliza la mano hasta mi pubis, donde dos dedos traviesos comienzan a acariciarme el clítoris. Mientras el pulgar se concentra en el centro del placer, el dedo corazón empieza a juguetear con la entrada de la vagina. Gimo y me retuerzo para pedir más.

Daniel obedece y se coloca sobre mí con cuidado, con el glande apuntando ya hacia su objetivo. Luego se pierde en mi boca mientras avanza despacio hacia mi interior. Siento cómo me llena y cómo el placer se expande de nuevo por todo mi cuerpo. Me penetra despacio, con pequeños movimientos exploratorios, como un aventurero que se adentra en un lugar desconocido.

Yo gimo y me contoneo debajo de él, levantando las caderas para exigir más y más, más adentro, más deprisa, más fuerte. Hasta la última célula de mi piel vibra por conseguir un fugaz contacto con Daniel. Abrazo sus caderas con las piernas y deslizo los brazos por su espalda.

Lo tengo.

Y él me tiene a mí.

Por fin, Daniel está completamente dentro de mí. Espera un segundo y me mira a los ojos antes de besarme con infinita dulzura.

Sin separarse de mis labios, sale unos centímetros de mi interior y vuelve a entrar despacio. Repite el movimiento una y otra vez lentamente mientras mis

gemidos se aceleran. Entonces, cuando siente que mi orgasmo se acerca, que mi cuerpo entero se enerva en un espasmo de placer, él se deja llevar y acelera sus movimientos. Más adentro, más fuerte, más rápido.

Jadeo con la cara pegada al pecho de Daniel, estoy casi colgada de él. Quiero sentir su respiración, el latido enloquecido de su corazón, la tensión de sus músculos.

Un nuevo embate, y otro más. Luego, todo se desboca. Echo la cabeza hacia atrás para recibir el orgasmo en toda su intensidad. Es mayor incluso que el primero que Daniel me ha regalado. Durante esos dichosos segundos no pienso en nada ni en nadie, no hay tiempo ni espacio, no hay miedo ni dolor, no hay pistolas ni cadáveres ensangrentados, y la humanidad se limita a dos personas, nosotros. No hay nada más, no me importa nada ni nadie más.

Daniel acompaña su propio orgasmo con una serie de embestidas breves y profundas. Se corre con sus ojos del color del verano fijos en los míos. Luego me acaricia los labios con el pulgar y pasa el dorso de la mano por mis mejillas. Las siento arder.

—Eres maravillosa —me dice.

Exhausta y feliz, levanto las manos y rodeo con ellas el rostro de Daniel para acercarlo a mi cara. Nos besamos una vez más mientras yo pierdo los dedos en su pelo.

—¿Estás bien? —le pregunto un instante después—. Espero no haberte hecho daño…

—Estoy mejor que bien —responde con una sonrisa—. Esta es la mejor terapia para recuperarse de una herida de bala, los médicos deberían prescribirla obligatoriamente.

Reímos, y lo siento vibrar en mi interior.

Permanecemos anudados, él dentro de mí y yo rodeándole a él, mientras Daniel deposita una ristra de besos tiernos en la comisura de mis labios, en los párpados, en la barbilla. Luego se separa despacio y sale de mí.

—Tengo que deshacerme de esto —dice a modo de explicación—. Vuelvo ahora mismo.

Sonrío y tiro de la sábana para cubrirme.

21

Daniel

Lo primero que pienso al abrir los ojos es que algo va muy bien. No sé cuánto tiempo hace que no me despertaba así, con la sensación de que el mundo ha decidido darme una tregua. Tardo un par de segundos en ubicarme, en recordar que no estoy en un hotel de mala muerte ni en un apartamento alquilado para seguir a un contacto o conseguir una exclusiva. No hay amenazas ni tiroteos, no tengo que ponerme un chaleco antibalas ni necesito un intérprete. Estoy en mi casa. Y, lo más extraño, no estoy solo.

Sophie está a mi lado, dormida boca abajo, con un brazo extendido sobre mi pecho. Su respiración es lenta, profunda. El pelo le cae en mechones desordenados sobre la almohada y una pierna se enreda con las sábanas. Tiene el rostro relajado, casi infantil, y por un momento me pregunto cómo hemos llegado hasta aquí. Hace dos semanas discutíamos por cualquier cosa, desconfiábamos el uno del otro, y ahora… ahora me encuentro contando los segundos antes de verla abrir los ojos.

No quiero despertarla, así que retiro su brazo de mi pecho con cuidado, lo dejo sobre la cama y me incorporo. La habitación está en penumbra, apenas entra un hilo de luz por la ventana. Busco una camiseta limpia, me la pongo y bajo a la cocina. Estoy a punto de salir cuando me giro para coger la pistola que está en la mesita de noche.

Preparar el desayuno es casi un acto automático. Muelo el café, preparo la cafetera, tuesto pan y pongo cuatro huevos en la sartén. Hoy, el doble de todo. Sonrío porque me gusta la sensación de tener alguien con quien compartir cosas tan sencillas como el desayuno.

No tengo fruta. He pasado diez días en el hospital y desde que salí no he tenido tiempo de ir a comprar. Tuve que tirar todo lo que se había estropeado cuando volví.

Mientras añado queso y tacos de jamón a los huevos y remuevo con cuidado, pienso en lo rápido que ha cambiado mi vida. No es solo que me guste su compañía, es que la presencia de Sophie aquí, en mi casa, me resulta extrañamente natural, como si siempre hubiera tenido que estar.

Preparo los platos, las tazas y los cubiertos en la isla de la cocina justo cuando la escucho bajar las escaleras. Va envuelta en mi albornoz, con el pelo suelto, todavía húmedo por la ducha. Me sonríe de una manera que me desarma y me mira con sus ojos del color del océano.

—Huele bien —dice, sentándose frente a mí.

—Esto es lo mejor para empezar el día con buen pie —respondo, sirviéndole café.

Al principio charlamos de cosas ligeras, naderías. Le pregunto por su trabajo en Blackbird y me cuenta con detalle cómo funciona la división de ciberseguridad: los equipos especializados, las horas que pasa delante de las pantallas, los proyectos más delicados y alguno de los ciberataques que ha neutralizado. Habla con pasión, y eso me gusta.

—Supongo que no hay nada que no puedas encontrar con un teclado y un par de contraseñas —comento, medio en broma.

Ella arquea una ceja.

—No es tan fácil. Y aunque lo fuera, no todo es legal. Hay cosas que no toco.

—Eso dices ahora —bromeo.

Sophie me lanza una mirada de advertencia, pero sonríe. Me gusta ese equilibrio suyo entre firmeza y calidez.

—También debía ocuparme de la seguridad de Élise —dice después en voz baja, con las manos alrededor de la taza de café, como si necesitara el calor que todavía emana.

La conversación, inevitablemente, ha acabado girando hacia Élise.

—No puedes sentirte responsable de lo que pasó —le digo.

—Y no lo hago —me asegura—. La encontramos, solucionamos el secuestro —añade. Veo la angustia en sus ojos—, pero la han matado, y no sé por qué.

—Es imposible saberlo todo de las personas —le recuerdo—, ni siquiera de aquellas en las que más confías, o con las que compartes la vida. Todos guardamos secretos.

Me mira y asiente despacio.

—Me esfuerzo por pensar en ella como la mujer alegre y sonriente que era, pero solo consigo verla en el suelo, en medio de un charco de sangre, con los ojos abiertos…

Me levanto del taburete, rodeo la isla y la abrazo con fuerza. Ella se aferra a mi espalda y se echa a llorar. Las lágrimas se deslizan por su cara y mi camiseta las empapa. No grita, no gime. Simplemente, deja que el dolor salga a través de sus ojos.

Cuando se calma, se separa de mí y sonríe tristemente. Me agacho y la beso en los labios.

—¿Más café? —le ofrezco.

—Siempre —responde—, nunca tengo bastante.

Muelo nuevos granos y preparo la cafetera. El café borbotea y vuelve a llenar la cocina del mejor aroma del mundo.

—¿Crees que la policía ya tiene alguna pista? —pregunta mientras lleno las tazas.

—Si la tienen, no nos lo van a decir a nosotros. —Bebo un sorbo de café y la miro un instante—. En realidad, lo único que quiero es que me aseguren que no corres peligro.

—No se me ocurre ningún motivo por el que quien ha matado a Élise pueda tener algún interés en hacerme daño a mí.

—Los bárbaros no necesitan excusas para hacer el mal —le digo. Sé de lo que hablo. Ella me mira fijamente y asiente.

—No me imagino lo que habrás vivido… —dice.

—Nunca he estado donde no he querido estar —aclaro—, yo he aceptado todos los destinos que me han ofrecido. De hecho, casi siempre era yo el que pedía ser corresponsal en la zona de conflicto. Sin embargo —añado—, tengo que reconocer que no calculé la repercusión que todo aquello tendría en mí, en mi forma de ver a las personas y la vida en general.

—¿A qué te refieres? —pregunta. Me mira con un interés verdadero y sé que puedo confiar en ella, abrirle mi corazón. Es la primera vez que puedo hablar en voz alta de esto.

—En una guerra no hay amigos —le explico—. Cualquiera puede traicionarte, bien porque temen por su vida, o porque les han ofrecido unas monedas o comida a cambio de información. Aprendí deprisa a no confiar en nadie y a valerme por mí mismo. La gente buena era la primera en caer —añado en voz baja—. Los niños, las mujeres, los hombres íntegros que no se vendían. Esos son siempre las primeras víctimas. —Me detengo un instante y bebo café para pasar el trago. Mi cabeza se ha llenado de imágenes que intento relegar al fondo de mi mente, pero que siempre vuelven, cada día y, sobre todo, cada noche. Excepto hoy…—. Me cuesta mucho confiar en las personas —termino—, y sin embargo, nunca hasta ahora había hablado de esto con nadie.

—¿Eso es porque confías en mí? —me pregunta.

No contesto, y Sophie me sostiene la mirada. Sé que entiende lo que digo, y también lo que queda implícito.

El sonido de mi teléfono rompe el hilo de nuestros pensamiento.

—Reed, necesito que usted y la señorita Blanchet vengan a comisaría esta mañana —ordena la inspectora Vasseur sin siquiera dar los buenos días—. Hay varios puntos que necesitamos aclarar.

—¿Cómo qué? —pregunto.

—Vengan cuanto antes —insiste.

Cuelgo y miro a Sophie, que deja la taza de café sobre la mesa con un golpe suave.

—¿Vasseur?

—Sí. Quiere vernos a los dos.

—Genial —murmura.

La calma se disipa como el vapor del café. Es como si alguien hubiera abierto la puerta y dejado entrar el frío de golpe. De pronto, todo el calor de la cocina, el olor del café y la luz suave de la mañana parecen un decorado frágil que está a punto de venirse abajo.

No entiendo qué puede querer Vasseur de nosotros. Ya le contamos ayer todo lo que sabíamos, pero no nos queda más remedio que obedecer e ir a la comisaría. Espero que al menos nos cuente algo sobre el avance de la investigación. Sophie se sienta en el asiento del copiloto, se ajusta el cinturón y mira por la ventanilla, distraída.

La mañana es fría y limpia. El viento nos corta la piel al salir de casa y Sophie se protege con la bufanda. Arranco y el motor ruge suavemente. El asfalto de la carretera que rodea la casa está cubierto de una fina capa de humedad que refleja la luz gris del cielo. A medida que nos acercamos a la ciudad, el paisaje cambia: los árboles altos y desnudos dejan paso a bloques de apartamentos de fachada clara, cafeterías con las sillas amontonadas fuera y tiendas que apenas empiezan a abrir.

No hablamos durante los primeros minutos. Ella juega con la bufanda, enrollándola y desenrollándola entre las manos, y gira la cara hacia la ventanilla para recibir la caricia del sol. Yo me concentro en conducir, aunque en realidad mi cabeza está ya en la comisaría. Vasseur no parece de las que te llaman para perder el tiempo; si nos quiere allí es porque tiene algo, o porque cree que nosotros lo tenemos.

Cuando por fin rompe el silencio, Sophie habla en voz baja:

—No me gusta esta sensación —dice.

—¿Cuál?

—La de no saber qué va a pasar —responde—. Me gusta saber qué va a ocurrir en todo momento, odio que me sorprendan. Prefiero tener la respuesta preparada, ¿comprendes? —añade, girándose para mirarme.

—Perfectamente —respondo con sinceridad. Tiene el ceño fruncido y le brillan los ojos por la furia. Claro que la entiendo, lo he vivido demasiadas veces, aunque normalmente con gente uniformada de otro país y en circunstancias más peligrosas—. Cuando estés con la inspectora, respira y contesta solo a lo que te pregunten. No inventes ni ocultes… —hago una pausa— demasiado —añado—. No sabes lo fácil que es olvidar lo que acabas de decir y que te pillen en una mentira.

Sophie arquea una ceja.

—¿Es lo que tú vas a hacer?

Me limito a sonreír.

El tráfico se espesa a medida que llegamos al centro de París. Paso junto a puestos callejeros que huelen a pan caliente y a café, vendedores que colocan ramos de flores en cubos de agua helada, y peatones que cruzan sin mirar demasiado. Aparco a dos calles de la comisaría y seguimos a pie. El edificio tiene una fachada gris y austera, ventanas altas y una puerta metálica en la que un letrero no demasiado grande anuncia que estamos en la prefectura de la policía francesa.

Dentro, la calefacción está a tope, supongo que desde hace varios días, porque huele a sudor y a metal caliente. Un agente en el mostrador nos pide los documentos de identidad y luego nos indica la sala en la que tenemos que esperar. Nos sentamos juntos. Sophie cruza las piernas y apoya las manos sobre ellas, pero sus dedos no dejan de moverse.

No pasa mucho tiempo antes de que aparezca Vasseur. Su presencia llena el pasillo: traje oscuro, cabello recogido en un moño bajo y unas manos de un tamaño desproporcionado, demasiado finas para su enorme cuerpo. Apenas pestañea cuando nos ve.

—Señor Reed, señorita Blanchet —nos saluda con una inclinación de cabeza—. Acompáñenme.

Entramos en su despacho, tan ordenado como la primera vez, se sienta y nos indica que hagamos lo mismo.

—Quiero que retomemos su declaración sobre la señorita Marceau —empieza, abriendo una carpeta—. En particular, los momentos previos a que encontraran su cuerpo.

Sophie y yo nos miramos brevemente. Ella se mantiene en silencio, así que empiezo yo y repaso lo ocurrido con un tono medido, sin adornos. Cuando termino, Vasseur se vuelve hacia ella.

—Señorita Blanchet, ¿puede precisar de nuevo por qué decidió ir al apartamento de la señorita Marceau?

Sophie se aclara la garganta y habla con voz firme.

—Porque me llamó ella misma —responde—. Ayer por la tarde recibí una llamada de Élise. Me pidió que fuera a verla a su apartamento, dijo que necesitaba hablar conmigo.

—¿Le dio algún motivo concreto? —pregunta la inspectora, inclinándose hacia delante.

—No. Solo dijo que era importante y que fuera lo antes posible.

—Y usted fue.

—Ya sabe que sí. —Sophie aprieta las manos sobre sus rodillas mientras reta a la inspectora con la mirada. Vasseur ni se inmuta—. Pensé que podía tratarse de algo relacionado con lo que había pasado, con su secuestro y liberación, así que le pedí a Daniel que me acompañara.

Vasseur toma nota con rapidez.

—¿Notó algo extraño en su tono? ¿Estaba asustada, nerviosa?

Sophie niega lentamente.

—No sé si estaba asustada, pero sí la noté nerviosa, aunque no me sorprendió, teniendo en cuenta lo que acababa de vivir.

La inspectora guarda un segundo de silencio y luego cierra la carpeta.

—Lo que hicieron fue peligroso. Tendrían que habernos llamado antes de ir.

Sophie aguanta la mirada.

—No imaginábamos que la encontraríamos muerta. Íbamos a ver a una amiga que nos había pedido que fuéramos a su apartamento. Usted también lo habría hecho —añade.

El aire en la sala se vuelve más denso. Finalmente, Vasseur asiente y parece que se relaja.

—¿Tocaron o se llevaron algo del apartamento? —pregunta a continuación.

—¡Por supuesto que no! —exclama Sophie.

—Como ya le dije ayer, cuando encontramos el cuerpo, la llamamos a usted de inmediato y no tocamos absolutamente nada.

Vasseur nos mira muy seria y yo le devuelvo una mirada molesta. No entiendo para qué nos ha hecho venir si ni ella ni nosotros tenemos nada nuevo que aportar.

—Por ahora, es todo, Pero manténganse disponibles mientras dure la investigación.

—¿Saben algo sobre quién lo hizo? —pregunto.

—No puedo comentar una investigación en curso —responde la inspectora.

—Al menos, dígame si creen que tenemos algo que temer.

Esta vez, Vasseur me mira fijamente y frunce ligeramente el ceño.

—No lo creo —dice por fin—. No hemos encontrado nada que nos haga pensar en eso. Simplemente, me temo que se trató de una desafortunada coincidencia para ustedes.

—Fue peor para Élise —se le escapa a Sophie.

Esta vez, la inspectora no deja pasar la pulla. Acerca el cuerpo al borde de la mesa y apoya los brazos sobre la madera.

—Si hubiéramos sabido desde el principio que la señorita Marceau había sido secuestrada, quizá habríamos podido hacer algo

para evitar el terrible desenlace —escupe—, pero no hemos tenido la posibilidad de trabajar en el caso. Ahórrese las críticas y analice su propia conciencia —añade antes de señalarnos la puerta con la mano.

22

Sophie

Cuando salimos de la comisaría, el aire frío me golpea en la cara con más fuerza de la que esperaba. A pesar de que estamos en pleno centro de París, la acera frente al edificio parece casi vacía. O tal vez sea que mi cabeza está demasiado ocupada como para registrar el murmullo habitual de la ciudad.

Daniel camina a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora. No dice nada, y yo tampoco. La conversación con la inspectora Vasseur todavía me retumba en la cabeza.

Mi conciencia… ¿Qué habría pasado si no hubiera insistido en que Théo y Kyllian no avisaran a la policía? El aviso era claro, la matarían si los llamábamos, así que creí estar haciendo lo mejor para Élise, intentar encontrarla antes de que le hicieran daño.

Y lo logré. Lo logramos, en realidad, pero ahora, Élise está muerta y yo tengo un millón de dudas y preguntas dando vueltas en mi cabeza.

—Puedo oír los engranajes de esa cabecita tuya —me dice Daniel.

Me detengo en mitad de la calle y me giro para mirarlo. Daniel se para frente a mí y espera, aunque intuyo que ya sabe lo que voy a decir.

—¿Crees que Élise seguiría viva si hubiéramos llamado a la policía en lugar de entrar solos en esa nave?

Él se acerca a mí e intenta abrazarme, pero lo detengo con una mano y doy un paso atrás. Daniel se queda donde está.

—No lo sé —reconoce por fin—. Quizá Élise estaría muerta hubiéramos tomado la decisión que hubiéramos tomado. Podían matarla si llamábamos a la policía, podía haber muerto allí, en el taller, o en medio del tiroteo. Y digo que no sé si podríamos haber hecho algo para evitarlo porque no sabemos por qué la han matado. ¿Fue un fan loco? —apunta—, ¿un competidor?, ¿uno de los secuestradores? No lo sabemos, Sophie.

Siento que las fuerzas me abandonan, pero sé que no puedo rendirme, así que levanto la cabeza y continúo hacia el coche.

—¿Puedes dejarme en mi casa? —le pido—. Si no hay ningún riesgo para nuestra vida, tengo que volver al trabajo.

—Quizá deberías… —empieza.

—Necesito recuperar la normalidad —le corto, porque sé lo que va a decir y sé que me va a costar negarme—. Podemos vernos esta noche. Cena conmigo —le propongo.

Daniel sonríe y asiente sin intentar convencerme de lo contrario.

—Por supuesto. Me encantará cenar contigo.

Su voz suena neutra, pero noto el matiz. Respeta mi espacio, aunque no le guste del todo la idea.

El trayecto hasta mi casa transcurre en silencio, con París desplegando su rutina a través de las ventanillas: cafeterías abarrotadas, repartidores en bicicleta y algún turista madrugador con la cámara colgada al cuello. Me aferro a esas imágenes como si fueran una tabla de salvación. Todo es normal, como volverá a ser mi vida muy pronto. Daniel aparca delante de mi edificio y se queda dentro del coche mientras yo busco las llaves en el bolso.

—Si necesitas algo… —empieza a decir, pero lo interrumpo con una sonrisa breve.

—Lo sé. —Y lo sé de verdad.

Subo las escaleras y me recibe el olor familiar del rellano, una mezcla de café, suavizante y el perfume demasiado dulce de mi vecina de la puerta de al lado. Dentro, mi apartamento está exactamente como lo dejé antes de que todo se desmoronara. Me

descalzo, dejo el bolso en la mesa de la entrada y respiro hondo. Es mi refugio, con sus paredes claras y su orden imperfecto.

Voy hacia el dormitorio para cambiarme de ropa antes de ir a la oficina. En cuanto abro el armario y elijo una blusa azul marino, siento una punzada de vértigo: apenas han pasado unas horas desde que vi el cuerpo sin vida de Élise y aquí estoy, planchando las arrugas de una manga con la mano como si no hubiera pasado nada. Me obligo a seguir, aunque no puedo evitar pensar que necesitaré un traje negro para el funeral de Élise. No he preguntado al respecto, no se me ha ocurrido hasta ahora…

El timbre me saca del círculo vicioso en el que se ha metido mi mente. Me asomo por la mirilla y veo a un mensajero con el casco bajo el brazo y paquete en mano.

—Entrega para Sophie Blanchet —me dice cuando abro, y me tiende una tablet para firmar.

Firmo, cojo el paquete y cierro la puerta. El paquete es rectangular, envuelto en papel kraft y sin más adorno que una etiqueta con mi nombre y dirección. El remitente hace que casi se me pare el corazón: Élise Marceau.

Me sudan las manos. No tiene sentido… A menos que lo enviara antes de… No quiero completar el pensamiento.

Llevo el paquete a la mesa del salón y lo coloco con cuidado, como si fuera frágil. Sin tocarlo, leo detenidamente la etiqueta del correo. Élise lo envió dos días antes de morir, una semana después de que la liberáramos de los secuestradores. Lo giro despacio. No hay cinta adhesiva, solo un hilo de cordel que desato con dedos inseguros. En ese momento, me detengo.

Quizá debería llamar a la policía…

Las palabras de la inspectora Vasseur resuenan en mi cabeza. Sin embargo, nadie más puede morir si abro el paquete en lugar de entregarlo, porque Élise ya no está con nosotros.

Así que quito el papel con cuidado de no romperlo ni tocarlo demasiado, por si acaso, y descubro su contenido. Dentro hay una caja lisa, sin marcas, y en ella, una carta y algo más.

Me tiemblan las manos cuando cojo la carta y la abro.

Es un papel grueso, doblado en tres y escrito con tinta negra. Reconozco su letra elegante, ligeramente inclinada. Mis ojos vuelan por las primeras líneas:

Hola, Sophie

Todavía estoy temblando después de lo que ha pasado. No tengo palabras para agradecerte el haberme salvado. Daniel y tú os habéis jugado la vida por mí, cuando lo cierto es que no me lo merezco. No soy la persona que crees, Sophie. Lo que ves en las revistas, en las entrevistas, e incluso cuando nos vemos en los estudios o en las pasarelas, no es más que una fachada. Llevo años atrapada en un mundo que me ha dado fama, dinero y una libertad que nunca fue real.

Voy a contarte la verdad, porque siento que te lo debo, y porque no podré vivir tranquila si no lo hago. Cuando termines de leer esta carta y abras el disco duro que te envío, puedes hacer lo que quieras: destruirlo o denunciarme. Estás en tu derecho.

Soy una farsante.

Hace años que contactó conmigo un hombre muy peculiar que dijo llamarse simplemente Lenoir. Me lo presentó mi representante, así que no sospeché nada. Era elegante, culto y muy agradable. Me invitó a cenar y yo acepté. No llevaba mucho tiempo en el mundo de la moda y todavía no sabía distinguir a los tiburones. Quizá todavía no sepa, de hecho.

Después de cenar fuimos a una sala de fiestas. Bebimos champán y acepté la raya de cocaína que me ofreció. Estábamos en un reservado, así que no pensé que nadie pudiera vernos. Esnifé esa y un par más después, junto con mucho más champán. Tengo recuerdos borrosos del resto de la noche. Me veo en el baño, con la espalda contra la pared y el tipo entre mis piernas, follándome. Recuerdo subir a un coche y muchas manos a mi alrededor. Me desperté en mi casa, medio desnuda, con morados en medio cuerpo y un dolor de cabeza terrible.

Al día siguiente recibí un mensaje en mi móvil, una serie de fotos de lo que había pasado la noche anterior. Dios, Sophie, era terrible. Se me veía esnifando y follando, dejando que me manosearan tres tipos que no había visto en mi vida y riéndome como una loca endemoniada.

El texto que acompañaba a las fotos era breve: me llamaría al día siguiente para proponerme un negocio. Si no aceptaba, publicaría las imágenes y mi carrera sería historia.

Acepté, por supuesto.

Desde entonces, en mis viajes no solo llevo ropa y maletas para las sesiones de fotos. Transporto cosas para gente muy peligrosa: joyas robadas, obras de arte que no sé de dónde han salido porque nunca pregunto, documentos que no deberían cruzar fronteras. Nunca me han detenido porque yo no levanto sospechas; soy la modelo sonriente, la mujer que solo piensa en la próxima portada, la rubia sin cerebro. Me la jugaba en cada viaje, pero nunca ha pasado nada.

Me pagaban, claro. Gané muchísimo dinero, Sophie. Más del que podré gastar en toda mi vida. Y me convencí de que podía controlarlo, de que no me afectaría. Pero estaba equivocada. Todo tiene un precio, y el mío fue demasiado alto. Vivía con la amenaza constante de que las fotos se hicieran públicas. Nunca volví a ver a aquel tipo, pero siempre me he preguntado cuántas chicas más habrá como yo, pagando un precio altísimo por un error que ni siquiera fue culpa suya.

Hace un año decidí dejarlo. Quería salir, desaparecer, vivir una vida normal… pero no me lo permitieron. Me advirtieron de lo que pasaría si hablaba o si me negaba a hacer un solo encargo. Hace un mes me planté definitivamente. Les dije que podían publicar las fotos, que me daba igual. Yo también tengo material sobre ellos y estoy dispuesta a sacarlo a la luz.

El secuestro fue un aviso. Estoy segura de que, si no me hubierais liberado, me habrían matado.

No sé por qué confío en ti. Quizá porque me salvaste, o porque, en medio de todo esto, fuiste la única persona que me miró sin esperar nada de mí. Te lo agradezco más de lo que puedo expresar.

En esta caja hay un disco duro. Dentro encontrarás información sobre cada encargo: fechas, lugares, nombres. Ábrelo y utilízalo como consideres oportuno. No me importa lo que me ocurra a mí, pero esto tiene que terminar.

Por último, un solo consejo: no confíes en nadie. Ni siquiera en quienes dicen estar de tu parte.

Gracias,

Mis manos tiemblan cuando dejo la carta sobre la mesa. En el fondo de la caja hay un disco duro externo, negro, de aluminio. Lo cojo con cuidado. No pesa demasiado, pero tengo la sensación de sostener en las manos algo mucho más denso: secretos, culpas, delitos.

Cojo el teléfono para llamar a Daniel, pero respiro hondo y decido no hacerlo. No ahora. No cuando está en plena euforia profesional. Su reportaje sobre el secuestro se comparte en todas partes, las televisiones lo quieren en sus platós y ya le han dado un adelanto para escribir un libro. Esto… esto sería como ponerle un caramelo envenenado delante. Sé lo que haría, investigarlo hasta el final, y eso podría matarlo. O matarnos a los dos si publica algo que no debe. Es un gran periodista, con todo lo que eso implica. Así que no, no le voy a contar nada de esto.

Guardo el disco y la carta en la caja fuerte que tengo en el armario, escondida detrás de una falsa trasera con bisagras. Nadie sabe que la tengo, ni siquiera Kyllian o mi madre. Cierro con cuidado y miro el reloj. Llego tarde a trabajar, pero nadie me dirá nada, soy la responsable del departamento y todo el mundo está al tanto de lo que ha pasado.

Me recojo el pelo, me pongo el abrigo y cojo el bolso. Cuando apago la luz y cierro la puerta, el apartamento queda en silencio, pero siento que, como el corazón delator de Edgard Allan Poe, algo dentro de esa caja late con fuerza, esperando que lo descubra. Y sé que tarde o temprano tendré que abrirlo.

23

Daniel

Llego antes que ella al Café Koné. Sophie me ha citado allí para cenar y me parece una elección perfecta. A primera vista, me encanta el sitio. A esta hora, la luz del local es más cálida que la de la calle. Hay lámparas de mimbre, bombillas ámbar y música africana suave que se cuela entre las mesas. En la pared del fondo hay telas wax con estampados geométricos, y sobre la barra, fotos en blanco y negro de Dakar, Saint-Louis, playas y mercados. Conozco alguno de esos escenarios y no puedo evitar sonreír. Huele a cebolla confitada, a lima y a especias tostadas. El frío se queda fuera. Aquí todo parece estar a otra temperatura.

Me acerco a la barra y una mujer menuda, de piel oscura y sonrisa amplia, me recibe con un cordial «Bonsoir».

—Tengo una reserva a nombre de Sophie Blanchet —digo.

Ella se queda un segundo en silencio, como si estuviera uniendo las piezas de un puzle imaginario en su cabeza. Después, sonríe con picardía.

—Ah… Sophie —dice, alargando la «i»—. Ya sé quién eres.

—¿Ah, sí? —pregunto, curioso.

—Kyllian me ha hablado de ti. —Kyllian, el hermano de Sophie. No sé qué decir durante un momento, hasta que ella suelta una carcajada cantarina y me lo aclara—: Es mi novio —me dice—, así que Sophie es algo así como mi cuñada, o lo será pronto —añade, mostrándome el precioso anillo que brilla en su mano—. Soy Adele, por cierto —añade sin dejar de sonreír.

No sé qué le habrá dicho Kyllian, pero por la sonrisa que me dedica deduzco que Sophie no me ha pintado mal en esas conversaciones. Me indica una mesa junto a la ventana.

—Ponte cómodo.

Me quito el abrigo y lo dejo sobre el respaldo. Miro el reloj justo cuando la veo cruzar la calle. Lleva un abrigo camel, vaqueros oscuros, una blusa azul cielo y botines de tacón. Se ha soltado el pelo y la melena oscura le acaricia los hombros. Al entrar, se quita el abrigo y me busca con la mirada. Cuando me encuentra, sonríe, y el mundo se recoloca un par de milímetros.

—Has llegado antes que yo —dice, dándome un beso en la mejilla.

—Un periodista siempre llega antes… por si pasa algo.

Nos sentamos. Adele aparece con la carta, pero no nos la da. Primero abraza y besa a Sophie y le pregunta qué tal está. Cuando se ponen al día, Sophie vuelve a sentarse y Adele nos mira con su eterna sonrisa.

—Espero que vengáis a probar el menú senegalés que preparamos por la noche —nos dice—. Hoy hay thieboudienne, yassa de pollo y mafé de ternera.

Sophie me mira como si me estuviera diciendo «confía en mí».

—Probaremos un poco de todo —decide Sophie por los dos.

Acepto, y Sophie añade unas pastelas de pescado y, para beber, un vino blanco afrutado que Adele asegura que marida a la perfección con la comida.

Mientras esperamos, hablamos de cualquier cosa menos de muertes, secuestros y policías.

—¿Sabes cocinar algo que no sea pasta con tomate? —me pregunta con una sonrisa.

—Claro. Sé abrir latas de atún y calentar sopa en un cazo. Nivel avanzado.

—Lo que me imaginaba —se ríe—. Periodista y gourmet no suelen ir de la mano.

—Oye, yo he comido cosas muy buenas en sitios muy peligrosos. —Hago una pausa y añado—: y cosas muy peligrosas en sitios muy buenos.

Ella se ríe.

—¿Por ejemplo?

—En Afganistán probé un guiso que me encantó… hasta que me dijeron que era de gato. Y en Siria tuve que retirar los insectos que flotaban en el té más dulce y más cargado de cardamomo que he tomado de mi vida, y después, para rematar, me corté el labio con el borde astillado de la taza. Podía haber muerto por una infección, te lo aseguro.

Le cuento cómo, en un mercado de Marruecos, un vendedor insistió en regalarme una alfombra porque pensaba que era corresponsal de la BBC y «seguro que podría contarles a mis contactos lo buenos que eran sus productos», y cómo terminé metiéndola en la maleta y regalándosela a mi madre, que todavía la tiene en el salón.

Ella me habla de su hermano y de cómo en su familia, si algo se quema en la cocina, se bautiza como «a la Blanchet».

—Y no, no voy a contarte por qué. Es una historia humillante.

—Entonces, quiero oírla aún más.

Reímos, y el camarero la salva de tener que contarme la historia. Sin embargo, tomo nota mental de insistir en ese tema.

La comida llega en grandes platos humeantes: el mafé, espeso y anaranjado, con aroma a cacahuete y especias; el yassa, con la cebolla caramelizada y el limón en un equilibrio perfecto; las pastelas, crujientes por fuera y suaves por dentro. El vino está frío, justo en su punto.

En mitad de la cena aparece Kyllian. Saluda a su hermana con un beso en la cabeza y a mí con un apretón de manos.

—¿Os importa que me siente con vosotros? —pregunta—. Venía a buscar a Adele, pero veo que está liada y tardará un rato.

Adele llega con una copa de vino y se agacha para besar a su novio en los labios. Luego regresa rauda a la cocina, no sin antes prometer que tardará «lo menos posible».

—Eso, en su idioma, puede ser quince minutos o tres horas —explica Kyllian con gesto resignado—. Pero no os preocupéis, no voy a quedarme a daros la lata.

Se queda charlando un rato mientras nosotros comemos. Entre bromas y recuerdos de infancia, Sophie termina contándome que Kyllian fue el primero en enseñarle a conducir… a los catorce años.

—Nuestros padres no se enteraron, por supuesto —añade él—, pero no te puedes ni imaginar lo pesada que puede llegar a ser cuando quiere algo.

—Tengo una ligera idea —respondo con una sonrisa.

—No, de verdad que no lo sabes. Ella…

—Basta de ponerme en evidencia —le corta Sophie—. ¿No tienes nada que hacer en la cocina? Si le echas una mano, es posible que Adele termine antes.

Kyllian simula un saludo militar y se marcha mientras nosotros nos quedamos con los cafés y un pastelito de coco que Adele insiste en que probemos «porque sería pecado irse sin hacerlo».

Cuando salimos del restaurante, París nos envuelve en su aire frío, el rumor del tráfico y los pasos apresurados de los viandantes. Conduzco tranquilo hasta su casa. Frente al portal, me mira un instante y luego dice:

—¿Subes? Solo una copa.

Por supuesto, acepto y subo con ella.

Dentro, el apartamento huele a su perfume. Me siento en el sofá y Sophie entra en la cocina. Abre una botella de vino tinto y se sienta a mi lado con dos copas en las manos.

No hablamos mucho; la conversación se llena de miradas largas y silencios que dicen más que las palabras. Hasta que cojo la copa que aún tiene en la mano, la dejo sobre la mesita junto a la mía y me inclino sobre ella.

—Llevo toda la noche deseando besarte —susurro con los labios pegados a su boca.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Había gente…

—Yo también tenía ganas de besarte —me dice.

Elimino la distancia que separa nuestras bocas y la beso. Ella acoge mi lengua, que se cuela audaz, y comienzo a juguetear con la de Sophie.

Recorro su cuerpo con mi mano, dibujando la curva de sus caderas y acariciándole la cintura antes alcanzar el pecho. Por encima de la ropa, busco el pezón con el pulgar e inicio una delicada y rítmica caricia.

—Sophie —susurro. Ella abre los ojos y me hundo en su océano—. ¿Estás bien? —le pregunto.

Me quedo quieto mientras espero.

—¿Por qué me preguntas eso ahora? —me devuelve.

—Porque necesito que estés bien —respondo.

Ella se acerca de nuevo a mí.

—Estoy bien —responde contra mi boca—, estoy bien, todo está bien. No preguntes más, solo… Vamos.

Sonríe y me rodea con sus brazos, me acaricia la espalda, el cuello, el pelo, y me besa con una dulzura cada vez más exigente.

—Vamos —respondo con voz ronca.

La cojo en brazos y la llevo hasta el dormitorio. La deposito con cuidado en el suelo y me coloco frente a ella. Poco a poco, le desabrocho los botones de la blusa uno a uno. Cada vez que libero unos centímetros de piel, me inclino y la beso antes de deslizar los dedos hasta el siguiente botón. La siento estremecerse por el contacto casi eléctrico, arquea la espalda y noto cómo sus pezones se tensan contra la fina tela del sujetador. La acaricio con perversa lentitud, un botón y luego otro hasta que la camisa cae al suelo. Entonces, la hago girarse y la beso en el cuello, los hombros y la espalda mientras mis dedos recorren de nuevo la curva de su cintura. No tengo prisa por llegar al cierre del sujetador. Sophie gime cuando por fin se lo quito.

La giro de nuevo y le acaricio el vientre con la palma de las manos, subiendo despacio hasta cubrirle los pechos. Su respiración es cada vez más rápida.

—Sí… —jadea entre dientes.

Me inclino sobre ella y atrapo uno de sus pechos con la boca. Sophie gime con fuerza. Luego vuelvo a sus labios y la beso mientras le sujeto la nuca con una mano y con la otra jugueteo con su pezón.

Luego me arrodillo ante ella y la beso alrededor del ombligo mientras me ocupo de los pantalones. Cuando están sueltos, los bajo poco a poco por sus caderas y lamo la piel justo por encima del elástico de sus braguitas.

—Oh… —gime—. Eres malo conmigo.

—¿Eso crees? —respondo con una sonrisa—. Puedo ser peor.

—No, no…

—Lo que tú quieras, siempre.

Deslizo las braguitas por sus piernas y Sophie las empuja a un lado cuando están en el suelo. Doy un paso atrás y la observo desnuda, excitada, temblorosa. El pelo oscuro como la noche le cae sobre la cara, tiene las mejillas sonrosadas por el deseo, los labios brillantes, separados, jadeante…

—Eres preciosa —le digo.

Sophie extiende las manos, me agarra por la cintura y me pega a su cuerpo. Levanta la cara y me besa con furia.

—Sigues vestido —me dice.

Me separo de ella y me desnudo con rapidez. La veo mirar sin disimulo mi erección, el glande vibrante, listo para ella.

Vuelvo a cogerla en brazos, pero esta vez la dejo con cuidado sobre la cama. Luego me tumbo a su lado y la beso largamente mientras la acaricio arriba y abajo con la yema de los dedos, con la palma de la mano, con cuidado, con pasión, con urgencia.

Sophie baja las manos por mi espalda y me acaricia el trasero, empujándome hacia ella al tiempo que contonea las caderas. Luego se cuela por el hueco de mi pelvis hasta encontrar mi pene. Lo envuelve con la mano y aprieta con cuidado. Joder, casi me corro en ese mismo instante.

—Necesito un momento —le pido.

Me levanto y me agacho junto a la cama. Busco mi cartera en los pantalones que están en el suelo y saco un condón. Vuelvo a su lado, me lo pongo con rapidez y giro sobre la cama hasta quedar bocarriba.

—Ven —la invito.

Ella no se hace de rogar. Se coloca a horcajadas sobre mí y frota su clítoris henchido contra mi pene. Eso es demasiado. Se levanta unos centímetros, lo justo para que yo busque la entrada de su vagina y ella pueda descender y sentirla completamente en su interior. Se detiene un instante y respira profundamente.

—Siento cada centímetro de ti —me dice—, te siento palpitar dentro de mí.

Luego comienza a subir y bajar despacio, poco a poco. Apoya las manos en mis hombros y acelera los movimientos. Me incorporo sobre la cama y atrapo un pezón con la boca mientras la ayudo a subir y bajar con las manos en sus caderas, masajeándole el trasero y colocándola de modo que pueda sentir hasta el último centímetro de mi verga.

La siento empapada encima de mí, con sus ojos fijos en los míos. En ese momento, se inclina hacia delante, hunde la lengua en mi boca y se deja llevar por el placer. Se estremece entre mis brazos, gime en mi boca y la acaricio mientras la acompaño en su orgasmo.

Cuando deja de temblar, la cojo por la cintura y, sin salir de su interior, le doy la vuelta y la tumbo sobre la cama.

—Ha sido… —me dice.

—Todavía no hemos terminado —la corto.

Empiezo a moverme despacio, dibujando pequeños círculos con las caderas cada vez que la penetro, y ella comienza a gemir de nuevo.

Levanta las caderas para acogerme y yo acelero las embestidas. La beso con fuerza, apoyo las manos a ambos lados de sus hombros y levanto el tórax. Quiero ver su cara, bucear en sus ojos.

—Me vuelves loco —le digo.

Sonríe antes de echar la cabeza hacia atrás y recibir un nuevo orgasmo. Yo me quedo quieto en su interior, muy adentro, mientras me vacío por completo.

Después la beso despacio en la frente, en los ojos, en la boca, y pienso que la felicidad tiene que ser algo parecido a lo que yo siento en ese momento.

24

Sophie

Todavía noto el calor de su piel en la mía cuando Daniel empieza a dormirse. Su respiración se vuelve profunda, tranquila, como si al fin hubiera encontrado un refugio después de días demasiado largos y demasiadas heridas. Me quedo a su lado, con la cabeza apoyada en su hombro y la sábana enredada en las piernas, pero mis ojos se van inevitablemente hacia el armario que tengo justo enfrente.

Ahí dentro está la caja. La carta. El disco duro.

El secreto.

Me muerdo el labio con esa punzada de culpa que ya me resulta familiar. No le he dicho nada a Daniel, aunque cada vez que lo miro pienso que debería hacerlo. Él es periodista, y ahora vive un momento de euforia profesional: lo invitan a los platós, sus artículos se comparten sin parar, le han pagado un adelanto para escribir un libro sobre el caso de Élise… Si le contara lo del paquete, si supiera que tengo un disco duro información que todavía no conozco, se lanzaría sobre ello sin pestañear. Es lo que hace, lo que es. No puedo culparlo por eso, yo lo sabía desde el principio. Daniel Reed es periodista, y de los buenos, como certifica su premio Pulitzer.

No puedo arriesgarme… Que él utilizara la información que contenga el disco en sus reportajes supondría una doble pérdida para mí. Por un lado, quizá lo que Élise me ha enviado sea importante para Blackbird y, por otro lado, estoy segura de que nuestra incipiente relación no superaría la traición.

Suspiro. Daniel se mueve un poco, como si percibiera mi inquietud incluso dormido, y me acaricia la cintura sin abrir los ojos.

Yo cierro los míos un instante, pero no consigo dormir. Me acurruco entre sus brazos y él me abraza y me da un suave beso en el pelo. Me concentro en respirar despacio y lleno mi mente de imágenes agradables. Curiosamente, todas tienen que ver con Daniel.

Por la mañana nos levantamos casi a la vez. Compartimos una ducha rápida y un café apresurado en mi cocina antes de salir cada uno hacia su trabajo.

—¿Te recojo esta tarde? —me pregunta mientras se pone la cazadora.

—¿Para qué? —respondo.

—Para demostrarte que no soy tan mal cocinero como aparento. —Sonríe—. Te invito a cenar en mi casa.

Levanto una ceja.

—No estoy segura de querer arriesgarme a morir por una intoxicación alimentaria. ¿Tienes antídotos, antiácidos y un kit de reanimación?

—Muy graciosa, Blanchet. Te sorprenderé.

—De acuerdo —acepto por fin—, pero iré con mi propio coche, no estoy segura de a qué hora terminaré de trabajar, así no tienes que esperarme.

Quedamos en vernos en su casa y nos despedimos en la acera con un beso que yo pretendo que sea rápido, pero Daniel rodea mi cintura con su brazo y me acerca a él. Luego me da un beso largo y apasionado que me deja sin respiración.

Cuando por fin nos separamos, en mi cabeza el armario sigue pesando más que cualquier otra cosa.

Llego a su casa a las siete de la tarde. El sol empieza a declinar, pero todavía ilumina el bosque que rodea la vivienda. Daniel me recibe en la puerta con el delantal puesto, lo que me arranca una sonrisa.

—No sabía que tenías uniforme oficial —bromeo.

—¿Te gusta? —responde, y gira sobre sí mismo para que lo vea bien. El delantal es verde oliva y está salpicado de pequeñas margaritas blancas y amarillas—. Me lo regalaron en un viaje a Estambul. No me negarás que me queda de maravilla.

—No lo niego —rio—, te queda impresionante.

En la cocina, el aire huele a especias y a limón. Sobre la mesa hay una fuente con verduras frescas y una cazuela de barro cubierta por una especie de cúpula puntiaguda donde se cuece algo aromático que huele delicioso.

—¿Qué es? —pregunto, acercándome a la cocina.

—Un plato que descubrí en Marruecos. Tajine de cordero con ciruelas. El secreto está en el contraste: dulce, salado y un toque de picante. La esposa de mi traductor me enseñó a hacerlo. No es sencillo —añade con el ceño fruncido para darse importancia—, y tuve que comprar un tajín, porque en las cazuelas normales el resultado no es el mismo. Cocinarlo en barro a fuego lento es primordial —añade.

—Eso suena… ambicioso.

—Si lo hubiera hecho hace diez años, probablemente habrías terminado en urgencias —se ríe—, pero Zahra me enseñó que, si cortas la cebolla muy fina y no quemas el ajo, ya tienes la mitad de la batalla ganada.

Me siento en un taburete junto a la encimera y lo observo cocinar. Hay algo íntimo en ver a alguien que normalmente se mueve en escenarios caóticos —ruedas de prensa, hospitales, calles llenas de policías, guerras— manipular con calma una cuchara de madera, rectificar el punto de sal, probar con gesto serio el caldo y asentir satisfecho.

La cena resulta deliciosa. El cordero está tan tierno que se deshace, la salsa tiene ese equilibrio perfecto entre dulce y ácido, y el vino tinto acompaña de maravilla. Cenamos en el comedor, con la ventana abierta al aire suave de la tarde.

—Tú ganas —digo, apoyando la copa en la mesa—. Cocinas mejor de lo que imaginaba.

—Te dije que subestimabas mis habilidades culinarias —responde con aire satisfecho.

Incluso a estas alturas del año, cuando el invierno ya es un hecho, mantiene un tono ligeramente bronceado en su piel. Los ojos color miel le brillan, acompañando la sonrisa de sus labios. Se ha quitado el delantal para sentarse a cenar y lleva una sencilla camiseta negra y unos tejanos que se apoyan en su cadera. La visión de sus bíceps cada vez que flexiona el brazo me tiene hipnotizada.

—¿Y ahora qué? —continúo— ¿Vas a montar un restaurante en lugar de escribir tu libro?

—No es mala idea —dice, alzando la copa de vino hacia mí en un brindis—. Podría llamarlo *El corresponsal hambriento*.

Nos reímos, y el vino se encarga de aligerar todavía más el ambiente.

Después, como la noche está templada, Daniel me propone dar un paseo. Salimos al jardín y cruzamos la parte trasera hasta internarnos en el bosque. Los árboles se levantan altos, oscuros contra el cielo que se va tiñendo de azul profundo. El aire huele a tierra húmeda y a resina, y bajo nuestros pasos crujen las hojas secas.

—Me encanta este sitio —reconozco—. Nunca imaginé que no echaría de menos el ruido. Soy una mujer de ciudad —le cuento—, me gusta la gente, las calles abarrotadas, la vida en cada rincón, pero tengo que reconocer que me gusta la paz que se respira aquí.

—Pasé demasiados años en ciudades que nunca dormían —me explica en voz baja, como si no quisiera molestar a la naturaleza que nos rodea—. Quería silencio, paz, y que pudiera estar solo cuando lo eligiera. Este lugar me da todo lo que necesito.

—¿No te sientes solo a veces, rodeado solo de árboles?

—No subestimes a los árboles. —Sonríe—. Pueden ser la mejor compañía.

Caminamos despacio, a veces en paralelo, a veces con él un poco por delante, apartando ramas para que pueda pasar. Bromeamos y charlamos de todo y de nada, y de vez en cuando, simplemente paseamos en silencio. Lo siento a mi lado, puedo oler su perfume mezclado con el del bosque, y la simbiosis es tan perfecta que me parecen hechos el uno para el otro. Me siento extrañamente ligera, como si el bosque absorbiera un poco de la tensión que me persigue.

Pero al cabo de un rato, la conversación cambia inevitablemente de rumbo.

—He estado pensando en Élise —dice Daniel, con voz grave.

Mi cuerpo se tensa de inmediato.

—¿En qué sentido?

—En lo poco que sabemos de lo que realmente pasaba en su vida. He repasado lo que escribí y lo que me contó, he releído las entrevistas que le hice, he visto grabaciones y documentales, y hay cosas que no encajan. Quizá, lo que tú conoces de ella, junto con lo que yo he averiguado, nos ayude a hacernos una idea más completa.

Lo miro de reojo. ¿Me está sonsacando? ¿Es Daniel, el hombre que me acariciaba la espalda hace unas horas, o Daniel Reed, un periodista que busca titulares?

—¿Me estás interrogando? —pregunto, sin poder evitarlo.

Él se detiene y me mira. Está serio, con el ceño fruncido y la sorpresa pintada en la mirada.

—¿Eso crees? —me devuelve mientras hunde las manos en los bolsillos del pantalón, como si necesitara apartarlas de mí.

—Es que… a veces no sé si hablo contigo o con el reportero.

Un silencio denso se extiende entre los dos. Incluso el bosque ha enmudecido, como si quisiera escuchar la respuesta.

—Sophie —dice por fin, en voz baja y firme—, soy perfectamente capaz de distinguir una cosa de la otra, sé dejar al reportero fuera y ser simplemente una persona interesada y preocupada por otra. Me duele que pienses que busco información para mis reportajes. Si lo prefieres, no volveré a mencionar a Élise ni ningún otro tema relacionado con Blackbird. Si necesito algo, acudiré a Zoé Laroche, como he hecho siempre. ¿Confiarás entonces en mí?

—Lo siento —murmuro, bajando la vista—. No quería…

—Sí querías —me interrumpe, aunque su tono no es agresivo—. Querías decirme que no confías en mí, o al menos no del todo. Y lo entiendo. Pero te juro que no te sonsaco. Si te pregunto algo, es porque quiero entenderlo yo, no porque busque un titular. Pensaba que estábamos hablando como amigos. Hemos compartido varias situaciones muy traumáticas y creía que compartíamos algo… especial —añade.

La tensión me oprime el pecho. Le cojo la mano y lo miro a los ojos.

—Lo siento —digo de corazón—. Te creo, pero no puedo evitar desconfiar, va en mi ADN, soy así. De pronto, me asalta la duda y mi cabeza se llena de preguntas y sospechas. Lo siento —repito—, prometo que me esforzaré por expulsar esas ideas cuando aparezcan.

Él me devuelve una sonrisa suave, aunque sus ojos todavía conservan un matiz herido.

—Eres rara —me dice con un mohín de la nariz. Yo no protesto, tiene razón—, pero quizá por eso me gustas.

—¿Te gusto?

—Mucho —responde clavándome la mirada. Luego me rodea la cintura con los brazos y me acerca a su cuerpo para besarme lenta y profundamente.

—Tú también me gustas —digo cuando nos separamos.

—¿Mucho? —me pregunta.

—Mucho —sonrío.

Seguimos caminando hasta que el bosque empieza a cerrarse en sombras. El regreso a la casa es tranquilo, pero yo llevo un peso nuevo en la conciencia, el de haber dudado, el de no haber sido capaz de confiar del todo. Lo peor es que sigo sin confiar, porque en mi armario sigue esperando un secreto que podría arruinarlo todo.

25

Sophie

Las mañanas vuelven a parecerse a las de antes, aunque no del todo. Cada día conduzco hasta la oficina bajo un cielo encapotado, lluvioso muchas veces, con el abrigo bien cerrado. Compro un café para llevar y entro en el edificio de Blackbird con él en la mano. Saludo, me pongo al día del correo, reviso la agenda y me obligo a concentrarme en mi trabajo, en las reuniones, en las líneas de código que tengo que revisar, en las pruebas que hacemos con los servidores. Y lo consigo, al menos en apariencia. Nadie sospecha nada. Nadie sabe que, al llegar a casa, lo primero que hago es encender mi ordenador personal y conectar el disco duro que duerme escondido en mi armario.

Ni siquiera Théo y Kyllian saben que lo tengo, nadie está al tanto de la carta que he recibido ni de que llevo días intentando franquear la seguridad del disco.

El problema es que Élise era más lista de lo que pensé. Las carpetas principales están protegidas por un sistema de contraseñas que no es la típica que uno puede adivinar tras tres intentos. Es un cifrado sólido, casi profesional. Y a pesar de que llevo días intentándolo, no he conseguido entrar. Solo he atravesado pequeñas grietas, unos avances mínimos que me animan a seguir, porque no hay nada completamente infranqueable. Y eso me mantiene enganchada día y noche, no puedo pensar en nada más.

Cada noche, después de apagar las luces del salón, me siento en el escritorio con el corazón acelerado, como si estuviera a punto de cometer un delito. Y quizá sea así, porque si la inspectora Vasseur se

entera de que tengo esto en mi poder, es más que probable que me encerrara en la celda más oscura de la peor cárcel de Francia.

Esta noche, sin embargo, no estoy sola. He invitado a Daniel a cenar en mi casa. Llevamos un par de días sin vernos y tengo que reconocer que lo echo de menos. Hablamos por teléfono varias veces cada día e intercambiamos mensajes de manera casi constante. Qué haces, cómo lo llevas, te echo de menos… Frases que sirven básicamente para saber que el otro está ahí.

Lo de invitarlo a cenar ha sido un impulso, quizá una manera de compensar el silencio culpable que cargo dentro. Además, todavía recuerdo su mirada en el bosque, cuando insinué que no confiaba del todo en él. Quiero darle algo a cambio, una noche tranquila, sin preguntas ni sobresaltos.

La tormenta estalla justo cuando él llega. Los relámpagos iluminan la calle a intervalos, y el golpeteo de la lluvia contra las ventanas compone una música irregular, casi hipnótica. Daniel entra chorreando, con la cazadora empapada.

—¿Te ha costado mucho llegar? París se pone imposible cuando llueve así —le digo, y le ofrezco una toalla.

—No me molesta la lluvia —me responde mientras se seca el pelo, que se le queda húmedo y revuelto. Está cañón—. Pasar un verano en Alepo hizo que apreciara momentos como este —responde con una sonrisa cansada.

He preparado pasta fresca con una salsa de setas y trufa, una ensalada de tomate y mozzarella y tengo una botella de vino blanco enfriando en la nevera. No es demasiado sofisticado, yo no he viajado tanto como él ni dedico demasiado tiempo a la cocina, pero me he esforzado para que la mesa luzca acogedora: velas encendidas, un mantel limpio y la vajilla que guardo para las ocasiones especiales.

—Sé que no está a la altura de tu tajine —le digo—, pero es lo mejor que sé hacer.

—Huele de maravilla y seguro que está riquísimo —me dice cuando entra en la cocina—. Además, no vengo solo por la comida

—añade mientras se acerca a mí con mirada felina. Acto seguido, me rodea con sus brazos y me da uno de esos besos que me dejan sin respiración. Siento su cuerpo húmedo y cálido pegado al mío, puedo oler la lluvia que ha empapado su pelo y su ropa, y lo siento en cada célula de mi cuerpo. Su contacto es magnético. Llevo las manos a su espalda y lo pego aún más a mí. Él adelanta las caderas y en ese instante pienso que comer no es tan importante…

Cierro los ojos y lo abrazo. Por un momento, Daniel abandona mis labios, me estrecha entre sus brazos y me besa en la sien. Siento su corazón latiendo contra mi pecho. Luego, sus labios bajan por mi mejilla de regreso a mi boca, donde lo recibo con los labios separados, preparada. Pego mi cuerpo al suyo y siento su respiración, cada vez más agitada, como la mía. Espoleado por el gemido que se me escapa, Daniel alarga el brazo y aparta a un lado lo que hay sobre la mesa. Baja las manos hasta mi culo, me masajea un instante y luego me aúpa para sentarme en la mesa. Me acerco aún más a él, arqueo el cuerpo y adelanto las caderas. Sin hablar, sin apenas respirar, Daniel me abre la blusa para encontrar mis pechos y se lanza a por ellos. Echo la cabeza hacia atrás y me concentro en sentir, en escuchar, en oler. En tocar.

Daniel desliza las manos hasta la cinturilla de mi pantalón. Con una mano suelta el botón y la cremallera mientras con la otra me levanta lo suficiente para tirar de la ropa hacia abajo. Me mira un instante a los ojos, sonríe con picardía y se arrodilla ante mí. Coloca mis piernas sobre sus hombros y se pierde entre mis piernas. Cuando siento su lengua, me inclino hacia atrás, me apoyo en la pared y me agarro con fuerza a la mesa. Siento la sangre palpitar en mis oídos, un maravilloso calor y mis músculos vibrando al ritmo que Daniel marca. Sabe cuándo acelerar, cuándo parar, cuándo soplar. Me lleva a lo más alto y me acompaña en el descenso con caricias suaves. Luego vuelve a mirarme a los ojos, sonríe una vez más y se deshace de sus pantalones.

Por supuesto, la cena se ha quedado fría. Me niego a recalentar la pasta, así que acabamos pidiendo una pizza en un local que Daniel insiste que tiene las mejores de todo París. Cuando llega, pongo la ensalada en medio y coloco la pizza en un plato grande.

Sirvo el vino en las copas mientras Daniel la corta y nos quedamos mirándonos como dos tontos.

Nos reímos de tonterías, me roba la pizza de la mano e incluso de la boca y me ofrece un pedazo enorme de queso fundido.

Por supuesto, hablamos de cualquier cosa menos de Élise.

—¿En qué estás trabajando ahora? —le pregunto cuando nos hemos terminado la pizza. He comprado helado de postre. Lo sirvo en unos boles y lo llevo a la mesa.

Daniel coge la cucharilla y ataca el helado como el goloso impenitente que es.

—En un reportaje sobre la privatización de hospitales en Francia —responde mientras saborea el helado oscuro. A los dos nos encanta el chocolate negro, cuanto más puro, mejor—. Te sorprendería saber la cantidad de dinero e intereses ocultos que se mueven. Hay gente que juega muy sucio para conseguir los contratos.

—La sanidad no debería ser un negocio —comento con el ceño fruncido.

—Estoy de acuerdo, pero lo es, sobre todo si el gobierno pretende que otros lo gestionen a cambio de dinero para las arcas públicas… y para muchos bolsillos privados —añade serio de pronto —. He estado entrevistando a médicos que han perdido sus plazas y a familias que tienen que hipotecarse para pagar tratamientos. Es otro tipo de guerra, pero guerra al fin y al cabo.

Asiento, impresionada. Siempre me sorprende cómo convierte cualquier tema en una batalla que merece ser librada y contada.

—Tiene mucho mérito lo que haces.

—Lo mismo pienso de ti. —Me sonríe, ladeando la cabeza—. El otro día me contaste algo sobre el proyecto en el que estás trabajando. Cuéntame más —me pide.

Yo sonrío también, consciente de que me pongo muy seria cuando hablo de mi trabajo.

—Estamos desarrollando un modelo de inteligencia artificial que no solo genera decorados digitales, sino que aprende a corregirse en función de lo que ocurre durante la escena. ¿Sabes lo que significa? El sistema se ajusta automáticamente para hacerlo más realista. Queremos aplicarlo en cine, publicidad, videojuegos… Estoy convencida de que va a cambiar la forma en que se crean las imágenes.

Daniel abre los ojos, sorprendido.

—Eso suena a magia.

—Es pura matemática —corrijo con un guiño—. Pero sí, tiene algo de magia también.

La conversación se alarga entre risas y confidencias hasta que la tormenta empieza a amainar.

Su mirada me pregunta si quiero que se quede y le respondo con mis actos. Me levanto de mi silla y me siento a horcajadas sobre él. Sin dudar, me coge del culo y se levanta conmigo encima, abrazada a él con las piernas y las manos y la lengua hundida en su boca.

Esta vez no hay urgencia en nuestros actos. Las manos hablan por nosotros, igual que la boca y los gemidos y jadeos que nos indican que estamos en el camino correcto.

Cuando él se queda dormido, exhausto y sonriente, me quedo tumbada a su lado, incapaz de dormir. Estoy cansada y satisfecha, pero la cafeína del café que tomé después de cenar me mantiene despierta, y sé que no lograré conciliar el sueño en al menos dos o tres horas, así que me levanto despacio para no despertar a Daniel, me pongo una bata ligera y salgo descalza hacia mi despacho.

La habitación está en penumbra, iluminada solo por la luz de la pantalla cuando enciendo el ordenador. Sin dudarlo, de manera casi mecánica, conecto el disco duro y espero. Lo hago cada día, cada minuto que tengo libre. Reproduzco el camino que ya he conseguido despejar y me detengo ante la siguiente puerta cerrada.

No me quedan demasiadas opciones que probar, así que intuyo que estoy cerca de dar un paso más, quizá el definitivo, aunque es

posible que me conduzca hasta otra habitación cerrada con una nueva llave.

Pruebo con las líneas de código que he desarrollado esa misma tarde y espero mientras el sistema piensa.

¡Bingo! Un resquicio en el cifrado me permite acceder a una interfaz oculta. Mi corazón late desbocado mientras escribo comandos, pruebo combinaciones y fuerzo una entrada con un software que he estado perfeccionando desde la universidad. De pronto, la pantalla cambia.

Ahí están. Carpetas. Cinco en total. Con nombres simples, pero que me resultan aterradores en su aparente inocencia: Marsella, Ginebra, Dubái, Roma, París.

Me quedo inmóvil, con el cursor parpadeando como si quisiera burlarse de mí. Sé que no debería abrir nada todavía, que lo más sensato es cerrar el ordenador y hacer copias de seguridad antes de tocar cualquier cosa. Quizá incluso debería llamar a la inspectora Vasseur, o a Kyllian, pero la tentación es enorme. Siento la mirada de Élise detrás de cada título, como si me estuviera empujando a descubrir lo que dejó oculto.

Cuando dudo, recuerdo que Élise decidió enviármelo a mí. No eligió a la policía, o a su representante. No se lo envió a nadie de su familia, ni a ninguna amiga, colega o amante. No, me lo mandó a mí, y entiendo que eso es un gesto de confianza que no debo quebrantar.

No escucho nada. Ni el leve crujido del suelo, ni el movimiento en el pasillo. Estoy demasiado concentrada. Solo cuando una voz grave rompe el silencio, me sobresalto hasta casi caerme de la silla.

—¿Qué es eso, Sophie?

Me giro, con la sangre congelada en las venas, y cierro con rapidez la tapa del portátil. Daniel está justo detrás de mí, descalzo, con el pelo revuelto y los ojos fijos en la pantalla. No tiene expresión, solo esa mezcla peligrosa de calma tensa y sorpresa contenida.

Abro la boca para hablar, pero no encuentro palabras.

26

Daniel

Extiendo la mano hacia el otro lado de la cama y encuentro las sábanas frías. Sophie no está. Durante unos segundos me quedo tumbado, intentando recuperar el sueño, pero no puedo, no si estoy solo. El sonido de la lluvia golpeando contra los cristales llena la habitación, constante, persistente. Luego veo un hilo de luz que se cuela por debajo de la puerta.

Me levanto y me pongo los calzoncillos. Supongo que, como vaticinó, el café le ha jugado una mala pasada. Camino descalzo, en silencio, siguiendo ese resplandor. El suelo cruje bajo mi peso, pero ella no reacciona. Me acerco a la puerta entreabierta del despacho y entonces la veo.

Sophie está sentada frente al escritorio, inclinada hacia adelante. La pantalla ilumina su rostro concentrado. Tiene el portátil abierto y un disco duro externo conectado con un cable negro que cuelga por el borde. No me oye, está absolutamente concentrada en lo que tiene delante.

Sonrío al principio, con ternura. Mi idea era entrar sin hacer ruido, rozarle el cuello con los labios y proponerle una forma mejor de esperar a que llegue el sueño, pero el gesto se congela en cuanto mis ojos captan lo que brilla en la pantalla.

Carpetas. Cinco, ordenadas en una columna. Marsella. Ginebra. Dubái. Roma. París. Leo el nombre del archivo general: Élise.ext.

Élise.

La sangre me hierve en las venas. Sé inmediatamente lo que son. Sé lo que significa. No es casualidad. No puede serlo.

Élise.

El nombre retumba en mi cabeza como un disparo.

¿De dónde ha sacado ese disco duro? ¿Desde cuándo tiene acceso a él? ¿Cómo lo consiguió? Y lo más importante, ¿por qué diablos no me lo ha contado?

Me quedo inmóvil detrás de ella, helado, observándola. Todo mi cuerpo quiere negar lo evidente, pero la pantalla no miente. Está investigando por su cuenta, a escondidas. Sophie, la misma mujer que me ha abierto las puertas de su cama y de su vida, la que me miraba como si por fin pudiéramos empezar a confiar el uno en el otro. La misma que me prometió hace menos de una semana que iba a confiar en mí.

Se me revuelve el estómago.

En ese momento, Sophie percibe mi sombra y se gira de golpe. Veo la sorpresa y el miedo en sus ojos. Y entonces, con un gesto rápido, cierra de golpe la tapa del portátil.

—¿Qué demonios era eso? —pregunto. Mi voz suena demasiado calmada incluso para mí.

—Daniel… —titubea.

—Lo he visto, Sophie. —Doy un paso hacia ella. El corazón me late con fuerza, pero la rabia me mantiene erguido—. Eran carpetas. Carpetas con nombres de ciudades —matizo—. Me juego el cuello a que tiene que ver con Élise —añado. Ella no lo niega, no se mueve —. ¿De dónde has sacado eso?

—No es lo que parece.

—¿Qué no es lo que parece? —La risa que me escapa es amarga, seca—. Entonces, explícame qué es.

Ella aprieta los labios y sus manos se crispan en los brazos de la silla.

—No puedo.

—¿No puedes, o no quieres? —La miro fijamente, buscando un resquicio, una grieta. Su silencio me responde mejor que cualquier

palabra—. ¿Desde cuándo lo tienes? —insisto, con el tono más bajo, más peligroso—. ¿Desde que murió Élise? ¿Desde antes?

—No es tan simple.

—Claro que lo es. —Me inclino hacia ella intentando encontrar sus ojos, pero los aparta—. O confías en mí, o no. Y está claro que no.

—Daniel… estoy intentando protegerte.

Sus palabras me dejan helado, aunque la furia vuelve enseguida.

—¿Protegerme? —repito, casi escupiendo el verbo—. ¿De qué? ¿De quién? ¿De la verdad?

Ella cierra los ojos un instante.

—Si lo supieras… —murmura.

—Si lo supiera, al menos no me sentiría como un maldito imbécil al descubrirlo así. —Camino unos pasos por la habitación y me paso una mano por el pelo empapado de sudor frío—. Dios, Sophie, he estado contigo en todo esto, me he jugado la vida a tu lado, ¡me han herido! ¿Qué más prueba de lealtad quieres? Y tú… tú me escondes cosas como si fuera tu enemigo.

—No eres mi enemigo —protesta ella, levantándose de la silla.

—Entonces, demuéstralo. —La desafío con la mirada—. Dime qué hay en ese disco duro. Dímelo ahora.

El silencio que sigue es insoportable. La veo temblar, abrir la boca, pero no sale nada. Y ese vacío es la respuesta más dolorosa de todas.

Siento que algo se rompe en mi interior.

—Está bien. —Las palabras salen roncas, apenas un susurro.

Vuelvo a la habitación, recojo mi ropa del suelo y me visto con movimientos bruscos.

Sophie aparece en el umbral. Tiene el rostro desencajado, pero doy por hecho que su mayor preocupación es que yo haya descubierto su secreto.

—Daniel, espera, por favor… —me dice.

—¿Esperar qué? —le corto, sin mirarla—. ¿A que me expliques por qué llevas no sé cuánto tiempo mintiéndome? ¿A que me digas que confías en mí, pero no lo suficiente como para compartir lo que sabes sobre Élise?

Ella no responde y el silencio pesa como una losa. Sophie me sigue hasta la puerta, descalza y los ojos brillantes.

—Daniel —susurra—, por favor… confía en mí.

Me detengo con la mano en el pomo. El corazón me da un vuelco, porque su voz suena rota, sincera. Parte de mí quiere volverme, abrazarla, decirle que sí, que confío ciegamente en ella. Pero la otra parte, la que ahora manda, se alimenta de decepción y de dolor.

—La confianza no se mendiga, Sophie. —Mi voz sale áspera, casi irreconocible—. Se gana. Y tú acabas de perder la mía.

Abro la puerta sin mirarla. El pasillo está en penumbra, desangelado. La lluvia golpea con fuerza los cristales del edificio y cuando bajo los escalones noto cómo se me mete en los huesos. No me importa. Ni siquiera me pongo el abrigo, no soy consciente de que lo llevo colgado del brazo. Camino en dirección al coche con la chaqueta mal abrochada y el pecho ardiendo.

Me duele tanto que apenas siento el frío, no escucho la tormenta. Solo tengo una certeza que me oprime como un puño cerrado: me habría dolido menos si me hubiera clavado un cuchillo.

27

Sophie

El despertador suena a las siete, puntual como siempre, pero yo llevo despierta desde mucho antes. Me he pasado la noche entera dando vueltas en la cama, con los ojos abiertos, repasando cada palabra de nuestra discusión, cada gesto de Daniel, su mirada incrédula cuando cerré el portátil de golpe.

El zumbido del despertador me irrita. Lo apago de un manotazo y me quedo mirando el techo como si allí estuviera la respuesta a todo.

No la hay.

Me levanto despacio, con los músculos entumecidos, y voy directa al baño. El espejo me devuelve un rostro que apenas reconozco. Tengo los ojos hinchados, la piel cetrina, como si hubiera envejecido veinte años en una sola noche. Me esfuerzo en maquillar las ojeras con precisión quirúrgica, un corrector tras otro, como si cubrir el cansancio pudiera borrar también la culpa. Me pongo una blusa clara, un pantalón de pinzas y me recojo el pelo en un moño suelto. Todo en orden, todo bajo control.

La sonrisa que intento esbozar frente al espejo me dura apenas un segundo antes de quebrarse.

En la oficina me siento como un fantasma. Entro en Blackbird con el café quemándome en la mano, y aunque sonrío de forma automática a quienes me cruzo, no escucho sus saludos ni sus comentarios. Camino recta hasta mi despacho, cierro la puerta con suavidad y echo el pestillo. Entonces me apoyo en la puerta, con la frente en la madera.

El silencio me atrapa de golpe. Me siento en la silla y, de repente, el peso de todo me hunde. Intento resistir, abrir el correo, leer informes, pero las palabras bailan y se disuelven en la pantalla. No puedo. No quiero fingir más.

Y entonces, las lágrimas, esas que me había prohibido, esas que me juré no dejar salir, empiezan a caer. Lloro como una niña. Sollozos mudos que me sacuden los hombros mientras entierro la cara entre las manos. Lloro por Daniel, porque lo he perdido sin remedio; por mi estupidez, por haber creído que podía manejar esto sola; por Élise, por esa vida rota que me arrojó un secreto demasiado grande.

El móvil vibra en la mesa. Me lanzo a cogerlo con un hilo de esperanza absurda, pero no es Daniel. Un correo anodino de la empresa. Miro la pantalla un instante y vuelvo a dejar el teléfono boca abajo, con rabia. Nada de él. Solo silencio.

Desbloqueo el móvil de nuevo y veo mi propio mensaje enviado anoche.

«Necesitamos hablar. Por favor».

Una súplica desnuda. La ausencia de respuesta es como un puñal. Ni siquiera un «no quiero» o un «olvídame». Nada, ni una palabra.

Al final, llamo a recursos humanos y les digo con la voz pastosa que me encuentro mal y que me voy a casa. Nadie me pide explicaciones. Todos saben lo de Élise y creen que es cosa del duelo y de la impresión, así que lo aprovecho.

Recojo mis cosas y salgo por el pasillo con paso rápido, evitando miradas. No quiero hablar con nadie, no me quedan sonrisas falsas. En la calle, el aire frío de París me corta la piel. A mi alrededor, la ciudad no se detiene. Turistas con mapas, taxis pitando, oficinistas apurados… El contraste me hace daño. El mundo sigue como si nada hubiera cambiado, mientras yo siento que estoy desmoronándome.

En la terraza de un café alguien ha dejado un periódico abierto. El titular atrapa mi atención. Sobre la enorme foto de portada, en la que puede verse la fachada de un hospital, en un recuadro abajo

veo la cara de Daniel. Lo cojo con manos temblorosas. Es el reportaje sobre la privatización de la sanidad, una investigación exhaustiva, con datos y testimonios, un retrato brutal de la maquinaria que convierte la salud en negocio. Es brillante. Es él.

Leo con los ojos nublados. Reconozco cada giro de su estilo, la precisión quirúrgica de sus frases, la rabia contenida. Y pienso que no podré celebrarlo con él. No brindaremos ni discutiremos sobre el título, no nos reiremos de los comentarios que ya estarán circulando en las redes sociales. Ese pensamiento me golpea con más fuerza que cualquier otra cosa.

Dejo el periódico sobre la mesa, incapaz de seguir leyendo, y camino hasta mi coche como en trance. Conduzco sin apenas prestar atención. El tráfico es un murmullo lejano. No sé cómo aparco ni cómo subo las escaleras.

Mi apartamento me recibe con su silencio conocido. Me descalzo en la entrada, dejo el bolso tirado y cruzo el salón sin encender las luces. El eco de mis pasos me resulta extraño, como si fuera una intrusa en mi propia casa.

Voy directa al despacho. Allí me espera lo único que tiene sentido: el ordenador, el disco duro. Mi secreto. Mi culpa. La razón por la que Daniel se ha ido.

Conecto el cable con dedos ansiosos. La pantalla se ilumina y siento un escalofrío. Tecleo contraseñas, pruebo combinaciones, busco accesos ocultos. El reloj corre, pero yo no soy consciente del paso del tiempo. La tarde se disuelve en la noche sin que me mueva.

No como. No bebo. Apenas respiro.

Cada vez que consigo abrir un pequeño resquicio, mi corazón se acelera. Las carpetas están protegidas con claves y rutas cifradas. Sé que detrás de esos muros virtuales está la verdad de Élise. Y necesito llegar a ella, aunque me cueste la vida, aunque me haya costado a Daniel.

La culpa me araña, pero la obsesión es más fuerte.

Cuando al fin una de las barreras cede, veo varias carpetas con nombres crípticos: códigos de fecha, abreviaturas de ciudades, nombres que no reconozco. No las abro todavía. Me quedo mirando el reflejo de mis propios ojos en el monitor, como si buscara fuerzas para continuar.

Lo único que pienso es que todo esto tiene que valer la pena. Porque si no… si no, habré perdido a Daniel, mi vida y a mí misma por nada.

28

Daniel

La periódico se ha convertido en mi refugio. O en mi escondite. Llego antes de que amanezca, cuando apenas hay tráfico en la carretera y en la redacción aún huele al detergente que utiliza el equipo de limpieza. El primer día, el portero me saludó con un gesto de cabeza y el ceño fruncido, sorprendido al verme tan temprano. Ahora ya no me presta atención.

En cuanto me siento a mi mesa, enciendo el portátil, despliego las libretas y me sumerjo en las notas. La pantalla en blanco es menos cruel que los recuerdos. Tecleo frases, las borro, las reescribo. No importa si tienen sentido o no, lo único que necesito es que mis dedos sigan moviéndose.

Trabajo. Trabajo hasta que me arden los ojos y el café ya no hace efecto.

A media mañana empiezan a llegar los demás. Se oye el murmullo de las voces mezcladas con el repiqueteo de los teclados, el timbre de los teléfonos, la cafetera sirviendo un café industrial tras otro. Alguien me da una palmada en el hombro para felicitarme por el reportaje sobre la privatización de los hospitales. Dicen que es brillante, que está circulando por todas partes, que es «Daniel Reed en estado puro», que no les extrañaría que me dieran otro Pulitzer. Yo sonrío con la boca, pero por dentro no siento nada.

Respondo lo justo, esquivo las conversaciones, no me detengo en los pasillos ni en la cafetería. A algunos les choca, porque saben que normalmente me gusta charlar. Ahora, no. Ahora solo quiero volver al teclado y hundirme en las palabras.

Cuando cae la tarde y otros se levantan para marcharse, yo sigo. Veo cómo se apagan las pantallas a mi alrededor, cómo se guardan las carpetas en los cajones, cómo el ruido de la redacción se va apagando poco a poco. Me quedo solo con el zumbido de las luces y el clic de mi teclado. El eco de mi propia respiración es lo único que me recuerda que no estoy en un mausoleo.

Trabajo.

No porque tenga una fecha de entrega o un proyecto entre manos, sino porque así no pienso.

Cada vez que me detengo, Sophie vuelve a mi cabeza. Su rostro concentrado frente al portátil, la manera en que cerró la pantalla de golpe cuando me vio. La sombra de su cuerpo inclinada hacia delante para ocultar lo que estaba haciendo. Y, sobre todo, esa mirada esquiva, como si temiera que yo hubiera visto demasiado.

La traición duele más que cualquier bala.

Me repito que podría haber entendido un error, un desliz, incluso una mentira piadosa. Pero no esto. No secretos escondidos en discos duros, no carpetas con el nombre de Élise en su ordenador mientras yo me desvelaba a su lado. Sophie no es cualquiera. Es la mujer que ha conseguido sorprenderme, la que ha desarmado mis defensas a base de sonrisas cómplices y silencios compartidos. Y ahora no sé qué parte de todo eso fue real.

Anoche abrí su mensaje otra vez.

«Necesitamos hablar. Por favor».

Cinco palabras que se clavan como un anzuelo. Lo abrí diez, veinte veces. Los dedos en el teclado, a punto de responder, pero fui incapaz de hacerlo. Lo cerré de nuevo. No puedo. El dolor es demasiado, como si me hubieran arrancado algo de dentro.

Cuando me quedo solo, me acerco a la ventana. París brilla abajo, indiferente a mi miseria. Siento la tentación de escribirle una sola pregunta:

«¿Por qué, Sophie?».

Pero no lo hago. Tal vez no soportaría la respuesta.

El redactor jefe se me ha acercado hoy con una propuesta. Hay una vacante como corresponsal en Oriente Medio. Un puesto que conozco bien, con polvo, calor, explosiones lejanas y el olor a sangre mezclado con tierra seca. Antes habría dicho que no. Ahora, pienso que sería más fácil volver allí. Al menos, la guerra es un enemigo conocido. Prefiero eso a la incertidumbre de una mujer que guarda secretos en un armario.

Pienso en lo absurdo de todo esto. Yo, que he visto cadáveres alineados junto a un mercado bombardeado, que he escrito reportajes bajo fuego cruzado, que he sentido la muerte a dos metros… Yo, derrotado por una simple mentira, por una mujer en pijama frente a un ordenador.

Cierro la ventana y me sirvo otro café de la máquina. Mis manos tiemblan, pero no es por el cansancio. Es rabia, frustración, una punzada que me oprime el pecho.

Así que trabajo.

Tecleo titulares, anoto ideas que no me convencen, abro y cierro documentos. No quiero pensar en el color de sus ojos cuando me pedía que confiara en ella. No quiero recordar cómo me abrazaba de noche, como si buscara refugio en mí. No quiero admitir que echo de menos incluso sus silencios.

Me quedo hasta tarde. Tanto que el portero se asoma para asegurarse de que sigo vivo. Le respondo con un gesto y le digo que me iré en un rato. No me cree, pero se encoge de hombros y cierra la puerta.

Cuando por fin apago el portátil, las manecillas del reloj marcan la medianoche. Recojo despacio, como si alargar el gesto pudiera alejarme del vacío que me espera fuera.

Camino hasta el coche bajo la lluvia. Las gotas me empapan la chaqueta, pero apenas lo noto. Lo único que siento es un nudo en el estómago, un dolor tan agudo que casi prefiero imaginar que me ha apuñalado.

Y mientras arranco, me digo que mañana volveré a hacer lo mismo. Llegaré el primero, me iré el último, y me enterraré bajo

montañas de palabras.

Trabajo.

Porque pensar en Sophie es demasiado insoportable.

Sophie

No sé cuánto tiempo llevo aquí sentada. La tarde ha ido cediendo sin que me diera cuenta, como si alguien hubiera ido desinflando la luz por detrás de los edificios. Fuera sigue lloviendo; gotas finas, tercas, que golpean el cristal como uñas. Dentro, el apartamento solo respira por el ventilador del portátil, un zumbido que se me mete en la cabeza y me tranquiliza y me pone nerviosa a partes iguales. La carta de Élise sigue abierta a mi izquierda, el papel grueso con su tinta oscura y la letra elegante; la he releído tantas veces que soy capaz de recitarla de memoria. Y aquí estoy, con su disco duro conectado a mi ordenador, sola, empeñada en desentrañar el mensaje de una vez por todas.

Llevo tres días escondida en casa, fingiendo estar enferma. Mi hermano me ha llamado varias veces y ha intentado venir a verme, pero le he convencido de que será peor si le contagio algo, así que ahora se limita a llamarme tres veces al día para asegurarse de que sigo viva.

Tengo la mesa llena de vasos con posos de café, pósit con garabatos urgentes —fechas, abreviaturas, hipótesis— y un cuaderno donde he ido apuntando cadenas de caracteres que confío en que funcionen. Delante, la pantalla en negro llena de letras verdes, mi viejo *framework* de auditoría en marcha, una especie de exoesqueleto de rutinas que dejé preparado en la universidad para trabajos que jamás pensé que haría en casa, por mi propia cuenta.

El primer golpe de suerte —de paciencia, en realidad— llega cuando un bloque de texto se ilumina en verde.

Match found.

No grito. Me quedo quieta, con los dedos suspendidos sobre el teclado y la respiración a medio camino entre un hipido y un suspiro. Estiro la mano despacio, como si temiera espantar al animal nervioso que es la suerte, y pulso *enter*.

La carpeta raíz se abre y aparecen seis subcarpetas, anodinas en su sintaxis, como si el peligro necesitara el disfraz de una carpeta de oficina: INV-07, DOCS-A, IMG_EXT, FIN-4, LOG-TRN, BACKUP.

—Vamos por partes —me oigo decir. Sé que es ridículo hablar sola, pero necesito oír una voz humana, aunque sea la mía.

Empiezo por INV-07 y un Excel cargado a reventar me saluda con sus columnas repletas de datos, sin huecos: *ID*, *Fecha*, *Origen*, *Descripción*, *Estado*, *Destino*. Me desplazo hacia abajo. Hay cientos de entradas. Miro una al azar:

- **ID**: 00438-PR
- **Fecha**: 03/11/2019
- **Origen**: Galería privada, Roma
- **Descripción**: Relieve romano, mármol, s. I d.C., inscripción parcial …TIBER…
- **Estado**: En tránsito
- **Destino**: Dubái / Freeport Z-17

Otra:

- **ID**: 00602-PAR
- **Fecha**: 18/02/2020
- **Origen**: Colección particular, París
- **Descripción**: Máscara yoruba, madera policromada, catálogo Museo de Lagos 1974, exp. sustraído 1982
- **Estado**: Entregado
- **Destino**: Ginebra / Freeport S-3

Siento cómo se me contrae el estómago. No son baratijas. No son «cosas». Son piezas con historia, catalogadas, con una huella y un rastro. Objetos que he visto en noticias sueltas, siempre

acompañados por términos como «robado» o «desaparecido», palabras sueltas que ahora están alineadas, domesticadas, en filas que alguien ha rellenado con paciencia y meticulosidad. Élise no exageraba. Ojalá hubiera exagerado.

Paso a DOCS-A y encuentro infinidad de documentos escaneos de forma impecable. Pasaportes de distintos países con fotos de hombres y mujeres que no conozco. Un lote de franceses, italianos, suizos. Otros con caracteres árabes y cirílicos. La luz fría de los escáneres deja siempre el mismo brillo áspero en las esquinas. También veo contratos, facturas, cartas de porte con membretes reconocibles y licencias de exportación con sellos supuestamente oficiales casi perfectos.

La carpeta IMG_EXT me hiela la sangre. Son fotos, muchas. Amplío una al azar y veo a Élise en un aeropuerto, con vaqueros, sudadera y el pelo recogido en un moño improvisado, el tipo de belleza que la hace irreconocible a la vez que perfecta. Mira a un lado, no al objetivo. Detrás veo un hombre con barba y gorra.

En otra Élise está en el hall de un hotel rodeada por dos maletas. A su lado, un hombre trajeado, distinto al anterior, que le habla sin sonreír. Hay fotos donde posa en alfombras rojas, sí, pero son las menos. La mayoría son así, en tránsito. La vida paralela detrás de la vida pública.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que abro FIN-4, un directorio con números que cruzan pagos en efectivo con transferencias de sociedades opacas. Hay importes groseros, signos de monedas mezclados, entradas con conceptos que nadie se ha molestado en camuflar: «bono discreción», «servicio extra», «compensación riesgo 12%».

Cierro de golpe. Me late la sien; en algún punto he dejado de parpadear.

Queda LOG-TRN. Lo abro y el sistema me escupe una segunda capa de cifrado, mucho más sólida. No me sorprende. Si yo guardara un corazón, lo protegería así. Respiro, estiro los dedos, que crujen, y preparo mi kit para cajas fuertes virtuales.

El primer intento me devuelve un error limpio, previsible. En el segundo me encuentro con una puerta cerrada. Al tercer intento ocurre un pequeño milagro, encuentro lo que parece una rendija por la que acceder.

Parpadeo.

—Hola, tú —le digo a la máquina, porque siempre saludo a los monstruos antes de meterles mano.

Lanzo el código con una opción que raramente uso porque es impaciente y algo chivata. Dejaré un rastro, lo sé, pero se supone que solo yo tengo acceso a este disco. Podría montar un entorno aislado, como hago en la oficina, pero estoy demasiado cansada y ansiosa, y la prisa y la culpa se me sientan en las piernas como gatos listos para arañarme.

El ventilador del portátil sube una octava. En la esquina inferior derecha, el icono de red parpadea. Frunzo el ceño. Mi código no necesita entrar la red, es local. Lo sé porque lo programé yo, hace siglos.

La pantalla hace un pequeño parpadeo y una ventanita negra, minimalista, aparece con dos palabras en blanco:

«*Connection established*».

Conexión establecida. Al principio no lo proceso. Luego miro el icono de la red de internet y descubro una actividad masiva. Me sube un cosquilleo por la nuca.

—No. No, no. —Apago internet con un clic. El icono se queda en gris, pero la ventanita negra permanece. La barra de estado se mueve como si estuviera viva.

Empiezo a soltar insultos entre dientes. Corto el proceso y abro la consola. Hay un puerto que no debería estar abierto. Otro proceso que no sé quién ha lanzado.

Tiro del hilo. No, el hilo tira de mí. Mi programa espía ha invocado un módulo externo que intenta autenticar contra un servidor remoto. Y LOG-TRN está diseñado para responder con un «¿Quién eres?». La

máquina ha dicho «hola» sin preguntarme. Y alguien, al otro lado, ha respondido «Te veo».

Mi apartamento se encoge, las paredes se acercan y me amenazan.

Intento cancelar el proceso, pero alguien lo levanta de nuevo. Desconecto el cable del disco duro por puro reflejo. El sistema se queja, pero la ventanita negra sigue ahí. Dos líneas nuevas:

AUTH BEACON → OK

PING GEO → 48.85…

Me quedo de piedra. *Geo*. Me están geolocalizando. No hace falta una precisión de satélite; una IP basta saber dónde estoy. Me lanzo al router y desconecto la fibra a lo bruto. La luz azul titila y luego, por fin, se apaga. La casa se sumerge en un silencio raro, como si se hubiera quedado sin respiración.

Miro la pantalla. La ventanita tarda un segundo y medio en reaccionar y luego escupe un último registro:

AUTH FAILOVER → CELL

Miro mi móvil. El icono de datos está encendido. Me desconecto y apago el móvil por completo. Apago también el portátil con un golpe seco de botón, sin cumplir el protocolo para no perder la información.

Siento la piel fría entre los omóplatos. Camino hasta la puerta y compruebo el pestillo. Cierro la cadena por primera vez en semanas. Bajo la persiana del salón hasta dejar una rendija. Luego vuelvo al despacho, cojo el disco y lo meto en una bolsa antiestática. Durante dos segundos pienso en meterlo en el horno y destruirlo, pero decido que eso es absurdo: no he llegado tan lejos para achicharrar las pruebas.

Intento racionalizar. Quizá no sea nada. Pero la palabra GEO… Mi estómago lo entiende antes que mi cerebro. Saben que alguien ha abierto LOG-TRN. Saben que ese alguien lo ha hecho desde aquí. El servidor está vivo, hay manos atentas al otro lado.

Vuelvo a sentarme y durante un segundo siento un impulso estúpido de llamar a Daniel, de decirle «He metido la pata. Ayúdame». Cojo el móvil para escribirle, pero aún está apagado, y no quiero encenderlo. Ni quiero darle ese poder sobre mí ahora mismo. Pienso en Vasseur. En Kyllian. En Théo. En mi madre, vaya. Pienso demasiado, pero no hago nada.

Enciendo el portátil de repuesto, el «limpio», que no tiene nada personal y que normalmente uso sin red. Lo arranco en modo seguro y abro solo un bloc de notas en el que escribo con un lápiz digital lo que he visto. *Inventarios / DOCS falsos / Fotos de Élise en tránsito / FIN-4 (pagos) / LOG-TRN (viajes, contenedores)*. Debajo, *código abrió puerto* y *AUTH BEACON / PING GEO → París*.

Mi letra aparece pequeña, apretada.

La lluvia cambia de tono. Un zumbido grave interrumpe el murmullo del edificio.

El ascensor.

Me levanto, apago todas las luces y salgo al pasillo.

Me quedo muy quieta frente a la puerta de entrada, con el lápiz en el aire. Pueden ser mil cosas: un vecino que vuelve, un repartidor, una casualidad. Pero la piel, esa otra cabeza, me dice que no. El ascensor se detiene en mi rellano y oigo pasos cautelosos. Uno, y silencio. Otro, y silencio. Como si alguien estuviera comprobando las puertas.

Los pasos se detienen frente a la mía. Reconozco la leve vibración de la madera cuando el peso al otro lado cambia. No llaman. No tocan. Esperan. Pongo los dedos alrededor del bolígrafo como si fuera útil para algo. Siento el latido de mi corazón y el zumbido de la sangre acelerada por mis venas me llena los oídos.

Un minuto. Tal vez menos. Tal vez más. No estoy segura.

Luego, los pasos se alejan con la misma calma. El ascensor vuelve a zumbar y el edificio recupera su cadencia.

Me llega un olor a ozono, a electricidad a medio gastar. El despacho entero parece un cerebro demasiado activado. El disco

duro, en la bolsa antiestática, brilla con una modestia obscena. El router parpadea buscando red. Mi corazón golpea en el sitio correcto, sí, pero demasiado fuerte.

La caja de Pandora está abierta. Y, por primera vez desde que lo enchufé, comprendo que ya no estoy mirando un archivo, sino que el archivo ha empezado a mirarme a mí.

Me quedo de pie, con el lápiz óptico aún en la mano y la certeza mordiéndome el costado: saben que estoy aquí. Saben lo que tengo.

Y no tengo a quién llamar.

29

Sophie

El mensaje que le acabo de enviar a Daniel sigue brillando en la pantalla del móvil, solitario, como una llamada sin eco.

«He conseguido descifrar parte del disco duro de Élise. Necesito hablar contigo. No es seguro. Saben dónde vivo. Estoy preocupada».

Nada. Ni una respuesta. Ni siquiera sé si lo ha visto.

Dejo el teléfono sobre la mesa, pero vuelvo a mirarlo cada pocos segundos, como si con eso pudiera obligarlo a contestar. El silencio me araña por dentro. Camino por el apartamento con pasos rápidos, apagando luces, cerrando ventanas. Un gesto absurdo, lo sé, pero necesito controlar algo, aunque sea mínimo.

Fuera, la tormenta arrecia. La lluvia golpea contra los cristales con furia, y cada ráfaga de viento hace vibrar el marco de las ventanas. El reloj del salón marca las once pasadas, pero yo no siento sueño, solo esa electricidad en el estómago que me impide relajarme.

Y entonces, lo escucho.

Un clic, metálico, breve, en la cerradura.

Me quedo helada en mitad del pasillo, con el corazón clavándome agujas en el pecho.

No puede ser.

El sonido se repite, más insistente. No es mi imaginación, alguien está forzando la puerta.

El cuerpo reacciona antes que la mente. Corro a la cocina, abro el cajón de los utensilios y agarro el cuchillo de chef, largo y pesado. El metal brilla bajo la luz. Lo sujeto con ambas manos, los nudillos blancos, el pulso desbocado.

La primera patada sacude la puerta con violencia.

La segunda, la revienta. El marco cruje y el cerrojo salta en pedazos. La puerta se abre de golpe y dos hombres irrumpen en mi casa.

Van vestidos de negro y se cubren la cabeza con unas capuchas que apenas dejan ver sus rostros. El primero es alto, descomunal, de hombros anchos. Un muro humano. El segundo es más bajo, delgado, y hace un movimiento nervioso con las manos. Cuando un relámpago los ilumina, veo que en la derecha sostiene una navaja.

—¿Dónde estás? —ruge el grande.

Retrocedo hasta chocar contra la encimera. Sostengo el cuchillo en alto e intento pensar con claridad.

—¡Fuera de mi casa! —grito. Me tiembla la voz.

El delgado avanza despacio, balanceando la navaja como si se divirtiera.

—Tranquila, princesa. Solo danos lo que buscamos y nos iremos sin que nadie salga herido.

El corpulento empieza a registrar el salón, arrojando cojines al suelo, volcando una lámpara, derribando sillas. Mi estómago se contrae. Si llegan al armario del dormitorio… si encuentran la caja fuerte… Ellos tendrán lo que buscan y yo estaré muerta.

El delgado sigue acercándose paso a paso.

—Última oportunidad.

No pienso. Actúo.

Lanzo el cuchillo hacia delante con todas mis fuerzas. El filo corta su brazo en un tajo limpio. El hombre grita y retrocede maldiciendo mientras la navaja tintinea en el suelo.

Siento un golpe de euforia. Sigo viva y él está herido.

Me abalanzo para recoger su arma caída, pero él se recompone en una fracción de segundo y chocamos en el suelo, forcejeando. Su sangre me empapa la manga. Huelo su aliento, una mezcla nauseabunda de alcohol y tabaco. Aferro con fuerza el cuchillo y se lo clavo en el costado. No es una herida muy profundo, pero suficiente para arrancarle un grito desgarrador.

Se aparta tambaleante y se lleva la mano ensangrentada al torso.

Por un segundo, creo haber ganado.

Hasta que el corpulento aparece en la cocina. Sus ojos brillan de furia. Con un manotazo brutal me arrebata el cuchillo, que vuela y se clava en el parqué. Luego me agarra del brazo y me estampa contra la pared. El impacto me deja sin aire.

Pataleo, araño, muerdo, pero es como luchar contra un bloque de granito. Me inmoviliza con facilidad, apretando mis muñecas contra el yeso. Siento que la piel me arde bajo la presión de su mano.

El delgado, sangrando, se pone de pie y recoge la navaja. Luego se acerca con paso tambaleante, pero decidido, y los ojos encendidos de odio.

—Te voy a hacer pagar, puta —escupe, con la voz rota de rabia.

Me retuerzo debajo del tipo enorme, pero estoy atrapada. Mis fuerzas no bastan. El acero brilla a centímetros de mi cara. El delgado sonríe con crueldad y levanta el brazo.

Y ahí, en ese segundo suspendido, sé que no puedo más. Estoy atrapada.

El filo desciende, y mi grito ahogado se pierde bajo el estruendo de la tormenta.

30

Daniel

La tormenta ruge cuando aparco a media manzana del edificio de Sophie. El parabrisas lucha contra la lluvia, pero apenas se distingue nada. Apago el motor y durante unos segundos me quedo quieto con las manos en el volante. No debería estar aquí. No después de lo que vi en su ordenador. No después de la traición. Pero desde que he recibido su mensaje no me abandona un mal presentimiento y ese cosquilleo insoportable en la nuca que me avisa de que algo no va bien.

Salgo del coche y el agua me empapa en cuestión de segundos. Cuando doblo la esquina y subo los escalones hasta su portal, un trueno hace vibrar las paredes. Entonces escucho unos golpes secos y el chirrido de madera astillándose.

¡Sophie!

No pienso. Empujo y entro. Subo las escaleras de dos en dos y corro hacia su apartamento. La puerta está reventada y oigo ruido dentro.

La escena me golpea como un puñetazo en el estómago. Sophie está contra la pared, jadeante, con un cuchillo en la mano. Frente a ella, un tipo corpulento la inmoviliza, sujetándole la muñeca con la fuerza de una tenaza. Otro, más bajo y ágil, con sangre manando de un corte en el costado, se abalanza hacia ella con una navaja levantada.

—¡Eh! —grito, y me lanzo contra él sin importarme las consecuencias.

Lo embisto con todo mi peso. El aire se le escapa de los pulmones con un gruñido y ambos caemos contra la mesa del salón, que se convierte en astillas por el impacto. La navaja rebota en el suelo. Intento incorporarme, pero el tipo grande me agarra del cuello y me lanza contra la pared. El golpe me roba el aire.

El delgado se recupera rápidamente. Me da una patada en las costillas que me arranca un gruñido. Le respondo con un codazo en la mandíbula y escucho el crujido. El grande vuelve a la carga y me lanza un directo que apenas logro esquivar. El puño roza mi sien.

—¡Daniel! —escucho la voz desgarrada de Sophie.

Me tambaleo, pero no caigo. He aprendido a encajar golpes en lugares mucho más jodidos que un salón parisino. Siento la adrenalina correr por mis venas, fría y pura. Aguanto otro derechazo en el estómago y, cuando los dos se acercan a la vez, hago lo que llevo planeando desde que entré.

La mano derecha encuentra la culata en la cinturilla de mi pantalón.

Un segundo después, el cañón negro brilla bajo la luz intermitente del relámpago que entra por la ventana.

—¡Quietos, hijos de puta! —rujo, jadeando.

El clic metálico al amartillar el arma resuena en el silencio abrupto. Los dos se quedan congelados. El grande me mira con los ojos inyectados en sangre; el delgado sangra cada vez más por el costado y tiene la respiración entrecortada.

—¿Queréis probar suerte? —añado, apuntando primero a uno y luego al otro.

El grande da un paso hacia atrás y su colega lo sigue con paso inestable.

—Esto no acaba aquí —escupe el corpulento, señalándome con un dedo antes de arrastrar al otro hacia la salida.

Camino tras ellos hacia la puerta, con la pistola bien aferrada entre las manos, y no la bajo hasta que escucho cerrarse el portal. Entonces corro hacia la ventana.

La lluvia golpea los cristales, pero consigo verlos salir a la carrera, cubriéndose bajo una gabardina empapada. Un coche oscuro los espera. Saco el móvil con la mano libre, aún sujetando el arma con la otra, y disparo varias fotos: sus siluetas, la matrícula, la forma en que se suben deprisa. El motor ruge y desaparecen en la noche.

El silencio que queda después es casi peor que el ruido.

—Sophie…

Me giro. Ella está en el suelo, con la espalda contra la pared y el cuchillo a pocos centímetros de su mano. Tiembla entera, con los ojos abiertos como platos. Me arrodillo junto a ella, todavía jadeando.

—Ya está —susurro, intentando sonar firme aunque siento el pulso desbocado en la garganta—. Se han ido.

Ella parpadea. Parece regresar de golpe a la realidad. El llanto le estalla en la cara, silencioso al principio, después en oleadas incontenibles. Se aferra a mi camisa como si se estuviera hundiendo y yo fuera lo único que la sostiene.

—Querían… —balbucea—. Querían el disco. Daniel, he conseguido abrirlo… hay carpetas, nombres, fotos de Élise con hombres en aeropuertos… inventarios de arte robado… pero no entiendo… Hay cosas que se me escapan.

La aparto suavemente para mirarla. Está pálida, tiene el pelo pegado por el sudor y le tiemblan los labios.

—¿El disco duro de Élise? —pregunto. Lo sé, he leído el mensaje, por eso estoy ahí, pero necesito confirmarlo.

Asiente, con las lágrimas rodándole por las mejillas.

—Sí. Lo abrí esta tarde. Y… creo que metí la pata. Algo se activó. Un archivo, una conexión… no sé. Pero me vieron. Saben que lo tengo. Saben que estoy aquí.

Siento un escalofrío recorrerme la columna y aprieto la mandíbula.

—Tenemos que llamar a la policía ahora mismo.

—¡No! —exclama con una fuerza inesperada, negando con la cabeza—. Todavía no. No sabemos a quién podemos confiarle esto. Podría desaparecer, borrarlo. Tienen poder, Daniel. No entiendes lo grande que es.

La rabia me sube a la garganta.

—¿Grande? ¿Más grande que los hombres que casi te matan aquí mismo? ¿Más grande que tu vida?

Ella me mira fijamente. Y en esos ojos, húmedos y aterrados, hay también una determinación que me desarma.

—No me dejes sola —susurra, apenas audible—. Ayúdame a buscar la respuesta. Lo siento tanto —añade con un gemido—. Eres la única persona en la que confío.

Me quedo en silencio un instante, con el pecho ardiendo. Respiro hondo, guardo el arma y me levanto. Luego extiendo una mano hacia ella.

—De acuerdo. Pero aquí no te puedes quedar. Es cuestión de tiempo que vuelvan.

Ella duda, traga saliva, pero al final me toma la mano. La levanto despacio, como si fuera de cristal.

Camina lo más rápido que puede hacia su dormitorio y abre el armario. Pienso que va a coger algo de ropa, pero lo que hace es descubrir una pequeña caja fuerte muy bien escondida. La abre y saca el disco duro, que ha metido en un bolsa. Lo guarda en su bolso, que se cruza sobre el hombro, y se gira hacia mí.

Me mira y espera.

Antes de cerrar la puerta, observo lo que me rodea: la mesa destrozada, las sillas volcadas, cristales rotos en el suelo, huellas de sangre en el parqué. El eco de la violencia aún late en el aire.

Tengo que hacer fuerza para encajar la puerta en el marco y cerrar con llave, pero lo consigo. Bajo la vista hacia Sophie. Está temblando, con la blusa desgarrada en la manga y los dedos aún aferrados a mi brazo. La ayudo a ponerse el abrigo y la atraigo hacia mí.

Aprieto los labios mientras la abrazo.
Esto no ha terminado. Ni mucho menos.

31

Sophie

El coche se sacude mientras Daniel mete primera y pisa el acelerador. París se desdibuja tras la lluvia que golpea el parabrisas con furia. Siento la garganta seca, como si hubiera corrido varios kilómetros. No puedo dejar de mirar por el retrovisor.

—¿Estás bien? —me pregunta, consciente del temblor de mis manos.

Niego con la cabeza, no merece la pena tratar de engañarlo ni hacerme la valiente. No lo soy, tengo mucho miedo.

—Tranquila —dice él sin mirarme. Su voz también destila tensión.

Asiento, aunque una sensación de vértigo me recorre de pies a cabeza.

En cuanto doblamos la esquina, los veo. Luces blancas que se clavan en nuestros espejos. Un coche oscuro acelera detrás de nosotros, pegado como una sombra. Mis uñas se incrustan en la tapicería de la puerta. Daniel aprieta la mandíbula, cambia de carril y pisa el acelerador.

—No puede ser… —susurro.

—¡Agárrate! —grita.

La moto aparece de pronto, cortando la lluvia como una navaja, rebasándonos por el lateral. El motorista viste de negro, y el casco reluce bajo el agua. Se coloca a nuestra altura y golpea la ventanilla con la palma enguantada. Doy un respingo y abrazo instintivamente mi bolso.

Daniel gira el volante con brusquedad y entramos en un bulevar. El coche que venía detrás casi se lleva por delante un taxi al seguirnos. Los cláxones retumban en la noche, inútiles contra el rugido de los motores.

—¿Qué hacemos? —pregunto con la voz rota.

—No voy a dejar que nos atrapen —contesta sin apartar la vista de la carretera—. Confía en mí.

La moto se adelanta y de pronto gira, colocándose delante de nosotros. El piloto levanta un brazo. Algo brilla en su mano.

—¡Agáchate! —chilla Daniel.

Me lanzo hacia el asiento con el corazón desbocado. Un golpe seco retumba contra el cristal y el parabrisas se convierte en una telaraña de grietas. Daniel no frena. Acelera.

Nuestro coche embiste la moto. La rueda trasera resbala en el asfalto mojado, el motorista pierde el equilibrio y sale disparado contra la acera. Todo ocurre en un segundo, pero la imagen queda grabada en mi cabeza como si se produjera a cámara lenta.

Respiro con dificultad.

—Dios… Daniel…

—Mírame. —Su voz es firme, cortante. Giro la cabeza hacia él. Sus ojos arden, concentrados, pero me sostiene la mirada un segundo—. Estás conmigo.

Asiento, aunque sé que las piernas no me sostendrían ni un metro.

El coche que nos seguía aparece de nuevo, cada vez más cerca. Otro se nos cruza desde una calle lateral e intenta bloquearnos. Daniel reacciona al instante: da un volantazo, los neumáticos chirrían contra el suelo empapado y nos metemos en una calle estrecha de adoquines.

Los edificios se cierran sobre nosotros, altos y oscuros, con las persianas metálicas bajadas y los grafitis difuminados por la lluvia. El eco del motor resuena en los muros como un trueno atrapado.

—¿Adónde vamos? —pregunto, intentando no sonar como una niña aterrada.

Daniel traga saliva, sin dejar de maniobrar.

—Fuera de la ciudad. Hay un camino… un atajo que conozco. Si logramos alcanzarlo sin que nos vean, nos libraremos de ellos.

El coche de atrás choca contra un cubo de basura metálico y lo arrastra durante unos metros, pero no se detiene.

Mis manos tiemblan. Ya no pienso en el disco duro, en Élise ni en todo lo que he descubierto. Ahora solo puedo pensar en que, si Daniel no estuviera aquí, yo ya estaría muerta.

El parabrisas no aguanta más. Una de las grietas se expande con un sonido agudo desde el agujero de bala y el cristal se astilla, aunque no llega a romperse. Daniel lanza el puño contra el parabrisas y hace un agujero suficiente para seguir conduciendo. Lo más asombroso es que parece tranquilo.

—¿Por qué no me lo dijiste, Sophie? —su voz se corta con la vibración del motor, pero me llega como un cuchillo. Lo miro, sorprendida, incapaz de responder—. Lo sabías —añade, esquivando por centímetros a un coche aparcado—. Sabías lo que había, eras consciente de que corrías peligro, y decidiste callártelo.

Me muerdo el labio y el corazón me late aún más fuerte.

—No podía… —empiezo.

—¿No podías confiar en mí? —me interrumpe. Tiene los ojos clavados en la carretera, pero la rabia queda patente en cada palabra.

El silencio entre nosotros es ensordecedor, roto solo por la lluvia y el rugido del motor.

Finalmente, suspiro.

—No quería perderte.

Eso lo desconcierta. Lo noto en la forma en que aprieta el volante, como si no esperara esa respuesta. No dice nada, pero un destello de duda pasa por sus ojos.

El coche pega un bote al pasar sobre un bache y me aferro al salpicadero. Las luces de la ciudad empiezan a quedar atrás. Calles más estrechas, menos tráfico. Un puente viejo cruza el Sena y Daniel se lanza a toda velocidad sobre él. El agua del río brilla con destellos plateados bajo la tormenta.

El coche perseguidor se mantiene detrás, pero más lejos ahora.

—Un poco más —dice Daniel para sí mismo con la respiración entrecortada—. Ya casi estamos.

Abandonamos el puente y nos internamos en una carretera secundaria bordeada de árboles. La moto no ha vuelto a aparecer, pero el coche negro nos sigue, insistente, sus faros reflejándose en los charcos como los ojos de un monstruo.

Daniel toma una salida casi invisible, un camino forestal que se abre entre la espesura, y al instante apaga las luces. El coche derrapa al entrar y ramas golpean los laterales, pero seguimos avanzando a oscuras. La tierra embarrada salpica contra la carrocería.

—¡Nos van a alcanzar! —grito.

—Confía en mí —repite.

Pisamos una curva cerrada. Daniel gira el volante con fuerza y derrapa. Los neumáticos muerden el barro y el coche casi vuelca, pero logra enderezarlo. Vemos los faros del perseguidor pasar de largo y perderse en la noche.

El silencio que queda es atronador. Solo escucho mi respiración entrecortada y el tamborileo de la lluvia en el techo.

—Dios mío… —susurro, llevándome una mano al pecho.

Daniel afloja el volante, todavía con los nudillos blancos, y levanta el pie del acelerador. Suspira hondo y me mira. Sus ojos están cargados de adrenalina, pero también de miedo, rabia, y una ternura que no esperaba.

—Estamos vivos —dice.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que siento el sabor salado de las lágrimas en mis labios. Daniel alarga el brazo sin

perder de vista el camino y me acaricia la mejilla con el dorso de la mano en un gesto rápido, casi torpe.

Vuelve a encender los faros y seguimos avanzando entre los árboles hasta que la carretera se abre a un claro. Una casa solitaria nos espera al final del camino. Todas las luces están apagadas.

Daniel apaga el motor y el silencio es tan denso que casi me asusta.

—Aquí estaremos a salvo —dice, y por primera vez en toda la noche, su voz no tiembla.

32

Daniel

La carretera se va estrechando hasta convertirse en una lengua de asfalto resbaladizo que atraviesa la oscuridad. Los limpiaparabrisas no se mueven sobre el cristal hecho añicos. Sophie no ha dicho una palabra desde que salimos del camino forestal, y yo tampoco la he presionado. Sus manos siguen firmes en su regazo, entrelazadas, aunque tiemblan de forma casi imperceptible.

El reloj del salpicadero marca la una de la madrugada. Aprieto los dientes, saco el móvil del bolsillo con una mano y marco un número que me sé de memoria. Suena varias veces antes de que una voz ronca por el sueño responda al otro lado.

—¿Daniel? —Mathieu Beaumont. Mi hermano de otra vida.

—Sí. —Intento sonar más tranquilo de lo que estoy—. Lo siento, sé que estarías durmiendo.

—Durmiendo, y soñando… Bueno, déjalo. Tiene que ser importante para que me llames a estas horas.

—Lo es. Estoy con Sophie Blanchet, ¿recuerdas que te hablé de ella?

—Tu amiguita. Claro.

En ese momento me alegro mucho de que Sophie no esté escuchando la conversación.

—Necesito un sitio seguro, Mat. Hemos tenido un problema, te lo contaré con detalle más adelante.

Al otro lado de la línea hay un silencio breve, lleno de comprensión. Mat no pregunta demasiado; nunca lo hace.

—Tienes la dirección —me dice.

—Estoy frente a tu casa —respondo—. He conseguido despistar al coche que nos seguía —añado.

—Entiendo. Escucha, hermano —me dice—: código de entrada, el mismo de siempre. ¿Quieres que avise a alguien?

—No. Cuanto menos gente lo sepa, mejor.

—¿Estáis a salvo? —me pregunta.

—De momento —respondo—, pero cuando se den cuenta de que no vamos delante de ellos, darán la vuelta y empezarán a peinar la zona.

—Vale. —Su voz se endurece, y el piloto al que conocí en Kandahar asoma bajo la somnolencia. Ya no queda ni rastro de sueño en su voz—. Guarda el coche, entrad y conectad todas las alarmas. Perímetro, fachada, puertas y ventanas. Todo. Sabes dónde está el armero y también sabes utilizar todo lo que hay dentro. Espero que no sea necesario… Estoy en Mont-de-Marsan, voy a coger el primer vuelo hacia París —añade decidido—. Estaré allí en pocas horas. Aguanta.

—Gracias, hermano.

Guardo el móvil en el bolsillo. Sophie me observa, con la piel pálida bajo la luz mortecina del salpicadero.

—¿Quién era?

—Un viejo amigo. Mathieu Beaumont. Piloto de la Fuerza Aérea francesa. Esta es su casa.

Ella asiente y me mira un segundo con el ceño fruncido.

—¿Amiguita? —pregunta.

Sonrío y arranco de nuevo el motor para acercarme a la casa. Sophie ha vuelto.

El camino termina en un claro amplio. La casa se alza al final de la pendiente, oscura, imponente, con el tejado empapado brillando

como una lámina negra bajo la tormenta. Aparco delante del garaje y tecleo la clave que Mat me ha recordado. El portón se abre con un rugido metálico y meto el coche dentro. Cuando la puerta baja tras nosotros, siento un alivio inesperado. Hay un muro entre nosotros y ellos.

Entramos en silencio. El interior huele a madera, a cuero y a brasas. También a whisky. Mathieu, Mat para los amigos es un hombre de rutinas simples. Me aseguro de que todas las persianas están bajadas antes de encender las luces y recorrer el pasillo hasta el panel de seguridad. Tecleo la clave y escucho cómo las alarmas se activan, una tras otra, como un ejército invisible desplegándose a nuestro alrededor.

Sophie se deja caer en un sillón del salón y se encoge como si quisiera desaparecer. Su chaqueta está empapada y el pelo se le ha pegado al rostro. Me acerco despacio, sin decir nada.

—Necesitas calor —susurro al fin.

Ella levanta la mirada. Le tiemblan los labios, pero asiente.

La acompaño hasta el baño principal. Abro el grifo de la ducha y espero a que el vapor empiece a llenar el ambiente. La habitación se impregna de ese olor limpio, casi medicinal, del agua caliente chocando contra las baldosas frías.

—Ve tú —le digo—. Yo estaré aquí fuera.

Sophie se muerde el labio, asiente y vuelve la puerta sin cerrarla del todo. Oigo cómo deja la ropa en el suelo y cómo el agua la envuelve. Apoyo la frente contra la pared del pasillo. Por primera desde que decidí acudir a su llamada en forma de mensaje, siento cómo la adrenalina se disuelve hasta convertirse en cansancio puro.

Entonces, escucho algo más. No es el agua. Es un sollozo.

Dudo apenas un segundo. Abro la puerta y el vapor me golpea en la cara, caliente, denso. Sophie está bajo el chorro, con los hombros encogidos, temblando. El llanto le sacude todo el cuerpo.

Sin dudarlo, entro tal cual, con la ropa puesta. El agua me empapa en segundos, me aplasta el pelo contra la frente y resbala

por mis botas. Sophie levanta la cara, sorprendida.

—Daniel… Lo siento tanto…

La abrazo.

Sus manos se aferran a mi camiseta, mojada y pesada, y su cara se hunde en mi pecho. El agua nos golpea a los dos, diluyendo las lágrimas, convirtiéndolo todo en un mismo torrente caliente.

—Estoy aquí —susurro contra su pelo—. Estoy aquí.

Ella tiembla, pero poco a poco su respiración se calma. No digo nada más. No hay nada que decir. En ese cubículo de azulejos y vapor, lo único que importa es que seguimos vivos.

33

Sophie

Estamos vivos y, sin embargo, tengo tanto miedo que no consigo sacudirme las ganas de salir corriendo y esconderme.

Daniel ha debido de oírme llorar, porque ha entrado en el baño y se ha metido en la ducha vestido para consolarme. Cómo he agradecido ese abrazo. Sé que eso no significa que no me siga odiando, pero al menos sé que ahora está aquí conmigo.

Lloro hasta que me vacío. Me siento culpable, vulnerable, expuesta. Y tengo muchísimo miedo por los dos. Daniel se ha lanzado de cabeza al hoyo en el que yo estoy metida y ahora él también corre peligro.

Cuando dejo de llorar, los dos estamos empapados.

—Esto no puede convertirse en costumbre —bromea con una sonrisa. Sus ojos vuelven a brillar. Sonrío y le abrazo una vez más. No soy consciente de mi desnudez hasta que Daniel me tiende una toalla. Me envuelvo en ella y lo veo pelear con su ropa empapada, que se niega a separarse de su cuerpo. A mí también me gustaría quedarme pegada a su piel, la verdad.

Cuando está desnudo y su ropa está junto a la mía en el suelo, coge otra toalla y se frota con vigor antes de anudársela a la cintura. Yo lo miro en silencio, sin ser del todo consciente de que lo estoy mirando demasiado fijamente.

Me sonrojo cuando capta mi mirada y lo veo observándome divertido.

—Lo siento —susurro azorada.

—No lo sientas —responde—. Ven —me pide después.

Su voz me acaricia y me hace entrar en calor más deprisa que el agua caliente. Regreso junto a él y me pierdo en sus ojos. Luego, me coge la cara con las manos y me besa despacio en los labios, un beso suave como una caricia, poco más que un roce, pero yo sé, los dos lo sabemos, que esto es la firma del armisticio.

Me conduce hasta una de las habitaciones del piso superior. Enciende una lamparita en la mesita de noche y deja el resto de la casa a oscuras. Somos invisibles desde fuera, y me siento segura. Me lleva de la mano hasta la cama. Luego, se detiene, me mira fijamente y me quita despacio la toalla que cubre mi cuerpo. Al instante, deja caer la suya al suelo. Ya no tengo frío. De hecho, me siento extrañamente bien.

Daniel sonríe y estira los brazos hacia mí. Pasa las manos por mi espalda, mete los dedos entre el pelo y me atrae hacia su boca. Intento con toda mi alma explicarle en ese beso todo lo que estoy sintiendo. Sus manos bajan por mi espalda y se deslizan sedosas hasta las caderas. Sube de nuevo y se pega a mí antes de besarme larga y profundamente. Cierro los ojos para concentrarme en su olor, en el sonido de su respiración, en sus manos en mi espalda, en el sabor de su lengua.

Baja despacio hasta mis pechos y los acaricia con suavidad. Los siento erizarse y ponerse rígidos. Luego vuelve hasta mi cara y me besa de nuevo. Hay tanta ternura en sus besos, en sus manos, en sus movimientos, incluso en la forma en que respira, que siento que la emoción me llena por completo.

Paso mis manos por su espalda y lo obligo a girarse poco a poco hasta que puedo empujarlo despacio y dejarlo sentado sobre la cama. Él me mira en silencio. Tiene el pelo revuelto y barba de dos días. En sus ojos hay un brillo nuevo. Deseo. Sé que los míos tienen la misma luz. Me inclino para besarlo y siento sus manos en mi espalda, en mi trasero, en mis muslos. Un placer eléctrico empieza a extenderse por mi cuerpo. Los dos jadeamos al mismo tiempo. Le necesito, lo echo de menos.

—Túmbate —me pide.

Hago lo que me dice y me tumbo sobre la cama. Él se coloca a mi lado, de costado, y yo giro para quedar frente a él. Nos miramos largo rato a los ojos mientras nuestras manos exploran al otro. Paseo las puntas de los dedos por su espalda, por los hombros, por su abdomen, y siento las suyas en mis lumbares, en el trasero, en la curva de la cintura.

Adelanto las caderas y separo las piernas para hacerle sitio. Daniel se mueve hacia delante, me rodea con sus brazos y me pega a su pecho. Me separo un poco, lo justo para poder volver a mirarlo. Adelanto de nuevo las caderas y lo invito a entrar. Él me besa larga y profundamente mientras me penetra despacio, sintiéndome y haciendo que yo lo sienta a él. Es maravilloso volver a estar juntos.

Nos movemos despacio mientras nos acariciamos y nos besamos, y siento cómo el placer va aumentando poco a poco. No es la llamarada de otras veces, pero es fantástico. El fuego crece y se expande con cada movimiento lento, con cada caricia, con cada beso encendido, hasta que siento que una bola de placer se forma en mi vientre y crece sin control.

Echo el cuerpo hacia atrás para aumentar el contacto y Daniel cuela una mano entre mis piernas y me presiona el clítoris. Exploto al instante. Jadeo y me muevo al mismo ritmo que él, dejando que el orgasmo me recorra entera. Cuando me relajo, Daniel sale de mi interior, se pone bocarriba y eyacula sobre su vientre. Yo sigo pegada a él, le acaricio el vientre, el pecho, el cuello, mientras él se derrama junto a mí. Me tiene abrazada con uno de sus brazos y, cuando termina, me atrae hacia él y me acomodo en el hueco de su hombro.

Dejamos que la excitación se relaje sin dejar de acariciarnos. Cuando nuestros corazones recuperan el ritmo normal, me incorporo lo justo para besarlo en los labios. Daniel me atrae hacia él y me devuelve el beso. Luego levanta la cabeza y mira su abdomen.

—Olvidé meter preservativos en la maleta —me dice.

Se me escapa una carcajada que pronto se le contagia. Es una risa sanadora que hace que lo malo se evapore y, de momento, solo

seamos dos cuerpos desnudos, exhaustos y satisfechos.

Respecto a lo demás, ya nos preocuparemos cuando llegue.

Daniel

Me despierto de un sueño profundo, pesado. Sophie está pegada a mí, su respiración acompasada contra mi pecho, su pierna enredada en la mía. El aire huele a humedad y a jabón, a ese vapor que parece haberse quedado impregnado en nuestra piel después de la ducha. La sábana apenas nos cubre, nuestros cuerpos desnudos siguen uno junto al otro.

El mundo podría acabarse ahí fuera y yo no lo sabría. Por primera vez en mucho tiempo, duermo en paz.

Hasta que una voz rompe la oscuridad.

—Podría haberos matado a los dos. Vaya protector que estás hecho.

Abro los ojos de golpe. El corazón me estalla contra las costillas. Giro la cabeza y busco a ciegas en la mesita de noche. La pistola. No está.

Sophie también se incorpora, grita y aprieta la sábana contra el pecho.

La luz se enciende. El golpe de claridad me hiere los ojos, pero reconozco al instante la figura apoyada en el marco de la puerta.

Mathieu.

Alto, de hombros anchos, con el pelo revuelto por el viaje y la barba que le oscurece la cara. Tiene mi pistola en la mano y la sostiene con naturalidad, como quien agita un manojo de llaves.

—Ni la alarma, ni el crujido de la puerta, ni mis pasos subiendo la escalera… Ni siquiera os habéis enterado cuando os cogí el arma —enumera, con su voz grave cargada de reproche—. Estáis tan ciegos que podríais haber muerto tres veces en los últimos diez minutos.

Trago saliva.

—Has apagado la alarma para entrar —me defiendo, aunque suena más débil de lo que querría.

Mathieu arquea una ceja y sonríe con cinismo.

—¿Y así es como piensas protegerla? —Me tiende el arma con la culata hacia mí—. Hazme un favor, no lo vuelvas a hacer.

Lo tomo sin rechistar. Sophie sigue a mi lado, inmóvil, con los ojos muy abiertos. Él la mira y cambia de tono:

—Perdona por la puesta en escena. Soy Mathieu Beaumont. Puedes llamarme Mat, todo el mundo me llama así. —Se cruza de brazos y asiente con una leve sonrisa, como si acabara de recordar sus modales—. Encantado de conocerte.

—Sophie… —responde ella, todavía a medias entre la sorpresa y la desconfianza.

Mat se aparta de la puerta.

—Os espero abajo. Hay café.

Cuando bajamos, Sophie lleva un jersey ancho que ha encontrado en una de las habitaciones y un pantalón de chándal que le queda muy largo. Aun así, conserva una dignidad natural que me hace sonreír.

Mat está en la cocina, sentado a la mesa de roble. El olor a café recién hecho llena la estancia. Hay tres tazas sobre la mesa, ya servidas, y un plato con galletas que seguramente ha sacado de la surtida despensa que hay detrás de la cocina. Allí guarda suficientes suministros como para aguantar un mes sin salir de casa. Y no solo hay comida. También bidones de combustible, garrafas de agua, armas y munición.

—Sentaos —ordena con la autoridad de un oficial al mando más que con la de un anfitrión.

Nos acomodamos frente a él. Sophie se lleva la taza a los labios, agradecida. Yo espero. Sé que quiere hablar en serio.

—Ahora —empieza Mat, directo—, contadme qué demonios está pasando. He tenido que pedir unos cuantos favores para poder salir de la base sin causa justificada y sin un permiso firmado.

Sophie y yo nos miramos. Es ella quien empieza, con voz aún temblorosa pero firme. Relata el secuestro de Élise, su rescate y su muerte. Le habla del paquete, de la carta y del disco duro. Mat escucha sin interrumpir, solo asintiendo de vez en cuando, con sus ojos claros fijos en nosotros como radares.

Cuando Sophie termina, él apoya los codos en la mesa y junta las manos.

—Bien. Así que tenéis en vuestro poder algo que gente muy peligrosa quiere recuperar. Y lo saben.

—Exacto —respondo.

—Y ya han intentado matarte a ti —mira a Sophie—, lo que significa que no van a parar.

Ella baja la vista hacia la taza, como si el café pudiera darle alguna respuesta.

Mathieu se pone de pie y su sombra llena la cocina. Es un tipo realmente grande y está fuerte como un toro.

—Venid conmigo —ordena de nuevo. Se pone de pie y se dirige hacia el sótano.

El despacho de Mat parece sacado de una base militar. Una mesa amplia de metal cepillado, varias pantallas que enciende una a una, routers, discos externos alineados como soldados en formación. Mapas de Europa y Oriente Medio cuelgan de las paredes, con marcas de rotulador rojo y notas garabateadas en inglés.

Sophie se detiene en el umbral, con un gesto de asombro.

—Dios mío… ¿esto es tu casa o un centro de operaciones secreto?

Mat sonríe apenas, con cierto orgullo.

—Un poco de cada. Hay ciertas cosas que el ejército no puede hacer… por los cauces habituales, por decirlo de algún modo. —Le hace un gesto para invitarla a pasar y acercarse—. Si ese disco duro contiene lo que dices, aquí tienes lo necesario para seguir trabajando sin que te localicen.

—¿Quieres que siga investigando? —pregunta Sophie, incrédula.

—Claro —responde él sin dudar—. Si lo dejas en manos de la policía, se perderá entre montañas de burocracia. Además, por lo que me ha contado Daniel, los mejores técnicos de la policía no te llegan ni a la suela de los zapatos. Si lo ignoras y no haces nada, te matarán igual. Tu única carta es descubrir qué saben ellos antes de que ellos descubran lo que sabes tú.

La miro. Sophie me devuelve la mirada con los ojos brillantes. Veo el miedo en ellos, pero también la chispa obstinada de siempre. Esa que me enamoró, aunque aún me cueste reconocerlo en voz alta.

Mat coloca una mano firme en mi hombro.

—Ha llegado la caballería, Dani. Vamos a ello.

34

Sophie

El despacho de Mathieu es un santuario de metal y pantallas, un centro de operaciones dentro de un chalet escondido en los bosques de Île-de-France. Apenas cruzo el umbral, tengo la sensación de entrar en otra dimensión: routers rugiendo en la penumbra, leds azules parpadeando como luciérnagas digitales, varias torres alineadas con disipadores de calor que parecen turbinas en miniatura.

—Vaya… —musito, mientras mis ojos recorren el espacio—. Esto es mejor que lo que tenemos en Blackbird.

Mathieu suelta una risa breve, diría que orgullosa.

—No es cuestión de tener más medios, sino de saber cómo usarlos.

Daniel, de pie detrás de mí, gruñe con sorna.

—Eso suena a frase de manual de piloto.

—Porque lo es —responde Mat sin perder la sonrisa—. Si no tienes control, la potencia no sirve de nada.

Me acerco al escritorio y me señala una estación de trabajo completa, con dos pantallas curvas, un teclado mecánico y todos los artilugios imaginables.

—¿Lista? —pregunta.

El disco duro de Élise reposa sobre la mesa como una bomba sin detonar. Negro, metálico, tan frío que parece inofensivo. Sé que no lo es. Lo conecto y en el instante en que aparece en la pantalla, una corriente eléctrica invisible recorre mi piel.

—Adelante —me anima Mat con los brazos cruzados, observándome desde detrás como un instructor de vuelo.

Asiento y empiezo a trabajar. Los primeros directorios se abren con una facilidad inquietante. Son los que ya conozco. Evito el que hizo saltar la alarma y continúo con cuidado, leyendo cada línea de código antes de ejecutar ninguna orden.

Abro la primera carpeta y les muestro su contenido.

—Inventarios —susurro.

Listas interminables de objetos, cada uno con su descripción detallada: joyas, collares de diamantes, relojes de lujo, piezas únicas de colecciones privadas. Al lado, fotos en alta resolución de los números de serie grabados en los cierres o notas sobre cómo fueron obtenidos. En algunos casos hay incluso informes policiales adjuntos, como si alguien dentro de la propia red tuviera acceso a las bases de datos internacionales de piezas robadas.

—Esto no es contrabando de baratijas —comento, pasando de un archivo a otro—. Aquí hay material que vale millones.

Daniel se inclina a mi lado y sus ojos recorren las pantallas.

—Esto puede significar que Élise no era solo una mensajera, sino parte fundamental del engranaje.

Mathieu frunce el ceño, pensativo.

—Una pieza desechable, más bien. Si la atrapaban, la red quedaba intacta. Ella asumía el riesgo, ellos se llevaban el beneficio.

Sigo avanzando, disfrutando de la oportunidad de estudiar con calma lo que apenas pude entrever la pasada noche, antes de que intentaran matarme. La segunda carpeta es aún más inquietante. Escaneos de documentos falsificados: pasaportes, visados, certificados de exportación con sellos oficiales. Algunos con nombres que me suenan vagamente de los titulares de prensa: empresarios, diplomáticos, políticos…

—Dios mío… —murmuro—. Esto explica que pasara las aduanas sin levantar sospechas.

Mathieu asiente despacio.

—Si tienes un documento con el sello correcto, nadie va a abrir tu maleta. Es la primera lección en cualquier operación de contrabando que se precie.

La tercera carpeta es la que contiene las fotos. Me tenso al descubrir el rostro de Élise en todas ellas. Aparece sonriente en aeropuertos, hoteles de lujo, fiestas privadas. Siempre perfecta, aparentemente ajena. Pero en varias imágenes está acompañada por hombres trajeados, mujeres con joyas impresionantes y ejecutivos de aspecto intachable. Todos con la misma sonrisa discreta de quienes saben mucho y hablan poco.

Daniel se detiene en una foto tomada en Dubái: Élise posa junto a un hombre alto, delgado, con gafas oscuras. El archivo está etiquetado con un único nombre: Lenoir.

—Ahí está —dice en voz baja.

No es la primera vez que lo vemos. Ese nombre se repite en varios correos, en listados de vuelos e incluso en facturas de hoteles. Siempre en mayúsculas, como si fuera una marca registrada, un alias demasiado evidente para ser casual.

—Lenoir… —repito, sintiendo el peso de cada letra.

Paso a otra carpeta. Lo que encuentro me hiela la sangre. Archivos cifrados con itinerarios de vuelos, números de contenedores, claves de seguimiento marítimo. Cada uno corresponde a un envío concreto: un cuadro de un coleccionista suizo, una estatuilla mesopotámica, un diamante robado.

—No era un trabajo esporádico… —afirmo con un hilo de voz—. Era una red a gran escala, con rutas perfectamente trazadas.

Mathieu se acerca un poco más. Se le ha endurecido el rostro.

—Esto no lo organiza cualquiera —dice—. Hace falta una infraestructura global: puertos, aeropuertos y contactos en aduanas. Y supongo que vuestra Élise solo era la cara bonita que distraía la atención y que tenía siempre la excusa perfecta para estar donde fuera necesario.

Muevo el ratón y abro otro archivo. Una hoja de cálculo con cifras astronómicas. Transferencias bancarias desde cuentas en Suiza, Hong Kong, las Islas Caimán. Montos que hacen que me dé vueltas la cabeza, con conceptos anodinos como «consultoría», «eventos» o «publicidad». El disfraz perfecto para cantidades que podrían financiar gobiernos enteros.

—Sabía que había dinero de por medio, pero no… —se me quiebra la voz—. No tanto.

Daniel se aparta y camina por la sala, como si necesitara espacio para respirar.

—¿Y dices que Élise quería dejarlo? —pregunta, incrédulo—. ¿Cómo? Si estaba hasta el cuello…

—Precisamente por eso la mataron —responde Mat con calma militar—. Nadie abandona una red como esta y vive para contarlo. Sabía demasiado —añade, señalando la obviedad.

Me quedo mirando la pantalla. Decenas de archivos aún sin abrir me devuelven el reflejo de mi rostro cansado. La magnitud de lo que Élise llevaba entre manos es descomunal, casi inabarcable. Y lo peor es la certeza que se instala en mi estómago: ahora nosotros estamos dentro. Si no lo denunciamos, seremos parte del delito.

—Esto es demasiado grande —susurro—. Y ellos saben que tenemos el disco.

Silencio. Daniel me observa, y en sus ojos veo una mezcla peligrosa de miedo y determinación. Mathieu aprieta los labios y, por primera vez, me mira con seriedad total.

—Entonces, no tenemos elección —dice—. O seguimos adelante, o estamos muertos.

—Élise estaba atrapada hasta el cuello —murmuro—. Y nosotros también lo estaremos si seguimos tirando de este hilo.

Daniel coloca una mano en mi hombro. Su tacto es firme, protector.

—Ya estamos dentro, Sophie. No hay marcha atrás.

Levanto la mirada. Lo que veo en sus ojos no es miedo, sino una determinación que me estremece. Y en el reflejo de las pantallas, el rostro sereno de Mathieu, que parece estar calibrando la situación como si fuera una operación militar más.

Por primera vez, me doy cuenta de que no estamos solos. Ahora somos tres.

35

Sophie

Me resulta extraño que, después de todo lo que hemos pasado en las últimas horas, estemos sentados en una mesa como si fuéramos viejos amigos charlando en un refugio de montaña. La tormenta de la madrugada ya se ha disipado y la claridad se cuela a través de los ventanales, iluminando los techos altos y las vigas robustas que atraviesan el salón.

Daniel está a mi lado, despeinado, con las ojeras marcadas, pero con esa mirada obstinada que parece no apagarse nunca. Frente a nosotros, Mathieu se mueve con la calma de quien ha pasado por demasiado como para asustarse por una modelo muerta y una mafia de contrabando de objetos robados. Sus hombros anchos y su postura erguida transmiten seguridad.

—Bueno —empieza él, sirviéndose una taza de café—, tenemos que hablar de lo que vamos a hacer ahora.

Me sorprende ese «nosotros».

—¿Vamos? —pregunto, arqueando una ceja.

Mat sonríe, un gesto breve que apenas altera sus facciones.

—Yo ya estoy dentro, Sophie.

Daniel resopla y se frota la nuca.

—Sabía que podía confiar en ti.

—Como en Kandahar, ¿eh? —responde Mathieu, mirándolo con una chispa en los ojos.

Yo frunzo el ceño.

—¿Kandahar?

Los dos hombres se miran y Daniel asiente.

—Así es. Hace más de diez años, yo estaba cubriendo la guerra en Afganistán. Era un novato, un crío con muchas aspiraciones y poco cerebro —se ríe—, pero tenía contactos con los mandos de las tropas francesas y me permitieron acompañar a un grupo de cascos azules. Allí estaba Mathieu.

El aludido da un sorbo al café y completa:

—Nos tendieron una emboscada —explica Mat con voz grave—. Un convoy en la carretera al sur de la ciudad.

Se detiene un instante, como si necesitara ordenar los recuerdos antes de convertirlos en palabras. Yo no digo nada, escucho con el cuerpo inclinado hacia él, consciente de que lo que está a punto de contar no aparece en ningún informe oficial.

—Era mediodía y hacía un calor sofocante. Teníamos cinco vehículos, la mayoría con personal de apoyo: ingenieros, médicos, algún intérprete… Y Daniel. No eran soldados, no sabían manejar un fusil más allá de lo básico. Íbamos a inspeccionar una zona donde, supuestamente, la situación estaba tranquila. —Hace una pausa y sonríe con ironía—. Nunca lo está.

Daniel asiente con un gesto seco.

—Yo estaba en el último vehículo, con los ingenieros —interviene —. Un Land Rover blindado sobre el papel, pero poco más que una lata en medio de aquel infierno.

Mathieu continúa:

—La primera explosión se produjo en la cabeza del convoy. Una bomba enterrada bajo el asfalto. El camión de transporte saltó por los aires como si fuera de papel. En cuestión de segundos estábamos rodeados de humo, fuego y disparos que llegaban desde las colinas. Era una trampa perfecta.

Su mirada se endurece como si aún pudiera ver el polvo denso y los fogonazos de los fusiles.

—El vehículo de Daniel recibió el impacto de un lanzacohetes en el lateral. El blindaje aguantó lo justo para que no quedara hecho

chatarra, pero volcó. La mayoría de los pasajeros quedó aturdida, algunos heridos graves. Y ahí estaba este loco —señala a Daniel—, sin casco, sin chaleco, sin nada más que su cámara, corriendo de un lado a otro para ayudar a los demás.

Daniel se encoge de hombros, como restándole importancia.

—No iba a quedarme mirando —murmura.

—Yo había quedado atrapado bajo el blindado delantero, con la pierna destrozada. El fuego se extendía, y cada vez que intentaba moverme sentía que me partía en dos. Creí que no saldría de allí. Entonces apareció él. Entre disparos, humo y gritos, hizo palanca con su cuerpo para levantar lo justo la parte de la carrocería que me tenía inmovilizado y me arrastró con sus propias manos, maldiciendo en francés y en inglés a partes iguales. —Mathieu deja escapar una carcajada seca—. Lo vi sangrar por una herida en la ceja y temblar por el esfuerzo, pero no me soltó. Me llevó hasta una trinchera improvisada detrás de un muro de piedras. Y no solo a mí: volvió dos veces más a por otros heridos.

Miro a Daniel, pero él no me devuelve la mirada, parece concentrado en su taza de café. No parece muy cómodo escuchando estos elogios.

—No tenía ni idea de lo que hacía —añade Mathieu—, pero su valor marcó la diferencia. Aguantamos hasta que llegaron los refuerzos. Si no hubiera sido por él, no estaría sentado aquí.

Siento un nudo en la garganta. Me cuesta asociar al Daniel irónico y obstinado que conozco con el hombre que se lanzó entre llamas y disparos para salvar a unos desconocidos. Y sin embargo, lo veo en sus ojos, ese brillo oscuro que aparece cada vez que habla de la guerra: estuvo allí, lo vivió, lo cargó a sus espaldas.

Daniel sonríe con ironía.

—Ni yo tampoco. Él también me salvó la vida —admite al fin, y su voz suena más baja de lo habitual.

Levanto la mirada hacia él. Se remueve en la silla, como si dudara en contarlo. Mathieu le dedica una media sonrisa, como dándole permiso.

—Fue en el mercado central de Kandahar —empieza Daniel—. Yo estaba grabando testimonios de los comerciantes sobre la escasez de suministros. La gente estaba agotada, cansada de tanta guerra. Había niños correteando entre los puestos, mujeres regateando como si el caos no existiera a dos calles de distancia. Era casi… normal.

Hace una pausa y sus ojos se pierden en un punto indefinido de la cocina de Mathieu.

—De pronto, un niño se me acercó. Tendría ocho o nueve años. Me ofreció una manzana, riéndose, como si yo fuera un espectáculo más. Levanté la cámara para hacerle una foto, y entonces… —respira hondo—. Entonces escuché un clic metálico. El sonido de un fusil al ser montado.

El silencio es absoluto. Daniel baja la voz:

—El chico era solo una distracción. Detrás de mí había un hombre, un insurgente. No lo vi hasta sentir su sombra. Tenía el cañón del Kalashnikov a un palmo de mi nuca. No hubo tiempo de pensar. Creí que todo se acababa allí.

Mathieu asiente despacio, recordando también.

—Yo estaba a unos metros, con la unidad de los cascos azules. Lo vi justo a tiempo. Y no lo pensé: levanté el arma y disparé.

Yo contengo el aliento.

—El insurgente cayó antes de apretar el gatillo —continúa Mathieu—. El estruendo hizo huir a todo el mercado. Caos, gritos, polvo por todas partes… Y este idiota —dice, señalando a Daniel con la barbilla— se quedó mirándome, blanco como el papel, con la cámara en la mano.

La escena es tan vívida en mi cabeza que casi puedo ver la manzana brillante en contraste con el polvo y la sangre.

—Estuviste a un segundo de no contarlo —añade Mat. Daniel asiente en silencio—. Desde entonces, quedamos en paz. Una vida por otra. Hermanos.

Me invade una mezcla de respeto y vértigo. Los miro a los dos y siento que estoy en medio de un vínculo forjado en circunstancias extremas, de esos que no necesitan palabras ni explicaciones. Y, al mismo tiempo, sé que acabo de asomarme a un fragmento de Daniel que jamás habría imaginado.

No sé qué decir. Una parte de mí se siente pequeña ante ese vínculo, esa hermandad forjada entre disparos y polvo. Y otra parte me hace sentir más cerca de Daniel que nunca.

El café da paso a las cervezas y nos pasamos un rato hablando del disco duro, de las rutas, de los nombres que aparecen una y otra vez. Lenoir es una sombra que se repite como un eco inquietante. Mat opina que deberíamos ir a la policía con todo, pero yo niego con la cabeza.

—Todavía no. No sabemos en quién confiar. Si filtramos algo antes de tiempo, pueden matarnos. Necesitamos pruebas irrefutables, algo que no puedan esconder ni negar.

Daniel me mira en silencio, y veo en su expresión una mezcla de orgullo y preocupación.

Más tarde, cuando Mathieu se retira al despacho a preparar no sé qué mapas y listas de contactos, Daniel me lleva de la mano al piso superior. El contraste con la conversación anterior me desarma: hace apenas unas horas luchábamos por sobrevivir en una carrera desenfrenada, y ahora cruzamos un pasillo con paredes cubiertas de fotografías aéreas y medallas colgadas en vitrinas en dirección a nuestro dormitorio.

La cama es enorme en comparación con la mía. Daniel me suelta la mano y se sienta en el borde, sin dejar de mirarme.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Me muerdo el labio.

—Lo intento. Pero siento que todo se derrumba a cada paso que damos.

Él se inclina y me rodea con los brazos. Su calor me envuelve, y por un instante solo quiero quedarme así, en el refugio de su abrazo, y olvidar el mundo.

—No estás sola —me susurra al oído—. No lo has estado en ningún momento.

Nos besamos despacio, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, aunque sabemos que no es cierto. Mi corazón late demasiado fuerte, entre el miedo y el alivio, entre la culpa por lo que escondí y la necesidad de aferrarme a él.

Hacemos el amor sin prisa. Es una tregua en medio de la tormenta, una promesa muda que ninguno de los dos se atreve a pronunciar, pero que late en cada roce, en cada mirada.

Al quedarme dormida contra su pecho, con el brazo de Daniel rodeándome, creo escuchar a lo lejos un trueno. O quizá sea mi imaginación, recordándome que la calma nunca dura demasiado.

36

Daniel

El despacho de Mathieu parece más un centro de mando que una habitación de una casa en el campo. Paredes forradas de madera, varias pantallas encendidas, torres de ordenador que zumban con el calor de sus ventiladores, cables enredados como víboras en el suelo. El aire huele a electricidad y al café que Mat nos suministra de manera casi ininterrumpida desde que hemos empezado a trabajar.

Sophie se sienta frente al equipo principal, con el disco duro de Élise conectado. Yo me instalo a su lado, con mi portátil abierto sobre la mesa auxiliar. La idea es clara: ella extrae información y yo la cruzo con fuentes abiertas, archivos de prensa y bases públicas. Mat observa desde detrás con los brazos cruzados, como un centinela silencioso.

—Vale, aquí va el primero —dice Sophie, ajustándose el pelo detrás de la oreja mientras fija la vista en la pantalla—. *Inventario de la operación Aurora*. Fecha, 2017. Ciudad, Viena. Objeto: *documentos diplomáticos sellados*.

Tecleo rápido.

—Confirmado —respondo, levantando la vista—. Hubo un robo en la embajada austriaca ese año. Fue noticia menor, apenas una nota en prensa, y nunca trascendió qué documentos se llevaron.

Sophie sonríe con un destello de complicidad y sigue:

—Segundo: *Collar Cartier, 1931*. Traslado París-Nueva York.

—Un segundo… —golpeo las teclas—. Aquí está. Subasta en Nueva York en 2020, joya perdida redescubierta. Nadie explicó de dónde había salido.

Sophie suspira con rabia.

—De Élise —dice en voz baja.

Seguimos así durante un buen rato. Ella va leyendo nombres, objetos y fechas, y yo los persigo en hemerotecas y archivos. Un tapiz medieval reaparecido en Dubái, una pintura de Van Gogh que resurge en Hong Kong tras décadas «desaparecida». Cada pieza que encontramos confirma lo que temíamos: Élise era mucho más que una cara bonita, era el eje invisible de una red de contrabando que actuaba a nivel mundial.

Mathieu no dice nada, pero noto su mirada fija en Sophie, observándola mientras trabaja.

—Era perfecta para ellos —murmura Sophie—. Rica, famosa, acostumbrada a viajar. Nadie revisaba sus maletas demasiado a fondo, siempre las llevaba llenas de ropa, joyas, maquillaje, zapatos… Un batiburrillo de objetos entre los que sería muy fácil camuflar un diamante robado.

—Todo el mundo la quería —añado, golpeado por la ironía—. Parecía dulce, sonreía, participaba en actividades benéficas…

—Ya deberías saber que nadie es de fiar, hermano —interviene Mat desde nuestra espalda.

Así es, pienso, recordando al niño de la manzana. No me gusta pensar en aquello, en cómo una criatura se convierte en cómplice de un asesinato a sangre fría.

El silencio pesa, y durante unos segundos, lo único que se escucha es el teclear de Sophie y el rumor de las torres. Entonces, ella frunce el ceño.

—Aquí hay algo distinto —dice—. Una carpeta encriptada. Está mucho más protegida que el resto.

Se inclina hacia la pantalla y sus dedos empiezan a volar sobre el teclado. Comandos, claves, intentos de descifrado.

—¿Seguro que deberías tocar eso? —le pregunto, con un mal presentimiento.

—Es solo un contenedor de itinerarios —responde sin apartar la vista—. Si lo descifro, tendremos las rutas completas.

—Sophie… —insisto, pero ella ya está inmersa en el proceso, como si todo lo demás hubiera desaparecido.

De pronto, la pantalla parpadea. Un icono desconocido aparece en la esquina y luego una ventana con líneas de código rojas y símbolos que ninguno de nosotros había visto antes.

—¿Qué diablos es eso? —pregunto, sintiendo un nudo en el estómago.

Mathieu da un paso brusco al frente.

—Eso es una maldita conexión remota —responde con la voz afilada como una cuchilla.

Sophie se queda helada.

—No… no puede ser.

—Lo es —escupe Mat—. Les acabas de decir dónde estamos.

La sangre me golpea en las sienes.

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir —interrumpe él— que en este mismo instante la red sabe que el disco está activo. Y sabe desde dónde.

Sophie cierra la ventana de un golpe, pero es inútil. El daño ya está hecho.

Mat la fulmina con los ojos, las manos convertidas en puños listos para golpear cualquier cosa.

—Dos veces, Sophie. Dos malditas veces —bufa Mat—. ¿Qué parte de «cuidado» no entiendes? ¿Y tú dices que eres una experta? Por favor… Y te ocupas de la seguridad de una empresa, no me jodas.

Ella abre la boca, pero no consigue articular ni una palabra. Se la ve pálida, desarmada. Entonces me levanto de golpe y me interpongo entre ellos.

—Basta.

—¿Basta? —responde él, casi rugiendo—. ¿Eres consciente de lo que acaba de pasar? Nos ha puesto una diana en la frente.

—¡No lo ha hecho a propósito! —respondo yo, más alto de lo que pretendía.

—Eso no la exime de haber cometido un error imperdonable que nos puede costar la vida —bufa Mat a un palmo de mi cara.

El silencio se corta con cuchillo. Mathieu respira hondo, intentando contenerse. Por fin, abre un armario metálico y saca una pistola. La coloca frente a Sophie, con un golpe seco sobre la mesa.

—Aprende —dice, con la voz grave—. A partir de ahora, o disparas, o mueres.

Ella lo mira con los ojos muy abiertos, todavía temblando. Y yo sé, con una certeza helada, que acaba de terminar la fase de investigación secreta. Ahora estamos en caza abierta.

Seguimos a Mathieu hasta el jardín. Lleva una bolsa de lona llena de armas y masculla mientras coloca una tabla de madera al final del sendero, improvisando una diana con una lata vacía y una mancha de pintura roja. Luego, vuelve junto a nosotros y mira a Sophie con el ceño fruncido. Pero ya no veo furia en sus ojos. Ahora solo está preocupado, y eso me asusta, porque Mat no es de los que se preocupa por nada.

—Primero, lo básico —dice con voz seca. Su silueta se recorta firme, militar. Saca la pistola de la funda y la sostiene como si fuera parte de su propio cuerpo—. Nunca apuntes a nada que no estés dispuesta a destruir.

Sophie traga saliva, las manos dentro de los bolsillos del abrigo, y mira la pistola como si fuera un animal vivo.

—No sé si…

—No hay «no sé» —la interrumpe él—. O aprendes, o mueres.

Doy da un paso adelante.

—Mat…

—No —me corta sin mirarme—. Déjala. Tiene que hacerlo.

El silencio pesa. Sophie alarga la mano, indecisa, y Mathieu le entrega el arma con un gesto brusco. Su piel roza el metal frío y la veo estremecerse.

—Pésala —le indica Mat—. Siente su centro de gravedad. No es una reliquia, es una herramienta —continúa mientras coloca sus propios pies sobre la grava—. Ahora, abre las piernas, firme. Hombros relajados.

Ella obedece torpemente. La observo con los brazos cruzados, como si mis propios músculos quisieran tensarse por ella.

—Dedos lejos del gatillo hasta el último momento —continúa Mat, ajustando la posición de sus manos con firmeza. Sophie contiene la respiración cuando nota la presión—. Muy bien. Ahora, apunta.

La lata brilla al final del jardín, diminuta bajo la luz del sol invernal. Sophie alinea la mira con torpeza. Le tiembla el pulso.

—Respira. Despacio. Olvida lo demás —susurra Mat, ahora más bajo, casi como un mantra—. Cuando sueltes el aire, aprieta.

El disparo rompe la quietud del campo con un estampido seco. Sophie da un respingo y casi deja caer la pistola. El proyectil se incrusta en la madera, muy lejos de la lata.

—Otra vez —ordena él.

Ella niega con la cabeza. Le brillan los ojos por las lágrimas.

—No puedo…

Mathieu la sujeta por los hombros y la obliga a mirarlo.

—Claro que puedes. Si no lo haces aquí, cuando llegue el momento de la verdad no tendrás opción.

Me acerco un paso, pero me detengo. Veo algo en la mirada de Sophie. Tiene miedo, sí, pero también veo rabia contenida. Ella aprieta los labios, levanta el arma de nuevo y apunta. Esta vez, sus brazos tiemblan menos.

—Eso es —la anima Mathieu en voz baja, sin apartar la vista—. Ahora, dispara.

El segundo tiro resuena en el jardín. La lata salta un par de centímetros con un eco metálico que parece más fuerte que el disparo mismo. Sophie se queda inmóvil, incrédula, con el humo escapando del cañón.

—Bien hecho, sigue practicando —murmura Mathieu, que se aleja para recolocar la lata.

Sophie exhala de golpe, como si hubiera estado conteniendo la respiración desde el principio. Me coloco a su lado y le paso un brazo por los hombros.

—Lo has hecho bien —le digo, en voz baja, al oído.

Ella asiente y sonríe, aunque la noto temblar bajo mi brazo.

Pero Mat tiene razón. Nunca ha sido un juego, pero ahora es cuestión de vida o muerte.

37

Sophie

El retroceso del arma aún me sacude los brazos cuando el casquillo cae sobre la grava con un tintineo breve. El olor a pólvora me llena la nariz, áspero, persistente, y siento que los dedos me hormiguean como si la pistola todavía me transmitiera su vibración. Respiro hondo, bajo el arma y miro hacia la tabla que hace de diana. El disparo ha quedado unos centímetros a la derecha del centro.

—Mejor —dice Mathieu detrás de mí, cruzado de brazos. Su voz es seca, dura como una piedra, pero en sus ojos se adivina un destello de aprobación.

Daniel, apoyado en la valla de madera, sonríe de medio lado.

—Créeme, Sophie. En una situación real, ese par de centímetros no le importan al que intente matarte.

Intento devolverle la sonrisa, pero me tiemblan los labios. No soy un soldado. No soy policía. No debería estar aquí, con una pistola en la mano y las rodillas manchadas de tierra. Soy ingeniera informática, estoy acostumbrada a pasar horas frente a una pantalla, no en un campo de tiro improvisado. Y, sin embargo, aquí estoy, aprendiendo a disparar como si mi vida dependiera de ello. Porque es así.

Mathieu me corrige la postura sin miramientos, moviendo mi brazo con brusquedad para ajustar el ángulo.

—Hombros firmes. Respira. Suelta el aire cuando aprietes el gatillo.

Obedezco. Otro disparo. El retroceso me sacude, pero esta vez no cierro tanto los ojos. El impacto hace saltar una astilla de la

madera justo en el centro de la diana.

—Así se hace —gruñe Mathieu, y se permite una sonrisa mínima.

Repetimos la serie tres veces más. Primero con la pistola, luego con una escopeta corta y finalmente con un fusil compacto que me cuesta sostener. Me duelen los brazos y los hombros, pero me niego a quejarme. Cada disparo es un golpe contra el miedo que me atenaza desde hace días. Cada bala es un recordatorio de que, aunque no sea mi mundo, debo adaptarme para sobrevivir.

Cuando Mat decide que hemos terminado, el cielo está pintado de un gris violáceo y el sol se esconde tras los pinos del horizonte. Guardamos las armas en silencio. El canto de un cuervo rompe el aire quieto, y me estremezco sin saber por qué.

Dentro de la casa, el ambiente cambia. El olor a madera sustituye al de la pólvora. Me siento a la mesa del despacho de Mathieu todavía con las manos entumecidas. Sobre el escritorio, un mapa de la finca ocupa casi todo el espacio.

Daniel apoya los codos en la mesa y rompe el silencio:

—Tenemos dos opciones —empieza—. Quedarnos aquí y esperar a ver qué pasa, o largarnos.

Mathieu lo interrumpe con un golpe de dedo sobre el mapa.

—Aquí tenemos muros, puertas reforzadas, un generador y víveres para varias semanas. Y un arsenal. Fuera, somos un blanco fácil.

—O una presa en movimiento difícil de cazar —replica Daniel, arqueando una ceja.

Yo los miro a los dos, con el estómago encogido.

—El problema es que si nos encuentran aquí —digo—, la casa puede convertirse en una ratonera.

Daniel se gira hacia mí y asiente.

—Exacto. En la ciudad tendríamos más opciones de desaparecer. Seríamos invisibles entre la gente.

Mathieu deja escapar una risa amarga.

—¿Invisibles? ¿Con estos tipos siguiéndonos?¿Qué pasará cuando entren disparando en un edificio lleno de vecinos? Al menos, aquí solo corremos peligro nosotros. Además —añade—, esos tipos son muy buenos, no les costaría demasiado dar con nosotros utilizando las cámaras de la ciudad y un sistema de reconocimiento facial.

—Eso no está desarrollado como para…

Me detengo cuando descubro la mirada irónica de Mat. Claro, el ejército. Cómo puedo ser tan tonta.

El silencio posterior me pesa como el plomo. Ambos tienen razón, y eso lo hace peor. Soy incapaz de decidir qué opción es la mejor, o al menos, la menos mala.

Me aclaro la garganta.

—Podemos reforzar las entradas, revisar accesos y preparar salidas de emergencia. Si estamos listos, quizá podamos resistir lo suficiente hasta que tengamos pruebas sólidas para hundirlos y estemos listos para llamar a la policía.

Daniel me mira con algo parecido al orgullo. Mathieu aprieta los labios, pero finalmente asiente.

La conversación se disuelve en planes prácticos: inventariar las armas, comprobar las reservas de agua, establecer turnos de vigilancia. Yo tomo notas, pero apenas consigo concentrarme. Un zumbido extraño, muy bajo, comienza a colarse entre nuestras voces.

Al principio creo que es mi imaginación, un ruido en el oído por la tensión. Pero se intensifica. Es mecánico, constante.

Daniel ladea la cabeza y frunce el ceño. Mat ya está de pie.

—¿Lo oís? —susurra.

Nos levantamos casi al mismo tiempo. El ruido viene de fuera y es más fuerte a cada segundo. Corremos hacia la ventana y apartamos las cortinas.

Ahí está, hay un dron flotando sobre la finca. Sus hélices giran con precisión, lanzando destellos de luz roja en la penumbra. Se mueve en círculos, como un buitre metálico.

El corazón me late con fuerza.

—¿Creéis que…? —empiezo.

—No creo —me corta Mathieu, con los ojos clavados en el aparato—. Lo sé. Están aquí. Nos han encontrado.

El zumbido baja cuando el dron se acerca al tejado, las paredes vibran. Daniel me sujeta de la mano tan fuerte que casi me hace daño.

—Ya no se trata de quedarnos o irnos —dice en voz baja, como si las paredes tuvieran oídos—. La pregunta es cuánto tiempo tenemos antes de que vengan ellos.

Y en ese momento, más que el ruido del dron, es el silencio posterior lo que me hiela la sangre.

Mathieu decide dar una vuelta por la finca. Se cuelga el fusil, ajusta la linterna en el hombro y sale por la puerta trasera con pasos firmes. Lo vemos perderse entre los árboles, un centinela solitario en la penumbra, y el chasquido metálico de la puerta al cerrarse detrás de él nos devuelve al silencio.

Daniel y yo volvemos al despacho con el corazón todavía acelerado por la aparición del dron. Nos sentamos uno junto al otro, hombro con hombro, frente a las pantallas. El calor de su cuerpo se mezcla con el mío, una corriente tangible que se intensifica a cada segundo. No tenemos tiempo que perder, el disco sigue siendo nuestra única ventaja.

Tecleo frenética, sorteando capas de cifrado, siguiendo las huellas digitales que Élise dejó atrás como si fueran migas de pan. Daniel se inclina hacia mí y lee por encima de mi hombro. Siento el roce de su barba en mi mejilla cuando se acerca para ver lo que señalo en la pantalla.

—Ahí. Esa línea de código. Es la puerta.

Mis dedos vuelan, obedeciendo a la intuición. El sudor me recorre la espalda, pero no me detengo. El silencio solo se rompe por el

murmullo de su respiración y el golpeteo constante del teclado.

De pronto, el bloqueo desaparece. La última carpeta se abre ante nosotros. Cientos de archivos se despliegan, iluminando la pantalla con nombres, rutas, listas interminables de objetos robados, contactos. El corazón me da un vuelco.

—Lo tenemos… —susurro.

Daniel asiente, y por un segundo me mira como si yo misma hubiera activado la lámpara de Aladino.

—Haz una copia de seguridad. Ya.

No necesitamos decir más. Conecto un pendrive, vuelco los datos y lo guardo en cuestión de minutos. El zumbido de la transferencia me parece el mejor sonido del mundo. Cuando la barra alcanza el cien por cien, expulso el dispositivo y lo meto en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Nos levantamos al mismo tiempo, con la tensión todavía palpitando entre nosotros. Voy a dar un paso hacia la puerta, pero Daniel me detiene. Su mano atrapa la mía con fuerza, y antes de que pueda reaccionar, me arrincona contra la pared del despacho.

Su mirada es intensa, casi feroz.

—Por si no tenemos otra oportunidad —murmura.

Y entonces me besa. No es un beso dulce, ni tímido. Es hambriento, desesperado, cargado de todo lo que hemos reprimido durante horas de miedo y adrenalina. Me aprieta contra la pared, su cuerpo fundido con el mío, y yo le respondo con la misma urgencia, como si ambos supiéramos que ese instante podría ser el último momento de calma antes de la tormenta.

El sonido lejano de los pasos de Mathieu sobre la grava, el eco del bosque, el recuerdo del dron… todo desaparece. Solo quedamos nosotros dos, aferrados el uno al otro, luchando por sentir vida en medio del peligro.

Cuando al fin se aparta, sus ojos brillan cargados de una mezcla de miedo y deseo.

—Pase lo que pase… —susurra.

No termina la frase. No hace falta.

Respiro con dificultad, la espalda todavía contra la pared, mi corazón retumbando tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo.

—No digas eso —le contesto en voz baja—. No vamos a morir, Daniel.

Él me mira como si quisiera creerlo, como si esas palabras fueran una cuerda a la que aferrarse en medio de un abismo.

Le acaricio la mejilla, siento la barba áspera bajo mis dedos, y me sorprende lo frágil que parece en ese instante.

—¿Sabes lo que pienso? —digo.

—Dímelo.

—Que nunca he estado tan asustada. Pero tampoco tan viva. Y eso es culpa tuya.

Daniel sonríe con esa mezcla de ironía y ternura que me desarma.

—Culpa mía, ¿eh? —Su mano sigue atrapando la mía contra la pared—. Supongo que voy a tener que cargar con eso también.

Nos quedamos un instante en silencio, respirando el mismo aire mientras el calor de su cuerpo me envuelve. Afuera, el crujido de las ramas anuncia que Mathieu sigue patrullando. El mundo continúa, pero para nosotros parece haberse detenido aquí dentro.

—Sophie —murmura, con la frente apoyada en la mía—. Si algo me pasa, prométeme que intentarás salvarte. No mires atrás, sigue siempre adelante.

—No digas tonterías —lo corto, con un nudo en la garganta—. No voy a prometerte nada de eso. Porque si caes tú, yo caigo contigo.

Él aprieta los ojos, como si esas palabras le dolieran más que cualquier herida.

—No —susurra—. No me des tanto poder.

—No es poder —respondo—. Es la verdad.

Nos besamos otra vez, más despacio, más profundo, como si tratáramos de sellar esa confesión en la piel del otro. Hay miedo, sí, pero también la certeza de que estamos juntos en esto, hasta el final.

Cuando se aparta, Daniel respira hondo y se obliga a soltarme.

—Tenemos que volver con Mat. Él tiene razón, esto no ha hecho más que empezar.

Me acomodo el pelo e intento recuperar la compostura, pero mis labios todavía arden y me tiemblan las piernas. Al salir del despacho, me doy cuenta de que, pese a todo, me siento más fuerte. Como si ese beso, esa conversación a media voz, me hubiera dado el valor que necesito para enfrentarme a lo que viene.

Abrimos la puerta y ahí está Mathieu, entrando desde el pasillo con el mismo aire resuelto con el que revisa el perímetro. Se detiene un segundo, nos observa y arquea una ceja. No hace falta ser adivina para comprender que se ha dado cuenta de más de lo que debería.

—Espero que os hayáis quedado a gusto —dice con una sonrisa socarrona—. Qué monos, los tortolitos.

Me sonrojo hasta las orejas, incapaz de articular palabra. Daniel, en cambio, se cruza de brazos y lo fulmina con la mirada.

—Siempre tan oportuno, hermano. Y tan simpático.

Mat esboza una sonrisa torcida, sin pizca de humor.

—No es cuestión de oportunismo, Daniel. Es cuestión de supervivencia. Afuera hay drones y hombres armados que querrán atravesar esta casa. Aquí dentro no podemos permitirnos distracciones.

Lo dice como quien enuncia un hecho, sin reproches, pero con la contundencia de alguien que ha visto de cerca lo que pasa cuando uno baja la guardia.

—Lo sé —responde Daniel. Su mano roza mi espalda con un gesto protector—. Lo sabemos los dos.

Mathieu asiente con un leve movimiento de cabeza.

—Bien. Entonces, cerrad ese ordenador, coged aire y bajad. Tenemos que hablar de la defensa. La luna de miel tendrá que esperar.

Se da media vuelta y baja las escaleras sin mirar atrás.

Me quedo quieta unos segundos, sintiendo todavía el calor del beso en los labios y, al mismo tiempo, el frío punzante de la realidad que nos ha lanzado Mathieu a la cara. Daniel me acaricia la mano de manera fugaz, un gesto rápido, casi clandestino, pero reconfortante.

Y luego, juntos, descendemos hacia el salón, donde la guerra nos espera.

38

Daniel

El salón está en penumbra, solo iluminado por la luz pálida de la luna que se cuela entre las rendijas de las persianas metálicas. En la mesa baja tenemos un mapa arrugado y tazas de café frío. Hace unos minutos discutíamos si resistir o huir. Ahora ya no hay debate, no tenemos elección.

Un crujido rompe la calma, un sonido que no pertenece a la casa ni al viento. Sé reconocerlo. Mat también. Se levanta en silencio, empuña su rifle y hace un gesto con la mano para que nos callemos. Sophie contiene la respiración mientras yo aprieto la pistola en mi mano.

—Contacto —susurra.

Lo siguiente ocurre muy rápido. El golpe contra la puerta trasera hace que se me hiele la sangre. Un estruendo seco, brutal, como si un martillo gigante hubiera chocado contra la casa. Sophie se estremece a mi lado.

—Ya están aquí —susurra, y noto cómo le tiembla la voz.

El segundo impacto sacude la cerradura y Mat reacciona de inmediato.

—¡En posición! —ruge, con la voz firme de quien ha vivido esto demasiadas veces.

Obedezco sin pensar. Me arrastro tras el respaldo del sofá con la pistola bien agarrada, los nudillos blancos. Sophie corre hasta el aparador y se agazapa detrás, aferrando su arma y apretando la mandíbula. Veo cómo intenta controlar la respiración, siguiendo el

entrenamiento improvisado que Mat le ha dado en unas pocas horas.

El tercer golpe arranca la puerta de cuajo. La madera vuela convertida astillas y el marco se dobla como si fuera de papel. Dos hombres vestidos de negro irrumpen gritando, con las armas por delante.

Mat ni siquiera pestañea. Su rifle suena seco, rápido, y el primero cae como un muñeco sin hilos. El segundo se lanza al suelo y dispara a ciegas; los proyectiles zumban por encima de nuestras cabezas y rebotan contra las paredes, destrozándolo todo. El ruido es ensordecedor, como si cien martillos golpearan a la vez en el interior de mi cráneo.

—¡Flanco derecho, Daniel! —me grita Mat.

Me giro justo a tiempo para ver una sombra que se mueve por la ventana lateral. Respiro hondo, apunto, disparo. El hombre tropieza, se golpea contra el marco y se desploma. Me tiemblan las manos, la adrenalina me nubla la vista, pero sigo cubriendo el ángulo, tal y como me han enseñado.

Entonces, el rugido metálico de un motor nos hiela la sangre. Miro por entre las rendijas de la persiana y veo un todoterreno oscuro avanzando hacia la fachada. En la parte trasera, un hombre sostiene un tubo sobre el hombro.

—¡A cubierto! —ruge Mat, y nos empuja al suelo.

Un proyectil impacta contra la persiana metálica de la cocina. El estruendo es brutal, una explosión que hace vibrar las paredes. La lámina de acero se deforma como si fuera papel de aluminio, pero aguanta. Sophie grita, yo me tapo la cabeza. El humo invade el aire con un olor a pólvora, hierro y polvo quemado.

Cuando levanto la vista, Mat ya está en pie. Sereno, apunta por una rendija del metal y dispara. Preciso, letal. El hombre del lanzacohetes cae fulminado y los demás se dispersan.

El tiroteo continúa. Balas que silban, madera que estalla, el yeso cayendo del techo en una lluvia blanca y sucia. Cada disparo que

efectúo va acompañado de un grito involuntario, como si la voz pudiera espantar el miedo.

De pronto, escucho un gemido. Sophie. Me arrastro hasta ella. Tiene el brazo arañado por una esquirla de vidrio, apenas un rasguño, pero su rostro está desencajado por el susto.

—Estoy bien, de verdad, estoy bien —jadea.

Le aprieto la mano un segundo antes de volver a cubrir mi posición. No puedo dejar el flanco descubierto.

Mat es un depredador en su terreno. Se mueve por el salón como si hubiera nacido para esto. Da órdenes secas, claras:

—¡Daniel, mantén el pasillo! ¡Sophie, fuego solo cuando los tengas a tiro!

Dos hombres más intentan cruzar la entrada delantera. Corro hacia la pared y disparo a las sombras que se mueven entre el marco y el jardín. Uno cae, el otro se retira maldiciendo en francés.

El salón es un campo de batalla. Hay un humo denso, huele a pólvora y a sangre, hay cristales rotos por el suelo y las paredes están agujereadas como un colador. La mesa de café arde en una esquina, alcanzada por una bala incendiaria.

Entonces, de pronto, nada. Silencio. Un silencio denso que me golpea los oídos como si fueran a reventar.

Me atrevo a levantar la cabeza y los veo correr hacia el todoterreno. Uno de ellos arrastra a un compañero herido. Suben a toda prisa y el vehículo arranca lanzando una lluvia barro.

—Se retiran —exclama Mat, que sigue apuntando con su arma.

No siento alivio, sino que me invade un vacío extraño, como si mi cuerpo no supiera qué hacer sin la descarga de adrenalina.

Miro a Sophie. Está cubierta de polvo y respira a trompicones, pero asiente cuando la miro, como diciendo *sigo aquí, sigo entera*.

Me acerco y le paso la mano por la cara para limpiarle con suavidad las motas de yeso. Ella me aprieta la muñeca con una fuerza sorprendente.

—¿Estás bien? —le susurro.

—Sí… no… no lo sé —responde.

Yo tampoco lo sé.

Mat, en cambio, es pura determinación. Revisa el cargador, echa un vistazo al jardín a través de la ventana destrozada y murmura con un gesto seco:

—Esto solo ha sido el primer asalto. No volveremos a sorprenderlos. La próxima vez vendrán más y mejor armados. Y no van a fallar.

Lo dice sin dramatismo, sin levantar la voz. Pero esas palabras pesan más que todas las balas que han atravesado la casa.

Nos mira un momento y creo que sonríe, no estoy seguro entre tanto humo.

—Nos vamos —dice por fin—. Sophie, coge el ordenador y el puto disco duro y sal detrás de mí. Daniel, tú cierras la marcha. Confiemos en que no le hayan dado al coche. Y por cierto —añade antes de salir—. Buen trabajo.

39

Sophie

La casa de Mathieu está destrozada. Hay pequeños focos de fuego que apagamos con dos extintores y las paredes están llenas de agujeros de bala. Huele a pólvora y a yeso quemado. Todavía se escucha el crujido de la madera rota en algún rincón, como un eco de la batalla. Pero hemos sobrevivido. No hemos ganado ni perdido, porque esto no ha terminado, pero no puedo evitar sentir cierta euforia por el simple hecho de seguir viva.

No hemos tenido ni un minuto para procesar nada. Mat, con la calma glacial que lo caracteriza, ya ha tomado una decisión.

—No podemos quedarnos aquí —nos dice mientras ajusta el cargador de su rifle con un clic metálico—. Ya nos han encontrado, volverán, y la próxima vez vendrán mejor preparados.

Yo asiento sin discutir, aunque el nudo en mi garganta es tan grande que me cuesta respirar. Daniel me rodea con un brazo, como si supiera que estoy a un paso de derrumbarme, y me acerca a su cuerpo. Su calor me sostiene.

En cuestión de minutos recogemos lo imprescindible. Un par de mochilas, armas, el disco duro, los portátiles y algo de comida. Nada más. La casa de Mat queda atrás, como una piel que hemos tenido que arrancarnos a la fuerza.

La noche es fría y húmeda. El cielo se ha cerrado en un manto de nubes y el aire huele a barro y a hojas muertas. Subimos al todoterreno de Mat. Daniel conduce siguiendo las indicaciones de su amigo, que se sienta al lado con el fusil entre las rodillas. Yo voy detrás, con el corazón golpeando tan fuerte que temo que lo

escuchen desde fuera. Llevo una pistola entre las manos, lista para disparar.

En pocos minutos, la carretera oscura nos traga como un túnel sin fin.

Al principio, nadie dice nada. El silencio es tan espeso que el zumbido del motor y el golpeteo de la lluvia contra el parabrisas me parecen ensordecedores. Solo después de varios kilómetros, Mat rompe el mutismo:

—Hay una pista aérea al norte —dice—, está abandonada desde hace años. La usábamos para entrenamientos y vuelos de prueba. Ya nadie va por allí, pero las instalaciones siguen en pie. Puede ser un buen sitio en el que resguardarnos y decidir nuestro siguiente paso.

—¿Qué posibilidades hay de que nos sigan? —pregunto.

—¿Con este tiempo? Muy pocas —responde Mat—. La lluvia y la tormenta eléctrica interfieren en las señales y no permiten el vuelo de los drones, así que creo que estamos relativamente a salvo. Excepto que vuelvas a cagarla, claro.

Frunzo el ceño ante la pulla innecesaria y capto la mirada que Daniel le lanza a su amigo, que levanta las manos en son de paz y sonríe.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —pregunta después Daniel volviendo a clavar los ojos de la carretera. Un despiste podría hacer que nos saliéramos del camino.

—Unas tres horas, si todo va bien.

Apoyo la frente contra la ventanilla e intento distinguir el paisaje que pasa a toda velocidad. Campos oscuros, árboles retorcidos, granjas solitarias con luces amarillas que parecen fantasmas en mitad de la nada. Todo me resulta irreal, como si estuviéramos en el decorado de una película de serie negra, no en la vida real.

La carretera serpentea entre bosques húmedos. De vez en cuando nos cruzamos con un coche. Cada vez que ocurre, mi corazón salta con un miedo irracional a que nos hayan encontrado y nuestro viaje termine ahí.

En un momento dado, Daniel reduce la velocidad.

—Hace más de media hora que llevamos un coche detrás—dice con el ceño fruncido—. No acelera ni frena, nos sigue a una velocidad constante.

Me giro para mirar por la luna trasera, pero solo veo oscuridad. Entonces, de pronto, distingo dos pequeños puntos luminosos, unos faros.

—Demasiado tiempo detrás de nosotros —confirma Mat.

El silencio que sigue es peor que cualquier confirmación. Mat carga su rifle y lo deja apoyado entre sus piernas.

—Mantén la calma —le dice a Daniel, que conduce con la mandíbula tensa.

El coche aparece y desaparece en la distancia, como un tiburón siguiendo a su presa sin acercarse del todo. Se me seca la boca. Daniel pisa un poco más el acelerador. El motor ruge y la aguja del cuentakilómetros sube.

El coche de atrás hace lo mismo.

—Mierda —masculla Daniel.

La tensión en el interior del todoterreno es insoportable. Daniel tiene las manos rígidas sobre el volante, Mat observa sin pestañear por el retrovisor y yo apenas consigo respirar.

—¿Qué hacemos si se acerca? —pregunto, con un hilo de voz.

—Dependerá de cuánto se acerque —responde Mat sin apartar la vista del enemigo invisible—. Pero si quiere alcanzarnos, tendrá que darse prisa.

Siento que voy a vomitar.

Unos kilómetros más adelante, la carretera se estrecha y comienza a serpentear entre colinas cubiertas de bosque. Las ramas

desnudas se arquean sobre el asfalto como garras.

De repente, a lo lejos, se escucha el rugido del motor de una moto.

—No… —susurro.

Un faro solitario aparece en el retrovisor. La moto se une a la persecución, zigzagueando con agilidad.

—Ya son dos —dice Daniel, apretando los dientes.

El coche y la moto aceleran hasta situarse justo detrás de nosotros. Estamos en medio de una cacería.

—¡A la derecha! —grita Mat—, ¡ya!

El todoterreno se sacude cuando Daniel toma una curva cerrada a demasiada velocidad. Las ruedas derrapan y el olor a caucho quemado invade el interior. La moto aprovecha y se pone a nuestra altura. Un hombre con casco negro nos apunta con algo que brilla bajo la lluvia.

—¡Agáchate! —grita Mat.

Me tiro al suelo justo cuando un disparo estalla contra la ventanilla trasera, rompiendo el cristal en mil pedazos. El aire frío entra como un puñal.

Daniel golpea el volante con furia y gira de repente, arrinconando a la moto contra la cuneta. El motorista logra saltar justo a tiempo y rueda por la hierba mientras la moto se estrella contra un árbol.

—Uno menos —ruge Daniel.

Yo apenas consigo levantarme del suelo, los oídos me zumban y el corazón late tan fuerte que creo que va a reventar.

La moto está fuera de combate, pero el coche perseguidor sigue ahí, incansable. Las luces largas nos ciegan a través del retrovisor. Daniel respira con dificultad, sus nudillos son un mapa blanco sobre el volante.

—Mat, dime que tienes un plan.

—Tengo uno —responde el piloto con voz grave—. Pero no te va a gustar.

—Pienso lo mismo de todos tus planes —escupe Daniel.

Mat le indica un desvío estrecho, casi invisible, entre dos colinas, un camino forestal que se abre entre los árboles. Daniel duda un segundo, pero gira sin pensarlo más.

El coche perseguidor intenta seguirnos, pero el suelo se vuelve traicionero: raíces, barro, rocas. Nuestro todoterreno se sacude como un toro salvaje, pero aguanta.

Las luces enemigas parpadean detrás y luego desaparecen.

Silencio. Solo el jadeo del motor y nuestras respiraciones agitadas.

Mat sonríe.

—Bienvenidos al bosque. Aquí, la ventaja es nuestra.

Me dejo caer contra el respaldo. Mis manos tiemblan tanto que tengo que agarrarme las muñecas para detenerlo. Pero estoy viva. Estamos vivos.

—¿Cuánto falta hasta la pista? —pregunto.

—Lo suficiente para que reces —responde Mat.

Así que rezando en silencio, mientras la oscuridad del bosque nos engulle por completo.

El bosque parece interminable. La carretera se ha convertido en un sendero de barro donde el todoterreno se sacude como si quisiera desarmarse, pero Daniel lo mantiene firme, con los dientes apretados y la mirada clavada en la oscuridad. Yo aprieto el cinturón de seguridad con todas mis fuerza. El aire frío se cuela a través de la ventanilla reventada por el disparo.

Mat no deja de mirar atrás, con el rifle preparado como una extensión de su propio cuerpo. Su serenidad contrasta con el caos que acabamos de vivir.

Cuando las luces del coche perseguidor desaparecen por completo, no me siento aliviada, porque sé que la calma es pasajera.

—Ya está —dice Daniel con voz ronca—. Los hemos perdido.

No sé si lo dice para convencernos a nosotros o a sí mismo.

Mat asiente, seco.

—No te confíes —dice a continuación—. Esto no ha hecho más que empezar.

Tras lo que parecen horas, el camino forestal desemboca en un claro inmenso. Los árboles se abren de golpe y delante de nosotros aparece un escenario que parece sacado de una película postapocalíptica: la pista aérea abandonada.

La franja de asfalto, agrietada y cubierta de maleza, se extiende como una cicatriz negra bajo el cielo encapotado. Alrededor, hangares oxidados con puertas medio caídas, torres de control y hierros retorcidos que brillan bajo la lluvia. El viento levanta hojas secas que giran en remolinos.

—*Voilà* —dice Mat, casi con orgullo—. Nuestro palacio.

El coche se detiene en medio de la pista. El silencio es tan denso que puedo escuchar mi propia respiración entrecortada. Salgo despacio, y mis botas chapotean en el barro. El aire aquí es distinto, está cargado de óxido y humedad, con un leve eco metálico que parece salir de todas partes.

—¿De verdad crees que es seguro? —pregunto, mientras me encojo entro de mi abrigo.

—Lo es —responde Mat, que baja del coche con su rifle—. Nadie viene por aquí. Está demasiado lejos de todo, y demasiado hecho polvo como para interesar a alguien.

Daniel cierra la puerta de golpe. Me mira y sonríe con cansancio, una sonrisa rota.

—En este momento, hasta un castillo de arena me parecería seguro.

Exploramos los alrededores. La luna se asoma entre nubes rasgadas y proyecta destellos plateados sobre las paredes desconchadas de los hangares. Mat avanza primero, con paso seguro. Está en su terreno. Daniel lo sigue con una linterna encendida y yo voy detrás, luchando contra la sensación de estar entrando en un lugar prohibido.

Dentro de uno de los hangares encontramos espacio suficiente para ocultar el coche. Mat abre una de las puertas oxidadas, que chirría como un animal herido, y Daniel aparca dentro. El eco del motor muere poco a poco, dejando tras de sí un silencio absoluto.

El hangar huele a polvo viejo, a aceite reseco y a combustible. En el suelo hay charcos que reflejan la luz como espejos sucios.

—Dormiremos aquí de momento —dice Mat, observando el espacio con ojo clínico—. Mejor que estar al aire libre.

—¿Y si nos encuentran? —pregunto, sin poder evitarlo.

—Si nos encuentran, al menos tendremos cobertura —responde, y señala las columnas reforzadas que podrían servir de parapeto.

Daniel se acerca a mí y me roza el brazo con la mano, apenas un gesto, pero suficiente para devolverme el aire.

Un rato más tarde, después de descargar lo que hemos llevado y preparar las armas para un posible asalto, nos sentamos en círculo sobre unas mantas. Mat ha encendido un hornillo portátil y calienta un paquete de comida que no consigo identificar. El vapor se mezcla con el olor metálico del hangar.

El aroma de la comida —carne bañada en una salsa gelatinosa que se va diluyendo al fuego— me resulta casi irreal después de la persecución, como si hubiera pasado un año desde que el coche nos acosaba en la carretera.

Mat reparte la comida en tres platos metálicos y Daniel sonríe con ironía.

—Cena en una pista aérea abandonada. Nunca pensé que acabaría aquí.

—Peor es morir en una zanja —responde Mat con frialdad, y se lleva una porción a la boca.

Yo intento reír, pero solo me sale un ruido extraño, a medio camino entre un sollozo y una tos. Daniel lo nota y me pasa el brazo por los hombros. Me apoyo en él, agotada, temblando aún por dentro.

—Estamos vivos —me susurra.

Sus palabras deberían reconfortarme, pero no lo consiguen del todo. Porque sé, en lo más profundo de mi ser, que la palabra «vivos» es apenas un préstamo. Nos lo pueden quitar en cualquier momento.

La noche avanza despacio. El viento golpea las paredes del hangar y hace que las sombras bailen. Daniel y Mat discuten estrategias en voz baja, rutas de escape y cómo aprovechar la pista si las cosas se complican. Yo apenas los escucho. Mis ojos se pierden en las grietas del techo, en los ecos que parecen susurrar entre las vigas.

Me siento como un insecto atrapado en una botella de cristal.

Pero cuando Daniel me coge la mano por debajo de la manta, algo se afloja en mi pecho. Su calor es real, sólido. Me aferro a él con desesperación, porque sé que es lo único que me impide derrumbarme.

Mañana tendremos que volver a huir. Tendremos que luchar. Quizá no tengamos otra oportunidad. Pero esta noche, en medio de las ruinas oxidadas, con el eco de los motores aún en mis oídos, estamos juntos. Y eso, por un instante, me parece suficiente.

40

Sophie

El frío de la madrugada me cala hasta los huesos. No creo que haya dormido ni una hora seguida; la humedad del hangar me ha pegado la manta a la piel y cada crujido metálico de la estructura me ha hecho abrir los ojos en mitad de la noche, con el corazón encogido.

Cuando Mat me toca el hombro suavemente para despertarme, me sobresalto. La luz gris del amanecer se filtra por las rendijas oxidadas de la puerta apenas lo suficiente para dibujar contornos fantasmales en el interior.

—Vamos —susurra, señalando a la salida—. Daniel y yo vamos a dar una vuelta al perímetro. Quiero asegurarme de que nadie nos ha seguido. He preparado café —añade—. No es el mejor del mundo, pero está caliente.

Asiento con un gesto. La voz se me queda atrapada en la garganta. Los observo mientras se ponen las chaquetas y se cuelgan las armas al hombro, como si fuera lo más natural del mundo empezar el día patrullando un terreno baldío. Daniel me dedica una mirada fugaz, una especie de promesa silenciosa de que volverá enseguida.

Me quedo sola. El hangar respira conmigo, con sus ecos metálicos, el olor a hierro oxidado y el rumor lejano del viento entre los árboles.

Respiro hondo y me preparo. Ignoro el café y despejo la caja que Mat ha utilizado como mesa. Coloco encima mi portátil, el disco duro y una pequeña libreta donde he ido anotando accesos, patrones e

hipótesis. El equipo de Mat es una bendición: rápido, estable, tan avanzado como el de Blackbird, quizá incluso más en términos de seguridad. Suspiro. Si mis compañeros me vieran aquí, en un escondite militar abandonado, investigando entre mantas húmedas y café soluble, pensarían que he perdido la cabeza. Quizá no estén tan equivocados.

Ayer le envié un mensaje a Kyllian para que estuviera tranquilo. Le he prometido que estoy bien y que pronto se lo explicaré todo. No sé si ha respondido, no me he vuelto a conectar a mi correo personal ni a las redes sociales para evitar que me rastreen o que me cuelen un virus. Estoy segura de que está preocupado y cabreado a partes iguales, pero no puedo hacer nada en estos momentos. Ya aguantaré el sermón cuando volvamos.

Si volvemos…

Aparto los pensamientos funestos y tecleo con dedos tensos, revisando las últimas carpetas que conseguí abrir antes de que tuviéramos que salir corriendo. Los nombres desfilan uno tras otro en la pantalla, y con cada línea que descifro siento que me adentro más en un laberinto del que quizá no haya salida.

Los archivos contienen contratos escaneados, transferencias bancarias y listas de pagos en efectivo. Documentos oficiales con firmas de ministros y subsecretarios, correos electrónicos con instrucciones, imágenes de cámaras de seguridad en aeropuertos donde Élise aparece entregando discretamente sobres o maletas a hombres trajeados y mujeres tan elegantes como ella.

Abro uno de los archivos más pesados y mi respiración se detiene. No me lo puedo creer, es un registro completo de sobornos. Fechas, cantidades, destinatarios. Nombres que reconozco de inmediato: diputados franceses, asesores de la Comisión Europea, directores de museos, hasta un miembro de la familia de un expresidente. Todos con un hilo en común: Lenoir. Doy por sentado que Élise, o quien quiera que haya recopilado toda esta información, intentaba garantizar su seguridad presente y futura, aunque no

puedo descartar que la intención final fuera precisamente la extorsión. No hay honor entre ladrones.

Se me eriza la piel.

Es un mapa de corrupción en toda regla, un esquema que revela no solo tráfico de arte y joyas, sino un entramado de poder diseñado para blindar la red. Lenoir no es simplemente el jefe de un grupo de contrabandistas, es su cerebro, un titiritero con acceso a las más altas esferas que se dedica a mover los hilos desde la sombra.

La pantalla parpadea mientras avanzo en las carpetas. Fotografías de reuniones privadas en hoteles de lujo; listas de vuelos donde Élise figura como pasajera en primera clase, siempre con destino a las mismas ciudades: Ginebra, Bruselas, Dubái, Nueva York. En cada viaje, llevaba algo. Y en cada llegada, entregaba la mercancía.

Mis manos tiemblan sobre el teclado.

De pronto, siento un escalofrío en la nuca. Me giro instintivamente, como si alguien me observara. El hangar sigue vacío, pero la sensación de ser vigilada me oprime el pecho.

Tomo aire y vuelvo a mirar la pantalla.

Uno de los documentos lleva como encabezado Projet Ophélie. Lo abro. Es una serie de notas internas, con siglas que apenas comprendo, pero lo esencial está claro: se trata de operaciones planeadas a nivel mundial. Arte robado que viaja de un museo de Italia a un comprador ruso. Documentos de propiedad falsificados para un magnate de Oriente Medio. Una pieza arqueológica enterrada en Siria y vendida a un coleccionista privado en Londres.

Siento náuseas.

Élise estuvo en medio de todo eso. Ella lo transportaba, con su sonrisa perfecta y su pasaporte diplomático de la moda. Una tapadera tan brillante que nadie miraba dos veces su equipaje.

Todo esto son pruebas contundentes, no hace falta esperar más. Con esto, podemos encontrar a Lenoir y acabar con él.

El eco de unos pasos me arranca de mis pensamientos. Cierro la carpeta con un clic nervioso y me aparto del teclado justo cuando Daniel y Mat entran por la puerta del hangar.

—No os hacéis una idea de lo que acabo de encontrar —exclamo. Mi voz retumba contra las paredes.

Daniel se acerca de inmediato, dejando el abrigo empapado sobre una silla rota, y se sienta a mi lado. Mat apoya el rifle contra la pared, se cruza de brazos y se mantiene a una distancia prudente, observando con esa expresión impenetrable que le he visto en las últimas horas.

—Cuéntanos —me pide Daniel.

Trago saliva y abro de nuevo el portátil. Selecciono las carpetas más comprometedoras y dejo que los documentos desfilen uno tras otro por la pantalla. El resplandor azulado ilumina sus rostros, serios y tensos.

—Lenoir no es un traficante cualquiera. Es el cerebro de una red internacional.

Daniel arquea las cejas.

—¿Hasta dónde llega?

Señalo la pantalla:

—Hasta donde quieras mirar. Aquí —abro un documento con transferencias bancarias—, pagos a políticos franceses. Aquí —otro archivo—, sobornos a miembros de la Comisión Europea. Y aquí, contratos de seguridad privada que encubren operaciones de contrabando.

Mat se inclina finalmente, frunciendo el ceño.

—¿Sobornos a nivel político? ¿De qué cifras estamos hablando?

Tecleo rápido, saco un resumen automático y se lo muestro. El número total brilla en la pantalla: cientos de millones de euros.

—Dinero negro, transferencias desde paraísos fiscales, maletas entregadas en mano. Es un sistema diseñado para que nadie pueda tocarles. Lenoir compra protección política, compra silencio y compra impunidad. —El silencio en el hangar es denso, solo roto por el

viento que se cuela por las rendijas y hace vibrar la estructura oxidada—. Y Élise… —la voz se me quiebra—. Ella era la mensajera perfecta. Nadie sospechaba de una modelo en primera clase, con pase prioritario en aeropuertos donde el resto de nosotros estaríamos horas haciendo cola. Llevaba joyas, obras de arte, documentos, hasta antigüedades saqueadas de zonas de guerra. Todo con una sonrisa en la cara.

Daniel pierde la mirada en la oscuridad del fondo del hangar, como si necesitara procesarlo en silencio. Luego se pasa una mano por el pelo y deja escapar un silbido bajo.

—Joder, Sophie… Esto no es un reportaje. Esto es un terremoto. Si lo que tienes aquí se publica, se llevará por delante a ministros, empresarios y a medio Parlamento Europeo.

—Y a nosotros también —responde Mat con frialdad—. ¿De verdad creéis que van a dejaros respirar si saben que habéis visto esto?

Su tono me hiere más de lo que esperaba, aunque sé que tiene razón. Me abrazo los codos para intentar protegerme de un frío distinto, el que nace en mi estómago al ser consciente de lo que acabamos de destapar.

—Lenoir aparece en casi todos los archivos relevantes —digo en un susurro—. Está en el centro de todo. Y lo peor es que no solo tiene poder económico, sino también poder político real. La red depende de él para moverse como pez en el agua. Si él cae, todo se tambalea.

Daniel se gira hacia mí, su voz más suave:

—Sophie, ¿eres consciente de lo que esto significa? Tienes en las manos la posibilidad de desmantelar una de las mayores redes criminales de Europa.

Lo miro.

—¿Y a qué precio, Daniel? No tenemos aliados, no sabemos en quién confiar. La carta de Élise era clara: tampoco en quienes dicen estar de tu parte. Y ni siquiera conocemos la verdadera identidad de Lenoir —añado.

Mat se aclara la garganta, golpeando con los nudillos la mesa metálica.

—Tenéis que pensar como soldados, no como periodistas o analistas. Lo que tenéis ahí no es información. Es un arma nuclear. Y ahora mismo, ni siquiera tenéis un plan sobre cómo usarla.

Sus palabras nos caen encima como una losa.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunto.

Daniel, que hasta ahora había contenido la tensión, explota con una mezcla de furia y lucidez:

—Lo que hacemos es movernos. No podemos quedarnos aquí esperando a que nos rastreen. Necesitamos aliados, sí, pero primero necesitamos sobrevivir. Y para eso tenemos que decidir si usamos la información o la ocultamos hasta tener garantías.

Mat niega con la cabeza, tajante:

—No podéis fiaros de nadie. Si vais a entregar esto, os venderán antes de que podáis decir «Lenoir».

—¿Y cuál es tu alternativa? —replica Daniel con un tono acerado —. ¿Quedarnos escondidos en este hangar hasta morir de frío o hasta que nos encuentren y nos maten?

Mat lo mira fijamente con sus ojos duros como acero.

—Mi alternativa es mantenernos con vida hasta encontrar la grieta adecuada. Yo puedo resistir. Estoy entrenado para eso. ¿Vosotros podéis?

La pregunta queda flotando en el aire.

Miro la pantalla, los documentos, los nombres que podrían cambiar el curso de todo un continente… y me siento atrapada entre dos mundos: el pragmatismo brutal de Mat y el idealismo periodístico de Daniel.

Suspiro, con la voz temblorosa:

—Si guardamos esto para nosotros, Élise habrá muerto en vano.

Daniel me coge la mano con una intensidad que me rompe el alma.

—Y si lo usamos mal, tú también morirás.

Mat nos observa en silencio, como un juez esperando nuestro veredicto. El sol se ha adueñado del cielo y una luz gris entra en el hangar, bañando nuestros rostros cansados. Afuera, el mundo sigue girando, ajeno a lo que tenemos en nuestras manos.

Un secreto lo bastante grande como para derribar gobiernos.

Y lo bastante letal como para acabar con nosotros en cualquier momento.

—Mientras os decidís —dice Mat poniéndose de pie—, nos vamos. Conozco un sitio cerca de aquí en el que estaremos seguros un par de días. Después, si no os habéis decidido, yo mismo llamaré a la caballería. Se nos está acabando la suerte.

41

Daniel

La carretera se abre frente a nosotros como una cinta gris que parece no acabar nunca. El parabrisas refleja la claridad del amanecer, un cielo lechoso, todavía cargado de humedad tras la lluvia de la noche. Avanzamos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Hoy estoy un poco más tranquilo, aunque no dejo de vigilar el tráfico por el retrovisor. De vez en cuando, mis ojos se cruzan con los de Sophie, que viaja en el asiento trasero, y sonrío para intentar tranquilizarla. Ella me devuelve una sonrisa que no le llega a los ojos, pero al menos parece un poco más sosegada.

Al volante, Mat parece de piedra. Mira los espejos cada poco y mantiene las manos firmes sobre el volante como si fueran parte del mismo material.

El pueblo aparece tras un recodo, escondido entre colinas cubiertas de bosques. Estamos muy al norte, y aquí las casas son de piedra con tejados de pizarra, fachadas pintadas en tonos crema o gris y balcones con geranios que resisten como pueden el viento húmedo. La calle principal es apenas una recta que atraviesa el centro. Veo una panadería, un estanco, un par de bares y una gasolinera. La vida parece transcurrir a cámara lenta.

—No está mal —murmura Sophie, incorporándose para mirar a través del cristal.

—No está mal porque no has estado aquí en lo más duro del invierno —dice Mat, sin apartar la vista de la carretera—. La nieve llega hasta las rodillas, y cuando se derrite, se convierte en barro hasta los tobillos.

Yo sonrío. La calma de este sitio es exactamente lo que necesitamos, aunque sé que no durará.

El motel está al final de la calle, junto a un campo abierto. La fachada de madera está pintada en verde apagado, y un cartel blanco con letras rojas anuncia que hay habitaciones. Mat entra en el pequeño aparcamiento con grava húmeda y aparca detrás del edificio, lejos de la mirada de cualquiera que pase por la carretera. Este lugar podría pasar desapercibido en cualquier sitio, y eso es lo que lo hace perfecto.

Antes de entrar, Mat detiene el coche frente a una tienda de ropa pegada a la gasolinera. Un letrero pintado a mano dice Prêt-à-porter – Famille Martin. El escaparate muestra maniquíes con camisas sobrias y pantalones vaqueros y chinos.

—Necesitamos ropa limpia —dice Mat, apagando el motor—. Nada llamativo —nos ordenado con el dedo extendido hacia nosotros.

Dentro, la tienda huele a un ambientador de flores. La dependienta, una mujer de pelo corto y gafas de montura fina, nos mira y sonríe.

—Si les puedo ayudar en algo —nos dice—, no tienen más que pedirlo.

Le devolvemos la sonrisa y nos perdemos entre los percheros.

Sophie elige rápido: unos vaqueros oscuros ajustados y una camiseta verde bosque lisa de algodón. También coge ropa interior envuelta en bolsitas de plástico y una sudadera gris con cremallera.

—Lo más neutro posible —murmura, como si hablara sola.

Yo me decido por un pantalón vaquero, una camiseta azul marino sin estampados y una camisa a cuadros. La ropa interior la meto en la cesta sin mirar demasiado. Al fin y al cabo, lo único que quiero es sentirme limpio de nuevo.

Mat va al grano: dos camisetas negras, unos vaqueros y ropa interior. Nada más.

—Minimalismo militar —le digo al verlo con apenas tres prendas en la mano—. Así no te vas a echar novia nunca.

Él me lanza una mirada divertida.

—No ha nacido la mujer capaz de atraparme —responde.

Sophie suelta una carcajada breve.

—Qué romántico. Seguro que eres de los que cae rendido a los pies de la primera que le sonríe.

Mat bufa y yo sonrío.

En la caja, Mat paga en efectivo. Nada de tarjetas, ni nombres, ni nada que deje rastro. Se guarda el cambio en el bolsillo sin mirarlo.

—Yo pago, pero os lo apunto, ya me lo devolveréis.

—¿Con intereses? —pregunta Sophie, arqueando una ceja.

—Por supuesto —responde con esa media sonrisa que apenas dura un segundo—. Una botella de whisky decente cuando todo esto acabe.

Al salir, el aire húmedo nos golpea de nuevo y nos arrebujamos en nuestros abrigos.

—No falta nada para que empiece a nevar —gruñe Mat—. A ver si podemos largarnos de aquí antes de caiga el primer copo.

Por dentro, el motel es modesto. La pequeña recepción con un mostrador de madera gastada está atendido por una señora mayor con gafas gruesas y jersey de lana que nos sonríe afectuosa, seguramente encantada por tener huéspedes a estas alturas del año.

Pedimos dos habitaciones contiguas. Mat se ocupa de todo; habla poco, paga en efectivo otra vez y recoge las llaves metálicas. Subimos a la segunda planta y llegamos a las habitaciones.

—¿Con quién vas a compartir habitación, querido Dani? —bromea Mat pestañeando rápidamente, como si estuviera flirteando.

—Idiota… —digo, y entro detrás de Sophie. Oigo la carcajada de mi amigo a través de la puerta.

Las habitaciones no son gran cosa, pero el agua caliente de la ducha me parece un lujo de cinco estrellas. Paso varios minutos bajo el chorro, dejando que la suciedad y el cansancio se escurran por el desagüe. Cuando salgo, me miro en el espejo empañado: llevo barba de tres días, unas ojeras marcadas y tengo la extraña sensación de ser otro hombre.

Sophie se ducha a continuación. Tengo que aguantarme las ganas de meterme con ella bajo el agua, no sería la primera vez, pero Mat ha sido bien claro, nos espera en quince minutos, así que elegimos la ducha sobre el sexo.

Nos reunimos abajo, en el restaurante del motel. Por supuesto, Mat ya está ahí, puntual como un reloj suizo. El salón es acogedor, con unas pocas mesas de madera con manteles color tierra, lámparas bajas y música francesa de los setenta en el hilo musical. Solo otras dos mesas están ocupadas. En la más cercana a la que ocupamos, una familia de cuatro miembros come en silencio. El padre, la madre y dos chicos de unos quince años que sostienen el móvil con una mano mientras comen con la otra. En la mesa más alejada, una pareja charla animadamente sin dejar de mirarse a los ojos.

La camarera, que se parece sospechosamente a la mujer de recepción, nos recita el menú. Mi boca se llena de saliva conforme enumera los platos. No era consciente de lo hambriento que estoy hasta ahora.

Mat pide un estofado de ternera con patatas. Sophie se inclina por la sopa de cebolla, que sirven humeante, con queso gratinado fundiéndose sobre el pan, y yo me doy el lujo de pedir un confit de pato. Cuando llega, con la piel crujiente y dorada, siento que por fin algo en mi cuerpo se relaja.

—¿Recuerdas la última vez que comimos algo caliente? —pregunto, mordiendo un trozo de pan.

—Hace… —Sophie piensa un instante, y sonríe—, ¿dos ataques y una persecución?

Mat deja la cuchara y nos mira con gesto serio.

—Disfrutad ahora. No sabemos cuánto durará.

Sophie lo observa un segundo, y luego le lanza:

—¿Siempre tan optimista? Da gusto estar con gente como tú…

Por un momento, incluso él ríe. Es un sonido breve, seco, pero suficiente para que el ambiente se alivie. Y durante una hora charlamos como si fuéramos tres viajeros cualquiera. Sophie se burla del acento de Mat cuando intenta imitar a un texano, y yo les cuento la historia de un camarero en Beirut que confundió mi cuaderno de notas con un pasaporte falso. Mat comparte una anécdota de Kandahar en la que un soldado que se quedó dormido en el convoy despertó tres kilómetros más allá, solo, rodeado de cabras.

Cuando subimos a las habitaciones, Mat se despide con un gesto seco.

—No hagáis demasiado ruido —dice, y se encierra en la suya.

La nuestra queda en silencio. Sophie me mira un segundo, con esa mezcla de cansancio y deseo que conozco bien. Me acerco a ella y deslizo mis manos bajo la camiseta. Siento cómo se le eriza la piel al contacto con mi palma. Subo la mano despacio por su cuerpo, dibujando la curva de su cintura y acariciándole las costillas antes de llegar al pecho. Me cuelo por debajo del sujetador y atrapo su pezón con el pulgar y el índice, e inicio una delicada y rítmica caricia que la hace gemir. Sophie se muerde el labio inferior mientras el deseo se propaga por todo mi cuerpo.

—Sophie —susurro. Sus ojos azules como el universo se clavan en los míos—. Te deseo tanto…

Cojo el borde de la camiseta con las manos y tiro de la prenda hacia arriba. Luego le suelto los pantalones con destreza y me libro de ellos. Sophie me mira de pie en el centro de la habitación, jadeante, a la espera. Me desnudo con rapidez y vuelvo frente a ella. Le cojo la cara con las dos manos y la beso en la boca. Podría

vivir de lo que su boca me da. Bailo con su lengua, le mordisqueo el labio y vuelvo a besarla.

—Necesito sentirte —dice contra mis labios—. Lo necesito de verdad, tanto como respirar.

Estamos desnudos en mitad de la habitación, el ambiente es cálido y agradable. Nada puede salir mal. Solo estamos los dos, no hay armas, ni gente que quiera matarnos. Solo Sophie y yo, uno frente al otro, esperando.

Nos dejamos caer sobre la cama y comenzamos un baile frenético de manos y bocas, de dedos que buscan, gemidos y jadeos.

Sophie se coloca a horcajadas sobre mí y me acaricia con perversa lentitud, sin apartar los ojos de los míos. Podría nadar en su mar.

—Me vuelves loca —susurra. Luego se inclina y se lanza a por mi boca.

Paso la mano por la cintura y le doy la vuelta para colocarla bocarriba sobre la cama. Ella arquea la espalda y capturo sus pezones.

—Por favor —suplica.

—Dime qué quieres —le pregunto.

Ella no contesta. Me coloco encima, entre sus piernas, y la beso. Deslizo la mano desde su pecho hasta su sexo. Está húmeda y caliente.

—Sí… —gime

Le acaricio las costillas con la palma, hasta que llega a sus pechos. Gime.

—Por favor, sí —insiste—. Por favor, deprisa.

Me detengo un momento.

—¿Deprisa? ¿Estás segura?

De nuevo, no responde, así que la acaricio entre las piernas despacio, con delicadeza, dando vueltas alrededor del clítoris. Sophie se contonea debajo de mi cuerpo, provocándome. Me acaricia la espalda y se aferra a mi trasero para empujarme hacia ella. Quiere que pierda la cabeza, y está a punto de conseguirlo. Arquea la espalda todavía más y contonea las caderas, exigiendo en silencio que haga algo más aparte de juguetear con sus pecho y con su sexo.

—Por favor —suplica de nuevo.

—Dime qué quieres —pregunto una vez más.

—Que me folles —responde. Se me pone tan dura que me duele.

Sophie cuela la mano entre nuestros cuerpos y encuentra mi pene. Lo coge con fuerza y comienza a mover la mano arriba y abajo. Si no para, me voy a correr antes incluso de hacerla mía.

—Estoy ardiendo —me dice después—, y si no me follas, voy a quedar reducida a cenizas.

Me coloco de rodillas sobre la cama y alcanzo el preservativo que he dejado sobre la mesita.

—Date la vuelta —le pido.

Ella me mira un instante antes de obedecer. La veo a cuatro patas sobre la cama, con el culo en pompa y la espalda arqueada. Le acaricio despacio los hombros, la espalda y el trasero. Estoy casi fuera de mí.

Me pongo el condón y vuelvo a acariciar su sexo. Dios, está empapada.

—Vamos, ya —exige.

No dudo ni un momento más. De un solo movimiento, la penetro hasta el fondo y me quedó ahí un segundo. Necesito calmarme para no acabar en ese mismo instante. Luego empiezo a moverme despacio. Salgo de ella y vuelvo a entrar de un empujón, salgo y entro de nuevo. Sophie se mueve también adelante y atrás para encontrarse conmigo y sentirme más adentro.

Me inclino sobre ella y alcanzo su clítoris. Lo masajeo mientras la penetro una y otra vez, cada vez más deprisa. Sophie se retuerce, gime y jadea con los brazos apoyados sobre la cama, con la espalda arqueada como una gata.

Me aferro a sus caderas y la penetro con fuerza hasta que la siento temblar y grita mi nombre.

—Daniel…

Oírla es la espoleta que necesitaba. Aumento la cadencia de mis movimientos, la sujeto con fuerza y la siento mía. Nos corremos a la vez. Es una explosión rápida y fulminante que se apodera de nuestros cuerpos y nos convierte en dos madejas de placenteras y extasiadas terminaciones nerviosas.

Le acaricio despacio la espalda y el trasero, paso la mano por su vientre y la beso despacio en el hombro antes de salir de su interior.

Me siento vivo. Supongo que de eso se trataba esta vez, de sentirnos vivos los dos, es la urgencia de saber que todavía tenemos algo, aunque el mundo fuera se esté cayendo a pedazos.

Después, nos quedamos tumbados bajo las sábanas. Una lluvia menuda golpea el cristal con un sonido hipnótico, relajante. Sophie se incorpora, peinándose el pelo con los dedos.

—Voy a por una botella de agua —murmura—. Tengo la garganta seca.

La veo ponerse la camiseta blanca nueva y el pantalón vaquero antes de salir al pasillo. Cierro los ojos un instante, el cansancio me arrastra…

Entonces, un grito desgarrador rompe la calma.

—¡Daniel!

Salto de la cama con el corazón en la garganta. Abro la puerta y corro, desnudo y descalzo, hacia la recepción. Mat sale de su habitación a la vez que yo y corre hacia la calle. El pasillo está vacío. Afuera, el chirrido brutal de unas ruedas acelerando sobre la grava húmeda rompe el silencio. El motor de un coche ruge, alejándose en la noche.

—¡Sophie! —grito, con la voz rota.

Pero no hay respuesta. Solo el eco del silencio.

42

Sophie

El pasillo está en penumbra, iluminado apenas por las luces de emergencia. Avanzo descalza, con la camiseta blanca pegada a la piel todavía tibia después del sexo. El suelo cruje bajo mis pasos y el aire huele a humedad, pero no hace frío.

Bajo la escalera de madera y escucho el zumbido constante de la máquina de bebidas en recepción. El vestíbulo está vacío; la mujer de gafas que nos atendió ya se habrá ido a dormir y el restaurante está cerrado.

Meto las monedas en la ranura. El ruido metálico al caer me parece demasiado fuerte en medio de ese silencio. Pulso el botón del agua, espero el golpe seco de la botella al caer… y en ese preciso instante, algo se mueve detrás de mí.

No llego a girarme.

Un brazo me rodea el cuello con una fuerza brutal y una mano me atrapa la boca antes de que pueda gritar. El plástico frío de la botella todavía está en mi mano cuando mi cuerpo se tensa, luchando por zafarse.

—Tranquila —susurra una voz ronca en mi oído, en un francés áspero—. Vamos a dar un paseo.

El corazón me martillea con tanta fuerza que me retumba en los oídos. Pataleo, araño, intento clavar las uñas en cualquier parte de su piel, pero otro cuerpo surge de la oscuridad y me agarra los brazos. Dos. Son dos.

El pánico me corta la respiración.

Intento morder la mano que me cubre la boca y consigo emitir un sonido ahogado. Con un giro desesperado, alcanzo a ver la recepción vacía, la puerta de cristal, la máquina de bebidas brillando como si nada. Y pienso en Daniel. En la habitación. En lo cerca que está y lo imposible que resulta que me oiga.

Me revuelvo con toda la fuerza que tengo. Siento la tela de mi camiseta rasgarse cuando uno de los tipos me agarra para impedirme huir. Uno de ellos maldice en voz baja mientras el otro me aprieta más fuerte. El sabor metálico del miedo me llena la boca.

—¡Daniel! —grito con la poca voz que me queda, justo antes de que una tela áspera me tape la boca con violencia.

—Se acabó —gruñe uno de los hombres—. Pórtate bien si quieres seguir viva.

El sonido de mi grito resuena en el vestíbulo vacío, se mezcla con el crujido de la puerta trasera al abrirse y el frío de la noche entrando como un cuchillo.

Me levantan en vilo y me arrastran hacia fuera. Mis pies descalzos golpean la grava húmeda, el cielo negro se me cae encima. Veo los faros de un coche y el chirrido de las ruedas al girar sobre el barro.

Intento gritar otra vez, pero la mordaza solo devuelve un gemido sordo. El motor ruge. El olor a gasolina me invade cuando me lanzan dentro. La puerta se cierra de un portazo, y el coche arranca con un tirón brutal.

Las lágrimas me queman los ojos. Estoy atrapada. Y lo único que me queda es el eco de mi propio grito, perdido en la noche.

—¡Daniel!

43

Daniel

El grito me corta como un cuchillo.

Sophie.

Me incorporo de golpe, con el corazón desbocado, y durante un segundo no entiendo lo que ocurre. Pero el eco de su voz, quebrada, desesperada, despeja cualquier duda. Salto de la cama, abro la puerta de un tirón y me lanzo al pasillo.

—¡Sophie! —rujo, con una rabia que me rompe la garganta.

El motel está en silencio. Bajo las escaleras como un animal desbocado, choco con la barandilla y ni lo noto. En la entrada, el vestíbulo también está vacío. Veo una botella de agua rodando por el suelo.

—¡No! —golpeo el mostrador con el puño, con tanta fuerza que el dolor se me clava hasta el codo.

—Daniel —la voz grave de Mat me alcanza desde arriba, mientras baja las escaleras—. Espera.

—¡Se la han llevado! —grito sin girarme, con los ojos ardiendo—. ¡Aquí, justo aquí, delante de nosotros!

Él se acerca y me agarra del hombro. Su fuerza me detiene aunque me revuelvo como un toro.

—Escúchame. Si corres hacia la carretera sin pensar, vas a acabar muerto en diez minutos. Y entonces, ¿qué? Sophie estará sola.

—¡No puedo quedarme quieto! —el pecho me arde, como si me fuera a estallar—. ¡No puedo, Mat, no puedo!

Me sacude con fuerza, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Respira. ¿Me oyes? Respira.

Respiro entrecortadamente, como si el aire pesara toneladas. El eco del grito de Sophie sigue en mi cabeza, incrustado como un clavo oxidado.

—Está viva —dice Mat, con esa seguridad férrea de soldado—. Si la quisieran muerta, no se la habrían llevado. La necesitan. Eso nos da tiempo.

—Tiempo —repito, como si la palabra fuera una burla.

Un motor se escucha a lo lejos. Corro hacia la salida, salgo a la lluvia y veo unas luces rojas perdiéndose en la curva. Señalo como un loco:

—¡Allí! ¡Vamos!

—No pueden ser ellos… —me rebate.

—¡Vamos! —repito.

—Vístete —me dice. Entonces soy consciente de mi desnudez. Corro escaleras arriba y me visto lo más deprisa que puedo. Cuando vuelvo a bajar, Mat saca las llaves del coche y corremos. El suelo mojado me hace resbalar, pero me da igual. Subimos, arranco y el motor ruge. Salimos disparados por la carretera oscura.

—Fíjate en todo —dice Mat, con la vista fija en la carretera y girando la cabeza a cada curva—. Luces, huellas, cualquier cosa.

Aprieto el volante con tanta fuerza que me duelen los nudillos. La lluvia golpea el parabrisas y la carretera parece infinita, pero no hay nada. Ni un coche, ni un faro, nada.

—¡Mierda! —golpeo el volante con la mano una y otra vez, hasta que siento la piel arder—. ¡Se la han llevado, Mat! ¡Y no tenemos nada!

—No lo pienses así —responde él, con esa calma suya que me crispa tanto como me sostiene—. Piensa en qué harías si fueras ellos. No son aficionados, Daniel. No están improvisando. Tenían un plan. Y lo han ejecutado en segundos. Seguramente llevaban horas esperando su oportunidad, no habrías podido evitarlo de ninguna manera.

—Eso no me consuela —gruño, con la garganta cerrada.

—No intento consolarte. Te digo la verdad. Y la verdad es que si queremos recuperarla, necesitamos cabeza, no rabia.

Conduzco sin rumbo durante un rato, buscando, esperando ver unas luces, un coche, una señal, cualquier cosa. Pero la carretera se estira, vacía, silenciosa, cruel.

Al final, reduzco la velocidad. El motor gime, el coche se desliza hasta detenerse en el arcén. Apoyo la frente contra el volante.

—Dios… no puedo perderla.

Mat suspira y su mano se posa en mi hombro.

—Entonces, no la pierdas.

Levanto la cabeza, y sus palabras me golpean como un mantra. No la pierdas.

Doy media vuelta con el coche y volvemos al motel. El camino de regreso se me hace eterno. Todo huele a derrota. Volver con las manos vacías es como rendirse.

Cuando aparco, me quedo un segundo inmóvil, sin apagar el motor. Al final lo hago, y el silencio me revienta los oídos.

—Tenemos que decidir qué vamos a hacer —dice Mat, bajando del coche.

Dentro, el vestíbulo parece aún más desolador. La botella de agua sigue en el suelo. Me agacho, la recojo y la aprieto en la mano hasta deformar el plástico. Una burla cruel.

—No lo sé —admito, hundido, dejando la botella sobre el mostrador.

—Lo sabes —me corrige Mat—. Solo que no quieres hacerlo.

Lo miro. Él me sostiene la mirada con una calma fría, esa tranquilidad que tanto admiro y que ahora me parece imposible.

—¿El qué? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Llamar a esa inspectora de París de la que me has hablado —responde sin titubeos.

Niego con la cabeza, incrédulo.

—Si entra la policía, esto se acaba. Si algo de esto se filtra a la prensa, Sophie perderá la única carta que le queda y estará muerta.

—¿Y qué prefieres? —Mat cruza los brazos y su voz se convierte en un latigazo—. ¿Ser el héroe solitario que intenta salvarla a golpes de instinto? ¿Confiar en la suerte? Eso no funciona en el mundo real, Daniel. Ellos están organizados, tienen contactos, armas. Nosotros somos tres. Y ahora mismo, solo somos dos.

Sus palabras me dejan mudo. Siento el nudo en la garganta, la rabia, el miedo, todo mezclado.

—Daniel —continúa más bajo—. Entiendo lo que sientes, pero si de verdad quieres salvarla, necesitas aliados. Necesitas recursos que no tienes.

Me quedo quieto. La veo, la imagino en un coche desconocido, atada, aterrada. Y entonces comprendo que tiene razón. No puedo perderla por orgullo.

Saco el móvil y lo desbloqueo con manos temblorosas. Busco el nombre en la agenda hasta que lo encuentro. Y ahí está, en la pantalla: Vasseur.

Respiro hondo y marco.

Dos tonos. Tres. Por fin, una voz firme me saluda al otro lado.

—Señor Reed.

Cierro los ojos y dejo que las palabras salgan como un disparo.

44

Sophie

Despierto con un dolor de cabeza insoportable, como si me hubieran hundido un martillo en el cráneo. El mundo tarda unos segundos en enfocarse. Luego, miro despacio a mi alrededor. Veo un techo bajo, iluminado por unos fluorescentes que zumban de manera regular. La luz no es cálida ni acogedora, pero tampoco es la penumbra húmeda de un sótano abandonado. Es una claridad blanquecina, casi quirúrgica, que revela cada rincón de la estancia donde me encuentro.

Me lleva un instante comprender que estoy atada.

Las muñecas me arden bajo la cuerda que las mantiene unidas, tan apretada que apenas siento los dedos. Los tobillos no solo están atados, sino que veo una cuerda corta que une la brida con la pata del sofá. Intento moverlos y solo consigo que el nudo se clave más en la piel. Una mordaza de tela áspera me presiona los labios y la mandíbula, tan fuerte que me duele hasta tragar saliva.

El corazón me late desbocado, un tambor acelerado en el pecho. Intento respirar despacio, pero el aire entra a trompicones, como si mi propio cuerpo se negara a colaborar.

No estoy en un calabozo lúgubre. Estoy en lo que parece el sótano de una casa. Hay un sofá gastado, tapizado en un estampado floral desvaído. Estoy tumbada sobre él, hundida en los cojines. Enfrente, una estantería llena de libros. A un lado, una mesa baja con un cenicero de cristal en la que veo una colilla apagada. Una televisión enorme pero antigua ocupa la esquina. El suelo es de baldosas grises, frías, que reflejan la luz blanca de los fluorescentes.

Pero bajo el sofá hay una enorme alfombra en tonos azules. Todo está extrañamente limpio.

Es un sótano, sí. Pero un sótano habitado. Tiene que haber gente cerca.

Y entonces lo escucho.

Primero, un portazo lejano, en algún lugar de arriba. Luego, un estallido de voces. Voces agudas, atropelladas, acompañadas de carcajadas. Niños.

El sonido me desarma más que la cuerda en mis muñecas. No encaja. No puede ser. ¿Niños? ¿Qué clase de monstruos me han secuestrado en una casa donde viven críos?

El miedo se multiplica. Porque si hay niños, significa que estoy en medio de algo mucho más enrevesado. Que mis captores no son simples criminales de barrio, sino gente que se oculta detrás de una vida normal, una familia, una fachada intachable.

Unos pasos contundentes atraviesan el suelo de madera sobre mi cabeza. Una puerta se abre y unas voces graves responden a las risas. El murmullo de platos y cubiertos me llega como un eco distorsionado. Podría ser la hora de la cena. Una familia comiendo, como tantas otras en cualquier lugar de Francia. Y yo, atada en su sótano.

Un sollozo me sube a la garganta, pero lo ahogo con furia. No. No voy a llorar.

Respiro hondo y repaso el lugar con los ojos, buscando una salida, cualquier salida. La puerta principal está a unos cinco metros, al final de una escalera corta, pintada de blanco y cerrada a cal y canto. No hay duda de que tiene pestillo y probablemente candado. A su lado, casi en el techo, una ventanita rectangular deja entrar un hilo de aire frío. Es demasiado estrecha incluso para mis hombros, aunque no estuviera atada.

Me giro lo que puedo en el sofá y tanteo a ciegas con las manos. Intento alcanzar la mesa. Si pudiera coger ese cenicero y romperlo contra el suelo, quizá un trozo de cristal me serviría para cortar la cuerda. Pero mis dedos se quedan a unos centímetros. Me estiro

hasta que me duelen los músculos, jadeando tras la mordaza, y aun así no llego. La frustración me golpea como una bofetada.

Sigo observando. Una manta doblada sobre una silla. Unos zapatos viejos en la esquina. Una bicicleta infantil arrimada contra la pared. Todo normal, todo banal, y sin embargo, todo convertido en escenario de pesadilla.

Intento calcular cuánto tiempo llevo aquí, pero no puedo. No recuerdo nada después del pasillo silencioso del motel. La máquina de agua y unas manos que me sujetan con una violencia eficaz. Después, el vacío. Debieron drogarme en el coche, porque la cabeza me late con una pulsión muy dolorosa.

Un crujido me hace tensarme.

La voz de un hombre. Grave, firme, cortante. La misma que antes hablaba con los niños. No entiendo las palabras, pero sí el tono. Es tajante, está ordenando algo. Alguien responde con un murmullo obediente. No sé si hablan de mí. Lo más probable es que sí.

El pánico me sube a la garganta como un vómito. Intento gritar, pero lo único que sale es un balbuceo ahogado contra la mordaza. La impotencia es peor que el dolor.

Me obligo a serenarme. No puedo perder la cabeza. No puedo permitirme un ataque de histeria. Repito mi nombre en silencio, como si anclarme a esa palabra pudiera salvarme: *Sophie. Sophie. Sophie.*

Y pienso en Daniel. En Mat. En su desesperación al darse cuenta de que he desaparecido. Estoy segura de que me buscan. Y no van a rendirse. Pero la pregunta es: ¿llegarán a tiempo?

Me remuevo otra vez en el sofá, tirando de las cuerdas hasta sentir que la piel se quema bajo la fricción. Si consigo hacer que cedan un poco… Pero nada. Los nudos están demasiado bien hechos. Quienquiera que me haya atado, sabe lo que hace.

El miedo se transforma poco a poco en otra cosa: en rabia.

Rabia por haber caído, por no haber sido más rápida, más lista. Rabia porque me han arrebatado la libertad y me han reducido a un

objeto. Rabia porque en este mismo instante Daniel debe estar destrozado, y yo estoy aquí, impotente.

No.

No voy a rendirme.

Clavo las uñas contra la cuerda, aunque me duela, aunque sangre. Aprieto los dientes contra la mordaza hasta notar el sabor metálico en la lengua. Me obligo a grabar en la memoria cada detalle: la voz grave que da órdenes, los pasos, la risa de los niños. Todo puede ser una pista, todo puede servirme.

No sé cuánto tiempo pasa. Puede que minutos, puede que horas. El dolor de cabeza no disminuye, las muñecas me arden y la espalda me duele de estar encorvada. El murmullo de la familia de arriba continúa. Y yo sigo aquí, resistiendo.

Porque puede que esté maniatada, amordazada y atrapada en este sótano, pero no estoy rota.

Todavía no.

45

Daniel

La noche avanza como un animal lento y cruel. Según el reloj del motel solo han pasado dos horas desde que Sophie desapareció, pero para mí son siglos. Cada minuto es un recordatorio de lo poco que pude hacer, de lo inútil que fui cuando la oí gritar y no conseguí llegar a tiempo.

Camino de un lado a otro de la habitación, incapaz de estarme quieto. El suelo cruje bajo mis pasos, la bombilla amarillenta parpadea como si también ella fuera víctima del insomnio. En la mesa, Mathieu ha desplegado todo un arsenal electrónico. Su ordenador militar —blindado, mate, lleno de pegatinas gastadas de unidades de la ONU— está conectado y escupe una retahíla de datos. Junto a él, una antena portátil, cables de fibra enrollados como serpientes y un disco duro externo que parece sacado de un laboratorio de inteligencia más que de un equipaje civil.

—Te vas a gastar las suelas —dice sin levantar la vista.

—¿Y tú? —respondo, medio furioso, medio agotado—. ¿Cuántas horas llevas delante de esa pantalla sin conseguir nada?

No replica. Sus dedos se mueven sobre el teclado como pistones, exactos y veloces. El reflejo azul ilumina su rostro anguloso y pienso que en otro momento me inspiraría confianza. Ahora me desquicia esa calma.

Mi móvil vibra. Me sobresalto como si fuera un disparo. Es Vasseur.

—¿Reed? —su voz suena firme, con ese deje áspero que ya me resulta familiar—. Hay una unidad de camino. No quiero que haga

nada sin consultar, ¿de acuerdo?

—Claro —respondo sin intención de obedecer.

—Mi compañero, el inspector Martin, está en línea. Necesito que repita lo que me ha contado.

—¿Otra vez? —protesto.

—Es lo habitual, muchas veces surgen nuevos datos cuando se repasa la declaración.

Respiro hondo, cierro los ojos un momento y empiezo a hablar.

—Sophie Blanchet ha sido secuestrada. Se la han llevado. —Me tiembla la voz más de lo que querría.

Se lo explico todo: la máquina de agua, el grito, las ruedas chirriando, la nada después. Hablo rápido, atropellado, como si enumerar los hechos pudiera borrar la impotencia. Al otro lado, silencio.

—Entiendo —dice al fin—. ¿Alguna descripción del vehículo? ¿Color, modelo, matrícula?

Aprieto los puños y miro a Mat, que niega con la cabeza.

—Nada. No lo vimos. Ni un detalle.

Un suspiro. La escucho mascullar algo a alguien cerca de ella, supongo que habla con el inspector como se llame

—Reed, escuche. Sé cómo se siente, pero actuar por su cuenta no le ha salido bien hasta ahora, y puede echarlo todo a perder si sigue por ese camino. Debe mantener la cabeza fría y dejarnos trabajar

—¿Y qué propone? ¿Que me quede sentado a esperar?

—Propongo que colabore conmigo. He alertado a la policía local de vuestra zona. Van a ir al motel a tomarles declaración, buscar huellas y revisar las cámaras, si las hay. Y mientras tanto, yo activaré a la brigada de secuestros y a nuestros negociadores.

—¿Y si la matan antes? —suelto, casi a gritos.

Un silencio pesado se extiende al otro lado de la línea.

—Si quisieran matarla, ya lo habrían hecho, no se la habrían llevado. Esto es otra cosa. Piénselo. Y por cierto —añade—, estaría bien que me contara qué está pasando de verdad, qué tienen, qué saben sobre la muerte de Élise Marceau, o sobre su vida. Sea sincero, señor Reed.

Cuelgo con un gruñido.

—¿Qué dice la jefa? —pregunta Mat sin apartar los ojos de la pantalla.

—Que esperemos. Que van a mandar a la policía.

Él suelta una risa seca.

—Perfecto. Mientras ellos rellenan formularios, Sophie se congela en un maletero.

—¡Basta! —le grito, incapaz de soportar su cinismo. Pero en el fondo sé que tiene razón.

Apenas unos minutos después, golpean la puerta. Son dos agentes locales. Visten uniformes azul marino y tienen un aspecto cansado y desconfiado.

—¿Señor Reed? —pregunta el de mayor edad.

Asiento. Salgo al pasillo y entramos en mi habitación. Siento el olor de Sophie todavía en el ambiente. Me toman declaración como los burócratas que son: hora exacta, descripción de Sophie, circunstancias, grito, dirección del sonido. Yo repito lo mismo una y otra vez, cada vez más tenso.

—¿Han revisado las cámaras de seguridad? —les pregunto después de un rato.

—Lo haremos en comisaría —responde uno—, pero la dueña nos ha dicho que no son de muy buena calidad.

—Menos es nada —suspiro. Saco el móvil y tecleo con rapidez—. Disculpen —les digo como si en esos momentos me importara la cortesía. Le envío un mensaje rápido a Mat para confirmarle que hay cámaras en el motel. Recibo un pulgar hacia arriba como respuesta y me guardo el teléfono—. ¿Qué protocolos se han activado hasta el momento? —pregunto a continuación.

Los dos policías se miran como si no supieran muy bien de qué les estoy hablando.

—No podemos…

—Entiendo —le corto—. No tienen ni idea. No importa, hablaré con Vasseur. ¿Algo más? —pregunto, parado frente a ellos. Los miro alternativamente a los ojos y ambos pestañean incómodos.

—Nada más —dice el de más edad—. Permanezca localizable.

—Por supuesto.

Cuando por fin se marchan, vuelvo a la habitación. Mat sigue allí, impasible.

—¿Algo interesante? —me pregunta sin mirarme.

—Nada.

—Estoy con las cámaras —me dice—. La imagen es bastante mala, pero tengo esto.

Se hace a un lado y me inclino sobre la pantalla. Veo a Sophie en blanco y negro. En efecto, la imagen tiene el grano muy grueso y se congela por momentos, pero la veo avanzar hacia la máquina y agacharse a recoger la botella de agua. Entonces, la puerta se abre y aparecen dos hombres vestidos de oscuro. Uno de ellos es enorme. La sorprenden por detrás, Sophie pelea, se defiende, pero no es rival para ellos. En menos de un minuto la reducen y la sacan en volandas del motel.

Le pido a Mat que ponga las imágenes de nuevo y voy deteniendo cada escena para revisarla con atención, pero no veo nada, no hay nada que nos sirva como pista para encontrarla.

—Mierda —gruño.

—No está todo perdido, hermano —me dice Mat dándome una palmada en la espalda.

Me quita el ordenador, apaga las imágenes de las cámaras y recupera lo que estaba haciendo cuando entré. Veo un mapa de satélite en el que ha colocado unas coordenadas.

—Cuando Sophie abrió la última carpeta del disco, cometió un error —me explica—. Pero ellos también. Esa conexión no se perdió del todo. Al localizarnos, dejaron un rastro. Aquí —señala un punto rojo en el mapa.

—¿Puedes rastrearlo?

—Ya lo he hecho. —Teclea un comando y en la pantalla aparece una imagen congelada de un peaje. Veo un coche oscuro y puedo leer parte de la matrícula.

—Ese. —Mat sonríe con una frialdad escalofriante—. Es el mismo modelo que el que vi en mi finca la pasada noche.

Se me hiela la sangre.

—Hijos de puta.

Seguimos el rastro del coche: una cámara en una rotonda, otra en la salida hacia una carretera secundaria. Y luego, nada. Carreteras rurales, oscuridad y silencio.

—Demasiado campo —explica Mat.

Yo aprieto los dientes.

—Entonces, no sirve de nada.

—No subestimes a los satélites.

Cambia de pantalla y veo imágenes aéreas casi en tiempo real. El campo se despliega pixelado, pero luego aparece con más nitidez: prados, tejados aislados, coches aparcados. Mat avanza, ajusta y corrige. De pronto, se detiene.

Un coche oscuro aparcado frente a una casa con jardín.

—Es el mismo modelo —digo, nervioso.

—No puedo ver la matrícula desde este ángulo, pero no perdemos nada por acercarnos y comprobarlo, ¿no crees? —Me mira y sonríe. En ese momento, lo besaría—. Tienes que llamar a la inspectora —me dice a continuación—. No puedes actuar en plan llanero solitario.

—La policía necesitará hacer un montón de papeleo antes de acercarse siquiera a la casa —protesto.

—Solo he dicho que la llames, no que nosotros no vayamos a ir. Echaremos un vistazo de todos modos y los esperaremos allí.

—Salvo que Sophie esté en peligro —digo muy serio.

—Salvo que Sophie esté en peligro —confirma.

Marco el número de Vasseur, que responde al instante. Oigo el ruido de un motor, está en el coche, de camino.

—Creo que tenemos una pista sólida —le digo, y le explico rápidamente que hemos localizado el vehículo que participó en el asalto en una casa de campo—. Le envío las coordenadas, acudan cuanto antes —le urjo.

—¿Cómo han conseguido esa información? —me pregunta. No respondo—. Reed, escuche —dice a continuación con un tono claramente autoritario—. No mueva un dedo hasta que yo llegue. Voy a mandar unas unidades discretas, pero no podemos entrar sin una orden, y si actúa por su cuenta y la señorita Blanchet está realmente en peligro, puede empeorar las cosas.

—¿Cuánto tardará? —le pregunto

—Depende del tráfico, dos o tres horas.

—¡Eso es demasiado!

—¿Prefiere entrar a ciegas y recoger un cadáver?

Me quedo sin palabras. Siento que me golpea en el estómago.

—No. —La voz me sale rota—. No.

—Confíe en mí —dice, más suave—. Confíe en que queremos lo mismo.

Cuelgo despacio y me apoyo contra la mesa, agotado. Mat me observa.

—¿Qué dice?

—Que esperemos.

—Y tú, ¿qué dices?

Miro la pantalla. La casa aparece pequeña, anodina, como cualquier otra.

—Que vamos a entrar. Con o sin permiso.

Mat asiente y se pone de pie. Abre una bolsa y empieza a meter armas y cargadores, que revisa con movimientos precisos. Yo lo miro y pienso que nunca en mi vida he tenido tanta certeza de que voy a cruzar una línea de la que no habrá vuelta atrás.

Y no me importa.

Sophie

El chirrido de una cerradura metálica me arranca de golpe del sopor en el que estoy sumida. La puerta del sótano se abre con violencia y una línea de luz blanca me hiere los ojos. Dos hombres irrumpen en la estancia. Juraría que son los mismos que me secuestraron en el motel.

—Arriba —gruñe uno de ellos, tirando de mí como si fuera un fardo.

El otro corta las ataduras de mis tobillos y me obliga a caminar hacia las escaleras. Mis piernas, entumecidas por las horas que he pasado atada en el sofá, apenas me sostienen. Tropiezo en el primer escalón y me empujan con brusquedad para que siga subiendo. El miedo y la incertidumbre de no saber qué me espera me revuelven el estómago.

La escalera desemboca en un pasillo sorprendentemente luminoso. El contraste con el sótano es brutal. Encuentro un suelo de madera encerada que brilla bajo la luz que entra por los amplios ventanales, cubiertos por unos sutiles visillos de color crema. Al otro lado de los cristales se adivina un jardín de césped verde. Las paredes, pintadas en un tono marfil, están cubiertas de cuadros: marinas, retratos de estilo clásico, paisajes de viñedos que parecen de otra época. Todo respira dinero, discreción y buen gusto.

¿Dónde estoy?

Camino entre empellones, con las manos aún atadas y la mordaza apretándome la boca. No oigo nada más allá de nuestros pasos. Ni risas, ni voces, ni siquiera el rumor de una radio encendida. El silencio es tan denso que me oprime el pecho. Los niños que había escuchado desde el sótano ya no están, y eso lo hace todo aún más inquietante.

Me empujan hasta un salón enorme. El espacio me resulta casi teatral: sofás de cuero color coñac dispuestos frente a una chimenea

de mármol, apagada; alfombras persas que amortiguan el eco de los pasos; estanterías a medida repletas de libros encuadernados en piel, perfectamente alineados. En una esquina, un globo terráqueo antiguo y un reloj de péndulo que marca las horas con un compás grave y pausado. Cada tictac me perfora los nervios.

Atravesamos la estancia hasta una puerta doble de madera oscura. Uno de los hombres la abre y me empuja dentro.

El despacho es sobrio, pero no menos imponente. Una mesa de caoba maciza ocupa el centro, pulida hasta brillar. Sobre ella, carpetas perfectamente alineadas, una lámpara de pantalla verde, un tintero de plata junto a una pluma estilográfica y un ordenador portátil cerrado. El mobiliario parece sacado de una oficina ministerial más que de una casa particular. Tras el escritorio, un ventanal alto deja entrever un jardín apenas iluminado por lámparas exteriores de hierro forjado. Me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué hora es, no sé cuánto tiempo ha pasado desde que me cogieron, si es de día o de noche.

Me obligan a sentarme en una silla frente a la mesa. Me duelen terriblemente las muñecas, y la mordaza me seca la boca y me deja un regusto metálico. Intento alzar la barbilla, resistir. Siento cómo la adrenalina me enciende las venas.

Entonces escucho unos pasos firmes, decididos y acompasados que se acercan por detrás de mí. La puerta se abre despacio y alguien avanza hasta situarse frente a mí.

El hombre que acaba de cruzar el umbral no es un matón más. Lo sé antes de que diga una sola palabra. Su sola presencia lo llena todo. Viste un traje gris oscuro, impecable, con un pañuelo blanco doblado con precisión quirúrgica en el bolsillo. Su corbata azul noche contrasta con la camisa clara. Es alto, de complexión atlética, con el cabello castaño salpicado de canas en las sienes. Tiene la piel clara, los rasgos afilados y una expresión serena que no revela ni un ápice de emoción.

Sus ojos, sin embargo, son otra cosa. Negros, profundos, inquisitivos, como si fueran capaces de atravesar cada capa de mi

piel para llegar hasta lo que intento ocultar.

Se detiene tras el escritorio, apoya las manos sobre la mesa con una calma calculada y me observa en silencio, sin pestañear. Cada segundo bajo esa mirada me aplasta como el plomo.

Finalmente, esboza una sonrisa breve, apenas un destello. Su voz, grave y modulada, se despliega en la estancia con la cadencia de alguien acostumbrado a ser escuchado:

—Mademoiselle Blanchet, por fin nos conocemos.

Hace una pausa y ladea ligeramente la cabeza, como si estuviera evaluando una adquisición valiosa. Y entonces añade, con una naturalidad que me hiela la sangre:

—Mi nombre es Lenoir.

El silencio que sigue es tan absoluto que hasta el tictac del reloj parece detenerse.

46

Daniel

El motel se ha convertido en un centro improvisado de operaciones. No hay mapas extendidos sobre la mesa, ni pantallas con imágenes aéreas en directo, pero el ambiente es el mismo: concentración, cálculo, y el peso del tiempo corriendo en nuestra contra.

Mat está sentado frente a su portátil, con las mangas de la camisa remangadas y el rostro iluminado por el resplandor azul de la pantalla. Teclea deprisa, abre y cierra ventanas, compara fotografías de satélite y revisa los datos de tráfico. Yo no puedo dejar de moverme. Camino de un lado a otro de la habitación con los puños apretados, cada vez que me obligo a detenerme siento que me hierve la sangre. Sophie está ahí fuera, en algún lugar que desconocemos, con esos cabrones. Y yo aquí, impotente, contando minutos que se me clavan como cuchillas.

—Mira —exclama de pronto Mat, señalando la pantalla. Su voz arrastra un tono seco, militar—. Al sur de la ciudad. Esta zona boscosa, a unos quince kilómetros. La cámara de esta gasolinera captó el coche que estamos buscando. Coincide con el rastro que recogimos en el satélite.

Me inclino sobre su hombro. La foto es borrosa, casi irrelevante para cualquiera que no sepa qué busca o cómo mirar, pero a mí me basta con imaginar a Sophie dentro para que me tiemblen las manos.

—¿Cuánta seguridad crees que tendrán? —pregunto.

Mat se pasa una mano por la barba de dos días. Sus ojos no se apartan de la pantalla.

—Es imposible saberlo. —Suspira—. Pero si Lenoir está ahí, no creo que hablemos de dos o tres gorilas mal pagados. Tendrá un perímetro, vigilancia armada, probablemente cámaras y perros.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—¿Podremos entrar?

Él me mira por primera vez desde que empezó a trabajar en el ordenador. Sus ojos grises no parpadean.

—Tú quieres entrar, y yo tampoco tengo intención de abandonar a Sophie, así que podremos.

Pasamos los siguientes minutos planificándolo todo con el máximo detalle posible. Mat despliega un mapa que ha sacado de la guantera de su coche, lo extiende sobre la mesa y marca rutas posibles de acercamiento. La casa aparece como un punto en medio de la nada, rodeada de bosque y campos abiertos.

—Imposible la aproximación directa —explica, arrastrando el bolígrafo sobre el papel—. Ahí tendrán cámaras, y probablemente un control de acceso. Lo que nos queda es esto: bordearemos el área desde el este, hay un bosque a unos doscientos metros de la finca. La vegetación es densa, dejaremos el coche allí y avanzaremos a cubierto hasta la valla trasera.

—¿Y después? —pregunto.

—Después, improvisamos.

Me río sin ganas. Suena a locura, pero no hay alternativa.

La lluvia golpea contra la ventana. Abro la cortina y observo las gotas deslizarse por el cristal. La noche es pesada y húmeda. El cielo está cubierto de nubes oscuras, sin luna ni estrellas. Un manto perfecto para quien necesite moverse sin ser visto.

—Es ahora o nunca —digo en voz baja.

Mat cierra el portátil y lo guarda en la bolsa. Luego coloca la mochila negra sobre la cama y comprueba su contenido: dos

pistolas, cargadores de repuesto, un rifle compacto desmontado, una navaja, un par de linternas y un botiquín.

Cuando todo está listo, Mat se detiene un segundo y me mira fijamente.

—Daniel, si la cosa se tuerce, quiero que sepas que mi prioridad será sacar viva a Sophie. Pase lo que pase.

Trago saliva y asiento.

—No esperaría menos de ti.

Ambos cargamos nuestras armas en silencio. El sonido metálico del cerrojo al encajar la munición me eriza la piel. Es un ruido definitivo, como un portazo a la vida normal.

Salimos de la habitación con la bolsa. Llevo también la mochila de Sophie con el disco duro de Élise, su portátil y la ropa que metió a toda prisa. Sentirla en la mano me pesa como una losa.

El pasillo del motel está desierto, todos los policías se han ido, dejando tras de sí un rastro de pisadas embarradas, guantes desechados y polvos para la detección de huellas. Afuera, la lluvia nos recibe con una bofetada helada. El asfalto del aparcamiento brilla como un espejo roto.

Corremos hasta el coche de Mat y guardamos la bolsa y la mochila en el maletero. Nos miramos un segundo en silencio. Luego, mi amigo se pasa una mano por el pelo empapado y sonríe.

—¿Listo? —pregunta.

—Más que nunca —respondo, con una sonrisa amarga—. Vamos.

Subimos al coche. Los limpiaparabrisas barren con furia el agua del cristal mientras Mat arranca. El motor ruge y nos alejamos del motel rumbo a un bosque en el que nos jugaremos algo más que nuestra vida.

47

Sophie

Lenoir no deja de mirarme. Sigue de pie al otro lado del escritorio, repasándome sin pudor. Le veo pasar la vista por mi pecho y sonreír de medio lado. Intento levantarme, pero las zarpas de los matones vuelven a sentarme en la silla con fuerza. La cuerda me corta las muñecas, pero me niego a quejarme o llorar. Si algo he aprendido desde que trabajo en Blackbird es que el poder se mide por la capacidad de ocultar el miedo.

Si no estuviera atada y amordazada, ese despacho me parecería cómodo y acogedor. Los estantes abarrotados de libros encuadernados en cuero, el globo terráqueo antiguo junto a la ventana, los cuadros discretamente caros en las paredes… Todo habla de alguien que necesita rodearse de símbolos de cultura y prestigio, pero que, en el fondo, no es más que un criminal que se disfraza de caballero.

Le miro fijamente a los ojos, fríos, casi metálicos, calculadores, e intento que los míos le transmitan todo el odio que siento. Pero él no se da por aludido. Actúa con la calma de alguien que no tiene prisa, que sabe que el tiempo juega a su favor.

Lenoir mira a los hombres que están detrás de mí y hace un gesto apenas perceptible con la cabeza. Un segundo después, la mordaza desaparece de mi boca. Me duele la mandíbula y las mejillas, y siento la lengua como el esparto, pero no dejo que eso me distraiga.

—¿Qué quiere? —pregunto. Mi voz flaquea después de tantas horas amordazada, pero no lo hace mi ira, y sé que él la percibe—.

Suélteme ahora mismo —exijo a continuación—. La policía me estará buscando.

Él sonríe. Parece que se está divirtiendo.

—Pueden venir cuando quieran. Para entonces, espero que usted y yo hayamos solucionado nuestras pequeñas diferencias y seamos buenos amigos.

—Está loco…

—No, en absoluto. Al contrario, soy el hombre más cuerdo y cerebral que probablemente conocerá en su vida. Insisto, sería muy inteligente de su parte elegir estar de mi lado.

—Usted mató a Élise, y quién sabe a cuánta gente más.

—Eso no es totalmente cierto, pero no la he traído aquí para discutir detalles sin importancia.

—¿La vida de Élise no tiene importancia? —exclamo.

Él me mira un segundo con el ceño fruncido y luego se inclina hasta colocarse a un palmo de mi cara.

—No más que la suya, Sophie.

Siento que se me hiela la sangre en las venas.

—Por su reacción cuando me he presentado, deduzco que mi nombre le resulta familiar.

Clava su mirada en mis ojos y espera.

—Lo he visto en algunos documentos —respondo.

—Algunos —repite. Luego se acomoda en el sillón tras el escritorio, enlaza las manos y me observa como si fuera una pieza de arte que duda si merece formar parte de su colección—. Gracias por su sinceridad. Sé que ha visto esos documentos, me habría dolido mucho que me hubiera mentido. Entonces —continúa tras una pausa—, también sabrá el tipo de negocios al que me dedico.

—Lo que he visto basta para saber lo que es.

—¿Y qué soy, exactamente? —Una sonrisa le sobrevuela la cara.

—Un traficante —respondo sin vacilar—, el líder de una banda de contrabandistas. Un criminal que se esconde detrás de nombres

falsos y empresas pantalla. Y un asesino —añado sin pestañear.

—Es curiosa la facilidad con la que las personas creen comprender un mundo solo porque han visto la superficie —afirma con voz grave. Luego, su sonrisa se ensancha apenas un milímetro y suelta una carcajada breve, seca—. Ah, Sophie… Siempre es peligroso simplificar. Pero me divierte escucharla. ¿Sabe qué decía Élise de usted? Que era obstinada. Que jamás sabía cuándo callar. Y que tuviera cuidado con usted, que es muy lista.

El golpe me atraviesa, pero no parpadeo.

—¿La mataron porque no supo callar? —le lanzo

Un silencio cargado se instala entre nosotros. Luego, Lenoir ladea la cabeza, como si estuviera reflexionando.

—Digamos que Élise olvidó cuál era su lugar. Y cuando alguien olvida su lugar, otros deben recordárselo.

Me arde la garganta.

—Era su marioneta.

—Era útil —corrige con suavidad venenosa—. Y usted, tal vez, también pueda serlo.

Frunzo el ceño y estoy a punto de mandarlo a la mierda, pero me obligo a pensar. Necesito tiempo, confío en que Daniel y Mat me estén buscando y no tarden en dar conmigo. Por otra parte, si me niego de entrada, es capaz de ordenar a sus matones, que siguen ahí detrás, que se ocupen de mí. Y además, me puede la curiosidad.

—¿Qué quiere de mí? —le pregunto por fin.

Lenoir se inclina hacia adelante y apoya los codos sobre el escritorio.

—Quiero que me diga lo que sabe. Qué ha visto y con quién lo ha compartido.

—No he visto nada importante, apenas empecé a abrir archivos cuando saltó la alarma y empezaron a perseguirme —respondo.

Su mirada se clava en mí como una aguja hipodérmica.

—Miente. Y mal.

Se levanta despacio, rodea el escritorio y se acerca. Su perfume caro se mezcla con el olor a cuero y madera encerada. Se detiene frente a mí, demasiado cerca.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre usted y Élise? —me susurra—. Ella tenía encanto. Y usted solo tiene información.

—La suficiente para hundirlo —me atrevo a responder.

Sus ojos brillan con un destello peligroso.

—¿Hundirme? —ríe—. Yo soy el agua donde otros se ahogan. Usted es la que no sabe nadar.

Me obligo a sostenerle la mirada.

—No se lo voy a poner fácil.

Él ladea la cabeza, como si evaluara mi resistencia. Luego, baja la voz.

—Puedo matarla aquí mismo, ahora mismo, y nadie lo sabría. O peor aún, puedo hacer que desaparezca sin dejar rastro. ¿Le suena el concepto «desaparecida»? Es mucho más efectivo que un cadáver.

El estómago se me contrae, pero no cedo.

—Entonces, ¿por qué no lo hace ya?

Por primera vez, su sonrisa se apaga. Un destello de irritación cruza su rostro.

—Porque quiero saber hasta dónde llegó. Y porque quiero que entienda que su vida depende de su cooperación.

—O quizás porque sabe que si me mata, alguien más terminará lo que yo he empezado —le escupo.

Él me mira en silencio, impenetrable. Luego, retrocede un paso, como si la partida de ajedrez acabara de empezar.

—No me importa lo que sabe, Sophie. Ha demostrado ser inteligente, capaz y valiente. Solo quiero que use esos dones de la manera conveniente para los dos. —Se levanta de la sillón, rodea el escritorio y se planta frente a mí. Puedo oler su perfume, sus rodillas tocan las mías. Se inclina y me mira a los ojos. Tiene una mirada

magnética, y siento un escalofrío recorriéndome el cuerpo—. Trabaje conmigo, Sophie. No para mí. A mi lado.

—Nunca —respondo al instante.

Lenoir se yergue de nuevo y su cuerpo se coloca imponente ante mí

—Veremos cuánto tarda en cambiar de opinión —dice, volviendo a su sillón—. Todos cambian, Sophie. Todos.

48

Daniel

Conduzco con los dedos crispados sobre el volante. La lluvia que repiquetea con fuerza contra el parabrisas amortigua el sonido del motor. El bosque se abre ante nosotros como una pared negra, húmeda y cerrada. No es el lugar más acogedor del mundo, pero es lo que necesitamos ahora mismo, un lugar en el que podamos ser invisibles.

Miro de reojo a Mat, que sostiene su tableta militar con el mismo gesto concentrado que le supongo cuando está a los mandos de su avión de combate. El resplandor verdoso de la pantalla ilumina su rostro curtido, acentuando las arrugas en torno a sus ojos.

—¿Seguro que no vas a tener problemas por usar eso? —le pregunto sin apartar la vista de la pista embarrada.

Mat gruñe, sin levantar la mirada.

—Claro que tendré problemas. Pero ya me preocuparé de eso cuando llegue. Ahora, Sophie es lo primero.

Asiento y aprieto los dientes. No hay réplica posible.

Avanzo siguiendo sus instrucciones. Mat mueve la imagen en la pantalla para adelantarse a nosotros y así poder indicarme el mejor camino. Las ruedas están a punto de quedarse atrapadas en una balsa de barro, pero la tracción del todoterreno consigue sacarnos de ahí. Siento las ramas crujir y partirse bajo el peso del vehículo, que avanza seguro, imparable.

—Hay un tronco enorme a la derecha, cuidado —me avisa Mat—. Sigue despacio, no distingo el suelo…

Obedezco y seguimos adelante metro a metro, lejos de los senderos señalizados y de cualquier ojo indiscreto.

Unos minutos más tarde, encontramos una zona lo bastante amplia para dejar el coche. El diminuto espacio, en el que apenas cabe el todoterreno, está rodeado de arbustos y maleza y cubierto por las espesas ramas de los árboles.

Apago el motor y el silencio húmedo del bosque nos envuelve de golpe, roto solo por el goteo del agua y el crujido distante de alguna rama. Antes de bajar, Mat me lanza una mirada significativa.

—Móviles.

No tiene que decir nada más. Saco el mío del bolsillo y el de Sophie de la guantera. Apagamos los dispositivos, retiramos las baterías y los dejamos sobre el asiento trasero. Una última capa de silencio, esta vez tecnológico.

—Ya no somos visibles ni rastreables —dice Mat, ajustándose la pistola al muslo—, pero también estaremos solos si la cosa se pone fea. Intenta no perderme de vista, ¿de acuerdo?

—Entendido —respondo.

Nos pertrechamos con la mochila ligera cargada con la munición, prismáticos y una botella de agua. Llevamos las armas encima, y Mat, además, no se separa de su tablet, en la que siguen activas las imágenes del satélite y el mapa digital. Me siento como en mitad de un maldito reportaje de guerra, salvo que esta vez no hay margen de distancia profesional. Esta vez, está Sophie.

Comenzamos a avanzar por el bosque esforzándonos a cada paso por no hacer ruido, pero la naturaleza está en nuestra contra. Cuando no es el barro succionando nuestras botas, son las ramas húmedas que ceden con un crujido bajo nuestros pies. Los árboles, en su mayoría desnudos de hojas, parecen columnas retorcidas bajo la luna oculta tras las nubes.

Mat camina por delante, comprobando la tablet de vez en cuando y orientándonos con la precisión fría de un militar. Yo me obligo a mantener la respiración controlada, a observar cada sombra, cada hueco entre los troncos.

—¿Qué dicen las imágenes? —pregunto en un susurro.

—De momento, despejado —responde Mat sin girarse—. Ningún movimiento en los alrededores. Pero no te fíes. Si tienen drones, pueden activarlos en cualquier momento.

Esa palabra me taladra el pecho: drones. Levanto la vista de forma instintiva hacia el cielo negro en busca de luces. Nada. Solo veo las nubes bajas que llevan toda la noche acompañándonos. Hoy agradezco su presencia, ya que nos ayuda a ocultarnos.

Avanzamos hasta que el bosque se abre, abrupto, en un claro. Nos detenemos al borde de la arboleda. Al fondo, apenas iluminada, está la finca que buscamos.

El perímetro es evidente: un muro bajo de piedra sobre el que se levanta una valla metálica que rodea la propiedad. Más allá, una extensión de césped recortado, casi obscenamente cuidado, que brilla húmedo bajo la escasa luz. Y en el centro, la casa, imponente, sobria.

Me agacho junto a Mat, que saca los prismáticos. Yo hago lo mismo y coloco la lente fría contra mis párpados. Una ventana iluminada en la primera planta rompe la oscuridad.

Mat habla apenas en un murmullo.

—Ahí está.

Muevo los prismáticos. Y entonces la veo.

—Es Sophie —confirmo.

Está sentada, inmóvil, con dos hombres apostados junto a ella. El corazón me golpea con tal fuerza que temo que haga ruido. El tercero está frente a ella, de pie. No alcanzo a verle bien el rostro desde aquí, pero sus movimientos hablan de autoridad. Es el que da las órdenes.

—Mierda —susurro, más para mí que para Mat.

De pronto, ese hombre levanta la mano y mi respiración se congela. El golpe resuena en mi cabeza aunque no lo oiga. Sophie gira el rostro con violencia, la melena oscura cayéndole sobre un hombro.

Siento que algo se me desgarra por dentro.

—¡Hijo de puta! —mascullo, bajando los prismáticos con rabia.

Mat me agarra del brazo con fuerza.

—Quieto.

—¡La ha golpeado! —gruño entre dientes. Apenas puedo contener el impulso de lanzarme ya, de cruzar el maldito césped a pecho descubierto.

—Si sales ahora, no llegas vivo ni a la valla —dice Mat, con voz baja y cortante—. Aguanta, Daniel. Hay que pensar, no morir en la primera jugada.

Me muerdo la lengua. La adrenalina me devora, el pulso me martillea en los oídos. En mi cabeza solo hay una imagen: Sophie, sola, rodeada de esos animales, recibiendo un golpe que quizá no sea el primero.

Mat me obliga a mirarlo. Sus ojos son firmes, duros como el acero.

—La vamos a sacar, vamos a salir todos, pero vivos. ¿Entiendes? Vivos.

Asiento, aunque cada músculo de mi cuerpo pide venganza inmediata. Me vuelvo a llevar los prismáticos a los ojos. Los dos tipos obligan a Sophie a levantarse y se la llevan de allí. Quiero gritarle que aguante, que estoy aquí, que no la dejaré.

En el horizonte, el cielo empieza a clarear, convirtiendo el negro en un gris mortecino que se filtra a duras penas entre las nubes. El amanecer nos dará más visibilidad, pero también nos hará más visibles. El tiempo corre en nuestra contra.

Mat hace un gesto hacia la tableta.

—Nos quedamos sin tiempo —dice. Es evidente que está pensando lo mismo que yo—. Esperamos a que la actividad en la casa cambie. Si se mueven, entramos. Si no, habrá que buscar una distracción.

Yo apenas lo escucho. En mi mente solo hay una promesa que late con la fuerza de una condena: no permitiré que le hagan más

daño.

49

Sophie

No lo veo venir. Solo escucho el aire cortado por la mano y, de pronto, la bofetada me explota en la cara. Un estallido de calor, de fuego vivo, que me hace girar la cabeza bruscamente hacia un lado. El sabor metálico de la sangre me sube de inmediato a la boca. El golpe es tan brutal que me tambaleo en la silla. Las lágrimas me arden en los ojos, pero no lloro de dolor; es la humillación, la impotencia, lo que me los llena de agua.

A pesar del dolor, levanto los ojos y le sostengo la mirada. Quiero que vea que sigo aquí, que no me ha vencido. Lenoir permanece frente a mí, erguido, impecable en su traje oscuro. Apenas ladea la cabeza con un gesto frío, envarado, y esa calma venenosa que me aterra más que la violencia misma.

Con un simple movimiento de su mano, casi desganado, dicta mi sentencia. Los dos hombres que me flanquean se abalanzan sobre mí. Sus manos enormes aprietan mis brazos y me levantan de la silla como si no pesara nada.

—¡No! —intento gritar, pero la voz muere ahogada bajo la mordaza que me encajan de nuevo en la boca. El nudo me corta los labios y me roza las encías hasta doler.

Me arrastran por el pasillo. El eco de sus botas golpea el mármol pulido.

De pronto, veo la puerta que conduce al sótano. Me estremezco sin poder evitarlo. Sé lo que va a pasar antes de que ocurra.

Uno de ellos abre la puerta y el otro me empuja escaleras abajo.

Ruedo sin control, y el mundo se convierte en un torbellino de golpes y dolor. Mi hombro choca contra la pared, mi codo se dobla bajo mi propio peso y la espalda y la cabeza chocan varias veces contra los escalones. Cada peldaño es un latigazo que me arranca el aire de los pulmones. Grito tras la mordaza, un chillido sofocado que rebota en la oscuridad y desaparece.

Llego al suelo de cemento como un muñeco roto. Me quedo hecha un ovillo, con el corazón golpeando dentro del pecho y los pulmones buscando desesperados una bocanada de aire. La cabeza me late con un zumbido punzante que me nubla la vista.

Ellos bajan detrás sin prisa, seguros de su dominio. Una mano me agarra del pelo y me arranca otro gemido ahogado al obligarme a ponerme en pie. Me arrastran, torpe, tambaleante, hasta el sofá gris del sótano, y me tiran sobre él con desprecio.

A continuación, las bridas vuelven a inmovilizar mis tobillos, que quedan atrapados, inmóviles. La mordaza me corta la respiración, apenas consigo una brizna de oxígeno con cada inspiración.

Me dejan así, reducida a un fardo inútil. Sin mirarme siquiera, suben de nuevo las escaleras. El portazo retumba en las paredes y después… nada.

Silencio.

Intento respirar despacio, pero el corazón no me obedece. Late a golpes secos, frenéticos. Me ahogo en mi propia ansiedad.

Las lágrimas llegan sin pedir permiso. Al principio tímidas, luego desbordadas, empapándome la cara hasta caer en la mordaza. Lloro por el dolor de la caída, por la bofetada, por la humillación de estar aquí. Pero, sobre todo, por el miedo helado que me recorre las venas.

Y aun así… no me rindo.

Me obligo a parar. Gruño con fuerza y sacudo la cabeza, que me devuelve un nuevo latigazo de dolor. Me obligo a respirar más hondo, a recuperar un mínimo de control. El llanto se apaga poco a poco, transformado en una rabia tan densa que casi es tangible. Una

rabia áspera que se clava en lo más profundo de mí y me obliga a resistir.

Repaso el sótano con la mirada, aunque apenas puedo mover la cabeza. No veo ningún objeto a mi alcance que pueda serme útil. Las cuerdas me inmovilizan los pies y las muñecas, pero pruebo a retorcer los dedos y muevo las manos hasta que la piel se me enrojece. Nada.

Cierro los ojos un instante y respiro profundamente.

Me niego a dejar que piensen que han ganado.

La mejilla me late, me escuece como una herida abierta. El hombro me arde por el golpe contra los escalones. Cada parte de mi cuerpo duele, pero sigo viva. Y mientras siga viva, hay posibilidad de salir de aquí.

Pienso en Daniel. En cómo me mira cuando cree que no lo veo. En la fuerza con la que me sujeta cuando todo se derrumba. Él está ahí fuera, y sé que no va a detenerse hasta encontrarme.

La rabia se convierte en una llama tenue, obstinada. Un faro pequeño, pero suficiente. Me aferro a él, porque es lo único que me mantiene cuerda en este silencio asfixiante.

No sé cuánto tiempo pasará ni qué me harán después, pero me hago una promesa: no voy a quebrarme.

Me acomodo como puedo en el sofá, la cara aún húmeda por las lágrimas, y fijo la vista en la oscuridad.

Y espero.

50

Daniel

La lluvia arrecia, espesa, convertida en un velo que lo cubre todo de un gris viscoso. El barro se pega a las botas y cada paso es una trampa que amenaza con delatarnos con un ruido húmedo y traicionero. Nos mantenemos agachados a la sombra de los árboles que marcan el límite del bosque, y observo la mansión que se alza delante de nosotros como una mole oscura y arrogante. La luz de la planta baja se ha apagado, y ahora brilla una ventana en la superior. No veo ni rastro de Sophie, no hemos podido ver hacia dónde se la llevaban esos dos hijos de puta.

Apenas nos separan cien metros de terreno abierto, un jardín perfectamente cuidado que ahora parece un campo de batalla bajo la tormenta. Entre la línea de árboles y la valla metálica que rodea la finca hay un espacio limpio, demasiado expuesto. Si cruzamos sin más, nos verán. O no, porque otro de los principales problemas que tenemos es que no sabemos cuántos guardias habrá apostados fuera, cuántos dentro ni con qué defensas cuentan.

A mi lado, Mat permanece inmóvil, con los prismáticos pegados a los ojos. Su silueta sólida y tranquila como una roca bajo la lluvia me tranquiliza, a pesar de que siento el corazón martilleándome contra las costillas.

—Tres guardias en el lado oeste —susurra, sin apartar los prismáticos—. Dos en el porche. Y probablemente alguno más moviéndose por dentro. No son demasiados —concluye con una sonrisa que no comparto.

Me paso la lengua por los labios resecos. Sigo sin encontrar a Sophie.

—Tenemos que entrar ya —murmuro, apretando la mandíbula.

Mat baja los prismáticos y me mira de reojo. Sus ojos reflejan una calma que me crispa.

—Entraremos —dice—. Pero cuando estemos seguros de que no nos van a reventar a tiros en cuanto asomemos la cabeza.

Entonces saca algo de su mochila. Cuando me lo muestra en la palma de su mano veo un cilindro metálico del tamaño de una lata de refresco con un tapón rojo en la parte superior.

—¿Qué es eso?

—Una bengala militar. Es fantástica, cuando la lanzas no deja un rastro de humo, es prácticamente invisible durante unos segundos. Suficiente —añade satisfecho—. La usaré para centrar su atención en el lado contrario de la finca. Con suerte, los guardias se moverán hacia allá. Eso nos dará unos minutos para acercarnos a la valla y correr como si nos fuera la vida en ello.

—¿Y si no se mueven?

—Se moverán —responde con la seguridad de quien ya ha jugado a esto demasiadas veces—. Escúchame bien —añade—. Cuando la bengala estalle, corre hasta la valla. Si no está electrificada, saltaremos por encima. Si lo está —Saca unas cizallas pequeñas de la mochila— espera hasta que te diga que es seguro.

Me muerdo el labio y asiento. No hay alternativa.

Mat señala con la cabeza hacia la parte más estrecha del claro. Se arrodilla, enciende la bengala y la lanza con un arco perfecto hacia el este. Como había dicho, la bengala es invisible en el cielo, y apenas emite un siseo bajo que no llama la atención por encima de la lluvia. Por fin, cuando está sobre la casa, la bengala se ilumina, corta la oscuridad como una estrella fugaz y aterriza a unos cien metros de la valla, donde estalla en un resplandor rojo incandescente. El contraste con la lluvia es brutal, la luz parpadea, reflejándose en cada gota como si el cielo se hubiera incendiado.

Casi al instante, dos de los guardias reaccionan. Veo cómo corren hacia la luz con las armas en mano, gritándose entre ellos para cubrir terreno. Mat me agarra del hombro.

—Ahora.

Nos deslizamos fuera de la protección de los árboles, arrastrándonos sobre el barro que se nos pega a la ropa y nos empapa hasta los huesos. Cada metro se me hace eterno y siento el aire cargado de adrenalina. El resplandor rojo tiñe el horizonte, y por un momento tengo la sensación de que estamos reptando bajo un cielo sangrante.

Logramos llegar a la valla sin que nos detecten. Lanza una piedrecita y un puñado de chispas nos obliga a cerrar los ojos y protegernos la cara.

—Mierda —bufa Mat, que acto seguido saca las cizallas negras de su equipo y empieza a cortar el alambre metálico con movimientos rápidos y silenciosos. El chasquido es apenas audible bajo la lluvia, pero a mí me retumba en los oídos como un disparo. Miro de reojo hacia el porche: los guardias siguen allí, aunque están distraídos intentando ver qué ocurre con la bengala en el lateral más alejado de la valla. El resplandor rojo empieza a extinguirse.

—Más rápido… —susurro con impaciencia.

—Cállate —me corta Mat sin mirarme. Su concentración es absoluta.

El último alambre cede y abre un hueco apenas suficiente para que pasemos reptando sin que nos achicharre la electricidad. Mat se arrastra primero, empujando la bolsa con las armas, y yo lo sigo, intentando evitar que el metal roce mi chaqueta. Al otro lado, el césped está empapado y se convierte en una alfombra resbaladiza y traicionera.

Nos tumbamos boca abajo, pegados al suelo.

—Espera… —dice Mat, levantando una mano.

Un dron aparece en el cielo con un zumbido bajo, pero inconfundible. Giro la cabeza lentamente y lo veo cruzar el perímetro

a toda velocidad, una sombra oscura contra las nubes todavía iluminadas por la bengala. Mi pulso se dispara.

El dron sobrevuela el césped. Avanza con lentitud, buscando al responsable de lo sucedido. A nosotros.

Contengo la respiración. Cada músculo de mi cuerpo se tensa y grita por echar a correr, pero me obligo a quedarme quieto. A mi lado, Mat es una estatua. Ni parpadea.

El dron se aleja hacia el lado contrario de la casa. Cuando se pierde en la distancia, Mat me da una palmada rápida en el brazo.

—Vamos.

Nos arrastramos hasta el lateral de la casa impulsándonos con los codos y las piernas. El muro de piedra se levanta imponente sobre nosotros, oscuro y frío bajo la lluvia. Me siento ridículamente pequeño, insignificante, pero el pensamiento se disuelve en cuanto pienso en ella.

Sophie.

Sé que está ahí arriba, aunque ahora no veo ninguna luz encendida. La imagen de la bofetada no me abandona. Aprieto los dientes con tanta fuerza que me duelen.

Mat abre la bolsa y me pasa un arma corta.

—La necesitarás —dice con voz grave—. Ya sabes usarla.

La sostengo con firmeza.

—No voy a fallar —digo, más para convencerme a mí mismo que a él.

Mat asiente y me mira como si evaluara mi determinación en ese instante. Cuando está convencido de que voy en serio, comprueba su arma y avanzamos pegados al muro en busca de un acceso.

El ruido de pasos nos obliga a pegarnos a la pared. Dos hombres salen de la casa e iluminan el terreno frente a ellos con dos potentes linternas. Cuando se dan por satisfechos, blasfeman en voz baja, se pegan al alero y uno de ellos se enciende un cigarro. La brasa del cigarrillo brilla como una luciérnaga en la penumbra.

Me quedo helado. Estamos tan cerca que si cualquiera de los dos gira la cabeza podría vernos. Mat aprieta mi brazo, me obliga a contener la respiración. Espero unos segundos eternos hasta que los tipos vuelven al interior.

Cuando la puerta se cierra tras ellos, Mat me mira y susurra:

—No hay vuelta atrás, ¿listo?.

Sé que no hay vuelta atrás. Hemos cruzado la valla, burlado los drones y estamos pegados al muro de la casa de Lenoir. Sophie está dentro. Solo queda entrar.

—Listo.

51

Daniel

El muro frío de la casa me pega la chaqueta a la espalda. Respiro agitado. El aire húmedo sabe a hierro, y el corazón me late tan fuerte que temo que se oiga más que la lluvia. Mat me hace una seña con la mano. Es poco más que una silueta negra recortada contra la piedra, pero lo veo señalar una puerta lateral. Se agacha y examina la cerradura con la luz mínima de una linterna filtrada por su dedo. Niega con la cabeza.

—Demasiado reforzada —susurra.

Yo aparto la vista, buscando otra opción. Ventanas cerradas con barrotes en la planta baja y cristales gruesos que reflejan el resplandor amarillento de las luces interiores. No hay manera de abrirlas sin hacer ruido.

De pronto, el chasquido seco de una rama nos para el corazón. Luego, una voz masculina grita algo en francés y otro responde.

—¡Mierda! —murmura Mat—. Nos han detectado.

No hay tiempo de pensar. El primer disparo rompe el silencio como un trueno, y una bala choca contra la piedra a escasos centímetros de mi cabeza, arrancando astillas de caliza que me salpican la cara.

—¡Corre! —ruge Mat.

Y corremos. Los disparos llegan desde detrás, y delante nos sobresalta el chisporroteo de las balas contra la pared y el eco multiplicado por la lluvia. El césped resbala, estoy a punto de caer, pero consigo mantener el equilibrio. Busco cualquier punto de

acceso, y lo encuentro a mi derecha: un ventanal enorme con las persianas entreabiertas.

Me giro, apunto con la culata del arma y con un grito que es mitad furia, mitad desesperación, estrello la pistola contra el cristal. El vidrio estalla en una sinfonía de fragmentos brillantes que se mezclan con la lluvia.

—¡Dentro! —grito.

Mat cubre nuestra entrada, disparando hacia los hombres que corren desde el porche. Dos caen al suelo, uno inmóvil y el otro entre gritos. No me detengo a mirar más. Salto hacia el interior y aterrizo sobre una alfombra mullida cubierta de cristales. Es un salón enorme, con sofás de piel, una chimenea apagada y cuadros de paisajes demasiado perfectos colgados en las paredes.

A mi espalda, Mat se cuela de un salto y rueda sobre el suelo, girando de inmediato para disparar de nuevo hacia afuera. El estampido de su fusil retumba en la estancia como un tambor de guerra.

—¡Avanza, yo te cubro! —grita.

Asiento y me lanzo hacia el pasillo que parte del salón. Apenas he dado dos pasos cuando aparece un tipo armado con una escopeta al final del corredor. Dispara, y el fogonazo ilumina la pared a mi lado. Los perdigones destrozan un espejo, que estalla en mil pedazos. Siento el calor del roce en la mejilla, pero no me detengo.

Por puro instinto, me lanzo contra la pared, levanto la pistola y aprieto el gatillo. Una, dos veces. El hombre se tambalea, el arma resbala de sus manos, cae de rodillas y luego se desploma sobre la alfombra.

No hay tiempo ni para respirar. Otro aparece desde una puerta lateral, cuchillo en mano. Me precipito hacia él y lo encaro de cerca. Mi hombro choca contra su pecho y caemos los dos al suelo. Siento su aliento agrio mezclado con sudor mientras forcejeamos. Me intenta hundir la hoja en el costado, pero logro agarrarle la muñeca con ambas manos y lo obligo a girarla. El tipo suelta un grito de dolor y el cuchillo se clava en el suelo. Con la rodilla le golpeo el

abdomen lo suficiente para apartarlo y levantarme. Luego le doy un puñetazo seco en la mandíbula y cae inconsciente.

Oigo gritos en francés sobre mi cabeza y el retumbar de pasos acelerados por las escaleras. Están movilizándolos a todos. La incertidumbre de no saber cuántos son ni dónde están me mantiene en máxima alerta.

Mat entra en el pasillo, respirando agitado pero con la calma helada de un soldado entrenado.

—¿Estás bien? —pregunta.

—De momento —respondo.

Me mira y luego mira al techo, donde los tablones crujen bajo el peso de los pasos.

—Van a cerrar cada salida —dice, cargando de nuevo su fusil—. Tenemos que movernos rápido.

Lo sé. Pero el problema es que la casa es un laberinto. Pasillos que se bifurcan y se cruzan, habitaciones cerradas, puertas con cerraduras pesadas. Y Sophie…

Sophie puede estar en cualquiera de ellas.

—¿Hacia dónde? —pregunto casi con rabia, como si Mat pudiera leer el mapa de la mansión en su cabeza.

Él me sostiene la mirada. No tiene respuesta.

El eco de un golpe nos sobresalta. Una puerta se abre al final del corredor y otros dos hombres aparecen. Uno de ellos está armado con una pistola, y el otro aferra una barra metálica con las dos manos. Dispara al instante. Me tiro contra el suelo y siento las balas rozar el aire a escasos centímetros de mi cuerpo. Devuelvo el fuego y el de la pistola cae de espaldas con un grito ahogado. El otro sigue avanzando, gritando insultos y blandiendo la barra como si fuera un sable.

Mat lo detiene con un disparo limpio en el pecho. El tipo se desploma como un saco de arena.

El silencio que sigue es engañoso, un vacío antes de la siguiente emboscada. Mi respiración es un jadeo desbocado.

—Tenemos que encontrarla —digo entre dientes.

Mat asiente y, por primera vez en toda la noche, veo un destello de duda en sus ojos.

—Esta casa es enorme, Daniel. Puede estar en cualquier sitio. Y no tenemos tiempo.

Lo sé, joder. Lo sé. Pero la imagen de Sophie, golpeada y atada en algún rincón de esta casa me taladra el pecho. No pienso detenerme.

Apunto hacia las escaleras que ascienden a la planta superior y después hacia las puertas que se abren al final de ese pasillo.

—Entonces, busquemos. Habitación por habitación, pasillo por pasillo. No nos detendremos hasta que la encontremos.

Mat aprieta los labios, pero luego asiente con un gesto seco.

—De acuerdo.

La casa entera parece contener la respiración antes de que se desate la siguiente tormenta. Y nosotros, empapados, con el barro todavía pegado a las botas, nos adentramos más y más en el corazón de la guarida del enemigo, buscando a Sophie en habitaciones oscuras que pueden convertirse en nuestra tumba.

52

Sophie

El estruendo me sacude como si alguien hubiera lanzado una granada dentro del sótano. Mi corazón da un salto en el pecho. Primero pienso que es un trueno, pero en seguida comprendo que ha sido un disparo. Luego oigo otro, y otro más, en rápida sucesión. El eco retumba en las paredes desnudas y siento cómo me vibra el estómago.

Un griterío le sigue, voces de hombres que no consigo entender desde aquí abajo. Capto algunas órdenes cortas en francés, insultos y maldiciones. Después, un alarido largo, desgarrado. El aire parece llenarse de polvo y de pólvora, incluso aquí abajo. Se me seca la garganta bajo la mordaza.

Intento moverme. La cuerda de plástico me quema las muñecas, y la mordaza me aprieta los dientes hasta dolerme las encías. Las piernas siguen atadas, sujetas al sofá por una brida fuerte que chirría cada vez que intento forzarla. Estoy atrapada. Si no hago nada, moriré aquí.

Me obligo a respirar hondo. En el pecho me arde el miedo, pero debajo, muy profundo, se enciende la certeza de que no me voy a rendir. No puedo. Daniel y Mat están ahí arriba, tienen que ser ellos. O tal vez se trate de los miembros de una banda rival que quieren ajustar cuentas, pero no pienso esperar a que decidan qué hacer conmigo.

Tengo que salir de aquí, y lo primero que necesito es liberar mis pies para llegar hasta la puerta.

Apoyo la frente contra el cojín áspero. El tejido me raspa la piel. Apoyo las manos contra él, respiro hondo y empujo con todas mis fuerzas hacia un lado.

El sofá no se mueve.

El maldito mueble parece anclado al suelo, sólido como una roca. Gruño bajo la mordaza, un gemido ahogado de frustración, y lo intento de nuevo, usando todo mi peso. El respaldo cruje, apenas un lamento de madera reseca, pero la brida que ata mis tobillos a la pata sigue firme, dura, cortante.

La siento morderme la piel como un cuchillo. Cuanto más fuerzo, más se clava. El plástico duro me abre pequeñas heridas y noto el calor pegajoso de la sangre que empieza a brotar. Jadeo. Me arde la garganta. El sudor me empapa la camiseta, pegándomela al cuerpo.

Vamos, vamos, muévete.

Cambio de ángulo y me estiro como un animal atrapado, empujando con el hombro, luego con la cadera, intentando volcar todo el peso contra ese punto. El sofá tiembla, un leve balanceo que no basta. Siento las lágrimas arderme en los ojos, no sé si por el dolor o de pura rabia.

Aprieto los dientes bajo la tela de la mordaza. El sonido del tiroteo sigue arriba: explosiones secas, ráfagas, cristales rompiéndose. El mundo entero se derrumba y yo sigo aquí, atada como una muñeca rota.

—¡Vamos, joder! —mascullo en mi cabeza, porque no puedo gritarlo. Si consigo levantar la maldita pata un solo centímetro, podré pasar la brida por debajo y liberarme.

Clavo las uñas contra la cuerda de plástico, tratando de tensarla lo suficiente para que se deslice hacia abajo. Me corta más, y el escozor es insoportable. El sofá, en cambio, cede unos milímetros.

El corazón me golpea las costillas con tanta fuerza que me mareo. Por un instante pienso que no lo lograré, que moriré aquí, bajo este maldito mueble, sin siquiera haber podido presentar batalla.

Y entonces, con un último esfuerzo desesperado, empujo con todo lo que tengo: hombro, cadera, rodillas. El sofá cruje con fuerza, se inclina apenas unos centímetros más, y en ese ángulo imposible la brida se tensa al máximo. Siento cómo el plástico me corta la piel al deslizarse, un dolor agudo que me arranca un gemido.

Pero cede.

Cede.

La brida resbala por la pata de madera y, de golpe, me encuentro libre del sofá. El mueble cae de nuevo al suelo con un golpe seco, un estruendo que retumba en el sótano como un cañonazo.

Jadeo, tumbada sobre el suelo frío, con la respiración desbocada, el sudor pegándome la ropa al cuerpo y los tobillos en carne viva. No importa. He ganado un centímetro de libertad. Y con eso, pienso mientras respiro como un animal acorralado, me basta para seguir luchando.

Libre del sofá, pero no de las ataduras. Intento ponerme en pie, pero los tobillos unidos me lo impiden. Siento la humedad caliente de la sangre deslizándose hasta el suelo. No importa. Si no puedo correr, saltaré.

Me impulso con las manos y avanzo dando pequeños saltos torpes hacia las escaleras. Cada impacto me duele hasta en los huesos, pero sigo. El tiroteo arriba continúa intermitente, como un martillo. Se oyen cristales rotos, carreras frenéticas y gritos, muchos gritos.

Al llegar al primer escalón intento subir de pie. Error. Tropiezo al instante y caigo de rodillas, golpeándome con fuerza contra la madera. Un gemido ahogado se me escapa bajo la mordaza y el dolor me hace llorar.

De acuerdo, probaré sentada, como cuando era niña.

Me dejo caer sobre el escalón, me coloco de medio lado para poder utilizar mis manos atadas como punto de apoya y comienzo a impulsarme con los brazos, arrastrando el cuerpo hacia arriba, uno a uno. Cada movimiento me arranca un quejido de los codos, cada fricción de la brida me abre más las muñecas. Siento que las manos

se me están quedando dormidas, y el hormigueo es tan doloroso que se impone a las heridas de los tobillos y de los moratones que tengo por todo el cuerpo después de rodar escaleras abajo.

Tres escalones. Cuatro. Cinco. El corazón me late tan fuerte que creo que va a reventarme en el pecho. El aire me entra a bocanadas, amargo a través de la tela.

Un estampido más sacude la casa. Esta vez va seguido de una ráfaga, una metralla furiosa que parece interminable. El eco me aturde y me zumban los oídos. Cierro los ojos un segundo y pienso: *Por favor, que sea Daniel. Que sea él.*

Al fin llego a la puerta. Apoyo la espalda contra la madera y golpeo con el hombro. Luego, con los puños atados. El ruido es seco, sordo. No sé si alguien podrá oírme con todo lo que está pasando al otro lado.

Necesito gritar. Necesito que me escuchen.

Cojo el lateral de la mordaza con mis manos unidas y tiro hacia abajo con fuerza. Está tan apretada que apenas consigo meter los dedos entre la tela y mi mejilla, pero lo sigo intentando. Cuando lo consigo, intento arrastrarla hacia abajo como si me fuera la vida en ello. Me clavo las uñas en la mejilla y sigo tirando con todas mis fuerzas hasta que la mordaza se desliza apenas un par de centímetros. Me la quema la piel, pero sigo. Tiro con los dientes, con el cuello, con la desesperación, hasta que al fin noto cómo un extremo cede.

La tela cae y el aire entra de golpe. Aspiro hondo, y el sabor metálico de la sangre se mezcla con la saliva.

Al instante, me giro hacia la puerta y comienzo a golpear la madera.

—¡¡Daniel!! —grito con toda mi alma. La voz me sale rota y áspera—. ¡¡Daniel, estoy aquí!!

El grito resuena en el sótano, choca contra las paredes y sube por la escalera. Me dejo la garganta, la siento desgarrarse, pero no me detengo. Golpeo la puerta de nuevo, una y otra vez, con el hombro, con los puños, con lo que tengo.

—¡¡Daniel!! ¡¡Mat!! ¡¡Aquí abajo!!

El ruido arriba continúa. Gritos, carreras, un cuerpo que cae, un mueble que se vuelca. No sé si alguien me oye, no sé si los que entren serán ellos o si serán otros, peores. Pero sigo gritando, sigo aporreando, decidida a que mi voz atraviese la madera.

Las lágrimas me nublan la vista, me duele el cuerpo entero, pero no cedo. Si voy a morir hoy, será luchando, aunque sea con la garganta rota y los nudillos sangrando contra una puerta cerrada.

53

Daniel

El estruendo todavía me retumba en los oídos. El cristal que rompí sigue esparcido en el suelo como una lluvia de cuchillas, y el aire dentro de la casa huele a pólvora. Avanzo encorvado por la planta baja de la casa, con la pistola pegada al cuerpo y el dedo listo en el gatillo. Cada sombra parece una amenaza, y me preparo para una posible emboscada en cada esquina.

Detrás de mí, Mat cubre mi avance con precisión quirúrgica. Se mueve como una máquina: silencioso, rápido, letal. Dispara dos veces hacia una puerta entreabierta y los gritos apagados confirman el blanco. Yo me obligo a no mirar, a no detenerme. Cada segundo perdido puede costarnos la vida.

Un pasillo largo se abre ante mí. La madera cruje bajo mis botas, delatándome, y aprieto la mandíbula para acallar la rabia. Una ráfaga de disparos rompe el silencio y la pared salta hecha añicos a escasos centímetros de mi cabeza. Me dejo caer al suelo con el corazón golpeando como un martillo y ruedo hasta parapetarme tras una cómoda.

—¡Cubierto! —grito, y asomo apenas la mano. Disparo dos veces a ciegas. El retroceso me sacude el brazo y el olor a pólvora se mezcla con el polvo de la madera rota.

Mat aparece en el extremo opuesto del pasillo, de pie, con las piernas separadas y los brazos extendidos. Avanza mientras dispara, obligando al enemigo a retroceder. Aprovecho el instante, me levanto y corro. El calor me sube a la cara y el sudor me empapa la camisa. No hay espacio para el miedo.

Entro en la siguiente sala casi de un salto. Una lámpara de araña balancea sus cristales, brillando con cada fogonazo de disparo. Dos hombres se parapetan tras un sofá. Uno asoma y me apunta. No pienso: aprieto el gatillo antes que él. El cuerpo se desploma como un muñeco roto. El segundo suelta un grito y se lanza hacia mí con un cuchillo en la mano.

No tengo tiempo de disparar. Me embiste y caemos contra la mesa de centro que se hace pedazos bajo nuestro peso. El aire me abandona en un jadeo seco. Siento el filo del cuchillo buscando mi cuello. Lucho, forcejeo, pero la pistola se me escapa de los dedos y golpea el suelo. El rostro del hombre está a centímetros del mío. Veo sus dientes apretados en una mueca de rabia.

Con un esfuerzo desesperado, levanto la rodilla y lo golpeo en la entrepierna. El aire sale de sus pulmones convertido en un gruñido. Aprovecho la oportunidad, agarro una estaca de madera que antes era parte de la mesa y la estrello contra su cara. Cae de lado, sangrando, inconsciente o muerto, no me importa. Recupero la pistola jadeando, con el pecho ardiendo.

—¡Daniel, izquierda! —ruge Mat desde el pasillo.

Me giro en el mismo instante en que un tercer hombre aparece por la puerta, fusil en mano. Disparo y la bala lo detiene en seco. Su cuerpo golpea el marco antes de desplomarse.

El silencio que sigue es peor que el tiroteo. Es denso, lleno de presencias invisibles. Sé que no hemos acabado.

Seguimos avanzando, habitación tras habitación. Escaleras que suben, corredores que se bifurcan. Cada paso es una apuesta. Arriba resuena un portazo. El eco lo multiplica todo.

Mi respiración es un cuchillo en mis pulmones. Me obligo a seguir. Sophie está aquí, en alguna parte. Esa certeza me impulsa cuando las fuerzas flaquean.

De pronto, un sonido me detiene en seco. Golpes sordos, insistentes. Son puños contra una puerta. Escucho un murmullo desgarrado, apenas audible, pero inconfundible.

—¡Daniel!

Me detengo en seco. El mundo alrededor desaparece y solo queda esa voz quebrada, atrapada detrás de una puerta a pocos metros de mí.

—¡Sophie! —respondo.

Corro hacia allí, desesperado. De pronto, una sombra se materializa a mi espalda. Oigo un clic y luego, un disparo, y el mundo se detiene.

54

Daniel

El disparo resuena como un trueno en el pasillo. Por un segundo, pienso que el mundo se acaba aquí, que esa bala es para mí y estoy muerto. Pero no. La sombra que había aparecido a mi espalda se desploma como un saco roto, y al girar la cabeza veo a Mat, firme, con el fusil aún humeante y la mirada fija en mí.

—Te debo una —jadeo, con el corazón golpeando contra las costillas. Él no sonríe ni responde, solo asiente con un gesto brusco, ya buscando el siguiente objetivo—. ¡La tengo! —exclamo entonces — ¡Tengo a Sophie!

Mat me dedica una mirada fugaz y asiente de nuevo antes de salir corriendo pasillo adelante.

—Ocúpate de ella —me dice cuando pasa a mi lado—. Yo voy a por Lenoir.

No hay tiempo para discutir. De hecho, no hay margen para nada. Lo veo perderse entre las sombras y yo me giro hacia la puerta que tengo a la izquierda.

—¡Sophie, apártate! —grito. Espero unos segundos antes de apuntar con mi arma a la cerradura y disparar dos veces. Luego empujo la hoja, que cede sin oponer resistencia.

Sophie está allí, sentada en el suelo, atada, con las muñecas amoratadas por las bridas y la mordaza colgando de un lado de la boca. Tiene la cara enrojecida y la mirada fija en mí.

He visto muchas escenas de dolor en mi vida, muchas víctimas y horrores, pero nada me había preparado para verla así, rota, malherida, encerrada.

—Dios, Sophie… —susurro, cayendo de rodillas junto a ella.

Con manos temblorosas, la acaricio con cuidado y retiro mechones pegados de sudor a su frente. Veo sangre seca y regueros más frescos, hematomas y arañazos. Siento que hiervo por dentro.

—Ya está —le digo en voz baja—. Estoy aquí. Se acabó.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero no aparta la vista de la mía.

—Pensé que no… que no llegarías —responde con un hilo de voz, quebrada y rota.

—Jamás te habría abandonado —respondo, y lo digo con una certeza tan absoluta que siento cómo me quema el pecho.

Tiro de la navaja que llevo al cinturón y corto las bridas de sus muñecas. La cuerda plástica cede con un chasquido y sus brazos caen pesados, rígidos por la falta de circulación. Las marcas son profundas, rojas, y veo la piel abierta en algunos puntos. Me arde la sangre al verlas.

—Mierda… —murmuro, con rabia—. Mira lo que te han hecho.

Ella sacude la cabeza, como si no importara. Yo, en cambio, no puedo dejar de acariciarle suavemente las muñecas, intentando calmar el dolor con mis dedos. Luego paso a sus tobillos, donde otra brida los mantiene juntos. Corto también y ella se desploma contra mí, agotada. La atrapo y la sostengo entre mis brazos.

La abrazo, la aprieto contra mí con una fuerza que roza lo desesperado. Huelo su pelo húmedo, siento el temblor de su cuerpo, escucho su respiración entrecortada. Ella me rodea con las fuerzas que le quedan y hunde el rostro en mi cuello.

—Estás viva. Estás viva —repito una y otra vez, como un mantra, como si pudiera conjurar la realidad con esas palabras.

La beso en la frente, en la sien, en la mejilla, en los labios por fin, un beso breve, cauteloso para no hacerle daño en las heridas. No hay nada más en el mundo que ese contacto.

Un estruendo nos devuelve a la realidad. Hay disparos en algún lugar de la planta superior. Pasos, gritos y, a lo lejos, un sonido distinto que hace que todo mi cuerpo se tense. Sirenas.

—La policía —exclamo.

Vasseur está llegando.

Sophie también lo escucha. Abre los ojos de golpe, y lo que encuentro en ellos ya no es alivio o miedo. Es determinación.

—Dame un arma —me pide decidida. Intenta controlar el temblor de su voz.

—¿Qué? No, Sophie, tú…

—Dame un arma, Daniel. No voy a salir de aquí desarmada. No pienso ser una víctima otra vez, ni un estorbo para vosotros.

Nos quedamos en silencio. Cuando la miro, comprendo que no merece la pena discutir. Veo la fiera que hay en ella detrás del azul de sus ojos, tan oscuros en ese sótano que parecen negros. Es de nuevo la Sophie que conozco, la que nunca se rinde.

Tiro de la Glock de repuesto que llevo en el chaleco, la sopeso en mi mano un segundo y luego, se la tiendo.

—Ten cuidado —susurro.

Ella la agarra con ambas manos, aún insegura, pero hay fuego en sus ojos.

—Tranquilo. No voy a fallar.

A lo lejos, los gritos arrecian, y las sirenas se oyen cada vez más cerca. El infierno aún no ha terminado. Pero ahora, al menos, estamos juntos.

55

Sophie

Al principio fue solo un murmullo apagado, un eco en medio del caos. Escuché mi nombre, pronunciado con urgencia. «¡Sophie!». Y yo, jadeando, con la garganta seca y el cuerpo roto, respondí como pude, golpeando aún más la puerta con las manos doloridas. Creí que soñaba, que mi mente agotada me estaba jugando una mala pasada. Pero no, porque al instante escuché su voz, clara, desesperada:

—¡Sophie, soy yo!

El alivio me atravesó como una descarga eléctrica. Se me aflojaron las piernas, me derrumbé contra la puerta con las lágrimas calientes corriéndome por las mejillas. Por un instante olvidé el dolor, las caídas, la rabia acumulada. Daniel estaba ahí. Y si él estaba ahí, yo tenía una oportunidad.

El resto ocurrió muy deprisa: la cerradura saltó por los aires, sus manos en mi rostro, arrancando la mordaza, cortando las bridas. La sensación de libertad en las muñecas, aunque me ardían como si me las hubieran abrasado. Su abrazo, fuerte, tembloroso. Sus labios, su voz, repitiendo «estás viva, estás viva». La certeza de que, por fin, había dejado de estar sola.

Pero la tregua apenas duró unos minutos. Las sirenas policiales estaban cada vez más cerca, pero el eco de disparos aún resonaba en algún lugar de la mansión. No había tiempo para llorar ni para los abrazos. Me había dado un arma, y ahora caminábamos juntos por los pasillos, pegados a la pared, atentos a cada sombra, en busca de Mat.

El olor a pólvora y a humo me asalta en cuanto salgo del sótano. Me detengo un instante, asombrada ante el caos que me rodea. Cristales rotos, muebles destrozados, agujeros de bala en las paredes… El suelo cruje bajo nuestros pasos, pero lo que más resuena son mis propios latidos, golpeando en mis sienes con una violencia insoportable.

A cada paso encontramos el rastro de la batalla: un hombre desplomado en el suelo, otro gimiendo con una mano ensangrentada presionando su abdomen, un tercero que intenta alzar el arma al vernos, pero que solo consigue dejarla caer antes de perder el conocimiento. Ninguno es ya un peligro. Ninguno puede detenernos.

Daniel va delante, firme y decidido, controlando cada esquina. Yo lo cubro desde atrás, sintiendo el peso del arma entre mis manos, con los dedos aferrados al metal junto al gatillo.

Entonces oímos voces procedentes de la escalera principal, voces graves, cargadas de tensión. Daniel me mira. Sin necesidad de hablar, nos colocamos a ambos lados del pasillo, pegados a la pared, con las armas en alto apuntando hacia la escalera. El silencio se estira unos segundos eternos, apenas roto por los ecos lejanos de sirenas.

Quien sea que esté bajando, lo hace con calma. De vez en cuando, alguien deja escapar un quejido. Contengo el aliento y me preparo.

Y entonces lo veo.

Mathieu, con la camiseta empapada de sangre y una brecha abierta en el pómulo, empuja con violencia a otro hombre escaleras abajo. El tipo tropieza en el último escalón y está a punto de caer de bruces, pero Mat lo sujeta del cuello y lo obligó a avanzar.

Lenoir.

No necesito que me lo presentaran. A pesar de haber sido vencido y de tener un arma apuntándole a la espalda, se mantiene arrogante, con la barbilla erguida como si ni hubiera dos manos que

lo atenazan. Sus ojos se clavan en mí, fríos, calculadores, como si aún derrotado fuera el dueño de la situación.

Siento que toda la rabia acumulada me sube como un torrente.

El sótano, las bridas cortándome la piel, el miedo a morir sola, los niños cuya risa había escuchado antes de caer en ese infierno, Élise y su carta, Daniel jugándose la vida por mí… Todo se condensa en un único instante.

Me adelanto sin dejar de mirarlo. Camino despacio, midiendo cada paso, con el arma todavía en la mano. Él me sostiene la mirada, incluso esboza una sonrisa torcida, como si quisiera provocarme.

No digo nada. No tengo nada que decir.

Cuando estoy frente a él, alzo la mano libre y lo abofeteo con toda la fuerza que me queda.

El golpe resuena en el recibidor como un disparo. Su cabeza gira violentamente hacia un lado y por un segundo se tambalea y a punto está de perder el equilibrio. La marca roja de mi mano se dibuja en su mejilla.

Él vuelve a mirarme, con los ojos encendidos de odio. Pero esta vez no sonríe.

Yo tampoco.

56

Daniel

El eco de la bofetada todavía retumba en mis oídos cuando un estruendo distinto se adueña de la casa. Escuchamos voces graves, órdenes gritadas en francés y el retumbar de botas pesadas contra el suelo.

—*Police nationale!* —resuena como un trueno que sacude los cimientos.

Durante un segundo, Sophie y yo nos miramos incrédulos. Después de tantas horas de miedo y resistencia, la irrupción de esas voces suena casi irreal, como un sueño que se desmoronará en cualquier instante. Por un instante pienso también que podría ser otra artimaña de Lenoir, algo así como un ejército privado disfrazado, pero el ruido de los cerrojos al romperse y el golpeteo seco de fusiles reglamentarios me devuelve a la realidad. Esta vez sí son ellos.

—Ha llegado la caballería —sonríe Mathieu, que acto seguido empuja a Lenoir contra la pared y lo inmoviliza con la rodilla presionándole el muslo y el antebrazo hundido en su espalda—. Ni un gesto, cabrón —le gruñe al oído.

Lenoir apenas se inmuta. Incluso con la sangre resbalándole del labio abierto por la bofetada de Sophie, alza la barbilla y sonríe con un gesto que hiela la sangre. Ese hombre es peligroso porque cree que todavía puede ganar.

La puerta principal se abre de golpe y el vestíbulo se inunda de linternas blancas y potentes. Una docena de policías entra como una marea negra de cascos, chalecos antibalas y fusiles de asalto.

Avanzan con movimientos precisos, calculados, una especie de coreografía organizada para aplastar cualquier resistencia.

—¡Aquí! —grito, alzando las manos—. ¡Aliados, civiles!

Sophie también levanta los brazos. Todavía lleva el arma en la mano.

Tardo un segundo en reaccionar.

—Ya no la necesitamos —le susurro mientras le bajo la mano y le indico que deje la pistola en el suelo.

Ella me mira un instante, jadeante, con los labios partidos, la mejilla amoratada y la mirada encendida por la rabia y el miedo. No tengo tiempo de decirle lo hermosa que me parece incluso ahora.

Dos agentes se abalanzan sobre Lenoir y lo inmovilizan contra el suelo. Él resiste un instante, pero Mathieu le retuerce el brazo con tanta firmeza que al final cede, gruñendo entre dientes.

—Al suelo, vamos, ¡al suelo! —repiten los policías con la seguridad de quien ha dicho esa frase cien veces.

Por primera vez, veo un destello de duda en los ojos de Lenoir. No es miedo, está haciendo cuentas, calculando hasta dónde llega su influencia y seguramente qué teclas tiene que pulsar para salir impune. Y sé que aún en el suelo, esposado, se siente invencible.

En ese momento, la inspectora Vasseur avanza entre sus hombres con paso firme y el arma preparada. Lleva su sempiterno traje oscuro bajo el chaleco antibalas, el cabello recogido en una coleta y la mandíbula tensa.

Su mirada se detiene en nosotros.

—Señor Reed, señorita Blanchet. —Mira a Mat y frunce el ceño—. Y usted es… —pregunta.

—Sargento Mathieu Beaumont, de las fuerzas aéreas francesas.

—¿Qué hace el ejército aquí? —casi grita Vasseur.

—Es mi amigo —le explico—. Ha venido de manera extraoficial —añado para que se quede tranquila.

La mirada de la inspectora empieza a inquietarme. Está muy enfadada, desde luego. Aprieta los dientes y creo que sus ojos son capaces de taladrarme.

—No saben la que han liado —dice por fin—. ¿Por qué no esperó, como le ordené? —ladra a continuación.

Miro a Sophie y la inspectora desvía la vista también hacia ella. Cuando repara en su estado, su gesto se dulcifica un poco.

—No podíamos esperar —respondo simplemente. Creo que es sencillo de entender. Sophie sonríe débilmente. Le tiembla la comisura de los labios, y veo que busca un lugar en el que apoyarse. Me acerco a ella y la sujeto por la cintura—. Lo importante es que está viva —añado, señalando a Sophie—, pero necesita ayuda.

Vasseur la mira con atención, recorre las marcas en su cara, la sangre en sus muñecas, la ropa sucia. Sophie aguanta con una entereza que me asombra, erguida, desafiante, sin esconder el dolor.

—Los médicos entrarán en cuanto aseguremos la casa —dictamina la inspectora—. Y ustedes dos van a venir a comisaría en cuanto el SAMU les dé el visto bueno. Tengo demasiadas preguntas.

—Yo también tengo unas cuantas —replico, sin poder contenerme.

Ella arquea una ceja y me mira como quien se cruza con un insecto.

—No juegue al periodista insolente, señor Reed. Va a tener usted un montón de problemas. Para empezar, tendrá que explicarme de dónde ha sacado el arsenal que estoy viendo.

Señala los fusiles y pistolas que hemos dejado a nuestros pies.

—Estaban en la casa —responde Mat rápidamente—. Cogimos las de estos tipos —añade, señalando a los mercenarios que los agentes están trasladando.

—Aquí ha muerto gente —continúa Vasseur.

—Por suerte, no hemos sido nosotros —contesta Mat—. ¿Nos vamos?

—Un momento —pide Vasseur—. Y este —señala a Lenoir—, ¿quién es?

Miro a Sophie, que asiente con la cabeza.

—Él, o los hombres bajo sus órdenes, secuestraron a Sophie, la interrogaron, la torturaron, y la habrían matado de no haber llegado a tiempo.

Casi puedo oír los engranajes del cerebro de Vasseur girando a toda velocidad.

—¿Qué interés podía tener este hombre en usted, señorita Blanchet? —Y ahí está la pregunta del millón.

—Creo que tenemos que hablar —dice Sophie.

—Por supuesto que tenemos que hablar —bufa Vasseur.

Lenoir protesta y todos nos volvemos a mirarlo. Sigue en el suelo, pero su mirada es de fuego.

—Esto es un error. No saben con quién están tratando. Suélteme inmediatamente —le ordena a la inspectora.

Ella ni siquiera pestañea.

—¿Su nombre? —pregunta.

—Henri de Villeneuve —responde muy despacio—. Conde Henri de Villeneuve.

—¿Esta casa es suya? —continúa preguntando Vasseur.

—Así es, y estos…

—Y todos estos hombres, ¿están a su servicio? —le corta.

—Forman parte de mi personal, sí —confirma altivo.

—Bien, monsieur De Villeneuve —sigue Vasseur con una mueca helada que es lo más parecido a una sonrisa—. Usted también tiene muchas cosas que explicar. Lleváoslo —ordena.

Dos policías lo levantan del suelo y lo arrastran hacia la salida. Él gira la cabeza un segundo y cuando sus ojos se clavan en los míos leo la promesa muda de que esto no ha terminado.

Respiro hondo; la rabia y el cansancio me sacuden al mismo tiempo.

Sophie se apoya en mi brazo. Su cuerpo tiembla todavía, pero su mirada se mantiene firme. La rodeo y la acerco a mí. Quiero decirle que hemos ganado, que todo ha terminado, pero me trago las palabras, porque sé que aún no es cierto.

Vasseur se acerca de nuevo y nos mira alternativamente a Mat y a mí.

—Esto era un suicidio —masculla entre dientes—, han tenido suerte de salir vivos. —Sus ojos se clavan en Sophie, en Mat y luego en mí—. Pero el juego termina aquí. Se acabaron las mentiras y las medias verdades. Necesito todo lo que tengan. Van a tener que convencerme para que no los empapele —añade.

Luego suspira, resignada, y les hace un gesto con la cabeza a sus hombres.

—Sáquenlos fuera. Que lo atiendan los sanitarios, y cuando estén listos, los quiero en comisaría.

El sonido de las sirenas sigue entrando por las ventanas rotas. Afuera llueve con fuerza, y las luces de los coches policiales iluminan las paredes a intervalos regulares.

Suspiro. Estamos vivos y a salvo.

Por ahora.

57

Sophie

El agua tibia que me han echado sobre las muñecas ha arrastrado la sangre reseca, pero no el escozor. Sigo notando, como un dibujo al rojo vivo, el lugar exacto donde las bridas me comieron la piel. Me han puesto un apósito transparente que brilla bajo la luz blanca del pasillo de la comisaría. Daniel y Mat han recibido puntos, les han vendado las heridas y suministrado analgésicos. A mí me han limpiado un corte en la ceja, me han palpado las costillas —no hay fisuras, solo moratones— y me han dado una sudadera gris sin marca y unos vaqueros que me quedan un poco largos y que he preferido no preguntar de dónde los han sacado. Al menos la ropa está limpia, lo que me parece todo un lujo en estos momentos.

Hemos pasado más de tres horas en el hospital, y todo ese tiempo la inspectora Vasseur ha permanecido en la sala de espera. La veía cuando me trasladaban en silla de ruedas de un sitio a otro, siempre de pie, inmóvil como un árbol, siguiéndome con la mirada sin decir nada. Esa mujer me inquieta.

La zona en la que nos están atendiendo a los tres está protegida por varios policías armados. Hay más al fondo del pasillo, donde supongo que estarán curando a Lenoir, o como se llame, y a sus hombres. He oído de pasada que hay dos muertos. Por suerte, todas las bajas importantes son de su bando.

Cuando llegamos a la comisaría, nos hacen esperar en el vestíbulo. Hay una hilera de sillas de plástico azul y una máquina de café que de vez en cuando se impone al murmullo constante de teléfonos y teclados. El suelo, de losetas grandes, tiene un brillo incómodo. Daniel y Mat se sientan a mi lado. Los dos parecen

extrañamente distintos sin la adrenalina que los ha mantenido alerta tantas horas, más cansados, más humanos. Daniel alarga la mano y busca la mía sobre el plástico de mi silla. Cuando la encuentra, entrelazamos los dedos y su calor me reconforta.

—Blanchet —llama una voz a mi izquierda.

La inspectora Vasseur me espera en la puerta de un despacho de cristal con lamas verticales. Se ha soltado el pelo, que cae ahora sobre sus hombros recto y liso, y el chaleco antibalas está colgando del respaldo de la silla. Lleva en una mano una carpeta gruesa y en la otra, un vaso de poliestireno. Me hace un gesto para que entre y no me queda más remedio que abandonar el consuelo de la mano de Daniel y obedecer.

—¿Un café? —me pregunta cuando entro. Niego con la cabeza—. Siéntese —me ordena, y en cuanto lo hago pulsa un botón en una grabadora pequeña, de esas que parecen una navaja plegada, y pronuncia en voz alta el día y la hora—. Soy la inspectora jefe Vasseur, y tengo ante mí, como declarante, a Sophie Blanchet. ¿Es correcto?

—Correcto —confirmo.

—Esto es una declaración formal. Tiene derecho a guardar silencio, a no incriminarse y a asesoramiento letrado —recita sin afectación, como quien respira—. Mi intención, sin embargo, es entender qué demonios ha pasado desde que Élise Marceau desapareció, por qué han estado a punto de matarla, a usted y al señor Reed, y qué pinta Henri de Villeneuve en mitad de este circo. Empecemos por el principio. Y esta vez… —me mira por encima de la carpeta, los ojos grises como el metal— …sin mentiras y sin dejarse nada.

Podría rodearla con eufemismos, escoger un camino de medias verdades, pero estoy demasiado cansada y soy demasiado consciente del precio que ya hemos pagado. Y de lo que está en juego. Mi cabeza ni siquiera es capaz de pergeñar una historia alternativa y tampoco veo el motivo para hacerlo, así que claudico y comienzo a hablar.

—Élise me envió un paquete —digo—. Yo lo recibí al día siguiente de su muerte. Fue un shock… —Suspiro, trago saliva y continúo—. Dentro había una carta y un disco duro externo. La carta estaba escrita a mano. Decía… —Me falla un momento la voz, pero me rehago con rapidez—. Decía que no era la persona que creíamos. Que llevaba años transportando mercancía para gente peligrosa: joyas, arte robado, documentos. Que la enganchó un hombre, la grabaron consumiendo en una fiesta, manteniendo relaciones con varios hombres, y la chantajearon. Y que cuando intentó salir, la amenazaron. Escribió que el secuestro había sido un aviso. También decía… —abro las manos y la piel herida se tensa bajo los vendajes — …que confiaba en mí.

Vasseur deja el bolígrafo con el que está tomando notas y me mira un minuto. No me apremia, casi es como si me estuviera apoyando.

»Abrí el disco —sigo—, pero estaba protegido. Lo fui descifrando poco a poco, capa a capa. No diré que fue fácil, pero lo hice. Dentro había… —cierro los ojos un segundo, como si al hacerlo pudiera ordenar aquella catarata de nombres y números— listados de piezas con fotos y procedencias, actas falsas de exportación, certificados de autenticidad copiados, pagos a empresas pantalla, itinerarios de viaje con códigos de contenedores. Reconocí sellos, nombres de aduanas. Crucé los datos y apareció una firma repetida en las capas inferiores de todo: Lenoir.

—Supongo que es un alias —interviene Vasseur.

—Estoy segura de que lo es —confirmo—. Un seudónimo operativo. El nombre real de Lenoir es Henri de Villeneuve. —Dejo caer las palabras como si pesaran lo que pesan—. Conde de Villeneuve. Él mismo se presentó como Lenoir cuando me secuestraron. Doy por hecho que si lo hizo, si se presentó ante mí a cara descubierta, fue porque no tenía intención de dejarme salir con vida de allí.

El rostro de Vasseur no cambia, pero hay un sutil desplazamiento en su respiración. Apoya despacio el bolígrafo contra el cuaderno en

el que está tomando notas.

—Conde de Villeneuve —repite, probando el nombre en el aire—. Un filántropo. Presidente honorario de dos fundaciones dedicadas a la conservación del patrimonio histórico, empresario de éxito, fijo en las galas benéficas más importantes no solo aquí, sino en media Europa e incluso en Estados Unidos. —Levanta una ceja—. Y, si la he entendido bien, cerebro financiero de una red internacional de contrabando.

—Así es —confirmo—. No es un simple financiador o alguien que se limita a buscar beneficios, ni siquiera un amante del arte que desea poseer determinadas piezas y paga por ellas. En los metadatos aparece como «control», es decir, es quien supervisa las rutas, se encarga de los pagos y garantiza las entregas. Hay correos en los que no firma, pero se le contesta igualmente, lo que indica que siempre está ahí y todos los miembros de la organización lo saben. Hay documentos donde su nombre queda una capa por debajo del PDF, oculto para la vista, pero visible para quien sabe mirar, y yo sé. Los movimientos del dinero triangulan varias sociedades en Luxemburgo y Malta con un consorcio en Jersey y un par de fundaciones «culturales» en Francia —digo de carrerilla, y dibujo unas comillas en el aire—. Y algo más: registros de donaciones a campañas electorales locales. Sobres blancos con números de referencia que coinciden con transferencias a terceros. Usted ya sabe lo que eso significa.

—Sobornos —dice sin adornos—. O pago a cambio de silencio.

—Y protección —añado—. Policías, funcionarios de fronteras y aduanas, empleados de aerolíneas… Tenía cubierto todo el entramado, y Lenoir, o Henri de Villeneuve, como prefiera, es la mano que mueve los hilos.

Durante unos segundos solo se oye la lluvia golpeando la ventana y el zumbido eléctrico de la lámpara fluorescente sobre nuestras cabezas.

—¿Desde cuándo tenía ese material? —pregunta por fin. El frío ha vuelto a su voz.

—Desde que llegó el paquete. Lo escondí. —Y, antes de que lo pregunte, añado—. No siquiera se lo conté a Daniel, al menos, no al principio.

—¿Por qué? —Noto la curiosidad que flota debajo de la pregunta.

—Porque es periodista —reconozco sin ambages—. Porque su teléfono no para de sonar con propuestas para escribir un libro y peticiones de entrevistas en los platós de todas las televisiones. Porque pensé que habría querido publicarlo en caliente. Y porque si alguien más moría por lo que yo sabía, no me lo perdonaría.

Ella inclina un poco la cabeza.

—¿Quién más lo ha visto o está al tanto de esta información?

—Ahora, además de usted, Daniel y… —miro el reflejo del pasillo y distingo la silueta de Mat en la sala de espera— Mathieu Beaumont. Me ayudaron a desencriptar el disco, a hacer las comprobaciones y a cruzar los datos. También hicimos unas copias de seguridad cifradas. Dos. Encriptadas con doble factor *offline*. —El tecnicismo me sale automático, y se lo traduzco—: Si alguien rompiera el disco original, podríamos reconstruirlo.

—¿Dónde están? —pregunta. Sus ojos ahora son como un bisturí.

—Una, en mi poder. La otra la tiene Beaumont.

—Necesito cadena de custodia —dice Vasseur, al fin. Saca una hoja y la empuja hacia mí—. Y necesito el disco original, la carta, el paquete en el que se lo envió y todas las copias. No se olvide de nada. Si vamos a encausar a Villeneuve, no podemos perder por una chapuza procesal. Tenemos que ser escrupulosos desde ahora mismo, ya que ustedes han hecho lo que les ha dado la gana en todo momento.

Se me encoge el estómago. Recuerdo la carta de Élise, su letra inclinada, en dolor de su confesión. Pienso en lo que significa ponerlo todo encima de una mesa ajena. En lo mucho que detesto soltar el control. Pero también sé lo que hay en esos archivos, y que sola no puedo hacer nada.

—Lo entregaremos —digo—. Pero quiero condiciones.

Vasseur no se sorprende.

—La escucho.

—Quiero que nos mantenga en el caso. Que nos informe —me oigo cansada, pero exigente—. Y quiero que, cuando sea seguro, Daniel pueda publicar un reportaje completo sobre todo lo que ha pasado, de principio a fin.

La inspectora me observa largo rato. Podría decir que su gesto se ablanda, pero no sería exacto. Hay un ajuste, más bien; una aceptación funcional.

—Tiene usted un talento admirable para pedirme que viole media normativa y que parezca que me está haciendo un favor —responde al fin—, pero le concedo lo razonable. Estarán informados y el señor Reed podrá escribir un reportaje que yo supervisaré personalmente antes de que se publique. Lo que no habrá son más excursiones de justicieros, ¿me ha oído? —su mirada se endurece—. Ni una sola acción por su cuenta. Ni una sola persecución más. Esta vez han tenido una suerte obscena. No quiero asistir al funeral de ninguno.

Asiento. Y también confío en que todo este lío termine hoy, aquí. Necesito retomar mi vida, echo de menos la rutina, incluso al pesado de mi hermano.

Kyllian…

Me matará cuando se entere de lo que ha pasado. Y es posible que Théo me despida. Se me encoge el estómago, pero no digo nada. Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos.

Vasseur hace una señal y un agente entra y deja sobre la mesa dos botellines de agua y una bolsa de papel con algo que huele remotamente a croissant. No tengo hambre, pero sí mucha sed..

—Cuénteme qué ha pasado en esa casa desde que llegó —continúa, de vuelta al procedimiento—. Paso a paso.

Le hablo de los dos hombres que me atraparon en el vestíbulo del motel, del terror que viví atada y amordazada en el maletero. Le describo el sótano, el sofá, las bridas, y luego le cuento lo que ocurrió cuando me llevaron ante Lenoir.

—Cometí un error mientras intentaba acceder a la información del disco duro de Élise y saltó una alarma que les llevó hasta mí —le explico—. Le interesaba cuánto había conseguido descubrir y quién más lo sabía.

Le cuento también la bofetada que le di a Lenoir. Sé que es un detalle nada trascendental para el paso, pero volvería a hacerlo ahora mismo si lo tuviera delante.

—¿Y la conversación con él? —pregunta, anotando—. Antes de devolverla al sótano, me refiero.

—Me ofreció protección si colaboraba. Me invitó a formar parte de su organización, dijo que, con mis conocimientos y mis contactos, le sería de gran utilidad y podría ganar mucho dinero. Se enfadó bastante cuando lo mandé a la mierda. Fue entonces cuando me golpeó. —La rabia me calienta la garganta—. Está tan seguro de sí mismo… —mascullo—. Cree que, pase lo que pase, él saldrá impune, ganará.

—Todavía no ha ganado —dice Vasseur sin teatralidad—. Pero tiene razón en algo: sabe jugar. Y tiene amigos. —Pasa varias páginas de su bloc de notas—. Esto va a saltar de Secuestros a Crimen Organizado, Patrimonio y Anticorrupción. Y si lo que usted dice es cierto —me sostiene la mirada—, haremos también una llamada a Europol. No me gustan las cacerías internacionales, pero me gustan menos los aristócratas que se creen impunes.

Suena la lluvia en la ventana, más fina ahora. Mi cabeza late a un ritmo acompasado. La inspectora se pone en pie, camina hasta la cafetera de cápsulas, pelea un momento con el mecanismo y me tiende un vaso. Un café que habría rechazado cualquier otro día me parece hoy el mejor del mundo.

—Una cosa más, Blanchet —dice, de vuelta a su silla—. Gracias por haber confiado en mí. Sé que no ha sido fácil, es una mujer acostumbrada a callar y a valerse por sí misma. Sé de lo que hablo.

Creo que ha sonreído, pero no estoy segura.

—No quiero estar sola en esto —le digo en voz baja—, y no quiero que les pase nada a Daniel y a Mat. Yo los metí en todo este

lío…

Vasseur respira hondo. Cierra la carpeta y detiene la grabación con un clic.

—No estará sola —responde—. Pero necesito que Reed y Beaumont sean tan sinceros como usted. Y necesito el disco ya. ¿Puede traerlo?

—Está aquí —contesto—. Daniel recogió mi mochila cuando salieron del motel para ir a buscarme. No lo he soltado desde que me liberaron y lo recuperé. Está intacto, se quedó en el coche y no ha sufrido ningún daño. Y como ya le dije, hay una copia en la nube y otra en un pendrive.

Le paso la mochila y me vuelvo hacia atrás.

La puerta del despacho tiene un rectángulo de cristal traslúcido. Más allá, en la sala de espera, alcanzo a distinguir el perfil de Daniel, de pie ahora, con las manos en los bolsillos de la sudadera mientras habla bajo con Mat. Como si hubiera sentido mi mirada, gira la cabeza y nuestras pupilas se encuentran a través del vidrio. No sé si sonrío. Creo que sí.

Vasseur sigue mi gesto.

—Podrá reunirse con él en dos minutos —concede—. Tengo que llevar el disco al laboratorio. Y Blanchet… —me detiene cuando ya estoy a medio camino— gracias por contármelo todo. La llevaré con los técnicos para que los ayude con el disco duro.

En el pasillo, el frío me muerde los tobillos a través del bajo del vaquero. Vasseur se adelanta y yo camino hacia Daniel y Mat. Al llegar, Daniel me escanea con la mirada, como si buscara grietas nuevas; cuando no las encuentra, deja escapar el aire por la nariz en una exhalación larga y me abraza. Me aferro a él como si fuese un salvavidas.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta sin soltarme. Mat está justo al lado y nos mira sonriente.

—Se lo he contado todo —respondo—. Lo de Élise, lo de Lenoir, o más bien el conde…

—Villeneuve —termina Mat con un deje de desprecio, como si el nombre le ensuciara la boca.

—También le he dado el disco —añado—, y quiere las copias. No nos van a sacar de la investigación —les cuento, y luego miro a Daniel a los ojos y sonrío—, y podrás escribir un reportaje sobre todo lo ocurrido, incluido Lenoir, el contrabando, Élise… Todo.

Daniel luce una sonrisa enorme que le ilumina los ojos y me abraza con fuerza de nuevo.

En ese momento, Vasseur regresa desde el fondo del pasillo, donde supongo que estará el laboratorio informático, y me hace una seña.

—Vamos —dice—. Acabemos con esto.

Veo la mochila sobre el mostrador del laboratorio forense. Un técnico con guantes de nitrilo toma notas en un formulario antes siquiera de tocarlo. Vasseur observa desde detrás, con los brazos cruzados. El frío de la sala se me cuela bajo la sudadera. Luego, el técnico enguantado por fin coge el disco duro y me hace una seña para que lo acompañe a una mesa en la que esperan otros dos especialistas, dos mujeres que me sonríen cuando me acerco. Me ofrecen una silla junto a ellos y conectan el disco a la unidad.

Empieza la fiesta.

Cierro los ojos y, por primera vez desde que me secuestraron, no tiemblo. Aquí, ahora, por fin, siento que estamos remando en la dirección correcta. Hacia el desenlace. Hacia la verdad.

58

Daniel

El silencio de la habitación del hotel es engañoso. Afuera, París respira como siempre, coches que pasan, alguna sirena lejana y voces amortiguadas en la calle. Pero aquí dentro, entre las paredes cubiertas de papel pintado y las cortinas cerradas a cal y canto, parece otro mundo. El mundo después del caos.

La inspectora Vasseur se ha ocupado de nuestro alojamiento al menos por esta noche. Dice que prefiere tenernos localizados y a salvo que arriesgarse a que algún cabo suelto de la organización vaya a por nosotros. Así que nos ha traído a los tres a un hotel bastante lujoso a las afueras de la ciudad y tenemos a dos policías vigilando el pasillo.

Mat está en la habitación de al lado, pero no ha querido cenar con nosotros.

—Solo quiero una ducha y dormir —ha dicho—. Mañana nos vemos.

Las bandejas de la cena siguen en la mesa baja de la habitación: restos de pasta con salsa, un par de vasos vacíos y la botella de agua por la mitad. Sophie está sentada en la cama, con las piernas cruzadas y la espalda recta, como si forzara a su cuerpo a no derrumbarse. Tiene el móvil en la mano y la luz azul de la pantalla ilumina las marcas recientes en su cara.

—Vasseur dice que Lenoir lo niega todo —murmura sin mirarme —. Ya ha llamado a media docena de abogados y es probable mañana haya más cámaras en la puerta de la comisaría que manifestantes en una huelga.

—Eso era de esperar —respondo, apoyado en el alféizar de la ventana. Las cortinas están corridas, pero las abro un poco con los dedos para espiar la calle. No veo nada sospechoso, solo un taxi que se detiene y un tipo con maletín que entra al edificio de enfrente—. Un hombre como él no llega tan lejos sin cubrirse las espaldas. Seguro que a estas horas ya está trazando un plan para aplastarnos como a insectos.

Sophie suspira, deja el móvil sobre la colcha y se pasa las manos por la cara.

—Pero tenemos pruebas. El disco duro… —Se interrumpe, como si temiera que incluso aquí alguien pudiera escucharla—. No puede borrarlo todo, Daniel.

Camino hasta la cama y me siento frente a ella.

—No puede borrarlo todo, no. Pero puede ganar tiempo para comprar silencios. Y lo hará, Sophie. Eso es lo que saben hacer tipos como él. Tenemos que estar preparados para todo, incluso para que salga libre.

La miro un momento. Los ojos se le humedecen, aunque no se permite llorar. La admiro por eso, por esa determinación suya de no dejarse quebrar aunque todo esté en su contra.

En ese momento, su móvil vibra de nuevo. Sophie lo coge sin mirar y se lo acerca a la oreja. La voz de Kyllian explota al instante, tan fuerte que podría escucharlo desde el otro extremo de la habitación.

—¡¿Estás loca, Sophie?! ¡Maldita sea, estabas secuestrada y yo me entero por la policía, no por ti! ¿Sabes el puto infarto que me ha dado al escuchar tu nombre en boca de la inspectora Vasseur?

Sophie aprieta el teléfono contra el oído y cierra los ojos.

—Kyllian, por favor…

—¡Ni por favor ni hostias! —continúa él. Me levanto y me alejo un poco para darle algo de privacidad, pero a dos metros de ella sigo oyendo sus gritos—. Has corrido un riesgo absurdo, ¡te podían haber matado! Y lo peor es que me has dejado fuera, Sophie. ¡A mí! Soy tu

hermano. ¿Desde cuándo no confías en mí? ¿Desde cuándo te metes en un avispero así y lo único que se te ocurre es callarte?

Me remuevo incómodo y clavo la mirada en el suelo. No debería escuchar, pero la voz de Kyllian llena la habitación como un trueno.

—No estaba sola —responde ella por fin, firme.

—¿Qué demonios significa eso?

Sophie me mira, sus ojos clavados en los míos.

—Estaba con Daniel.

Vuelvo hasta la ventana y le doy la espalda, no quiero inmiscuirme más de lo que ya lo hago. Solo oigo el silencio tenso que sigue al otro lado. Kyllian ya no grita. La voz se le apaga, y aunque no escucho el resto de lo que dice, veo cómo Sophie frunce el ceño, cómo su boca se contrae. Habla en voz baja, frases cortas, a la defensiva. Luego, poco a poco los rasgos se le suavizan y deduzco que su hermano ha empezado a calmarse también.

Al final, cuando cuelga, deja el móvil sobre la mesilla y me dedica una sonrisa breve, cansada pero sincera.

—Vendrá mañana. Quiere vernos en el hotel.

Asiento, sin decir nada. ¿Qué puedo decir? Si yo fuera Kyllian y alguien hubiera puesto a mi hermana en peligro, lo único que querría sería partirle la cara. Lo entiendo, no me defenderé.

Nos quedamos en silencio unos segundos más. Afuera, una ráfaga de viento golpea los cristales. Sophie se levanta, se dirige hacia la puerta del baño y se queda mirando el interior.

—Esa bañera me está llamando —dice con un hilo de voz—. Me duele todo el cuerpo.

Me levanto y me adelanto a ella.

—Entonces, que no tenga que esperar.

Abro los grifos y el agua empieza a llenar la bañera con un rumor acogedor. Añado la bola de sales aromáticas cortesía del hotel y la dejo correr hasta que la espuma se acumula en la superficie. Busco

la temperatura justa con la muñeca y, cuando me parece perfecta, le hago un gesto.

—Vamos.

Ella duda, pero luego se acerca, se desnuda y me deja ayudarla a entrar. Contengo una exclamación cuando veo los hematomas que cubren su cuerpo de cuando esos animales la tiraron por las escaleras del sótano. Sophie se hunde en el agua tibia, y el suspiro que escapa de sus labios me atraviesa. Se acomoda con la cabeza apoyada en la toalla doblada que coloco en el borde, cierra los ojos y por primera vez en días parece… tranquila.

La observo unos segundos. El vapor empaña el espejo y el aire huele a jabón.

—¿Te importa? —le pregunto, señalando la bañera.

Ella sonríe.

—Por favor.

Entonces me quito la camiseta, los pantalones y entro con ella. Me acomodo a su espalda y la atraigo hacia mí. Apoya la cabeza en mi hombro y yo le acaricio con cuidado la piel marcada, los labios heridos, los morados que se dibujan en su cuerpo. La beso con suavidad en la sien, en la mejilla, evitando las heridas.

—Estamos vivos —murmuro.

Ella entrelaza sus dedos con los míos bajo la espuma.

—Y juntos.

Y así nos quedamos, en silencio, mientras el agua nos envuelve y nos sana y el mundo, por un rato, deja de existir.

Cuando el agua ya está tibia, decido que es hora de sacarla. Salgo yo primero, me envuelvo en una toalla y luego me inclino sobre la bañera. Sophie protesta con un murmullo débil, como si quisiera quedarse ahí para siempre, pero la ayudo a levantarse y le paso una toalla grande por los hombros. Sus pasos son inseguros en

el suelo húmedo, así que la sostengo fuerte, con el brazo firme alrededor su cintura.

—Estoy bien —me dice, pero su voz carece de la seguridad habitual.

—Lo sé —respondo, secándola despacio, con cuidado de no rozar demasiado los morados. Le acaricio el pelo empapado con la toalla y ella me mira en silencio, con los ojos brillando bajo la luz suave del baño.

La llevo de la mano hasta la cama. Hemos apagado ya la lámpara del techo y solo queda la luz cálida de las mesillas. Sophie se sienta en el borde, envuelta todavía en la toalla, y me observa mientras busco mi ropa. Pero antes de que pueda dar un paso, ella extiende un brazo y me detiene.

—No —dice en voz baja, apenas un susurro. Luego me atrae hacia ella, con los dedos todavía húmedos, y yo me dejo llevar.

Me siento junto a ella y nuestras frentes se tocan. Siento su respiración, suave, irregular. Le paso un pulgar por el pómulo, evitando la herida de la mordaza, y beso la comisura de sus labios tan despacio que casi no parece un beso.

—No quiero que pienses en nada esta noche —le digo—. Ni en Élise, ni en Lenoir, ni en nada de lo que hay fuera de esta habitación. Solo nosotros.

Asiente, y sus ojos del color de la noche, tan cansados y al mismo tiempo tan llenos de fuerza, me atraviesan.

Nos tumbamos despacio, desnudos, y nos acomodamos bajo la colcha, con el vapor del baño todavía flotando en la piel. Sophie se acurruca contra mí, la cabeza en mi pecho, mi brazo rodeándola para formar un refugio en el que esté segura.

—No me dejes —susurra.

Le beso el cabello.

—Nunca.

Y así, abrazados, desnudos, el cansancio nos vence. La última imagen que guardo antes de quedarme dormido es la de su perfil

relajado, la respiración acompasada, como si, por primera vez en mucho tiempo, hubiera encontrado un poco de paz.

59

Sophie

No recuerdo quedarme dormida, pero sí despertarme al sentir los labios de Daniel en mi cuello. Me abraza desde atrás y me está besando muy despacio, tanto que al principio no estoy segura de que sean besos de verdad. Cierro los ojos y disfruto de su boca, que deposita sobre mi piel besos lentos y cálidos que parecen encender chispas. Me muevo hacia atrás y me pego a su cuerpo. Él estrecha su abrazo y sigue besándome. La habitación está completamente a oscuras, excepto por la tenue luz verde sobre la puerta que indica la salida. Muevo un poco la cabeza para facilitarle el acceso a mi cuello y él no se hace de rogar. Luego me suelta, me gira para colocarme bocarriba con cuidado y él se sitúa a mi lado. Sus labios se mueven hacia abajo por mi cuello hasta el hombro, mientras sus manos me exploran con calma, subiendo por la cintura hasta rozar el contorno de las costillas.

Esa mezcla de pasión y delicadeza me está volviendo loca. Daniel traza un camino ascendente con la yema de los dedos desde mi cintura, rodeando el ombligo, hasta mi pecho. Gira alrededor del primero y me pellizca suavemente un pezón. Doy un respingo involuntario.

Apoyado sobre su antebrazo, amplía su campo de actuación sobre mi cuerpo. Se inclina sobre mi pecho y atrapa un pezón con la boca. Se me escapa un gemido cuando siento cómo se endurece entre sus labios. Juguetea con él un rato y luego se dedica a sembrar un reguero de besos por mi costado, con sumo cuidado cuando pasa junto a los moretones.

—¿Te duele? —pregunta sobre mi piel.

—No —respondo.

—¿Quieres que pare?

—Ni se te ocurra —exclamo. Esto es mejor que cualquier analgésico.

Cuando sus labios alcanzan mi cintura, se detiene y levanta la cabeza, dejándome temblando por la anticipación. La punta de sus dedos sustituye a su boca y trazan el camino hacia el centro de mi cuerpo. Gimo y me estremezco. Siento una pequeña punzada de dolor, pero nada comparado con el placer y el calor que me están invadiendo el cuerpo. Muy despacio, Daniel baja la mano hasta mi entrepierna. El sonido de nuestra respiración llena la habitación, acompasada y pesada, cargada de tensión.

—Dime si quieres que pare en algún momento —dice con voz ronca.

—Estoy bien —le aseguro.

Me muerdo el labio inferior. No soportaría que se alejara de donde está.

Su mano juguetea con mi sexo mientras su lengua busca mis pezones. Primero uno, luego el otro. Los lame y succiona despacio, complaciente. Luego sopla sobre ellos, endureciéndolos aún más y provocándome un estremecimiento.

Las caricias se hacen más firmes, casi urgentes. Siento su cuerpo pegado al mío, sus labios recorriendo raudo cada centímetro de mi piel, sus manos en mi pecho, en mi sexo. Encuentra el clítoris y comienza a jugar con él. Despacio al principio, dibujando pequeños círculos. Gimo sin poder evitarlo.

—No te muevas demasiado, no quiero que te duela. Déjame a mí —me dice.

Su siguiente movimiento ahoga mi amago de protesta. Mete dos dedos en mi interior, apoya la palma en mi clítoris y empieza a moverse arriba y abajo, dentro y fuera, presionando, girando, jugando. Al mismo tiempo, siento su boca de nuevo en mi pecho, la

lengua girando enloquecida alrededor de mis pezones, la mano libre masajeándome el trasero.

Gimo y jadeo.

—Daniel… —susurro—. No puedo más…

—Córrete para mí —me dice—. Córrete en mi mano.

Es todo lo que necesito para continuar. Pierdo los dedos entre su pelo, echo la cabeza hacia atrás y recibo el orgasmo loca de placer, completamente loca.

Daniel me besa despacio el cuello, los hombros y la cara mientras tiemblo con los últimos espasmos de placer.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Ya lo creo —respondo.

—Bien, porque hay más.

Rio, feliz, y busco su boca para besarlo con fuerza y con… ¿amor?

60

Daniel

Sentirla estremecerse entre mis manos, temblando de placer, me hace sentir cosas que nunca había sentido antes. Es extraño, pero no es el momento de pararme a analizar mis sentimientos; tengo delante a una mujer preciosa, con los ojos brillantes y los ojos húmedos que me desea, y a la que yo deseo con toda mi alma.

Respira despacio, profundamente, y clava en mí sus impresionantes ojos azules, que reflejan la luz de la salida de emergencia.

—¿Estás bien? —vuelvo a preguntar.

Sophie sonríe y estira los brazos hacia mí. Pasa las manos por mi espalda, mete los dedos entre el pelo y me atrae hacia su boca. Intento con toda mi alma transmitirle en ese beso todo lo que estoy sintiendo. Sus manos bajan por mi espalda y se deslizan sedosas hasta las caderas. Sube de nuevo y me pega a ella. Con cuidado para no hacerle daño, me coloco sobre ella y la beso larga y profundamente. Cierro los ojos para concentrarme en su olor, en el sonido de su respiración, en sus manos en mi espalda, en el sabor de su lengua.

Luego bajo despacio hasta sus pechos y vuelvo a regodearme en ellos. Los siento erizarse y ponerse rígidos. Son deliciosos, toda ella es deliciosa.

Sophie se revuelve debajo de mí. Abandono su pezón y subo de nuevo hasta su rostro.

—Me toca —dice. Luego pone las manos en mis hombros y me empuja hacia atrás hasta tumbarme de espaldas—. Así será más

difícil que me hagas daño —me asegura.

—Si te duele… —insisto.

—Lo sé, pero no me dolerá.

Se coloca a horcajadas sobre mí, pero no se acerca a mi erección, sino que se mantiene erguida sobre las rodillas. Se inclina sobre mí y me besa en la boca, un beso intenso, apasionado. Luego me mordisquea el lóbulo de la oreja y me lame el cuello. La sensación hace que se me ponga aún más dura, algo que pensaba que era imposible en ese momento.

Los besos, mordiscos y lengüetazos siguen hasta mis pezones. Los lame y mordisquea con fuerza hasta arrancarme un gemido. Levanto las caderas para ir en su busca, pero ella me esquiva con agilidad. Siento sus uñas en los costados, arañándome con delicadeza en dirección a las caderas, y me estremezco. Mientras, le acaricio la espalda y el trasero, pero me retiro cuando da un respingo de dolor.

Los dos respiramos ya entrecortadamente, pero Sophie no parece tener prisa. Se mueve un poco hacia atrás y su lengua dibuja una línea en dirección a mi pubis. Rodea el ombligo, acaricia el vello con la yema de los dedos y esquiva mi pene para dirigirse a las ingles.

Echo la cabeza hacia atrás, desesperado. Creo que gruño, no estoy seguro. Siento su sonrisa sobre mi piel y levanto de nuevo las caderas.

Entonces, Sophie se levanta y me mira. Luego se inclina de nuevo, busca con la lengua la base de mi polla y la recorre entera con un lengüetazo lento que me arranca un profundo gemido. Cuando llega al glande, lo rodea un par de veces y empieza a jugar con él.

—No te hagas daño —le pido una vez más, recordando las heridas que le hizo la mordaza—, Sophie…

A modo de respuesta, se vuelve a colocar a horcajadas sobre mí, se inclina y acerca su boca a mi oreja.

—Y ahora —susurra— te voy a follar.

Oh dios, esta mujer es lo mejor que me ha pasado en mi vida.

Coge uno de los preservativos que quedan sobre la mesita y me lo pone con destreza. Luego, la cojo por la cintura y la ayudo a colocarse sobre mi polla. Ella baja despacio, y cuando me siente todo dentro, comienza a moverse como una amazona, arriba y abajo, encontrándonos a medio camino para penetrarla hasta lo más hondo, para que me sienta y sentirla como nunca he sentido en mi vida.

La veo llevarse una mano al costado y al instante le paso un brazo por la espalda y la tumbo sobre la cama. Me coloco con cuidado sobre ella y vuelvo a su interior. Sophie entrelaza las piernas en mi espalda y levanta las caderas. Entro y salgo despacio, con cuidado, moviéndome cada vez más deprisa pero sin perder el control. La siento estremecerse y acelero. No retiro los ojos de su cara, quiero captar el mínimo gesto de dolor.

—Vamos —me anima.

Cojo su mano, le chupo el dedo corazón y lo guío hasta su clítoris. Sophie comienza a acariciarse mientras yo la hago mía.

Por fin, echa la cabeza hacia atrás, levanta el pecho y gime mientras el orgasmo la arrolla de nuevo. La miro mientras se corre. Está preciosa, brillante. Espero a que termine y entonces empujo un par de veces y me corro en su interior. Cuando termino, salgo despacio y me tumbo a su lado. Ella se gira hacia mí y me coge la cara con las manos.

—Es fantástico —susurra.

—¿Qué es fantástico? —le pregunto con una sonrisa.

—Todo lo que hacemos juntos.

La beso despacio, paseando mi lengua por su boca, buscando la suya.

Esto es…

Fantástico.

61

Sophie

El zumbido insistente del móvil me arranca de un sueño profundo. Tardo un segundo en ubicarme. La habitación está en penumbra, pero la colcha enredada entre mis piernas y el calor del cuerpo de Daniel todavía pegado al mío me ayuda a situarme. Estoy justo donde quiero estar, entre sus brazos. Daniel resopla en sueños cuando intento moverme y aparto con cuidado su brazo de mi cintura para alcanzar el teléfono en la mesilla.

El nombre en la pantalla me despeja de golpe. Es Kyllian.

—¿Sí? —Mi voz aún suena ronca.

—Estoy abajo —responde mi hermano, con ese tono seco que anuncia tormenta—. En el restaurante del hotel. No tardes, no tengo todo el día.

Cuelga sin darme tiempo a decir nada.

Siento a Daniel moverse a mi lado. Se incorpora medio dormido, con el pelo revuelto y la mirada alerta en un instante, como si estuviera acostumbrado a despertar en guardia.

—¿Quién era?

—Kyllian —respondo, dejando el móvil de nuevo en la mesilla—. Está abajo.

Me levanto y me dirijo hacia el baño.

—¿Quieres que baje contigo? —me pregunta Daniel.

Lo miro. Me tienta decirle que sí, que lo necesito a mi lado, pero sé que esto tengo que resolverlo sola. Es mi hermano, no puedo

presentarme acompañada, pensará que estoy utilizado a Daniel como escudo y se enfadará aún más.

—Bajaré sola —respondo.

Daniel asiente despacio, aunque no parece convencido. Regreso a la cama, me inclino sobre él y le doy un beso en los labios.

Me ducho con rapidez, agua caliente para borrar la pereza y el cansancio, pero no consigue deshacer el nudo que se me ha formado en el estómago. Me visto con las misma ropa de ayer y me recojo el pelo en una coleta alta. Antes de salir, echo un vistazo atrás. Daniel me observa en silencio desde la cama, apoyado en la cabecera. Me ofrece una sonrisa leve que me da valor.

—Llámame si me necesitas —me dice.

—Lo haré, prometido.

Y salgo. El policía que hay sentado junto a la puerta se pone de pie y me mira con una pregunta en la cara.

—Bajo a desayunar —le digo—. Ha venido mi hermano.

Asiente y me deja pasar mientras avisa por el intercomunicador al agente apostado en el vestíbulo.

El restaurante del hotel está medio vacío a esta hora. Las luces son suaves, unas cuantas lámparas para acompañar la luz perezosa que entra por las ventanas. El rumor de platos y tazas se mezcla con un murmullo discreto de las voces. Localizo a Kyllian de inmediato. Está en la mesa del rincón, recto como un palo, con las manos rodeando una taza de café. Ha pedido ya dos desayunos, uno delante de cada asiento.

Me acerco. Él levanta los ojos y me sigue con la mirada, sin un gesto, sin una palabra. Me siento despacio frente a él. Durante unos segundos solo bebemos café. Siento el calor de la porcelana en las palmas, el sabor fuerte que me despierta del todo. Y el silencio que pesa como el plomo.

Al fin, Kyllian se decide a hablar.

—No vuelvas a hacer algo así en tu vida —masculla. Hay fuego en su mirada, pero el temblor de su voz no lo ha provocado la furia,

sino el miedo. Miedo por mí. Me siento fatal.

Lo miro fijamente. Su seriedad me atraviesa. Asiento.

—Te lo prometo.

Lo digo de verdad.

Sus mirada se suaviza un poco, la tempestad de sus ojos amaina. Coge aire profundamente y lo suelta despacio, como si acabara de descargar un peso enorme.

—He hablado con la policía —continúa—. Nos han pedido un registro completo de todos los viajes que hizo Élise con Blackbird. Quieren cotejarlos con los datos que aparecen en ese disco duro.

Me estremezco.

—¿Eso nos afectará de algún modo?

Él niega con la cabeza sin titubear.

—No. Colaboraremos en todo. Y cuanto más claros seamos, mejor quedará nuestro nombre. No vamos a permitir que nadie manche la reputación de la empresa. Nunca habría pensado que Élise…

No termina la frase, no hace falta.

Bebo otro sorbo de café. El calor me calma un poco, aunque no del todo.

—Kyllian… —dudo—. Si supieras todo lo que encontramos…

Asiente.

—Vasseur me lo ha explicado, conozco por encima la trama que tenían montada, pero quiero saber lo que te ha pasado a ti.

Trago saliva, inspiro hondo y empiezo a hablar. Le hablo de la noche de la huida, de la persecución del coche, de la moto que nos corta el paso. Le hablo del eco de los disparos en la casa de campo. Del sótano, del frío, de la mordaza, del miedo atroz que me atenazaba el pecho. Le cuento también cómo Daniel me buscó, cómo su voz en mi cabeza fue lo único que me mantuvo en pie hasta que por fin me encontró.

Las palabras me salen entrecortadas, pero no lloro.

—En el fondo —digo con voz temblorosa—, incluso en los momentos más complicados, en medio de las balas o encerrada en aquel sótano, siempre supe que todo iba a salir bien.

Kyllian me escucha en silencio. Al final, deja la taza en la mesa y me coge una mano. Su gesto es firme, pero más cálido de lo que esperaba.

—No quiero perderte, Sophie. Eres mi hermana pequeña, por el amor de dios. Debería haber estado ahí para protegerte. Lo que haya pasado y lo que pase después, lo afrontaremos juntos. Pero prométeme una cosa más: si vuelves a estar en peligro, me llamarás a mí antes que a nadie.

—Lo prometo —susurro.

Me aprieta los dedos y por primera vez sonríe. Muy leve, apenas un destello, pero suficiente para que yo también esboce una sonrisa cansada.

El camarero trae la comida, croissants recién hechos, mantequilla, mermelada y zumo de naranja. Durante unos minutos hablamos de cosas triviales, de la oficina, de la cantidad de correos acumulados, de cómo mi equipo ha asumido mi parte del trabajo hasta que me reincorpore.

—Entonces, ¿no vais a despedirme?

Lo pregunto en tono jovial, pero una parte de mí siente que podría suceder.

—Lo he pensado —responde Kyllian con el ceño fruncido—, pero las cenas de Navidad serían un infierno y Adele me mataría, así que he decidido mantenerte en la plantilla siempre que tú mantengas los pies dentro del tiesto.

Reímos los dos y el ambiente se relaja, como si de pronto todo pudiera volver a la normalidad, como si no hubiera pasado nada, como si Élise no hubiera utilizado sus contratos con Blackbird para traficar con material robado.

Pero en el fondo sé que no es así. Nada puede ser igual después de Élise, no después de Lenoir. Y no después de haber sentido tan

de cerca lo que es estar a punto de perderlo todo.

Cojo un croissant y me lo llevo a la boca. Me escuecen las heridas, pero está buenísimo.

—¿Te duele? —me pregunta Kyllian.

—Un poco todavía —reconozco—, pero se irán curando poco a poco. —Mastico con los ojos cerrados, saboreando el hojaldre y la mantequilla—. Deberíamos llamar a Daniel para que baje —digo—, estará muerto de hambre.

—Bien, también tengo un par de cosa que decirle a él también —responde mi hermano con el ceño fruncido.

—Te vas a comportar, ¿verdad? No seas imbécil.

—Claro, tranquila.

Pero sé que es mentira. Aun así, cojo el móvil y lo llamo.

—El desayuno está buenísimo —le digo por teléfono—. Baja, Kyllian ha prometido no morderte.

—Yo no he dicho eso —ríe mi hermano entre dientes cuando cuelgo.

Por fin, parece que la vida empieza a encaminarse hacia el lado correcto.

62

Daniel

El desayuno con Kyllian Blanchet termina mejor de lo que había empezado. Su mirada de halcón me ha atravesado varias veces, como si midiera mi capacidad para proteger a Sophie o buscara un resquicio en el que colarme un reproche. Intuyo que no le gusto demasiado, pero no sé si es por mi profesión, por el peligro que ha corrido Sophie o, simplemente, porque aborrece pensar en que haya un hombre cerca de su hermanita. Pero al final, cuando se levanta para marcharse, me tiende la mano.

—Gracias por salvar a mi hermana —dice con voz grave.

No es una frase vacía. Se nota el peso de cada palabra, casi le costara pronunciarla. Le estrecho la mano sin apartar los ojos de los suyos.

—No podía hacer otra cosa.

Él asiente, serio, y no añade nada más. Yo tampoco. El motivo de mis actos queda implícito en mis palabras. Es suficiente.

Cuando Mat se une a nosotros en la mesa, Kyllian ya se ha ido. Mi amigo sonríe, me palmea la espalda y le da un suave beso en la mejilla a Sophie.

—Me podría acostumbrar a vivir así —dice mientras devora su desayuno. Ha pedido lo mismo que nosotros, además de una tortilla de queso, beicon, pan tostado y un bol de fruta.

Hacemos bromas, contamos chistes y nos reímos hasta que mis costillas lastimadas gritan clamando una tregua. Luego, los tres recibimos casi al mismo tiempo un mensaje de la inspectora Vasseur pidiéndonos reunirse con nosotros en comisaría.

Cuando llegamos, nos conducen directamente a una sala de reuniones más funcional que acogedora, con una mesa ovalada de madera, las paredes desnudas, una cafetera en la esquina con más años que yo y un ventanal que da a un patio interior sin gracia alguna.

Vasseur llega puntual. Su porte impone aunque no levante demasiado la voz. Nos mira a los tres con la barbilla levantada, sin sonreír ni mover un músculo de la cara. Trae un fajo de carpetas bajo el brazo y deja caer el abrigo sobre una silla antes de sentarse frente a nosotros. Su mirada pasa de Sophie a mí, y de mí a Mathieu con una mezcla de cansancio y alerta permanente.

—He leído vuestras declaraciones —empieza sin rodeos— y también he revisado los archivos que entregasteis. Hicisteis un buen trabajo al desencriptar el disco duro y crear las copias. De dudosa legalidad y muy peligroso, pero muy bueno.

Veo a Mat sonreír de medio lado. Vasseur también lo ve, y lo mira directamente.

—No es un halago, sargento Beaumont —le recuerda—. Podría caerle un buen paquete por lo que ha hecho. Sus superiores están esperando mi informe para decidir qué hacer con usted. Todavía no lo he decidido —añade.

Sophie se endereza en la silla ante la amenaza a nuestro amigo y yo cruzo los brazos, pero Mat, con su calma habitual, se queda recostado en el respaldo como si todo esto fuera una especie de broma.

Vasseur se inclina hacia delante, entrelazando los dedos sobre la mesa.

—Las pruebas son abrumadoras. Incluso el juez lo ha visto claro. Esta mañana ha decretado el ingreso en prisión preventiva del conde de Villeneuve, alias Lenoir.

Un silencio denso cae sobre la sala. Incluso Sophie se queda con la boca abierta, como si no acabara de creérselo.

—¿Prisión preventiva? —pregunto, incrédulo—. ¿Ya está dentro?

—Mientras hablamos —responde Vasseur— hay varias patrullas de camino a su residencia de París para practicar un registro. Llevan también la orden de detención. Cuando terminen, lo conducirán hasta el centro penitenciario, esposado si hace falta.

Sophie inspira hondo. Sé lo que piensa: la imagen de ese hombre elegante, condescendiente, prepotente, metido de lleno en la maquinaria de la justicia como un delincuente más. Ella misma lo ha mirado a los ojos y ha sentido esa superioridad nauseabunda con la que la trató en la casa donde la tuvieron retenida.

—¿Y los abogados? —pregunta Mat, con ese punto práctico de soldado que no se anda por las ramas.

Vasseur resopla, supongo que porque esperaba esa pregunta.

—Ya están en marcha, por supuesto. Nos han propuesto un pacto, información a cambio de evitar la cárcel.

Sophie golpea suavemente la mesa con la palma abierta en un gesto de frustración contenida.

—¿Después de todo lo que ha hecho? ¿Después de lo que encontramos, de lo que tenemos la certeza que es responsable?

La inspectora levanta un dedo para intentar calmarla.

—Por desgracia, eso no es de mi competencia, mademoiselle Blanchet. La decisión corresponde a la fiscalía y, en última instancia, al juez. Pero os diré algo a título personal: no me gustaría que ese hombre quedara libre. Ni un día. Y no estoy dispuesta a tolerarlo. Haré todo lo que esté en mi mano para que cumpla la condena que le corresponda. Pero eso —añade con un gesto de enfado—, como les digo, no está en mi mano.

Su tono es más duro de lo habitual, casi como un rayo que cruza el ambiente. Se me eriza la piel.

—¿Qué posibilidades tiene de quedar en libertad? —pregunto.

Vasseur se inclina hacia atrás y suspira.

—Su defensa es hábil. Hablarán de conspiración, de pruebas manipuladas, de archivos creados para incriminarlo. Intentarán que

el proceso se alargue durante años. Y con sus recursos, no es imposible que lo consigan.

—Tiene muchos e importantes contactos —interviene Sophie en voz baja pero firme—. No solo en Francia. Aparece vinculado a empresarios, políticos y marchantes de medio mundo.

—Exacto —concede Vasseur—. Y ahí está el dilema: lo que ofrece a cambio de un pacto puede ser oro puro. Nombres, operaciones, rutas. Información suficiente para desmantelar la red completa. La tentación de aceptarlo será grande.

Mat se adelanta entonces y habla con su tono seco y militar.

—Pero si lo dejan libre, seguirá moviendo hilos. Un hombre así nunca se detiene.

—Lo sé —dice Vasseur, clavándole los ojos—. Y le repito que no pienso quedarme cruzada de brazos, pero hay demasiada gente y demasiados intereses por encima de mí. Necesito pruebas incontestables, que ni siquiera su ejército de abogados pueda rebatir.

La tensión es palpable. Sophie juega con el borde de su taza de café, sin mirarnos. Sé que piensa en el disco duro, en los documentos que todavía no han explorado a fondo, en lo que quizá falte por descubrir.

Yo la observo de reojo. Su perfil serio, los labios apretados, la sombra de las heridas todavía visible en su rostro. Y siento una mezcla de orgullo y desasosiego. Orgullo porque sé que sin ella no estaríamos aquí; desasosiego porque sigo teniendo miedo a que le hagan daño.

Vasseur se pone de pie, recogiendo las carpetas.

—Descansad. Os lo habéis ganado. Pero permaneced localizables. En cuanto haya novedades, os llamaré. Y creedme, no tardarán en llegar.

Nos levantamos también. Mat asiente con corrección, Sophie cruza los brazos como si se abrazara a sí misma y yo no puedo evitar preguntarme si la tormenta está realmente amainando o si, por el

contrario, lo peor aún está por llegar. A esa hora, Lenoir puede estar ya de camino a la cárcel. ¿Cuánto tiempo permanecerá allí?

63

Sophie

Comemos los tres en el restaurante del hotel, en una mesa junto al ventanal desde el que se ve la ciudad a mediodía, gris y plomiza bajo las nubes bajas. En el comedor no hay demasiada gente, apenas un par de ejecutivos que no sueltan el teléfono, una familia con niños que corretean alrededor de las sillas y dos turistas alemanes intentando comprender la carta en francés. Aun así, para mí todo parece amortiguado, como si estuviera dentro de una pecera, aislada del bullicio real del mundo.

Pedimos un menú sencillo, lo mismo para los tres: sopa caliente, carne guisada con verduras y una tarta de manzana que huele a canela desde que la sacan de la cocina. El aroma me abre el apetito después de tantas horas de tensión, y me sorprende darme cuenta de lo hambrienta que estoy.

—Esto sí que es un lujo —dice Mat, atacando la sopa como si llevara días sin probar una comida decente, a pesar del desayuno que se ha zampado—. Nada que ver con las raciones enlatadas que nos dan durante las maniobras.

Daniel sonríe.

—Tú puedes con lo que te echen, hermano.

—Sí, pero no me compares un guiso como este con una bolsa de pasta insípida que hay que hidratar con agua caliente —responde Mat, levantando la cuchara a modo de brindis improvisado.

Reímos un poco, y esa risa me alivia. Es como si empezáramos a sentirnos humanos otra vez, capaces de dejar atrás el miedo, el estruendo de las balas, el dolor e incluso la extraña capacidad que

he desarrollado para establecer planes, identificar peligros y trazar rutas de escape. La psicóloga que me atendió en el hospital me dijo que a eso se le llama «mentalidad de guerra», y que es frecuente en las personas que se ven inmersas en situaciones extremas y de peligro para su vida.

—Al final —me dijo—, lo que tu cerebro quiere es que sobrevivas, y te da herramientas para que lo hagas. Cuando te relajes, lo relegarás de nuevo a un cajón del fondo, y con suerte nunca más volverás a necesitar esos conocimientos.

Cuando dejamos de reírnos, aprovecho para hablar. No es fácil con esos dos haciendo chistes y contando anécdotas todo el rato.

—Mat… —empiezo, mirándolo con cierta timidez—. Todo lo que hicisteis para encontrarme, los satélites, las imágenes, el rastreo… ¿Crees que podríamos adaptar alguna de esas herramientas a mi trabajo en Blackbird?

Daniel me lanza una mirada de quien sabe que la respuesta no será buena.

Mat se me queda mirando un instante y apoya los codos sobre la mesa.

—Ni lo sueñes, Sophie —dice al fin, serio—. Eso es material sensible. Propiedad militar. Y más de un tribunal internacional me colgaría por haberlo usarlo como lo usé.

—No lo decía para… —empiezo a replicar, pero él me interrumpe con un gesto de la mano.

—Lo sé. —Su tono se suaviza apenas un poco—. Pero escucha, no debes mencionar nunca que lo viste, ni mucho menos que lo utilizamos allí, ¿entendido?

Asiento, un poco avergonzada.

—Entendido.

La conversación cambia de rumbo. Daniel apoya también los brazos sobre la mesa y se inclina hacia su amigo.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?

El piloto suelta un resoplido breve, mezcla de cansancio y resignación.

—Volver a la base. Presentar el informe y esperar la sanción.

—¿Qué te van a hacer? —pregunto.

Mat sonríe de lado, con esa sonrisa cínica tan suya.

—Nada bueno. Ya he hablado con mi superior esta mañana. Dice que, con el manual en la mano, me correspondería un castigo ejemplar, incluso la expulsión del ejército. Luego ha hablado de mi valía y de las buenas palabras de la inspectora Vasseur, y ha accedido a hacer la vista gorda, aunque me ha asegurado que le debo una, y que voy a empezar a pagar en cuanto vuelva. De momento, me han asignado la tutela de una periodista que quiere hacer un reportaje sobre nuestros veteranos de operaciones en el extranjero. —Se encoge de hombros—. Si no puedo evitar el castigo, al menos intentaré sobrevivir a la señora reportera. No hay forma de librarme de la prensa…

Daniel se ríe, pero yo noto que detrás de esa broma hay más preocupación de la que deja ver.

Terminamos el postre y pedimos café. Ninguno tiene prisa por levantarse, pero sabemos que el momento se acerca.

En el vestíbulo del hotel, Mat recoge su chaqueta y se la enfunda con gesto mecánico. La ropa civil no consigue disimular del todo la rigidez militar que se le ha pegado a los huesos. Nos quedamos de pie los tres, frente a frente, sin palabras durante unos segundos.

—Gracias, hermano —dice Daniel, abrazándolo con fuerza. Es un abrazo de verdad, de los que dejan marca.

—Nos debemos otra, Reed —responde Mat, dándole un par de palmadas en la espalda—. Y tendrás que ayudarme a reconstruir mi casa. Yo pongo las cervezas.

Cuando me toca a mí, Mat me rodea con sus brazos y me aprieta con sorprendente suavidad, como si temiera romperme.

—Cuídate, Sophie. Y cuídalo a él —me dice al oído.

—Lo haré —respondo, con un nudo en la garganta.

Después, sin más ceremonia, coge la mochila y la maleta y se marcha. Lo vemos cruzar el vestíbulo, empujar la puerta giratoria y perderse bajo la lluvia ligera que sigue cayendo sobre París.

Daniel y yo nos quedamos en medio del hall, en silencio, y nos miramos fijamente. No sabemos bien qué decir ni qué hacer. La batalla ha terminado, pero las preguntas siguen flotando en el aire como el humo.

Cuando la puerta giratoria se detiene tras el empujón de Mat, el sonido del tráfico parisino nos llega de nuevo amortiguado por el cristal. Siento un vacío extraño, como si con él se hubiera marchado el último eslabón de la cadena que nos mantenía en pie.

—Bueno… —Daniel rompe el silencio. Pestañeo para volver a la realidad y lo veo rascándose la nuca como si buscara un gesto neutro para decir lo que sea que va a decir—. Supongo que nosotros también tenemos que seguir adelante.

Lo miro, y en ese instante me doy cuenta de que estoy agotada. El cuerpo me duele todavía por las marcas de las cuerdas, por los golpes, por todo lo que pasó, pero lo que más pesa es la cabeza. No tengo fuerzas para responder con ironía ni para huir de la evidencia.

—Sí —murmuro—. Y no sé cómo.

Él da un paso hacia mí, como tanteando si puede acercarse o no. Al final me tiende la mano abierta y espera a que yo decida. La tomo sin pensarlo, y siento ese calor firme que me ha salvado tantas veces en los últimos días.

—Ven —dice, simplemente.

Subimos juntos en el ascensor, en silencio. El reflejo de nuestros cuerpos se multiplica en las paredes metálicas, dos figuras cansadas, desajustadas, pero unidas por un hilo invisible. El ascensor se detiene con un tintineo y caminamos por el pasillo mullido hasta la habitación que compartimos.

Al entrar, cierro la puerta detrás de mí. El murmullo lejano del hotel desaparece. Solo queda el susurro de la lluvia contra la ventana. Daniel se deja caer en una silla, sin mirarme.

—¿Qué va a pasar ahora, Sophie? —me pregunta en voz baja.

Me siento en la cama, frente a él.

—No lo sé. Tengo la sensación de que, aunque Lenoir esté entre rejas, nada se ha acabado de verdad.

—Porque no se ha acabado —responde, y al levantar la vista veo que sus ojos color miel brillan, tensos—. Ese tipo tiene dinero, poder, amigos influyentes. Saldrá, lo sabes.

—Y aún así… —miro mis manos, entrelazadas en mi regazo—, no podemos dejar de pelear, aunque lo que de verdad me gustaría es que, por primera vez en mucho tiempo, todo sea sencillo. Solo quiero un poco de calma.

El silencio que sigue es espeso. Daniel se levanta despacio y se sienta a mi lado en la cama. Siento su hombro rozando el mío.

—No soy muy bueno con lo sencillo —admite con una sonrisa cansada—. Pero contigo… podría intentarlo.

Me muerdo el labio, insegura. La cercanía me desarma. La Sophie que duda, que calcula, que mide cada paso… no está aquí ahora. Solo queda la mujer que sobrevivió a un sótano, a una bala perdida, a un mundo de mentiras, y que tiene frente a sí al único hombre en el que confía de verdad.

—¿Y si mañana todo vuelve a estallar? —pregunto.

Daniel se encoge de hombros.

—Entonces, pelearemos. Pero hoy, podemos darnos permiso para estar vivos.

Lo miro. Lo miro de verdad, sin reservas, sin prisa, y no encuentro en él al periodista que persigue titulares, ni al hombre que me ha cabreado tantas veces. Veo al que no dudó en lanzarse al fuego por mí.

Me inclino hacia él. El beso es lento, casi tímido, y sin embargo me enciende por dentro. Sus manos rodean mi espalda con cuidado, como si temiera que pueda romperme. Me tumbo hacia atrás en la cama y él me sigue. No hace falta nada más que el murmullo de la

lluvia y la certeza de que, al menos por ahora, nos tenemos el uno al otro.

64

Sophie

El olor a café y croissants todavía flota en el aire de la habitación. La bandeja del desayuno descansa olvidada en la mesa baja, con el azúcar derramado y las tazas a medio beber. No hemos salido de la habitación desde que Mat se marchó ayer.

Daniel hojea el periódico con gesto distraído, aunque sospecho que no está leyendo nada. Sus ojos se mueven por las columnas, pero su pensamiento está en otro sitio. Yo sigo en la cama, acurrucada debajo del edredón y con la cabeza hundida en la almohada. Hicimos el amor hasta la madrugada, nos dormimos abrazados y volvimos a tener sexo en cuanto nos despertamos. Me siento plenamente feliz.

Miro a Daniel. Está guapísimo vestido solo con sus bóxer. Tiene la piel curtida, cubierta de un vello fino y claro, rubio en los brazos y más oscuro en el pecho y en las piernas. Lleva una barba de tres días que le oscurece las mejillas y lo hace aún más atractivo. Paseo la mirada por sus brazos perfectamente musculados, por su pecho poderoso, por su abdomen definido, por sus piernas firmes y torneadas… y se me hace la boca agua, como si no hubiera tenido ya suficiente.

Él me descubre mirándolo como una niña frente al escaparate de una pastelería y suelta una carcajada alegre.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta divertido.

—La verdad es que sí —reconozco, traviesa—, aunque desde aquí no puedo ver todo lo que quiero.

—Puedes verlo desde cerca, si quieres —me invita.

—Quizá sea una buena idea.

Empujo el edredón hacia atrás y me levanto de la cama, desnuda. Avanzo despacio hacia él, que deja el periódico sobre la mesa y me mira expectante.

—A mí también me gusta lo que veo —dice.

Cuando llego frente a él, me detengo y lo miro descarada. Le acaricio el pelo, la cara, los hombros, el pecho. Me agacho para seguir por el abdomen, las piernas, las rodillas. Llego a los tobillos y trazo la huella de su pie con la punta de mis dedos. Luego vuelvo a subir por la parte interior de sus piernas, sus muslos, hasta llegar a su entrepierna. Veo el enorme bulto que ocultan sus calzoncillos y lo miro con un mohín disgustado.

—Justo lo que quiero ver, está tapado.

Se ríe de nuevo. Luego coge mis manos y las pone en el elástico de los bóxer.

—Haz lo que tengas que hacer para conseguir lo que quieres —me dice.

Y lo hago.

Prácticamente le arranco la prenda, que deslizo por sus piernas hasta sacarla por los pies. Luego la lanzo hacia un lado y me siento a horcajadas sobre sus piernas. Me lanzo desesperada a por su boca, y él me recibe hambriento, me devora, me coge la cara con las manos e impide que me separe de él, aunque la verdad es que no pensaba ir a ningún otro sitio que no fueran sus labios.

Mientras nos besamos, pasea las manos por mi espalda hasta mi trasero y me atrae hacia él. La noto dura contra mi sexo, y me humedezco aún más. Lo deseo tanto que duele.

No puedo esperar más, no quiero demorar el momento de sentirlo dentro de mí, así que le pongo el último preservativo que nos queda y luego me coloco sobre su glande y bajo poco a poco. Siento cómo me abro para él, cómo mi cuerpo se acopla al suyo y nos hacemos uno. Cuando está completamente dentro de mí, me detengo un instante para disfrutar al máximo de la sensación. Me

separo de sus labios y me pierdo en sus ojos, que brillan como el sol.

—Sophie… —murmura contra mi boca, y se lanza de nuevo a por ella.

Apoyo la punta de los pies en el suelo y comienzo a moverme arriba y abajo. Daniel me ayuda sujetándome de las caderas, me acompaña en cada movimiento. Gimo y lo oigo jadear. Gruño ante la sensación salvaje que estoy sintiendo, que se apodera de mi cuerpo con cada movimiento. Hay algo primitivo en el sexo, primario, básico y esencial como el respirar, y ahora, ya no puedo respirar si no es a través de Daniel.

Siento el orgasmo formarse entre mis piernas y echo la cabeza hacia atrás. Daniel captura uno de mis pezones y lo lame y succiona mientras aceleramos el ritmo. La bola de placer crece a casa segundo. Imagino el Big Bang dentro de mí, el punto inicial del universo creciendo y expandiéndose hasta el infinito. Y entonces, algo explota y me convierto en una madeja de terminaciones nerviosas que transmiten el placer hasta el último poro de mi piel.

Daniel me acompaña, jadea y gruñe entre dientes mientras se corre dentro de mí. Siento cómo vibra en mi interior mientras se derrama. Hay algo tan íntimo en ese acto que no lo puedo describir.

Por fin, nos calmamos y me quedo quieta en su regazo. Daniel me abraza y me pega a su cuerpo. No hay mejor refugio que su pecho. Me acurruco contra él, tranquila, mientras mi corazón recupera poco a poco su ritmo habitual. Me río, porque recuerdo que el ritmo de mi corazón últimamente ha sido desbocado por el estrés, el miedo y la adrenalina. Hoy, late con fuerza por un motivo mejor, desde luego.

Pienso si esto será así siempre, y de pronto me sorprende encontrarme pensando en un futuro con Daniel, dándolo por sentado.

Aparto ese pensamiento de mi cabeza y me concentro en el presente. Solo existe el hoy, este momento en el que estoy con

Daniel, sobre él, entre sus brazos, con sus labios en mi frente, y me siento feliz.

—Necesito una ducha —digo cuando por fin sale de mi interior. Siento mis fluidos deslizarse entre mis piernas.

—Te acompaño —decide con una sonrisa—, y luego pediremos más café, y también más croissants —añade—. Me dejas exhausto y muerto de hambre.

—No te oía quejarte hace un momento —le recuerdo mientras me dirijo al baño.

—No me quejo, solo constato los hechos —me corrige con un dedo levantado.

—Periodistas… —digo, y abro el grifo.

Media hora después estamos limpios, vestidos y disfrutamos de nuestro segundo desayuno del día sentados a la mesa junto a la ventana. Por fin ha dejado de llover y el sol ilumina las calles y los tejados mojados de la ciudad. Me encanta París, no me imagino viviendo en ningún otro lugar del mundo.

Daniel vuelve a hojear el periódico.

—Es raro —murmura sin apartar la vista del papel—. Llevar tanto tiempo entre carreras y disparos y ahora preocuparme por algo tan mundano como qué vamos a hacer esta tarde.

Sonrío apenas, sentada a su lado.

—Podríamos probar a ser normales un par de días. Ir al cine, caminar sin mirar por encima del hombro, discutir por tonterías…

Daniel ríe por lo bajo.

—¿Tú discutes por tonterías?

—Cuando me lo propongo, soy una profesional —respondo, arqueando una ceja—. Pregúntaselo a mi hermano.

—No me atrevo, no le caigo bien —dice con una sonrisa—, aunque he deducido que solo es porque me meto en tu cama, y eso no le hace gracia.

—Kyllian es idiota —zanjo moviendo la mano—, no le hagas ni caso.

Ese momento ligero me sabe a oxígeno después de tantas semanas de estrés. Bebemos café mientras repasamos la cartelera, y justo cuando estoy a punto de reclinar la cabeza en su hombro, golpean la puerta. Dos toques firmes, secos. Daniel y yo nos miramos al mismo tiempo, y el nudo en el estómago regresa.

Él se levanta primero y abre. Primero solo una rendija, para comprobar quién está al otro lado, y luego por completo.

La inspectora Vasseur está en el umbral. Impecable como siempre, con el abrigo oscuro cerrado hasta el cuello, el moño tirante, pero sus ojos… sus ojos la delatan. Luce unas ojeras profundas, y hay algo quebrado en su expresión, como si hubiera envejecido diez años desde la última vez que la vimos, el día anterior.

—Perdonad la intromisión —dice, entrando sin esperar respuesta —. Necesito hablar con vosotros antes de que lo veáis en los periódicos.

Tardo en darme cuenta de que, por primera vez desde que nos conocemos, nos está tuteando.

Me pongo de pie, y siento que el corazón me golpea en las costillas.

—¿Qué ha pasado? —pregunto a bocajarro. Porque es evidente que ha pasado algo.

Vasseur no se sienta; permanece de pie, incapaz de relajarse. Se frota las manos un segundo, un gesto inhabitual en ella, y finalmente lo suelta:

—Henri de Villeneuve ha muerto en su piso de París. Lo han asesinado —añade.

Sus palabras son un mazazo. Daniel se adelanta a mi pregunta.

—¿Cómo?

—Un disparo en la cabeza —responde, y por primera vez la voz de Vasseur tiembla un poco—. Una ejecución limpia, sin huellas, sin

testigos. Lo han silenciado. Cuando nuestros efectivos llegaron ayer por la tarde, solo encontraron el cadáver. No he podido venir antes… —se excusa.

Me tapo la boca con la mano. Tenía la esperanza, absurda quizá, de que Lenoir se enfrentaría a la justicia, de que sería interrogado, que confesaría y toda la red se vendría abajo. Por Élise…

—¿Quién…? —empiezo a decir.

Ella me corta con un gesto brusco.

—No lo sabemos, por supuesto. No hay huellas, nada en las cámaras de seguridad y nadie ha visto nada, pero no hay que ser muy listo para deducir que sus propios socios han decidido asegurarse de que no hablaría. Que siguiera vivo era un riesgo que no estaban dispuestos a asumir.

Daniel aprieta los puños.

—Entonces, todo lo que hicimos… ¿para qué?

Vasseur lo mira, y en ese instante su máscara se resquebraja. Sus ojos brillan, pero no de ira, sino de un cansancio que parece infinito.

—Para nada —susurra—. Todo este esfuerzo, todas las pruebas, la sangre, los muertos… Y el cabecilla, al que teníamos en nuestras manos, ya no está.

Camina un par de pasos por la habitación, como un animal enjaulado.

—El caso se cerrará en falso. Eso es lo que significa. Podremos intervenir algún cargamento, interceptar una joya robada en un aeropuerto, poner un par de nombres en un informe. Pero el entramado sobrevivirá. Se quedarán quietos un tiempo, dejarán que la prensa se aburra, que los jueces se distraigan… y luego volverán. Siempre vuelven.

Se lleva una mano a la frente, y me estremezco. Vasseur, la mujer de hielo, parece hundida.

Daniel habla con dureza.

—No me diga que hemos arriesgado la vida para nada.

—No para nada —responde ella, clavándole los ojos—. Élise confió en vosotros, y ese disco duro existe gracias a ella. Habéis sacado a la luz nombres que nunca habrían salido. Pero creedme, el monstruo es demasiado grande. Yo misma me engañé pensando que lo habíamos atrapado por fin. Y ahora… —se encoge de hombros—, ahora solo queda seguir trabajando, sabiendo que nunca acabaremos del todo.

Me levanto despacio y me acerco a ella.

—¿Y usted? ¿Qué va a hacer?

Vasseur suspira, como si le pesara el alma.

—Lo único que sé hacer: trabajar. Abrir expedientes, interrogar, redactar informes, investigar. Seguir peleando contra una hidra que siempre tendrá otra cabeza.

La rabia me sube desde el estómago.

—Entonces, ¿ganan ellos?

Ella niega, despacio.

—No ganan, Sophie. Al menos, no del todo. Cada día que un cargamento no llega, cada pieza de arte recuperada, cada político que duerme intranquilo porque sabe que podemos tirar del hilo que nos conducirá hasta él… eso también cuenta. Es una guerra que no se puede ganar, pero tampoco perder del todo.

Durante unos segundos nadie habla. Afuera, París sigue con su rutina; dentro de esta habitación, el peso de lo ocurrido nos aplasta.

Por fin, Daniel rompe el silencio:

—No sé si eso me consuela o me enfurece más.

Vasseur deja escapar una sonrisa amarga, casi imperceptible.

—Bienvenido a mi mundo.

Y sin más, recoge su bolso y se dirige a la puerta. Se detiene un segundo en el umbral y mira a Daniel.

—No permitas que la historia de Élise se pierda —le dice mirándolo directamente a los ojos—. No dejes que echen paladas de tierra sobre todo lo que ha ocurrido. Tú has sido testigo directo, ya

nadie puede impedirte que lo cuentes. —Veo que los ojos de Daniel brillan cuando comprende el alcance de esas palabras—. Y vosotros —añade con una sonrisa triste—, seguid con vuestras vidas. No os convirtáis en mártires de las causas perdidas, eso dejádmelo a mí.

Cuando la puerta se cierra, me siento en el borde de la cama. Daniel se deja caer junto a mí. Nos quedamos quietos, escuchando solo nuestra respiración.

—Entonces, ¿ya está? —murmuro—. ¿Así acaba todo?

Daniel me mira. Veo decisión y fuerza en sus ojos, y me gusta.

—El mal nunca desaparece. Solo cambia de rostro. Pero mientras haya gente como Vasseur, habrá pelea. Y mientras estemos juntos, Sophie, no podrán arrebatarnos lo que tenemos.

Me aferro a su mano, y aunque la sombra de Lenoir y de todo lo que representa todavía pesa sobre nosotros, por primera vez siento que no estoy sola. Y que no lo estaré nunca.

65

Daniel

Un año después

La furgoneta de la mudanza acaba de aparcar junto al camino de grava cuando Sophie y yo salimos al jardín para dar instrucciones a los operarios. El sol de mediodía se filtra entre los árboles de Maisons-Laffitte, ese rincón de campo a pocos kilómetros de París que parece sacado de una postal. Nunca pensé que acabaría aquí, organizando dónde va un sofá, dónde colgar un cuadro o qué habitación servirá de despacho. Siempre imaginé mi vida entre hoteles baratos y redacciones llenas de humo, o en mi refugio, mi casa junto al bosque, pero aquí estoy, con Sophie a mi lado, discutiendo como si nos fuera la vida en la colocación de una estantería.

—Si el sofá lo ponemos contra la ventana, la luz nos dará de lleno en los ojos y no podremos sentarnos a leer. —Señalo con el dedo.

—¿Y? —me responde ella, con esa mirada que mezcla picardía y paciencia.

—Que será incómodo.

—Pues bajamos las cortinas.

—No tenemos cortinas.

—Entonces, las compramos. —Y me lanza una sonrisa que me desarma y me obliga a rendirme.

La casa es muy grande. Fachada clara, contraventanas verdes, un tejado a dos aguas y ventanales enormes que dejan entrar la luz

hasta inundar cada rincón. Dentro todavía huele a pintura nueva y a madera, y nuestras voces rebotan en las paredes desnudas, creando un eco divertido.

Nuestros amigos no tardan en llegar. Théo y Olivia aparecen con la niña en brazos, la pequeña Amélie, que no deja de moverse como si quisiera recorrer la casa antes que nadie a pesar de que apenas es capaz de gatear. Olivia se instala en la cocina, la única estancia amueblada con lo básico. Ha traído varias bolsas y empieza a organizar la comida como si estuviera en su territorio.

—Que alguien me consiga una tabla de cortar antes de que acabe usando esta caja de cartón —gruñe, aunque sonríe al mismo tiempo. Me apresuro a abrir las cajas marcadas con la etiqueta COCINA y rebusco hasta dar con lo que necesita—. Déjame —me dice, señalando la puerta con un dedo—. Yo me apaño.

Poco después llegan Adele y Kyllian. Él carga con una caja repleta de botellas, y ella con una bolsa llena de cojines de colores.

—Para que no digáis que solo traigo problemas —dice Kyllian, dejando la caja en el suelo.

—Los problemas te acompañan siempre, hermano —le replica Sophie, divertida—, los llevas pegados al culo.

Las risas llenan el aire. Entre cajas, muebles que van y vienen y voces que se cruzan en todas direcciones, la casa empieza a sentirse viva. El caos alegre de una mudanza que no necesita orden, solo ilusión.

Trabajamos codo con codo durante toda la mañana, intentando no chocar y viendo cómo los muebles que hemos comprado comienzan a llenar algunas habitaciones.

Cuando por fin nos sentamos a comer, improvisamos una mesa con dos cajas grandes y unos cojines en el suelo. Olivia reparte pan, queso y ensalada; Sophie abre una botella de vino y Kyllian se encarga de los vasos. Théo intenta mantener a la niña lejos de los platos, pero ella estira la mano una y otra vez, decidida a probar lo que sea.

—Así empieza todo —dice Adele, mirando alrededor—. Una casa vacía, unas cajas por mesa y un montón de ilusiones.

—Y vecinos que pronto se quejarán de nuestras fiestas —añado, arrancando las carcajadas de mis amigos.

—¿Fiestas? ¿Con qué música? —pregunta Sophie, arqueando las cejas—. Porque yo no pienso escuchar tus vinilos antiguos de rock setentero todos los fines de semana.

—No les faltes el respeto a los Rolling Stones, cariño.

—Y tampoco pienses que vas a colgar esa colección de póster horribles al salón.

—¡Eh! —protesto—. Esos póster son historia del periodismo.

—Historia del mal gusto, dirás. Esos cuadros no van a salir de tu despacho.

Las carcajadas revientan la sala. Olivia casi derrama el vino de tanto reírse y la niña aplaude, encantada con el ruido.

El ambiente se vuelve aún más distendido después del brindis que propone Kyllian.

—Por mi hermana, que al fin se ha decidido a dejar de meterse en líos. Y por Daniel, que ha demostrado tener más vidas que un gato.

—Eh, que yo no… —empieza Sophie, pero todos la miramos y ella suspira con resignación—. Vale, quizá un poco.

Las conversaciones giran en torno al futuro. Théo me pregunta por el libro que acabo de publicar contando todo lo que sé y lo que viví hace ya un año. El caso Lenoir, como predijo la inspectora Vasseur, se cerró con la muerte del conde. La investigación perdió fuerza poco a poco hasta terminar en algún archivo acumulando polvo, no hubo detenidos ni grandes operaciones policiales. Sin embargo, la publicación de mi novela, *La Red*, sirvió para remover un poco el panorama y que se hablara del tema a nivel internacional. La historia no tardó en convertirse en un éxito de ventas y hoy va camino del cine.

Sophie habla con entusiasmo de su trabajo en Blackbird, de los avances que ha implementado en el uso de IA para crear decorados más realistas. Yo la observo mientras mueve las manos al hablar y se enciende con sus ideas, y me siento orgulloso, un orgullo que nunca antes había experimentado.

—¿Y quién hará de ti en la película? —pregunta Adele, riéndose.

—Todavía no lo sé, pero no tardarán en anunciarlo, y Sophie ya ha dicho que, si es guapo, se lo queda.

—Eso no es verdad —replica ella, aunque sonríe—. Bueno… aunque no es mala idea…

Nos reímos todos, y el vino ayuda a que las horas se diluyan. La luz de la tarde se cuela en la casa, cálida y suave, iluminando el desorden que ahora me parece perfecto: cajas apiladas, vasos medio vacíos, cojines esparcidos por el suelo.

Cuando el sol empieza a caer, nuestros amigos recogen sus cosas y se despiden. Olivia se lleva a la pequeña Amélie, que ya bosteza, y Kyllian me da una palmada en el hombro.

—Cuida de mi hermana.

—Siempre —le respondo. Y lo digo en serio.

El silencio se apodera de la casa cuando la puerta se cierra tras ellos. Sophie y yo nos quedamos un instante en el salón, de pie, rodeados de cajas y muebles sin montar.

—¿Lo sientes? —me pregunta ella.

—¿El qué?

—El eco. —Da una palmada y la resonancia llena el aire—. Es la voz de nuestra casa.

La tomo de la mano. Subimos despacio las escaleras y abrimos la puerta de nuestra habitación. Dentro solo hay un colchón en el suelo, cubierto con unas sábanas limpias y un edredón doblado al pie. Alrededor, decenas de cajas apiladas esperan su turno. El espacio está desnudo, crudo, pero me parece perfecto.

Sophie me aprieta la mano, y yo siento que el nudo en el pecho se disuelve.

—Nuestro hogar —susurra.

—Nuestro hogar —repito.

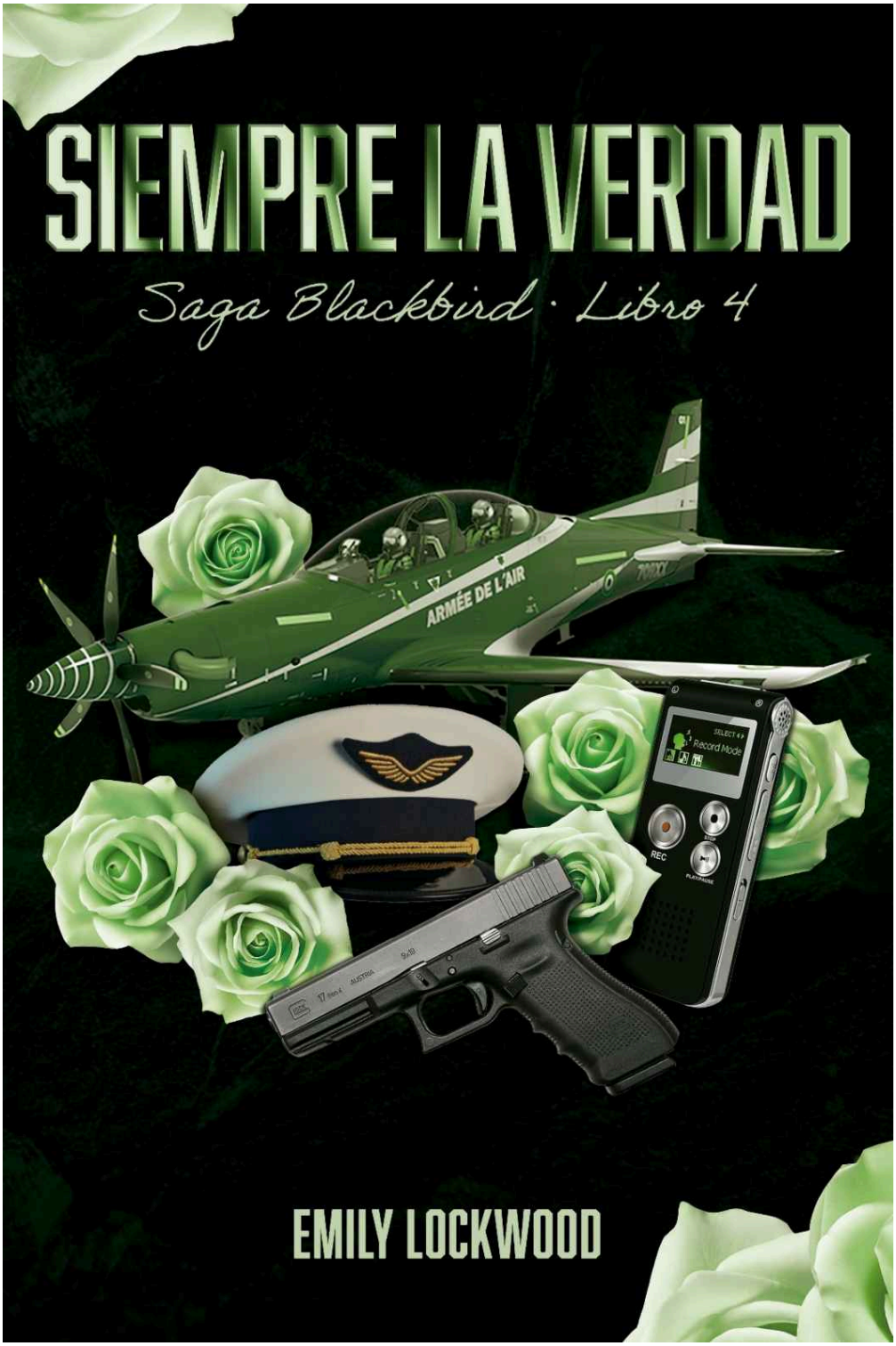
Nos miramos, sonreímos en silencio y, todavía cogidos de la mano, cruzamos juntos el umbral por primera vez.

Me siento tan feliz que sería capaz de llorar, pero en vez de eso, la atraigo hacia mí, busco su boca y le hablo con mis besos.

Fin

La saga continua en:

(Haz clic en la imagen)



Opinión

Espero que hayas disfrutado mucho del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy una autora autopublicada necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

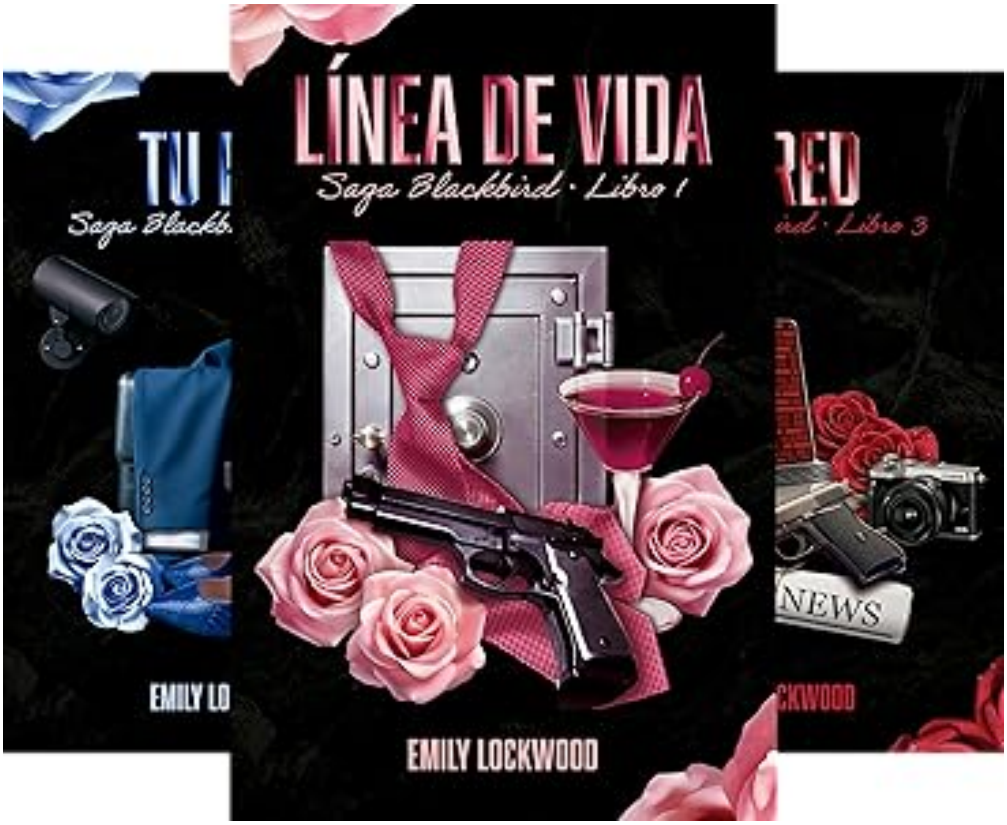
Mil gracias,

Emily Lockwood.

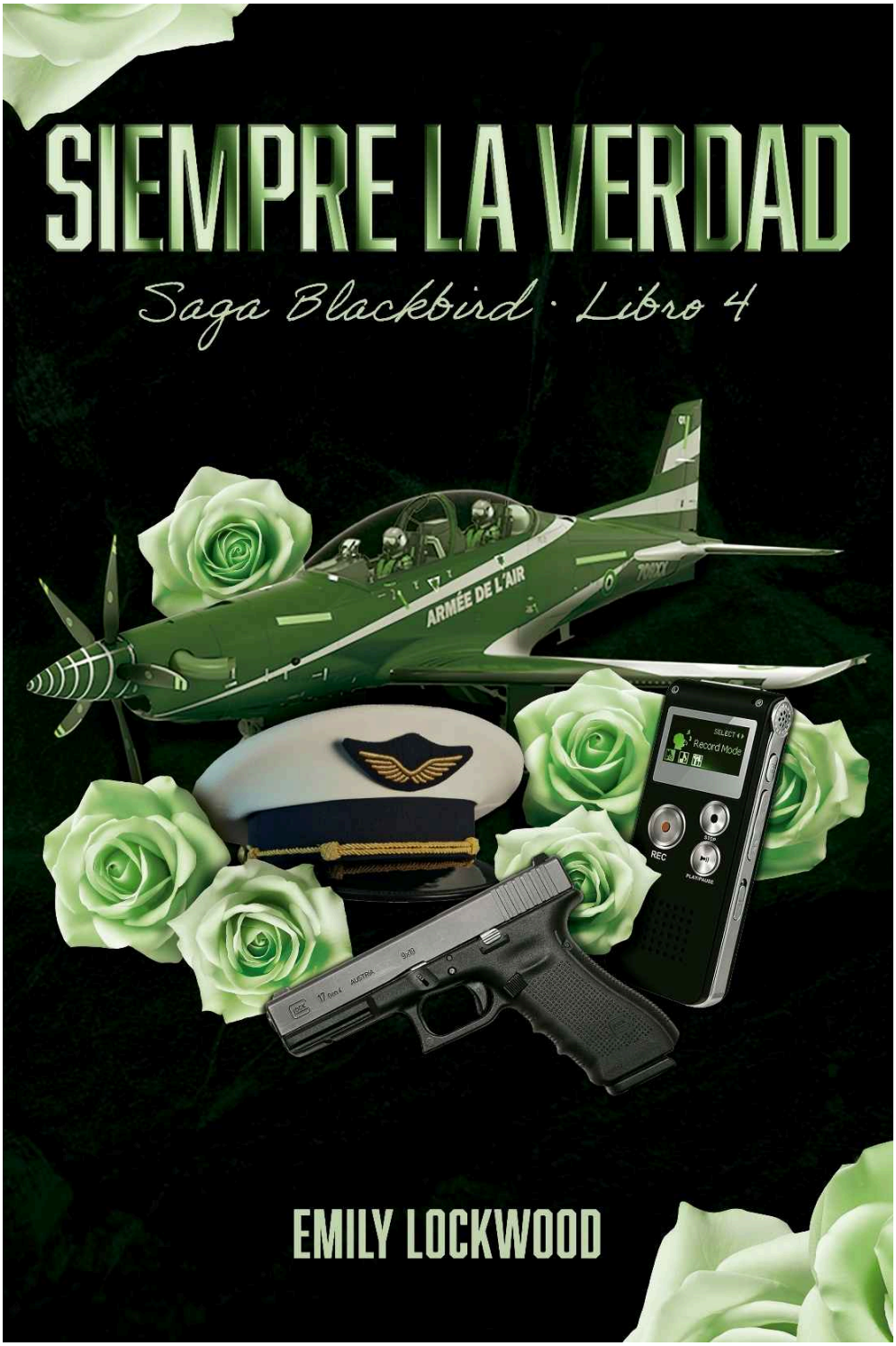
Otros libros de Emily Lockwood

Saga Blackbird:

(Haz clic en la imagen o título)



[Siguiente en la saga]



¡Gracias por leer mis libros!

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo:

Puedes encontrarme en:

Amazon

Twitter

Facebook

Instagram

Email: e.lockwoodspain@gmail.com.